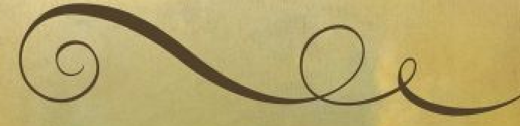


LA BATALLA de Cartagena de Indias



FRANCISCO JAVIER MEMBRILLO BECERRA

CALIGRAMA

2ª Edición

FRANCISCO JAVIER MEMBRILLO BECERRA

La batalla de Cartagena de Indias

CALIGRAMA

Sinopsis

En octubre de 1739, con la excusa del incumplimiento de los acuerdos comerciales obtenidos en América por el tratado de Utrech, Inglaterra declara la guerra a España y ello le da la excusa para intentar la conquista de las posesiones españolas en el Nuevo Mundo. Para ello, los británicos alistan tres escuadras con un importante contingente terrestre para asaltar los enclaves españoles americanos.

La Batalla de Cartagena de Indias narra el desarrollo secuencial y pormenorizado de los acontecimientos en los que se implicaron los diversos contendientes (españoles, colombianos , británicos, norteamericanos y franceses), desde el comienzos del siglo XVIII hasta la batalla principal en la ciudad de Cartagena de Indias durante 1741, así como muestra en toda su plenitud los fuertes caracteres del virrey de Nueva Granada, Sebastián de Eslava; el del tuerto, cojo y manco marino español Blas de Lezo, y el del vicealmirante inglés Edward Vernon, actores principales de los hechos.

En esta 2ª edición se ha incluido, además, algunas aclaraciones y opiniones acerca de las últimas publicaciones noveladas de los hechos.

México

ISBN: 9788417164133

Generado con: QualityEbook v0.87


CALIGRAMA

A los héroes anónimos que han obtenido la mayor de las recompensas: la íntima satisfacción del deber cumplido.

1 Las causas y los objetivos

El siglo XVIII comienza en España con una convulsión política motivada por la muerte, el primero de noviembre de 1700, del rey Carlos II el Hechizado, el cual no había tenido ningún hijo que pudiese heredar el trono. El monarca, de constitución débil y enfermiza, se había casado dos veces, y tanto él como sus esposas habían pasado por múltiples tratamientos, exorcismos, dietas, embrujos, etc. —de ahí su apodo— con el fin de concebir un heredero a la Corona, empeño que no consiguieron dada la esterilidad del soberano como consecuencia de una malformación morfológica genital.

Carlos II, previendo lo que iba a ocurrir, había hecho redactar un testamento el mes anterior a su muerte cuando su salud ya estaba bastante deteriorada. En el mismo se reconocía como heredero a la Corona a su sobrino segundo Felipe, nieto de Luis XIV de Francia el Rey Sol, y al que impone como condición previa a su coronación que debía mantener íntegros todos los territorios españoles. Felipe de Anjou, con el nombre de Felipe V[1], es coronado el 15 del mismo mes del fallecimiento del monarca y con él se extingue en España la dinastía de los Habsburgo y comienza la de los Borbones.

La improvisación de última hora en la redacción del testamento, el secretismo de la decisión adoptada, y lo suculento de la herencia que incluía tanto los tesoros americanos como el comercio con los nuevos mercados que se estaban abriendo allende los mares, da origen a que varias familias reales europeas reclamen sus derechos a la sucesión

a la Corona española. Entre ellas, las más interesadas eran los Borbones en Francia y los Habsburgos en Austria.

Los países europeos toman posiciones ante el conflicto y comienza la guerra de Sucesión que se desarrollará en dos Teatros de Operaciones (TO)[2] separados, Europa y América.

En el europeo, Luis XIV de Francia apuesta naturalmente por los Borbones e incluso propone una unión entre las coronas de España y Francia bajo un solo monarca, aunque da por supuesto que el rey único sería un francés. Inglaterra y Holanda apoyan a los Habsburgo y a su archiduque Carlos de Austria, pero, dado que son grandes potencias marítimas con intereses comerciales en América, sus motivos están condicionados por el peso específico que progresivamente va adquiriendo Francia en las colonias de ultramar y los deseos de que el mismo fuese debilitándose. Portugal y Saboya también se unen a la causa los Habsburgo.

Combates importantes se llevan a cabo en Flandes, Alemania e Italia. En España, las tropas francesas penetran en la península para apoyar a los partidarios de Felipe V. La población y la nobleza están divididas entre ambos bandos: Aragón, Cataluña, y casi toda Castilla se unen a la candidatura austríaca y, como consecuencia, el conflicto peninsular tiene características de una guerra civil.

En el TO. americano, tanto españoles como criollos se inclinan por la opción borbónica de Felipe V y se hacen cargo de forma autónoma de su defensa, ya que el territorio peninsular se encuentra fraccionado y las fuerzas militares no pueden socorrer a las de las Indias Occidentales[3], pues están empeñadas en los combates europeos. Los ingleses atacan, entre otras plazas, Portobelo, Punta Cana, Trinidad, Florida, Arecibo, La Habana, etc., mientras que los españoles hacen lo propio contra Carolina y Jamaica.

EL TRATADO DE UTRECHT

En 1713, dado que ambos bandos han vaciado sus arcas como consecuencia de los gastos bélicos y que no hay una situación clara que prevea la victoria de ninguno a corto plazo, se decide, por agotamiento, poner fin a la guerra. Se firman los tratados de Utrecht ese mismo año, y de Raastad un año después, para poner fin al conflicto. Los combates van mermando progresivamente aunque en Cataluña quedan algunos focos activos, hasta que en 1715 las operaciones finalizan.

El principio general que inspira los tratados de paz firmados es que Felipe V sería reconocido como rey de España y que cada país se quedaría con las posesiones conquistadas hasta el momento en las operaciones militares. En virtud de ello España pierde Gibraltar[4] y Menorca amén de los territorios europeos de Flandes, Milán, Sicilia, Nápoles y Cerdeña, aunque conserva sus posesiones americanas. Inglaterra se hace con Gibraltar y Menorca, y por ende con el control del Mediterráneo, y continúa manteniendo la isla de Jamaica, lo que le asegura una base comercial y militar en el Caribe.

En cuanto a los acuerdos comerciales americanos de los tratados de paz, Inglaterra consiguió dos concesiones de suma importancia: el monopolio del Asiento de Negros[5] sobre el tráfico de esclavos, y la libertad de comercio mediante el Navío de Permiso, lo que le aseguraba unos beneficios económicos considerables. La empresa más beneficiada en la explotación de las concesiones y los contratos era la South Sea Company.

El Asiento de Negros regulaba el tráfico de esclavos de origen africano a Hispanoamérica. Era un comercio muy

bien remunerado que estaba en manos de portugueses, holandeses, franceses e ingleses, los cuales acudían fundamentalmente a Guinea, Senegal, Gambia, Mozambique y Angola, para capturarlos, transportarlos a América y venderlos allí. Las condiciones de hacinamiento durante el transporte les hacían proclives a enfermar o morir, y los supervivientes llevaban con ellos enfermedades, gérmenes, parásitos e insectos de sus países de origen[6] que eran desconocidas en dicho continente[7]. Los españoles quedaban fuera de las operaciones de captura e importación, aunque era la Corona española, como país anfitrión, quién daba las autorizaciones al comercio en sus posesiones. Con los tratados de paz firmados al final de guerra de Sucesión, Inglaterra consigue la concesión para la importación y venta de 144.000 esclavos negros africanos durante 30 años.

El Navío de Permiso era una autorización para la entrada en el puerto de Cartagena de Indias de un barco inglés, de no más de 500 toneladas, y que transportase mercancías para su venta. La razón aducida era su participación en la feria que se celebraba en dicha ciudad con motivo de la llegada periódica de la flota de galeones desde la península y en la que se hacían grandes transacciones comerciales de productos.

En resumen, el Reino Unido de la Gran Bretaña, al haber negociado hábilmente los tratados de paz, sale de la guerra reafirmado como potencia mundial y con permiso para comerciar con América.

El cumplimiento de los acuerdos comerciales americanos firmados se infringe en gran medida desde el principio. Los buques del Asiento de Negros comienzan a efectuar una escala intermedia en puertos distintos al pactado de Cartagena de Indias, en donde se llevaba un estricto control del número de esclavos importados, y utiliza, en ocasiones, la base inglesa de Jamaica, con el pretexto de hacer aguada

para la mercancía humana que llevaban desde África. Esta coyuntura era aprovechada para desembarcar esclavos en dicha localidad con lo que se falseaba la inspección de la importación que efectuaban las autoridades españolas. El personal que desembarcada en Jamaica se reexpedía posteriormente hacia Veracruz, La Habana, Portobelo, Panamá, etc.

El Navío de Permiso[8], que no debía sobrepasar las 500 toneladas, y que posteriormente se amplía a 600, a 1000, y a dos navíos de 500, excede en ocasiones la carga autorizada ocultándose parte de ella en los registros. De igual forma, se incumple también la periodicidad de su llegada y su destino. Simultáneamente, y con el apoyo del Gobernador inglés de Jamaica, el Caribe se llena de contrabandistas de toda procedencia que comerciaban fuera del control fiscal español.

Estas circunstancias originan, por una parte, a una reducción drástica de los ingresos que obtenían las autoridades españolas en Hispanoamérica debido a que la mercancía sin control no pagaba impuestos y, por otra, a la disminución del volumen de negocio de los comerciantes peninsulares que exportaban mercancías hacia el Nuevo Mundo ya que, además de exponer su carga a un viaje largo e incierto desde la península, se veían asaltados en el Caribe por los piratas y sufrían una competencia desleal en los mercados. Por todo ello, reclamaban a Inglaterra compensaciones económicas.

Otra consecuencia del incumplimiento de lo acordado es la constitución progresiva de Jamaica como una gran base logística avanzada (BLA) de la metrópolis inglesa que satisfacía las necesidades de abastecimientos, tanto para la isla y los barcos ingleses, como para otras posesiones españolas, que pasan a depender de dicho mercado para el suministro de algunos productos. Esta dependencia, que en

1739 había alcanzado un volumen de 25 millones de libras, era una vulnerabilidad española que tendría sus consecuencias posteriormente cuando, con ocasión de conflictos anglo-españoles, Inglaterra tuvo la posibilidad de cerrar el grifo de sus abastecimientos jamaicanos a las colonias españolas, sobre todo cuando llegaban al área contingentes militares y flotas de refuerzo. El aumento en la demanda, sobre todo alimentaria, que requerirían estas fuerzas durante sus estancias americanas, difícilmente podía ser satisfecha por los mercados españoles indianos del momento, que se habían acomodado al suministro inglés desde Jamaica y que quedaba peligrosamente supeditado y a expensas de sus intereses. Por el contrario, la isla de Jamaica contaba con una logística autosuficiente (en todo el ciclo de obtención, almacenamiento y distribución) como para proveer de los víveres necesarios a su población y las fuerzas británicas, ya estuviesen acantonadas, recalasen periódicamente en su puerto, o cualesquiera otras que llegasen inopinadamente, por muy numerosas que fueran.

En cuanto al contrabando, se intenta atajar por parte española mediante un sistema de policía fiscal que estaba dotada de guardacostas veloces con gran capacidad de maniobra, mandados por capitanes que eran comerciantes civiles con experiencia en el enfrentamiento con los piratas, y cuyos gastos eran sufragados, también, por el gremio de los comerciantes locales afectados.

Legitimados por un llamado “Derecho de Control sobre Mercantes”, los guardacostas interceptaban en alta mar a los buques, sobre todo ingleses y holandeses, para inspeccionar su carga y comprobar que estaba en regla y había sido declarada a las autoridades. Esta concepción española del comercio, basada en el monopolio y en la autorización a la navegación a otras naciones[9] según la situación política de cada momento, chocaba con la postura inglesa[10], que

mantenía que el mercado comercial americano tenía que ser libre y estar fundamentado en la capacidad de producción y en la competencia. El hecho se agravaba, además, porque las tripulaciones de los guardacostas sobrepasaban en gran medida los cometidos que se les había asignado ya que, en ocasiones, se apropiaban fraudulentamente de la carga inspeccionada bajo su control, que era enajenada con posterioridad en su propio beneficio.

Aunque la extensión de la superficie marítima afectada y la escasez de medios navales españoles hacen suponer que eran numerosos los navíos y cargas que escapaban al control marítimo, el volumen de capturas ilegales de barcos ingleses por parte de guardacostas españoles se puede cuantificar en un promedio de 10-12 confiscaciones anuales entre 1713 y 1738, cifra que fue incrementándose en años posteriores. Estas acciones producen reiteradas quejas de los afectados a la Corona británica, que también era una de las perjudicadas por sus intereses particulares a través de los beneficios que le aportaba su participación en la South Sea Company. Los comerciantes ingleses reclamaban que se pusiese fin a los abusos de los guardacostas mediante el empleo de la fuerza por parte del Almirantazgo y el pago de compensaciones económicas por las cargas requisadas ilegalmente.

Otras circunstancias se unen al clima enrarecido de las relaciones entre ambos países. Por una parte, sale a la luz la vieja historia, verdadera o falsa pero claramente magnificada, del incidente de la oreja de Jenkins de 1713, al que en su momento no se le había dado mucha importancia y que, como una idea-fuerza sacada a la luz ahora premeditadamente a través de la prensa[11] y la agitación callejera, consiguió aglutinar a la población británica a favor de una solución armada contra España. El incidente consistió en la captura en el Caribe del barco contrabandista inglés Rebeca por parte del guardacostas español Isabela que

era mandado por el capitán Julio León Fandiño. Éste, al parecer, le había cortado en un enfrentamiento una oreja al capitán escocés del barco, Robert Jenkins, apercibiéndole que lo mismo haría con su rey si se atreviese a contrabandear[12].El hecho y, sobre todo, el comentario empleado sobre el monarca, es utilizado en un momento álgido de los sucesos con los guardacostas para avivar el sentimiento antiespañol.

Por otra parte, se producen otros incidentes en la frontera que separa la Florida española y la colonia británica de Georgia por la disparidad de criterios en su trazado. Y también quedaba por cerrar un problema, producido en el TO europeo, consistente en el pago de una indemnización reclamada por España a Inglaterra como consecuencia del ataque inglés a la flota española de Castañeda, en Italia, sin que hubiese habido, por entonces, una declaración de guerra entre ambas naciones.

Se convocaron encuentros diplomáticos entre ambos países para limar las disputas y acordar el pago de indemnizaciones por el incumplimiento de los acuerdos comerciales americanos, pero las conversaciones se alargaron considerablemente debido a la dificultad, por parte de ambos bandos, de aportar datos objetivos sobre el comercio ilegal inglés y el número de capturas navales apresadas indebidamente por los guardacostas caribeños. Quienes mejor conocían los números exactos del tráfico eran los comerciantes, los contrabandistas, y los capitanes de los guardacostas, y la tendencia de los primeros a inclinar la balanza a su favor, la propia idiosincrasia de los segundos, y el aprovechamiento de algunas capturas en su propio beneficio de los terceros, hacían dudar de la fiabilidad en sus declaraciones.

Las reclamaciones de los comerciantes afectados por las capturas ilegales en el Caribe, al principio, no fueron bien

acogidas por el poderoso primer ministro inglés Robert Walpole, pero el Parlamento y el monarca británico, Jorge II, se unieron a la resolución del Alto Tribunal de Hampton que apoyó la reclamación de los comerciantes afectados, entre los que se encontraba la propia Corona, y el rechazo al derecho a la inspección que efectuaban los guardacostas españoles a los buques ingleses. A ello hay que sumar la actitud de la prensa, que deforma el incidente Fandiño-Jenkins generalizando la acusación de crueldad por parte española, y la agitación callejera que reclama una restitución al agravio producido y una respuesta más enérgica contra España.

En 1734 fracasan las conversaciones sobre las reclamaciones pendientes y entre 1737 y 1738 las relaciones entre ambos países se agravan al aparecer panfletos por las calles de Londres en los que se incitaba a una guerra contra España. El monarca inglés interviene personalmente en el litigio trasladando al español las quejas de los comerciantes y estimulando a sus súbditos a llevar a cabo represalias. Como consecuencia de ello se autoriza a los propietarios de los barcos británicos apresados indebidamente a capturar y retener embarcaciones españolas hasta que se les resarcieran por lo capturado inapropiadamente.

Esta última y desproporcionada decisión provoca, irremediablemente, numerosos enfrentamientos en aguas caribeñas entre navíos de ambos países e incluso la ejecución en la horca, ordenada por el Tribunal del Almirantazgo inglés en Jamaica, de tripulaciones españolas. En contrapartida, la corona española culpa a los ingleses de crear problemas con el contrabando y el comercio ilegal en dominios españoles.

A comienzos de 1739, y después de numerosas reuniones, se llega a un acuerdo entre las delegaciones diplomáticas de ambos países para firmar en El Pardo (Madrid) un tratado

por el que, además de regular la navegación en la zona, España reconocía una deuda por valor de 95.000 libras por capturas ilegales de sus guardacostas. A su vez, Inglaterra se hacía cargo de una deuda de 68.000 libras por cargas fiscales no abonadas a España. En resumen, la compensación a pagar correspondía a España y estaba cuantificada en 27.000 libras.

Una vez acordada la firma, y teniendo en cuenta la difícil situación económica que padecía en esos momentos, España se apresura a restablecer el tráfico comercial con sus colonias americanas, interrumpido cuando comenzaron los apresamientos ingleses, y procede a desmovilizar a sus fuerzas militares y a desmontar la artillería de sus barcos para ahorrar gastos, ya que se estimaba que no habría confrontación armada. Una muestra no solo de la ingenuidad, sino, lo que es más grave, de la imprudencia de su clase política.

Al poco tiempo, los comerciantes ingleses se declaran disconformes con las cantidades acordadas en el Pardo y presentan una contrapropuesta en la que evalúan la compensación económica a satisfacer por España en la enorme cantidad de 2.600.000 libras. Se producen manifestaciones en Londres a favor de un comercio libre en los mares americanos o, de lo contrario, a una declaración de guerra.

Simultáneamente se aumenta el reclutamiento y el presupuesto de la Armada inglesa, que envía al Mediterráneo una escuadra de 27 navíos al mando del almirante Haddock, amenazando las costas españolas y a los navíos que regresaban de América. Y, a mediados del año 1739, Inglaterra despacha otra armada hacia el Caribe al mando del vicealmirante Vernon. Paralelamente, la diplomacia inglesa asegura a la española que no tenía nada que temer de estos movimientos navales a lo que España contesta que no pagará lo acordado en El Pardo en tanto se

mantuviesen fuerzas británicas en actitud amenazadora en las inmediaciones de las aguas peninsulares o de las colonias españolas.

Los acontecimientos se precipitan: la delegación inglesa que había tomado parte en las reuniones de El Pardo abandona territorio español y regresa el embajador español acreditado en Londres. España se apresta a defenderse en Galicia de un intento de invasión británica y prepara planes de contingencia para atacar las plazas inglesas de Gibraltar y Mahón en caso de un ataque inglés a territorio peninsular. Igualmente, comienza a artillar rápidamente a cuantos navíos podía.

DECLARACIÓN DE GUERRA

Dos meses después de la salida hacia el Caribe de la escuadra de Vernon, el 30 de octubre de 1739, Inglaterra declara a la guerra a España, permite la actuación de corsarios contra el comercio español en todos los mares y embarga las propiedades españolas en territorio británico. El 1 de noviembre, España hace lo propio declarando la guerra a Inglaterra.

Progresivamente, los ingenuos diplomáticos españoles habían ido descubriendo las auténticas intenciones inglesas, ocultas en las dilatadas conversaciones bilaterales celebradas, y que no eran, como se aducía, la discrepancia en la cuantificación de las indemnizaciones económicas por las capturas ilegales de los guardacostas españoles en el Caribe y las restricciones a la navegación, pues estos no eran motivos para desencadenar una guerra entre dos potencias mundiales del momento. Los medios cuantiosos que preparan para entrar en combate, el escenario bélico que

escogen y las misiones que encomiendan a sus fuerzas, sacan a la luz los verdaderos planes ingleses en relación con España: apoderarse del imperio español de ultramar y de su inmenso mercado comercial.

Para ejecutar sus planes Inglaterra diseña una gran operación estratégica en el TO americano despachando una formidable armada para asaltar y apoderarse de las Indias Occidentales españolas y erigirse en la mayor potencia mundial del momento. Dada la amplitud y complejidad de la empresa y de algunos de los preparativos, tales como la salida de la escuadra de Vernon y la concentración de efectivos y materiales en los puertos ingleses en disposición de partida hacia el TO, la operación tuvo que decidirse, gestarse y prepararse con bastante anterioridad, lo que es un motivo de peso para deducir que los ingleses ya pensaban atacar a España mientras se llevaban a cabo las conversaciones para suavizar los desacuerdos al comercio en el Caribe y que ello fue la excusa para alcanzar una aspiración largamente anhelada por los ingleses.

Conseguida la unificación de las voluntades de la Corona, el Parlamento, y el pueblo en la causa bélica, había otras condiciones previas para que Inglaterra se decidiese a dar el paso de una declaración de guerra contra España con garantía de éxito: disponer medios materiales, humanos y financieros para ejecutar sus planes militares y contar con libertad de acción para poder desarrollarlos sin injerencias externas.

En cuanto a los medios, Inglaterra disponía de una gran flota de guerra y de una impresionante capacidad de transporte marítimo que le permitían afrontar y sostener operaciones a gran distancia de su territorio manteniendo los requerimientos necesarios para cubrir la corriente logística desde sus bases retrasadas. Sí que precisarían una cantidad adicional de soldados y marineros para atender a

los dos TO (americano y europeo), pero esperaba reclutarlos por medio de incentivos económicos.

La libertad de acción para llevar a cabo las operaciones la basa en la competencia de su diplomacia que evitaría, en lo posible, la injerencia de terceros países en el conflicto, y en hipotecar un gran número de medios militares españoles en la península para limitar los refuerzos al TO americano cuando se iniciasen las hostilidades. Para ello, amaga con una invasión militar terrestre al norte de España, y la escuadra de Haddock amenaza las costas españolas para inmovilizar a su Armada y a sus transportes en las costas peninsulares así como para dar cobertura a las guarniciones inglesas de Gibraltar y Menorca. Esta actitud no podría mantenerse por largo tiempo dado que la Marina española había iniciado su recuperación desde la postración en que se encontraba a comienzos de siglo, y ya en 1736 disponía de 36 buques de línea y de 16 unidades más ligeras. Era necesario, pues, para los intereses británicos, que la operación de asalto al imperio español americano se llevase a cabo con rapidez, en un plazo de tiempo relativamente corto, para que no diese tiempo a la llegada al TO. americano de refuerzos importantes españoles. Era una vulnerabilidad del plan.

En resumen, una jugada maestra por parte de Gran Bretaña, que llevó la iniciativa en los acontecimientos desde la finalización de la guerra de Sucesión a la Corona española, y que ponía al Reino Unido en condiciones de un asalto al imperio más poderoso del momento con objeto de hacerse con el liderazgo y el control del mundo. Para conseguirlo, fue Inglaterra quien eligió el momento, el lugar y los medios para jugar la partida. España, por el contrario, cuya salida de la guerra de Sucesión se había saldado con importantes pérdidas, siempre fue a remolque de los hechos.

LOS OBJETIVOS INGLESES. LA HABANA O

(Gráficos 1 y 2)

Decidido el asalto y captura de las posesiones americanas españolas, Inglaterra analiza la forma en que lo llevará a cabo, por lo que necesita definir objetivos estratégicos tangibles en dicho escenario que le sean posible alcanzar.

En principio no le es factible, ni a medio plazo, afrontar la conquista de un territorio inmenso con una superficie 50 veces superior a la de España, de una longitud de 7.000 kilómetros y una anchura de entre 80 y 5.000, con 17 ríos de más de 1500 kilómetros, numerosas cadenas montañosas donde se ubican 21 picos de más de 3.000 metros, con un clima y una vegetación muy variables, separado de la metrópolis por un océano en el que actúan fuerzas naturales y enemigos poderosos, y defendido por un Ejército, una Armada, y una población autóctona, baqueteadas en numerosos combates. A España le había costado 80 años conseguirlo[13]. Era necesario, por tanto, que los ataques se dirigiesen a los pilares básicos de su estructura para que, destruidos y ocupados éstos, el sistema defensivo español se desmoronase por sí solo. La interrupción de las rutas comerciales que unían las Indias Occidentales españolas con la península y la captura de los tesoros americanos, que sostenían la mayor parte del sistema financiero español[14], son los objetivos que eligen para ello.

Cuatro eran las zonas en donde se concentraban las principales rutas del transporte comercial y del oro y la plata americanos.

En la parte norte se encontraban dos; las definidas por las poblaciones de Veracruz y Acapulco, así como la que englobaba a La Habana:

El enclave Veracruz-Acapulco, que estaba unido por vía terrestre, era la entrada del comercio general procedente de la península y de Filipinas. Por él salían los metales preciosos procedentes de los yacimientos, de Zacatecas, Guanajuato, San Luis de Potosí y Santa Fe, entre otros, así como del comercio de materias diversas hacia la península, además del que se encaminaba hacia Filipinas.

La Habana era el punto de concentración de todas las flotas de regreso hacia la península antes de cruzar el océano.

En la parte sur existían otras dos, de características similares a las del norte, que estaban delimitadas por las poblaciones de Portobelo y Panamá, así como la que abarcaba a Cartagena de Indias:

El enclave Panamá-Portobelo también estaba unido por vía terrestre por un camino de unos 90 kilómetros de longitud. Con su toma se conseguiría, por una parte, dividir y estrangular el imperio español americano por el centro, y por otra, interrumpir las dos terceras partes del flujo de la plata procedente de ultramar, pues por esa corta arteria circulaba la extraída en Quito, Alto Perú, Rio del Plata y Chile. El metal, que arribaba a la ciudad de Panamá llevado por la Escuadra del Mar del Sur que operaba en el Pacífico, una vez allí era transportado por recuas de mula hacia Portobelo y embarcaba rumbo a la península vía Cartagena—La Habana. Complementario a este objetivo era, por tanto, el de la destrucción de dicha Escuadra y la ocupación de su origen, el Puerto de El Callao, próximo a Lima. Esta acción ya la había llevado a cabo con éxito, un siglo antes, el pirata Morgan[15] que consiguió un importante botín.

Cartagena de Indias era el punto de entrada y de salida del comercio peninsular. Por dicha plaza salían también el oro y la plata que llegaban a Portobelo y los procedentes de los yacimientos sudamericanos interiores. La carga de metales

preciosos y la general que salía por Portobelo en dirección a la península tomaba esta ruta, en lugar de la directa hacia la Habana, ya que los vientos reinantes, la gran cantidad de arrecifes y la resaca de las corrientes de la zona, la hacían más aconsejable. Por otra parte, los metales preciosos de los yacimientos interiores empleaban también la arriería y el río Magdalena para acercarlos a la ciudad por vía terrestre y fluvial. Adicionalmente, en dicha población se celebraba periódicamente una importante feria comercial a la llegada de la flota de galeones peninsular, y desde allí se podía acceder, vía terrestre y fluvial, hacia el corazón del altiplano peruano.

La finalidad perseguida por los ingleses y el entorno físico dividían por tanto, el TO. Americano, en dos ZO. perfectamente separadas, la Atlántica y la Pacífica, que confluían en su parte más próxima en el istmo panameño a través de la ruta terrestre Panamá-Portobelo, por lo que necesitaban organizar dos expediciones diferentes que se dirigiesen a cada uno de los dos escenarios. La entidad y composición de cada una de ellas dependería, fundamentalmente, de la misión específica que se les diese y de las fuerzas con las que se tendrían que enfrentar y derrotar. También influirían el que los enclaves tuviesen que mantenerse ocupados de forma permanente o temporal.

Estaba claro, para los estrategas ingleses, que a la ZO del Pacífico habría que enviar una escuadra con capacidad para capturar o destruir a la Escuadra del Mar del Sur que transportaba la plata del virreinato del Perú hacia Panamá, al galeón de Manila[16], a los escasos navíos de guerra españoles que operaban por la zona (generalmente un navío y dos fragatas), atacar las costas de Chile, tomar El Callao, Acapulco y Panamá (que estaban guarnecidas con escasas fuerzas), y enlazar con las fuerzas de la ZO del Atlántico en el istmo de Panamá.

Era una operación delimitada a su entorno físico, con escasas fuerzas de cobertura españolas, y cuyas complicaciones más importantes serían el cruce de los océanos por el cabo de Hornos, el aislamiento en que se operaría, y la dificultad logística de estar alejados de sus bases. Requería, por tanto, un mando y una escuadra marítima como estructura fundamental, completada por una reducida fuerza terrestre de apoyo. Inicialmente su entidad se evalúa en siete navíos y fragatas y 1000 hombres de tierra. Además, tendría que contar con un nivel[17] importante de recursos logísticos por lo que le acompañarían, al menos, otros dos buques para transportar la carga logística necesaria.

Por el contrario, en la ZO. atlántica, y concretamente en el Caribe adonde se dirigiría la expedición, se ubicaban las defensas españolas más importantes en aquel continente. Allí se encontraban, además de Veracruz y Portobelo donde tendrían que enlazar con la ZO. del Pacífico, las plazas de La Habana y Cartagena de Indias, a las que había que atacar, conquistar y guarnecer, y que estaban fuertemente custodiadas y fortificadas. También patrullaba por sus aguas una flota nada despreciable de navíos españoles que incluso podían reforzarse y permitir la llegada de socorros peninsulares. No le sería, por tanto, nada fácil para los ingleses alcanzar los objetivos caribeños si no contaban con una fuerza de entidad considerable.

Pero los británicos tenían que hacer frente también a las necesidades demandadas por el TO europeo en la guerra que se cernía. Sus estrategas estimaban que se necesitarían, al menos, unos 55.000 soldados y marineros para atender a todos los escenarios, por lo que tendrían que reclutar unos 25.000 nuevos efectivos de los que no disponían entonces. Con ellos se podrían cubrir todas las necesidades de marineros en el TO americano, pero, de momento, existían

dificultades para asignar todas las fuerzas terrestres necesarias.

Los navíos totales que se implicarían en la guerra los cuantifican, en principio, en unos 130, por lo que no preveían escasez de estos medios ya que sus existencias sobrepasaban los 200.

En cuanto a la capacidad de logística para sostener al TO. europeo y a las dos ZO. aisladas americanas, su impresionante flota de barcos de transporte, que a principios de siglo ya contaba con más de 3.000 buques mercantes con una capacidad de carga superior a las 200.000 toneladas, les posibilitaba el poder asegurar la corriente de abastecimientos a todas sus fuerzas desplegadas. Y para respaldar el esfuerzo militar, su Parlamento no tenía inconveniente en aprobar los presupuestos económicos necesarios, evaluados por encima de los 4 millones de libras.

Existía, por tanto, una sola limitación para las operaciones militares en América; la escasez de fuerzas terrestres, aunque se cuenta con una comunidad de esfuerzos de toda la nación inglesa para afrontar la empresa que se avecina.

El déficit de personal terrestre condiciona las acciones militares de ultramar y se tiene que recurrir al reclutamiento en sus colonias americanas y a escalonar sus operaciones en aquel escenario. Se posterga, por dicha causa, el asalto al enclave Veracruz-Acapulco y se limitan los objetivos de la ZO. atlántica a la toma de Portobelo, y a La Habana o Cartagena de Indias, por lo que el ataque a una de las dos plazas se acometería en un segundo ciclo de operaciones. Se consideraba que el enclave Panamá-Portobelo era de mayor importancia estratégica que el de Veracruz-Acapulco, y la prioridad entre La Habana o Cartagena de Indias, que no se podían asaltar y ocupar simultáneamente, se zanjaría cuando se solucionase el problema técnico, aún pendiente de resolver, sobre la definición de las capacidades necesarias

para atacar a cada una de ellas.

La ciudad de La Habana estaba defendida por numerosas fortificaciones en las que se emplazaban alrededor de 150 cañones y una fuerza estimada en 1800 soldados de infantería y caballería, además de 5.000 milicianos locales, todos ellos bien armados. Cartagena de Indias también era una plaza sólidamente fortificada, con cerca de 200 cañones y una guarnición de 1300 soldados y otros tantos milicianos. Ello implicaba que la proporción entre atacantes y defensores sería más favorable en el caso de lanzarse contra Cartagena de Indias que contra La Habana.

La existencia de cañones que defendían las poblaciones se inclinaba, por el contrario, a favor de un ataque contra La Habana, pero ello no era tan importante porque la superioridad naval inglesa sería capaz de contrarrestar, con su artillería embarcada, a la emplazada en los baluartes defensivos así como para hacer frente a los navíos españoles que patrullaban por la zona, que se estimaban en una media de ocho.

Había que tener en cuenta otras variables que actuarían como factores multiplicadores o divisores en el potencial defensivo de los enclaves afectados. Entre estos figuraban el número, estado y situación actual de las fortificaciones así como la posibilidad de efectuar apoyos mutuos entre ellas, la dispersión de las defensas y guarniciones, el entrenamiento de sus fuerzas, su moral, los obstáculos naturales y artificiales de acceso a los puertos, la capacidad logística, la posibilidad de que con una sola reserva naval se pudiese socorrer simultáneamente a la plaza elegida y a Portobelo, la experiencia acumulada en conflictos anteriores en los que se hubiera atacado a las plazas, etc.

La historia se sumaba también a la elección de Cartagena de Indias como objetivo ya que existían antecedentes de ataques a dicha ciudad por fuerzas británicas en 1586 y 1668,

efectuados por los corsarios ingleses Francis Drake y Henry Morgan respectivamente, así como los llevados a cabo por el francés Bernard Louis Desjean, barón de Pointis, en 1697, y todos se saldaron con victoria de los atacantes

Por todo ello, se decide enviar a la zona atlántica un contingente de unos 12.000 hombres de tierra, que llevarían el esfuerzo principal de las operaciones, siendo su jefe el que asumiría, además, el mando de toda la ZO. Atacarían y ocuparían el enclave de La Habana o de Cartagena de Indias así como el de Portobelo, y enlazarían con la ZO del Pacífico a través del istmo, amén de hostigar otras poblaciones del entorno para favorecer el control del tráfico naval. Se necesitaría una gran flota de buques de transporte, alrededor de 200, y entre 30 y 40 navíos de línea para la escolta y como apoyo de fuego naval a las operaciones terrestres. La decisión de realizar el ataque a La Habana o a Cartagena de Indias quedaba en manos de los mandos militares de la ZO quienes obtendrían datos complementarios sobre los que fundamentar la decisión cuando se encontrasen en ella. Para ese momento ya se habría resuelto la duda sobre la postura que tomaría Francia en el conflicto.

VERNON ENTRA EN ESCENA

Cuando en 1739 comienzan a efectuarse los preparativos para la importante operación diseñada, un parlamentario inglés, Edward Vernon, pronuncia en la Cámara un significativo discurso sobre el tema.

El citado parlamentario, de 55 años de edad, era capitán de navío en la reserva de la Armada Británica y durante su tiempo de servicio activo había luchado contra navíos españoles en la guerra de Sucesión y en las Antillas. Había

estado en Cartagena de Indias en los años 20 y por lo tanto conocía su entorno. Con 39 años pasó a la reserva naval y se presentó a la elección como diputado de la Cámara de los Comunes por el Patriot´s Party donde, una vez alcanzada la designación, reclamaba con bastante intensidad la necesidad de que Inglaterra poseyese una poderosa Armada.

En su discurso ante la Cámara, Vernon aboga por arrebatar a España las minas de plata del Perú y las riquezas de "El Dorado" ya que esos ingresos permitían por sí mismo mantener toda la economía española[18]. Para ello, pregonaba atacar el tendón de Aquiles español formado por San Juan, La Habana, Veracruz, Portobelo y Cartagena. Y adujo: "*Una vez que tengamos Portobelo y Cartagena de Indias, todo le será perdido* (refiriéndose a España)…, *dadme seis navíos y tomaré Portobelo*". Lo que demostraba que era un gran conocedor de la situación estratégica americana, pero también que se precipitaba en sus decisiones y que tenía una presunción rayana en la soberbia lo que podría acarrearle graves consecuencias.

La propuesta de Vernon no cayó nada bien a los mandos de las fuerzas que se estaban preparando para la operación americana ya que, no solo echaba por tierra los estudios previos realizados y las previsiones tomadas hasta el momento pues fraccionaría el ataque de las fuerzas, impediría la multiplicación de los efectos por el empleo en masa previsto y a que el peso de la operación, que se basaba prioritariamente en las operaciones terrestres, pudiese pasar a manos y al terreno naval, sino también a la publicidad dada a la misma que iba a descubrir anticipadamente sus planes. Además consideraban a Vernon, despectivamente, como un viejo y un político.

Estos motivos originan una hostilidad mutua entre algunos mandos terrestres y Vernon que se mantuvo durante todo el conflicto.

El Parlamento, que lo consideraba como uno más de los suyos después de tantos años de tarea política, no solo da la aprobación a sus planes y objetivos sino que le suma a la empresa militar, para lo cual lo asciende al empleo de Vicealmirante y, sin esperar a que todo el contingente militar que se estaba preparando para desplazarse hacia, según se decía, a la colonia inglesa de Georgia, estuviese dispuesto, le asigna parte de los medios ya alistados y le da la orden de salida inmediata hacia el Caribe.

Esta decisión de adelantar y fraccionar la operación hace peligrar su finalidad estratégica. Y la responsabilidad recae en la decisión política de un Parlamento que se deja embaucar por uno de sus miembros que buscaba no solo el interés nacional, sino también, y quizás sobre todo, alcanzar la gloria emulando a Drake y Morgan. No obstante, su larga experiencia en el combate, el conocimiento que tenía de la zona y su afán de victoria, le hacen un adversario muy a tener en cuenta.

El vicealmirante Vernon parte hacia el Caribe al mando de una flota a comienzos de agosto de 1739 mientras el almirante inglés Haddock y su escuadra permanecen en el Mediterráneo en actitud amenazadora hacia las costas españolas.

En España, por otra parte, se veía con temor los preparativos guerreros que se estaban realizando en los puertos ingleses y que eran confirmados por sus servicios diplomáticos aunque no podían determinar su destino por lo que, días antes de la salida de Vernon, el 6 de julio, ordena el envío con carácter urgente al TO. americano de dos escuadras: una con 12 navíos y 2.000 hombres al mando de Pedro de Torres y Morales a Cartagena de Indias, y otra, con dos navíos, una fragata y 500 hombres, hacia el Pacífico. Simultáneamente, se dispone la salida de los dos navíos que se estaban preparando desde hacía tiempo para llevar

abastecimientos, que habían sido pedidos con anterioridad, hacia Cartagena de Indias. Y el 20 de agosto se nombra al Teniente General don Sebastián de Eslava como nuevo virrey[19] de Nueva Granada, que englobaba el distrito de Cartagena de Indias, y cuya vacante estaba sin cubrir desde bastante antes.

Francia, que hasta el momento se había mantenido neutral en la disputa, se encuentra preparando otra escuadra para su salida desde el puerto de Brest, aunque su destino se mantenía en secreto.

Y todo ello, sin haberse declarado oficialmente la guerra, en la que es denominada, "La guerra del Asiento" por los españoles, y "La Guerra de la Oreja de Jenkins" por los ingleses.

2 La generación de fuerzas

Una vez decididas a grandes rasgos las importantes operaciones a llevar a cabo por Inglaterra y España en América, y mientras se perfeccionan y ajustan los detalles en función de otros informes, juicios, modificaciones de la situación inicial, nuevos intereses políticos, etc., había que conseguir y concentrar todos los medios humanos y materiales que se hubiesen requerido y situarlos en las ZO, en el plazo y con el ritmo adecuado, en condiciones de empleo. De nada valdría un diseño estratégico y operacional perfecto si no se contase con los recursos económicos y financieros para afrontar los enormes gastos que atender, si no se dispusiese de las fuerzas apropiadas y de los barcos para transportarlas, si faltasen los víveres, la munición, el armamento y material necesarios o si los mismos estuviesen deteriorados. Si en acciones a pequeña escala estas necesidades logísticas tienen bastante importancia, en una operación de gran magnitud pueden dar al traste con todo el planeamiento realizado por las mentes políticas, estratégicas o tácticas más preclaras. Y además, así como los planes operacionales pueden sufrir cambios desde su concepción inicial en función de cómo se desarrollen los acontecimientos, es sumamente difícil modificar los apoyos logísticos ya previstos. Los planes estratégicos se basan en especulaciones y futuribles sobre informaciones, planos, intenciones, estimaciones, etc., variables que pueden modificarse en función de la situación cambiante, pero los logísticos se basan en realidades objetivas y tangibles tales como agua, alimentos, municiones, reparaciones, barcos, cuerdas, vestuario, aceites, medicinas, etc., cuya

acumulación en cantidades previstas de antemano es difícil de modificar dado los largos plazos de tiempo que se requieren desde su obtención, y lo problemático de su movimiento, conservación y gestión, hasta situarlos en el lugar adecuado y en el momento oportuno para su empleo y consumo por los combatientes.

La experiencia para preparar y efectuar este tipo de operaciones de proyección de fuerzas militares fuera de su entorno geográfico, tanto de España como de Inglaterra, estaba sobradamente probada. Inglaterra, por su propia situación geográfica, era una experta en estas acciones ya que la persistencia de su Imperio dependía de ello, amén de que el Caribe había sido el hábitat habitual de las correrías de dos de sus corsarios más famosos, Henry Morgan y Francis Drake. España por su parte, había descubierto y colonizado América basándose en este método[20] y, recientemente, en 1732, había organizado una operación a la plaza de Omán en la que se incluían 30.000 combatientes, 21 navíos de guerra, y un gran número de buques de transporte, y en la que también iba embarcado un marino, Blas de Lezo, que tendría un gran protagonismo posterior en la ciudad cartagenera. Incluso ambas naciones habían tomado parte en una operación combinada, durante 1729 en una proyección a Italia, de la que también formaba parte Lezo.

El dato de partida para resolver el problema logístico era el de cuantificar el personal y el material esencial que habría que desplazar a las ZO,s. americanas desde Inglaterra y España, así como el ritmo de salida para, con posterioridad, conseguirlo y sostenerlo.

EL PERSONAL BRITÁNICO

Inglaterra prevé, en principio, asignar a la ZO del Atlántico una fuerza de desembarco de siete regimientos de infantería y una escuadra de apoyo de entre 20 y 30 navíos, y a la ZO del Pacífico una escuadra de 7 navíos con otro regimiento similar. Unos 12.000 hombres de fuerza terrestre y de 27 a 37 navíos de guerra en total y, además, los buques de transporte necesarios para el personal, el equipo y los abastecimientos. España, a la vista de los preparativos que está efectuando Inglaterra, y siempre a remolque de la iniciativa inglesa, pretende enviar como refuerzo a las plazas caribeñas una escuadra de 12 navíos y cuatro batallones de infantería y, a la del Pacífico, una escuadra de 6 navíos y un batallón de apoyo. Unos 3.500 hombres de tierra y 18 navíos como sumo.

Para satisfacer las necesidades del personal suplementario de soldados y marineros para la guerra, Inglaterra, que al ser un país insular concentraba su esfuerzo militar más en una poderosa Armada que en un ejército de tierra permanente, y cuya política para cubrir los requerimientos de personal se basaba en el reclutamiento puntual según las necesidades del momento en lugar de en la profesionalización y persistencia del mismo, pone en marcha un ambicioso plan de reclutamiento con importantes beneficios para atraer al personal.

Entre las nuevas medidas adoptadas para facilitar el alistamiento se establecen mejoras considerables en los sueldos de los soldados y marineros, se concede una pensión a las viudas de aquéllos que, en caso de fallecimiento, llevasen más de 10 años de servicio, y se les facilita la atención sanitaria en los hospitales. Otras prebendas tenían un carácter más moral que crematístico y que para el personal de uniforme tienen una significación especial: consistían en la concesión a los reclutados de una medalla de

plata en la que figuraba su nombre, edad y el escudo de Inglaterra.

Dada las dificultades para reclutar tanto personal en tan corto plazo de tiempo, y a lo arraigada que estaba entre su población la idea-fuerza, auspiciada por su clase política, de "*No a un ejército permanente*", se tienen que abrir otras oficinas de reclutamiento para personal de tierra en las colonias británicas de Nueva York y Annapolis, en América del Norte. A estas últimas se presentan, en su mayor parte, campesinos y ganaderos atraídos porque se les prometen un reparto de las riquezas en los territorios conquistados, así como delincuentes de todas clases a los que se les ofrece, además, el perdón de sus condenas, obviándose la vulnerabilidad de que serían propensos a la indisciplina y a las deserciones cuando se presentasen dificultades. Los oficiales para dirigir esta unidad procedían del grupo de propietarios de grandes plantaciones agrícolas americanas o con intereses comerciales en Gran Bretaña y Europa, quienes, al contrario que la tropa, se sentían británicos y patriotas y solían tener un alto nivel cultural, aunque no disponían de experiencia ni formación militar. Entre ellos se encontraba Lawrence Washington, hermanastro del futuro primer presidente de los Estados Unidos, George Washington.

Los nuevos soldados reclutados en las Islas Británicas se ponen bajo el mando del general de división Charles Cathcart, a quien se responsabiliza, además, de su adiestramiento en la isla de Whight, y al que se ordena que tenga prevista su partida para Jamaica en diciembre de 1739. El general se quejó de las malas condiciones físicas en que llegaba el personal, por lo que estimaba que necesitaría un año para su organización, dotación y entrenamiento para el combate. Durante este intervalo, y mientras se dilata el tiempo transcurrido entre la decisión política de enviar una

fuerza hacia el Caribe y la salida de Cathcart, es autorizada la salida hacia el TO. de la escuadra de Vernon, que éste tanto reclamaba, adelantándose en un año a la partida del grueso del contingente Atlántico.

Pasan solo siete meses hasta que en julio de 1740 ya se encuentra preparado y apilado en los buques de transporte de Cathcart un contingente que escasamente alcanzaba los 7.000 soldados. El personal restante hasta completar los 12.000 hombres que se le promete se le agregaría en Jamaica procedente del reclutamiento efectuado en las colonias americanas, y de los que habían partido previamente con Vernon.

La realidad respecto al personal de América del Norte fue que, aunque se preveía reclutar un cupo de 4.000 hombres que se añadirían al contingente terrestre, solo se consigue alistar a unos 3.000 y que, hasta finales de diciembre de 1740, no se encontraron dispuestos para ser transportados hacia la BLA de Jamaica, que es el lugar escogido para la concentración del grueso de las fuerzas, y donde completarían el periodo de adiestramiento y se les dotaría del equipamiento que les faltaba. El mando del contingente americano se asignó al coronel Spotwood[21] .

Mientras se retrasa la salida del grueso de las fuerzas desde las Islas Británicas debido a las inclemencias del tiempo, les llegan noticias de la partida de la escuadra española al mando del teniente general de la Armada Rodrigo de Torres Morales, y de otra francesa bajo el mando del marqués D’Antin, ambas hacia la ZO, por lo que se decide incrementar los efectivos ingleses con otros 600 soldados aunque Cathcart, no obstante, estima que los refuerzos son insuficientes dada la nueva situación de fuerzas españolas y francesas que se prevé que lleguen a la zona.

El contingente terrestre de Cathcart se enfrenta, ya antes

de partir, con severos problemas motivados por la demora en la recluta del personal de tierra suplementario, y ello inclina a las autoridades inglesas a tomar la decisión del envío adelantado de la escuadra de Vernon lo que provoca la ruptura del ritmo de la operación americana. Además, debido a la dificultades tanto en las Islas Británicas como en sus colonias americanas con la captación de todo el nuevo personal previsto, se tiene que restringir su número a una cantidad máxima de entre 10 y 11.000 hombres, lo que obliga a limitar los objetivos americanos atlánticos a aquéllos que pudiesen ser batidos, conquistados y mantenidos con esos efectivos.

Simultáneamente se asigna otro regimiento con 500/1000 soldados al comodoro George Anson, al que se ordena que se dirija a la ZO del Pacífico con otra escuadra, aunque, por escasez en las disponibilidades, muchos de los hombres son de edad avanzada e incluso hay que reclutarlos entre los convalecientes del hospital de Chelsea.

La gestión en la obtención del personal necesario ya había condicionado, desde el principio, el futuro de la operación.

En cuanto al personal naval, a finales de 1739 se preveía que serían necesarios 18.000 marineros, y 35.000 en 1740, para atender los requerimientos de la guerra, aunque su incorporación dependería del ritmo de alistamiento de los navíos y de las disponibilidades de personal de tierra, lo que posibilitaba un escalonamiento en las nuevas incorporaciones necesarias que facilitaba la labor. Para acortar el tiempo de entrenamiento de los nuevos marineros se adopta la solución de movilizar, con carácter forzoso, a las tripulaciones civiles de marinos que ya estaban instruidas pues, debido a su insularidad, el país disponía de una gran masa de marinos entre su población.

Se apoya este procedimiento de recluta naval en la situación de guerra en que se encontraba la nación. Así,

además de emplear a infantes de marina como tripulantes de los barcos, se alista obligatoriamente a uno de cada cinco marineros de los buques civiles de transporte "estén donde estén", en Gran Bretaña, en sus colonias, en naciones aliadas o neutrales, lo que provoca protestas de los armadores, cancelación de viajes, motines, daños comerciales, etc. Igualmente, los buques civiles de transporte que se requisasen para tareas logísticas lo serían con sus tripulaciones completas.

Con estas expeditivas medidas, no existen grandes problemas para que Vernon disponga de más de 3.000 marinos en el contingente que se dirige a América en el verano de 1739, que un año después Cathcart embarque a su fuerza terrestre en un gran número de buques de transporte civiles requisados y que los navíos del comodoro Chaloner Ogle que los escoltaban dispusieran de 8.000 tripulantes, así como tampoco para conseguir los 1800 marinos necesarios para la escuadra del comodoro Anson que se dirigiría al Pacífico.

El total de personal militar inglés que está previsto incluir en los distintos contingentes que se enviarán al TO. durante 1739 y 1740 es de, aproximadamente, 21000 hombres. Allí se les unirían otros 3.000 colonos procedentes de las colonias británicas americanas y se completaría con un grupo de aborígenes para tareas auxiliares. Además, también se desplazarían las tripulaciones civiles de los buques de transporte que estaba previsto requisar, y que, aunque no intervendrían directamente en los combates, había que tener en cuenta en el estudio de los apoyos logísticos necesarios.

EL PERSONAL ESPAÑOL

Por parte española las necesidades de personal para el TO americano adquiere otras características pues ya se disponía allí de unidades militares territoriales y de milicias locales, que podrían incrementarse en caso necesario con reclutamiento local, así como de navíos con sus tripulaciones alistadas. No se plantea reclutar nuevos elementos con carácter extraordinario en la península para el TO americano ya que, en función de la entidad de las fuerzas inglesas que con carácter hostil se desplazaran a aquellas aguas y territorios, así enviaría España otras, ya existentes y organizadas en territorio nacional, pues se disponía de un ejército permanente y profesional que podría reforzar a las unidades y escuadras ubicadas en los territorios amenazados[22].

Aunque existen peticiones de refuerzos de personal y material para todas las plazas, hecho normal ante los acontecimientos que se avecinan, se decide enviar con carácter inmediato, hacia Cartagena de Indias y hacia Portobelo-Panamá, dos batallones. Estas Unidades saldrían aprovechando la oportunidad de la inmediata salida de los dos navíos que ya se encontraban dispuestos a partir a la zona en el verano de 1739 y que llevaban abastecimientos pendientes de envío hacia la zona y al recién nombrado nuevo virrey de Nueva Granada Sebastián de Eslava. Se asignan también otros dos batallones y medio terrestres, para Cartagena de Indias o la Habana dependiendo de la evolución de la situación. Estos últimos partirían en los doce navíos de la escuadra que mandará el almirante Rodrigo de Torres, que también se alista para la contienda americana, pero que de hecho no saldrían hasta el verano del año siguiente cuando es inminente la salida de la formidable escuadra inglesa de Cathcart. Para la ZO. del Pacífico se asigna otro batallón, que dotaría a la escuadra de seis navíos que mandaría el Almirante José Pizarro, y que partiría

también en 1740 persiguiendo a la escuadra inglesa de Anson. Posteriormente, en función de la evolución de la situación, se podrían modificar los destinos finales de las unidades de refuerzo, así como de las armas y las municiones enviadas. El personal de los batallones procedía de los regimientos, ya existentes, Aragón, España, Granada, Lisboa, Toledo, Navarra y Portugal, por lo que no era necesario reclutarlos e instruirlos como ocurría con los contingentes ingleses, y solo se precisaba completar el déficit en las plantillas y dotaciones. En cuanto a los marineros para los navíos que se prevé enviar a América en las expediciones de Eslava, Torres y Pizarro, se estima que serán necesarios 800, en el verano de 1739 y unos 6.000 para un año después, y no existen grandes inconvenientes para conseguirlos salvo, eventualmente, la escasez de marineros en los puertos de Santander y El Ferrol, de donde parte Pizarro, por lo que hay que recurrir a 300 marineros de Vizcaya.

El personal español que formaría parte de las expediciones de refuerzo a las plazas americanas durante los años 1739 y 1740 era de, aproximadamente, 11.000 soldados y marineros.

LOS BARCOS

En cuanto a las necesidades navales, con los 130 buques de guerra de los que disponía Inglaterra a finales de 1739 y más de 230 en 1741, no tuvo muchas dificultades para la designación de unidades navales para organizar las diferentes escuadras a enviar al TO. americano. En marzo de 1739 se ordena armar a 12 navíos, y en el mes de agosto del mismo año se encuentran en proceso de alistamiento más de

110 buques de guerra. Respecto a la flota civil, la enorme cantidad de buques de transporte solo produce dificultades momentáneas en el proceso de requisa pero no en su alistamiento.

En España, con el impulso que en los años previos le había dado a la construcción naval el secretario de Marina, José Patiño[23], en 1736 la Armada ya disponía de más de 50 navíos (Tabla 1), de los cuales alrededor de 40 estaban armados con su artillería, por lo que, en el verano de 1739, tampoco tenía muchas dificultades para alistar a los 20 navíos de guerra que pensaba destacar a las Indias Occidentales.

En el caso de la expedición de Torres se prioriza su asignación, en el sentido de que se da la orden de seleccionar para la misma a los doce mejores navíos que se encontrasen en las costas españolas, y para la de Pizarro se ponen a punto[24] las fragatas San Esteban y Hermiona. Además, se contaba con los astilleros de La Habana en la costa atlántica y el de Guayaquil en la del Pacífico como órganos de apoyo en la zona. En cuanto a los medios civiles de transporte de carga, España ya enviaba, desde los últimos 20 años del siglo XVII, una flota de transporte a Tierra Firme cada cinco años y una a Nueva España[25] cada dos. Disponía, además, de empresas civiles de transporte tales como la Compañía de la Habana y la Guipuzcoana de Caracas que operaban con las Indias Occidentales, por lo que con estos medios no debería tener problemas importantes para satisfacer sus necesidades de transporte.

ALGUNOS CONDICIONANTES: LA LOGÍSTICA

Las primeras dificultades logísticas que se plantean a los

contingentes de ambas naciones eran las de determinar todo lo necesario para vivir, combatir, y sostener, que tendrían tanto el personal como el material participante, con qué periodicidad habría que proporcionárselo y, posteriormente, la forma en que se le suministraría oportunamente en el lugar y el momento necesario. Es un ciclo que comienza con la determinación de las necesidades de los contingentes y finaliza con su transporte, aunque para ello habría que contar con un presupuesto económico que lo respaldase[26].

La financiación para las expediciones británicas es asumida por el Estado, y así el Parlamento inglés autoriza un incremento en el presupuesto de 200.000 libras[27] para afrontar los gastos extraordinarios que ocasione la guerra.

Por el contrario, España seguía el principio de que los gastos defensivos americanos los asumían quienes se beneficiaban de ellos, esto es, los comerciantes que traficaban con los productos americanos[28], ya que las tropas proporcionaban un ambiente relativamente estable y seguro para sus negocios a resguardo de piratas, corsarios y países hostiles. También cooperaban en los gastos defensivos los virreinatos que recibían las tropas[29] porque, técnicamente, también eran beneficiarios de la seguridad y la tenían que pagar. La Hacienda Real solo se hacía cargo, puntualmente, de algunos de los costes.

En este caso, los comerciantes españoles de Cádiz que negociaban con los lugares de destino de las fuerzas tienen que aportar un millón de pesos[30] de vellón como presupuesto inicial, y los virreyes y la Marina contribuirían haciéndose cargo de los salarios de las tripulaciones de los buques.

El sistema financiero español, complicado, engorroso y poco fiable, producía retrasos y escasez[31] en la llegada de los caudales y por ende del equipamiento de las unidades y del apoyo requerido, por lo que la inventiva española utiliza vías alternativas para solventar los problemas económicos. Así, la

escuadra de Pizarro tiene que conseguir antes de salir, y "por otras vías" (sic), más de 300.000 escudos y embarcar además unos 7.000 quintales[32] extra de hierro, acero, y otros materiales, para venderlos a los comerciantes en América dada la diferencia de precio de ambos mercados y utilizar los beneficios de la venta para sufragar parte de los gastos de la expedición.

Problema a resolver era, también, la dirección y gestión que implicaba la gran magnitud logística de la empresa, por lo que hubo que crear unas estructuras organizativas específicas que se responsabilizaran de la preparación, el abastecimiento y el pertrechado de contingentes tan voluminosos. Para la expedición de Cathcart se encargan de dicho cometido a los almirantes Charles Wager y John Norris que estaban en la cúspide de mando del Almirantazgo, lo que facilitaba la toma de decisiones en cuanto a la resolución de problemas pero dificultaba el seguimiento en el día a día de la preparación. Por el contrario, para el contingente de Torres se designa al Capitán General de Galicia (CAPGE), conde de Itre, al comisario de guerra Bernardino Freire, y al intendente Salvador de Pineda quienes, ubicados en las inmediaciones del puerto designado para la concentración y salida de la flota, el de El Ferrol, conocían al detalle el seguimiento de la preparación y pertrechado, pero cuando los problemas les sobrepasaban su resolución requería medidas que se tenían que tomar en Madrid. Para la expedición de Pizarro se designa al comisario de Marina Manuel García Gómez, pero con tan escaso personal que no contaba con guarda de almacén, ni con alguacil, ni con otros marinos que le auxiliaran en la labor.

Otros condicionantes logísticos los constituían la duración de los viaje a través de uno o dos océanos, que oscilaba entre los 45 días de navegación a las plazas del Caribe y sobre los

150 a las costas del El Callao, en Perú, con las peculiaridades y dificultades específicas de cada uno como eran las corrientes, la época de temporales, el cruce del difícil cabo de Hornos[33], las bases de apoyo que cada país tenían en los destinos finales de las expediciones (solo Jamaica para los británicos y numerosas para las expediciones españolas), así como el equipo necesario para cada contingente terrestre. En este sentido, era diferente el equipamiento del infante español que iba a guarnecer poblaciones y fortificaciones propias en las cuales ya disponía de muchos de los servicios necesarios, que el numeroso contingente anfibio británico que, al tener que moverse y combatir en un terreno hostil, debía portar o aproximársele el equipo de campamento necesario (con sus tiendas de campaña, aljibes para el agua, cocinas, botiquines, etc.), el material de fortificación, la artillería y morteros, las municiones, etc.

LA ALIMENTACIÓN

Para solventar este problema lo primero era hacer una previsión sobre la cantidad de víveres que habría que llevar en los barcos para la alimentación del personal, y en su caso de los animales vivos embarcados, en función de los días de navegación previstos. Además, dada la incertidumbre respecto a la duración de la navegación, se tenía que llevar un stock extra para imprevistos. Estas necesidades seguirían existiendo hasta que las poblaciones de destino pudieran hacerse cargo del suministro de los recursos requeridos[34] por los contingentes llegados desde Europa. Y si no tuviesen existencias o no se produjeran allí los específicamente demandados, hasta que desde otros lugares o las metrópolis se pudiesen reponer periódicamente los víveres consumidos,

por lo que había que aumentar la cantidad inicial a llevar en función del tiempo empleado en reponerlos. En caso contrario, se interrumpiría la corriente de abastecimiento y las unidades sufrirían escasez, hambre, enfermedades y, por consiguiente, disminuiría su aptitud para el combate.

Estas necesidades de alimentación se medían en días de nivel y era una decisión que tomaban los estrategas y políticos de rango muy elevado a propuesta de los mandos operativos.

Para las expediciones británicas la determinación de los niveles de alimentación es muy variable. Así, para la escuadra de Vernon se establece una carga de víveres para dos años, para la de Cathcart de uno y para la de Anson se ordena que tendrán que superar el cabo de Hornos con víveres para ocho meses. Para las expediciones españolas, la regla general era que los navíos debían de llevar pertrechos para 80 días[35], aunque se decide que la escuadra de Torres lleve abastecimientos para seis meses de campaña y que en Cartagena de Indias debía disponerse de víveres para suminístrale para otros tres meses de navegación. A la de Pizarro se le ordenó que llevase seis meses de víveres para los tripulantes de los navíos y cuatro para el personal de tierra embarcado aunque, al llegar a Rio de la Plata, tendrían que ser reabastecida por el Gobernador de Buenos Aires y el comandante de Montevideo[36].

Paralelamente, en diciembre de 1739, se ordena a los virreyes del Perú y de Nueva España y a los Presidentes de las Audiencias de Santa Fe, Panamá y Guatemala, que se preste ayuda en víveres a las flotas españolas que operen contra los ingleses ya que el bloqueo británico a La Habana, el cierre del mercado de Jamaica desde noviembre de 1739 al suministro español, y la escasez de existencias en Puerto Rico y Santiago de Cuba, dificultarían la provisión de las expediciones en las plazas de destino.

El establecimiento de los niveles de abastecimiento implantados significaba que, para la ZO. del Atlántico, los británicos tendrían que cargar en sus barcos más de 24.000 toneladas de alimentos y 30.000 de leña[37] para su elaboración, y los españoles 4.300 de alimentos y 5.200 de leña. Para la ZO. del Pacífico, los británicos necesitaban 2.700 toneladas de alimentos y 3.000 de leña, y los españoles 1.200 de alimentos y 1.500 de leña.

Estas enormes cantidades suponían además grandes complicaciones de financiación, obtención, manipulación y gestión. Para su transporte naval, sin contar la voluminosa leña, Inglaterra necesitaría unos 250 buques de transporte de 500 Tn.[38], y España más de 60 buques de similares características, lo que suponía un reto casi imposible de solventar.

La solución dada por los logistas, como siempre pragmática, consistía en considerar a los niveles de alimentación que habrían de acumular como un objetivo a alcanzar, pero que se tendrían que ajustar a la realidad de la capacidad económica para su obtención, la duración de la aptitud para el consumo de los artículos perecederos, su merma por contaminación por roedores, insectos o agua de mar, los derrames, el peso[39] y volumen que ocupaban, el almacenamiento, las posibilidades de obtenerlos en el destino final del viaje o durante el trayecto en algunas escalas, los medios de transporte puesto a disposición y sus capacidades, etc. Otra posibilidad de solución parcial era la de hacer una distinción entre las cantidades a mantener a bordo entre el personal embarcado, más para los marinos que deberían permanecer a bordo mayor tiempo y menos para la infantería cuyo embarque era temporal, e incluso en la composición de los menús de unos y otros, también favorable a los marinos. Y, naturalmente, no cargar todas las necesidades sino mantener los stocks por medio de un

sistema de suministros parciales periódicos, desde las metrópolis u otros lugares, para reponer el consumo y la escasez o carencia de aquellos recursos que no existían o no se daban en los destinos finales. En resumen, acumular menos víveres y aumentar el ritmo de reposición de los mismos.

Lo primero que se necesitaba reponer en los barcos era el agua y la leña, dado que la bebida (agua y bebidas alcohólicas) era el producto alimenticio de mayor consumo, pues superaba en general el 60 por ciento[40] del total de la alimentación[41] y se deterioraba en los toneles, y la leña por el gran volumen que requería la utilización de 3 Kg/hombre/día, por término medio, para la elaboración de las raciones.

Para la conservación de los alimentos perecederos en condiciones aceptables para el consumo se utilizaban algunas técnicas propias de la época, como eran la salazón de la carne y el pescado, la salmuera, el consumo del pan en forma de torta cocida dos veces[42], la sustitución de tocino por cecina, etc. De esta forma se alargaba el plazo de utilización del tocino, la carne de vaca y la de cerdo a dos meses, y la del bacalao un mes. También se transportaban animales vivos para que la disposición de carne fuese mayor, aunque éstos también consumían alimentos y, sobre todo agua, por lo que había que sacrificarlos cuando empezaba el racionamiento. Entre los más comunes estaban patos, ocas, pavos y, menos frecuentemente, gallinas porque no se adaptaban bien a la navegación.

En función, pues, del tiempo de conservación de los alimentos en buen estado y del índice de consumo, las expediciones tenían que hacer escala en algún puerto o isla aproximadamente a los 45 días de navegación para reponer agua, leña y parte de los alimentos, que obtenían generalmente por compra o intercambio con los aborígenes

si no podían hacerlo en alguna de sus colonias que se encontraban en el itinerario. Las expediciones españolas que se dirigían al Caribe solían hacer escala en las islas Canarias y, posteriormente, en las Antillas, y las que se dirigían al Pacífico en las colonias de Rio de la Plata, Montevideo y Chile. Las inglesas podían hacerlo en la isla de Madeira y, las que se dirigían al Pacífico, en las costas de Brasil y Chile.

El almacenaje de los alimentos y del resto de los recursos durante el transporte era también un gran problema pues de su buena gestión dependía en gran medida evitar la contaminación entre los diferentes productos, sobre todo del agua de mar, limitar el acceso a las ratas, ratones e insectos, la sustracción por parte del personal embarcado, la optimización del escaso espacio disponible de la embarcación, las posibilidades de manipulación y, sobre todo, la buena estiba de la carga en la nave y el equilibrio de su centro de gravedad que influía, muy directamente, en la seguridad de la misma. Los envases[43] más utilizados eran sacos, botijas, botas, pipas o toneles. Las pipas o toneles eran recipientes de especial importancia y constituían la base para medir el arqueo de una nao hasta el año 1550 en que se comienza a emplear la palabra tonelada y que coincidía con el volumen de un tonel. Estaban normalizadas[44] y su construcción requería toneleros expertos y maderas excelentes como pino y roble que había que importar desde el norte de Europa, por lo que se consideraba un material estratégico.

La mayoría de los alimentos iban colocados en las bodegas inferiores del buque donde el espacio era compartido también con el resto de la carga y el alojamiento del personal, y en las que pululaban los insectos, roedores[45], gorgojos, piojos, etc. Además, como los barcos iban generalmente sobrecargados, las escotillas de las troneras de la artillería, situadas próximas a la línea de flotación, se

mantenían la mayor parte del tiempo cerradas para evitar la entrada de agua por las mismas, por lo que la ventilación en estos lugares era muy escasa. Esta conjunción de parásitos, escasa ventilación y carencia de espacio descomponía aún más rápidamente las viandas para el consumo y ocasionaba su pudrimiento, por lo que su consumo en estas condiciones motivaba la aparición de enfermedades y fallecimientos del personal. Al aumentar el número de enfermos éstos permanecían acostados en las bodegas en lugar de estar prestando el servicio en cubierta, por lo que el espacio disponible[46] se reducía aún más y el enrarecimiento de la atmosfera facilitaba exponencialmente el contagio de las enfermedades.

Para solventar el problema de la alimentación de los contingentes durante la fase de proyección no quedaba más remedio que emplear buques de aprovisionamiento específicos para que los convoyes mantuviesen un nivel de aproximadamente 40-50 días, y reponer periódicamente lo consumido en las colonias propias o en islas situadas en el trayecto. No existía posibilidad de mantener la autonomía logística durante más tiempo debido a que algunos alimentos imprescindibles se estropeaban en ese plazo de tiempo, y no había otra solución para mejorar las condiciones de almacenamiento que aumentar el espacio disponible con otros buques de transporte. Si ambos condicionantes no se daban, era muy probable que se consumieran alimentos en mal estado y aparecieran enfermedades que diesen lugar a fallecimientos.

Por otra parte, la dificultad de sostener a tan elevados contingentes en las plazas de destino obligaba, tanto a españoles como a ingleses, a mantener una corriente de abastecimientos desde sus metrópolis europeas para el suministro de aquellos productos que allí escaseaban o que no existían por ser, para unos u otros, productos específicos

de consumo europeo, y que completasen los que se obtenían en los mercados locales americanos. Así, desde la partida de Torres hasta abril de 1741, salen dos convoyes desde Galicia y Cádiz de 18 embarcaciones con suministros[47] y abastecimientos para los españoles. Las vicisitudes de estos envíos, cuya salida se retrasa casi un año, la modificación en varias ocasiones de sus destinos finales, el mal tiempo que les acompaña y que hace regresar a algunos de ellos, y el naufragio que sufren en las inmediaciones de Puerto Rico, motivan que solo lleguen a su destino final, Cartagena de Indias, los suministros que viajaban en cinco buques franceses y con bastante posterioridad a cuando se necesitaban.

En Jamaica entran, en agosto del mismo año, 20 embarcaciones cargadas de víveres y pertrechos para las expediciones inglesas.

EL RESTO DEL EQUIPAMIENTO

Además del personal, alimentos y navíos que se trasladaban, también había que tener en consideración el resto del material que iría en las expediciones y que era necesario transportar y sostener durante la proyección y las operaciones. Entre los más significativos se encontraba la artillería embarcada[48] que suponía, por parte inglesa, unos 2.100 cañones que fueron enviados a la ZO del Atlántico y otros 540 a la del Pacífico y, por parte española, 700 cañones al Atlántico y otros 270 al Pacífico. Este armamento necesitaba, además del utillaje y accesorios[49] para su utilización, una dotación de municiones y pólvora adecuada para su empleo durante un plazo de tiempo idéntico al que se había establecido para la alimentación aunque, así como

era fácil calcular los víveres que se necesitarían en la operación, no ocurría lo mismo con la previsión del armamento y las municiones que se emplearían, que dependía de la experiencia en el consumo acumulada en otras operaciones y de las existencias disponibles en almacenes y fábricas de los destinos[50]. Eso suponía que Inglaterra necesitaba para sus contingentes unas 3.000 toneladas de munición y 800 de pólvora solo para su artillería, y España 1.500 toneladas de munición y 400 de pólvora para idéntico armamento.

Para el transporte naval de los proyectiles, por su gran peso y escaso volumen, se podía utilizar, además de los pañoles de munición y santabárbaras, como lastre del barco. La pólvora se envasaba en barricas o jarras de cobre para evitar la humedad aunque, posteriormente, éstas se tuvieron que recubrir con una capa de plomo para evitar los accidentes producidos por las chispas eléctricas originadas por el roce y los golpes del recubrimiento de cobre que la hacían explosionar en ocasiones. Las necesidades de transporte de los proyectiles eran, en su mayor parte, para uso de la artillería embarcada, por lo que no existía el problema de llevarlas en los navíos de línea junto con el resto del equipamiento naval[51] ya que en el diseño de sus bodegas, sollados y cubiertas ya se contaba con estas necesidades de almacenamiento y uso. El problema de capacidad se planteaba cuando se embarcaba, como en este caso, unidades de Infantería y Artillería suplementarias, por lo que se necesitaba un espacio adicional para el transporte de su personal y el correspondiente equipamiento, que se evalúa en otros 50 buques de transporte para los ingleses y 20 para los españoles.

OBTENCIÓN

Varias son las fuentes que se tienen que emplear para equipar, abastecer y pertrechar las expediciones en los puertos de partida: las dotaciones orgánicas de la unidades, las existencias de recursos en las maestranzas, arsenales y en los almacenes, la fabricación, lo capturado al enemigo, la compra y la requisa. Pero, a pesar de la gran variedad y volumen de las necesidades, son el tiempo disponible para conseguirlos, los recursos económicos asignados, y los medios de transporte puestos a su disposición, los que condicionan en gran medida el suministro de medios necesarios para que las expediciones puedan actuar autónomamente.

No existen muchas dificultades para el abastecimiento y pertrechado de los contingentes ingleses dado el centralizado sistema financiero inglés[52], la seguridad de su financiación, la operatividad de su flota acostumbrada a tener una gran volumen de medios permanentemente alistados, y el plazo de tiempo del que dispuso su contingente más numeroso, el de Cathcart, desde que recibió la orden de partida hasta su salida 11 meses después, lo que permitió y facilitó el equipamiento de la expedición.

Por el contrario, por parte española surgen numerosos problemas. La expedición de Eslava, que ya tenía disponible los navíos y los abastecimientos para Cartagena de Indias, tiene que embarcar sus efectivos terrestres con escaso tiempo y, por lo tanto, con un equipamiento y dotación mínima. En la de Torres y, en fechas próxima a su salida, faltaban 9 cañones, 150 marineros, 625 quintales de harina además de tener que traer desde Cádiz a El Ferrol otros 8.750, pipas para el embalaje[53], vinagre, aceite, verduras, etc. Y para la de Pizarro hay dificultades para conseguir toda la munición, 12 cañones, un brulote y un paquebote, parte de las jarcias y de la arboladura que había que traer desde

Burdeos, Bayona y Ámsterdam, las lonas y lonetas que procedían de Holanda, se necesita, además, comprar vestuario y confeccionar calzones para protegerse del clima[54] que se iban a encontrar, faltaba pipería y tonelería, etc. Los problemas con las escasas disponibilidades económicas y el corto plazo de tiempo disponible hasta la salida dificultaban el acceso a los mercados apropiados para conseguir los abastecimientos necesarios. Salvo los abastecimientos pendientes para Cartagena de Indias, que habían sido solicitados en los años 1937 y 1938 y que estaban acumulados en los buques que llevaría Eslava, la situación es problemática y las expediciones se hacen a la mar con grandes carencias en sus equipamientos.

A ello contribuyó, también en gran medida, la designación de El Ferrol en lugar de Cádiz como terminal de trasporte marítimo de salida. Aunque en El Ferrol se encontraban atracados los navíos que defendían la costa norte española y que se designan para formar parte de las expediciones, en Cádiz hacían lo propio los encargados de la costa sur amén de los que vigilaban las incursiones desde y sobre Gibraltar y Mahón. Es en el puerto gaditano donde se concentraban la mayor cantidad de navíos españoles disponibles y allí se contaba, además, con la experiencia y los recursos apropiados para abastecer a las flotas que partían hacia las Indias Occidentales españolas, pues era su origen tradicional y, probablemente, hubiese habido menos problemas para alistar y pertrechar las expediciones.

Ante las carencias existentes, la solución que se adopta es mandar las expediciones de Eslava y Torres con sus necesidades de equipamiento sin cubrir y con la promesa de que se enviarían con posterioridad, y para la de Pizarro, ordenar a las autoridades locales americanas que completasen sus dotaciones una vez que recalasen por aquellos parajes.

Las necesidades totales de transporte para la carga logística a llevar, tanto para el personal como para el material y niveles de las fuerzas expedicionarias, con independencia del de las unidades navales de guerra, se evalúa en torno a los 300 buques para los ingleses y 80 para los españoles, pero en realidad se les asignan 174 y 2 respectivamente lo que significa cubrir solo el 60 y el 3 por ciento de las necesidades de estos medios. Ello implicaba una gran desproporción en el equipamiento de las fuerzas de ambos países, e incluso, dentro de cada país, entre las diferentes expediciones, y conllevaba la necesidad de emplear a los navíos de línea, además de para su cometido específico, como medios de transporte de personal y carga para la infantería que, si en las expediciones británicas constituyeron un complemento al de los buques civiles, en las españolas ejercieron el esfuerzo principal en este cometido.

Así, en las expediciones de Vernon y en la de Anson, además de los navíos de línea, se incluyen mercantes y balandras con el primero y dos buques de transporte para el segundo, por lo que su logística estaba ajustada para llevar a cabo solo operaciones de corta duración y objetivos limitados. A Cathcart, por el contrario, se le asignan más de 150 buques de transporte por lo que su equipamiento estaba configurado para llevar a cabo operaciones de larga duración, tanto para ella como para la expedición de Vernon y los refuerzos americanos procedentes de sus colonias, de forma autónoma y con escasa dependencia exterior, con excepción de los alimentos perecederos. En ella se acumula la capacidad de sostenimiento de todas las fuerzas de la ZO atlántica.

Por parte española, el escaso empleo de buques civiles de transporte estaba motivada, además de por la mayor capacidad de sus navíos, en que la financiación de las expediciones corría a cargo, en su mayor parte, del gremio de los comerciantes con las Indias Occidentales, por lo que no se podía, como en el caso inglés, requisarles además sus buques y tripulaciones, pues sería condenarlos a la ruina.

Con la expedición de Eslava no se envían medios suplementarios de transporte por lo que los expedicionarios se tienen que ubicar en los dos navíos de línea de la misma que, además, llevan los abastecimientos pendientes de remitir a Cartagena de Indias desde hacía dos años. El equipamiento de los infantes, incluyendo los víveres, era mínimo. Con Pizarro se asigna solo un paquebote como medio adicional de transporte por lo que los infantes expedicionarios y su equipamiento se tienen que ubicar también en los navíos de línea, aunque en este caso, al ser su número de seis, la situación no es tan agobiante como en el caso de Eslava, si bien es también crítica para un viaje tan largo. Con la expedición de Torres se agrega un solo paquebote, además de los doce navíos de línea, por lo que la infantería embarcada y su equipamiento podría haberse ubicado con algunas dificultades si hubiese sido convenientemente dotada, cosa que no ocurrió debido a los problemas de obtención que se plantearon.

En resumen, que la mala gestión de los asuntos logísticos por parte española obliga a que las expediciones no cuenten con una flota de transporte adecuada para la carga, por lo que se proyectan faltas de equipamiento y hacinadas en buques de línea junto con los víveres y el resto de los recursos lo que implicaba un enorme riesgo de aparición, desarrollo y proliferación de enfermedades y, por lo tanto, de que se produjesen numerosas bajas durante el transporte, y que la permanencia de las fuerzas en los destinos finales

estaba supeditada a que la plaza dispusiese de víveres en cantidad adecuada para su subsistencia. Si la plaza a reforzar no contaba con los víveres para el sustento del contingente recién llegado, o si no se aseguraba una corriente de abastecimiento desde la tan lejana península, las expediciones no podían permanecer en ella.

La logística durante esta fase preparatoria, y como en numerosas ocasiones la historia enseña, ya condiciona las operaciones militares posteriores en el sentido de:

Las dificultades con el reclutamiento durante la generación de fuerzas limita el dotar al contingente inglés del número de efectivos terrestres adecuados previstos.

La escasa dotación de medios de transportes y pobre equipamiento de las españolas implicaba a la exposición de su personal a sufrir enfermedades debido al hacinamiento durante el viaje así como a supeditar la plaza a socorrer en función de las posibilidades de apoyo en víveres que se les pudiesen proporcionar en ella.

El tipo de almacenamiento y la duración en condiciones de consumo de los víveres perecederos durante el viaje obligaba a ambos contendientes a realizar una escala oceánica, al menos, antes de los 45-50 días de navegación.

3 La proyección

(Gráficos 3 y 4)

LA RUTA Y LA DURACIÓN DE LOS TRAYECTOS

La ruta marítima general de la época para que los barcos cruzaran el océano Atlántico en dirección este-oeste partía de los 20° grados de latitud, al sur de las islas Canarias, y llegaba a las islas Menores antillanas, puerta de entrada al mar Caribe, unas 2.100 millas después. La razón de su utilización eran los vientos alisios y las corrientes marítimas de Canarias y la Ecuatorial del Norte que impulsaban constantemente a los barcos a vela que iban con la misma dirección. Para subirse a esa cinta transportadora transatlántica marítima, las expediciones inglesas y españolas tenían que bajar desde sus puertos de salida situados sobre los 25-30° grados de latitud más al norte, haciendo escala, generalmente, en las islas Canarias las españolas y en la portuguesa de Madeira las inglesas. Si no se producían incidencias, la duración total del viaje de las expediciones que se dirigían al Caribe solían estar comprendida entre los 35-45 días (Tabla 2).

Las expediciones que se dirigían al Pacífico saltaban desde las islas Canarias y Madeira hasta Montevideo y Río de la Plata las españolas y la costa de Brasil las inglesas, empleando para ello unos 80 días. Desde allí, costeando, se enganchaban a la corriente marítima de Brasil hasta cruzar

el Cabo de Hornos en unos 30 días y, una vez en el Pacifico, auxiliarse de las corrientes Antártica y de Humboldt hasta alcanzar el istmo de Panamá, después de recalar en sus bases chilenas las española y en la isla de Juan Fernández las inglesas, empleando unos 160 días por término medio en completar todo el recorrido. En esta ocasión y, como según el plan inglés previsto, el ataque al istmo de Panamá se realizaría coordinadamente desde ambos océanos, la expedición que se dirigiese a la ZO del Pacifico tendría que partir desde Inglaterra, como mínimo, seis meses antes de las que se enviasen a la ZO del Atlántico.

LAS FECHAS

La elección de las fechas de salida de los contingentes desde sus bases europeas, una vez que se encontraban preparados para iniciarlas, estaba condicionada por el momento previsto para su entrada en acción en las plazas y aguas americanas según el plan diseñado. Si a dichas fechas se les detraía el tiempo necesario para efectuar el viaje, parecería fácil deducir el momento propicio para que las flotas europeas zarpasen. Pero las condiciones climáticas que acontecerían tanto durante el trayecto como en sus destinos, así como el cambio del ambiente habitual para las tropas que significaba el paso del Viejo al Nuevo Mundo, eran variables muy importantes que habría que tener en consideración.

En cuanto a las condiciones meteorológicas durante el viaje, no era conveniente la salida desde Europa en los meses invernales para así poder eludir las tormentas en el Atlántico Norte y en el Cantábrico que solían producirse en esas fechas. Tampoco era aconsejable entrar en el mar Caribe entre los meses de mayo a noviembre, y en especial

en agosto y septiembre, para evitar los huracanes y tormentas tropicales que se desencadenaban, generalmente, en la época de lluvias. Pero, además, en esta ocasión existía el problema de tener que compaginar las diferentes condiciones climáticas oceánicas en dos hemisferios pues, cuando en el norte era verano la mejor época para la navegación, en el sur se encontraban en invierno que era la peor. Para completar el difícil panorama, las expediciones al Pacífico tenían que afrontar los peligrosos vientos y corrientes durante el cruce de uno a otro océano por el Cabo de Hornos. Y aunque los navíos eran una de las máquinas más complejas y desarrolladas de la época, los medios auxiliares existentes para apoyo a la navegación y para hacer previsiones atmosféricas eran tan rudimentarios que, afrontar una navegación de estas características, conllevaba un alto peligro para los buques y las personas.

La solución generalmente empleada por España hasta el momento en sus transportes regulares, en que el sistema de transporte a América por medio de flotas[55] colapsa debido al dominio de los mares por parte de ingleses y holandeses y a la disminución de su rentabilidad, era que las expediciones que se dirigiesen hacia Nueva España partiesen entre los meses de abril y mayo, eludiendo las tormentas atlánticas, para así recalar en Veracruz antes de verse afectadas por los huracanes y vientos más intensos del norte que asolaban el golfo de México y el Caribe. Por el contrario, las que se dirigiesen a Tierra Firme lo hacían entre julio y agosto para llegar con posterioridad a la época de lluvias y antes de la mayor proliferación de las enfermedades tropicales[56].

Otra variable a tener en cuenta para determinar la fecha de salida de las flotas era el plazo necesario para la aclimatación de las tropas al nuevo ambiente, ya que, al encontrarse las ZO,s. en áreas tropicales con temperaturas constantes entre 20 y 30 grados y alto nivel de humedad, los

contingentes europeos que llegaban a ellos por primera vez se veían afectados por enfermedades endémicas locales.

Y en cuanto a las condiciones de sus destinos finales, tres eran los posibles escenarios de actuación de las fuerzas terrestres cuando las expediciones se disponen a salir de sus bases europeas: el istmo de Panamá, La Habana y Cartagena de Indias.

En el istmo selvático de Panamá, con un clima casi ecuatorial, cálido y húmedo, las lluvias eran constantes durante todo el año con un breve periodo de enero a abril en que su intensidad bajaba. En Cuba el clima es tropical, con una estación lluviosa de junio a septiembre produciéndose entonces frecuentes e intensos, aunque breves, aguaceros. En Cartagena de Indias el clima también es lluvioso y cálido, con un periodo de lluvias que abarca desde finales de abril hasta diciembre y unos periodos secos durante el resto del año.

Para el atacante era preferible llevar a cabo las operaciones terrestres durante las épocas secas evitando los periodos lluviosos que entorpecían, si no impedían, los movimientos de personal y de material así como el descanso de las tropas. Pero tenían el inconveniente de que durante dichas épocas proliferaban los insectos, aparecían numerosas enfermedades, y el personal se agotaba más rápidamente debido al calor y la humedad.

Todas estas variables climáticas hacían prácticamente imposible compaginarlas entre sí porque sus fechas eran, en muchos casos, antagónicas. La mejor solución era efectuar el viaje por fases.

En una primera fase se haría el trayecto Europa-América en los meses estivales para evitar las tormentas y el mal tiempo en el Atlántico, recalando en las Antillas o en las costas de Rio de la Plata o de Brasil, según el destino fuese el Caribe o el Pacífico.

En una segunda fase, las expediciones que se dirigían al cabo de Hornos continuarían en dirección sur y las que marchaban al Caribe se mantendrían en los puertos de escala aclimatándose al nuevo ambiente en aquella zona.

En una tercera fase, se aprovecharía algún periodo de buen tiempo en el cabo de Hornos para cruzarlo, y se haría lo mismo en el Mar Caribe, a comienzos del invierno y antes del periodo de lluvias, para llegar a sus destinos finales.

Y por último, en una cuarta fase, las expediciones del Pacífico tendrían que subir por la costa hasta llegar a la altura del istmo de Panamá.

Estos condicionamientos climáticos dificultaban el planeamiento inglés inicial de cortar el istmo de Panamá con dos operaciones simultáneas lanzadas desde ambos océanos ya que, para que se produjera la coincidencia en lugar y tiempo de las acciones, la expedición inglesa al Pacífico tendría que salir desde Inglaterra un año antes que la que se dirigiese al Caribe en lugar de los seis meses que se estimaba debido a la duración de los trayectos. Y por otra parte, la incontrolable aparición de las enfermedades tropicales y los insectos inclinaban a los estrategas ingleses a llevar cabo las operaciones terrestres al final de la estación seca, durante los meses de mayo y abril, que era cuando, además, el terreno estaba más compacto y seco para el movimiento de las tropas y el material.

La elección de las fechas de salida de los contingentes era, por lo tanto, una decisión de suma importancia en la que no solo influían los condicionantes operativos, sino también los técnicos, climáticos y sanitarios.

LA TRAVESÍA DE VERNON

Dado que, a comienzos de 1739, la decisión de declarar la guerra a España para arrebatarle las posesiones y el comercio americano ya estaba tomada por parte inglesa, que la tensión entre ambos países había llegado a un punto de no retorno, que el reclutamiento y entrenamiento del grueso de las fuerzas terrestres inglesas que se pretendían enviar hacia el TO americano llevaría todavía un tiempo, y la predisposición e insistencia del político-militar Vernon por la empresa, ello motiva a que el Parlamento inglés autorice la salida de éste hacia el Caribe. Con esta precipitada resolución se rompe la coordinación de las acciones militares previstas en el TO. americano, ya que la primera expedición en salir tendría que haber sido la que se dirigiera a la ZO. del Pacífico para coincidir su ataque al istmo de Panamá con el que se desencadenase desde el Atlántico. Esta decisión política hace peligrar, como en muchas ocasiones históricas, la consecución de los objetivos militares estratégicos.

Así, tras una semana esperando que mejorase el tiempo, el 4 de agosto de 1739 el Vicealmirante Vernon parte desde Portsmouth rumbo a Jamaica con una escuadra con un componente casi exclusivamente naval de cinco navíos[57] y, por lo tanto, con escasa capacidad para llevar a cabo acciones terrestres y de ocupación del terreno, aunque seguía persistiendo que una de las finalidades de las fuerzas que se dirigiesen a la ZO. era la de cortar el istmo de Panamá y ello conllevaba la ocupación de Portobelo. El momento climático para la salida era el idóneo ya que el océano se encontraba en esa época más calmado.

Días después de su salida se le envía, con la fragata Port Mahón, nuevas órdenes para que se dirija a patrullar en las inmediaciones del cabo Finisterre a la caza de la escuadra española de los azogues[58] que volvía de América cargada de oro y plata y probablemente se dirigiese a La Coruña, vía

Las Azores, que era su trayecto previsto. Para esta nueva misión se le incorporan otros tres navíos y una fragata[59]. Dado que no consigue contactar con los buques españoles, retorna a su idea primitiva y pone rumbo hacia el Caribe.

Sin ningún contratiempo climático, entra a principios de octubre en isla La Antigua donde se le une una de las tres fragatas que allí se encontraba[60] y puede proceder al reaprovisionamiento de los víveres perecederos y de artículos consumidos. Tras una breve pasada por la isla de St. Kiss, desde donde Vernon ordena una incursión a los puertos de La Guaira y Puerto Cabello por una flotilla de tres navíos[61], entra en Port Royal, Jamaica, el 26 de octubre. También fue oportuno, desde el punto de vista climático, el cruce del mar Caribe, pues en esas fechas estaba acabando el periodo de lluvias en la zona, lo que muestra las buenas aptitudes marineras que tenía el Vicealmirante.

Allí se constituye una potente escuadra formada[62] por nueve navíos, seis fragatas y otros buques menores al hacerse cargo Vernon de los buques de los que disponía el comodoro Brown[63] en aquella base, lo que le permite llevar a cabo operaciones navales en la zona de forma autónoma y sin que ninguna otra fuerza fuese capaz de impedírselo, ocasión que no iba a desaprovechar.

En resumen, Vernon había hecho una travesía perfecta en la que había empleado 84 días, contando con el tiempo necesario para desarrollar la misión temporal que había tenido que cumplir durante el trayecto, y con una escala intermedia para reaprovisionarse.

LA TRAVESIA DE ESLAVA

Tras la salida de la escuadra de Vernon, las autoridades

españolas activan el envío de refuerzos militares al Caribe. Para ello, ordenan alistar los navíos San Carlos y el Galicia que se encontraban en El Ferrol[64], cargar en ellos los abastecimientos[65] pendientes de remitir a Cartagena de Indias que habían sido pedidos desde hacía uno y dos años, embarcar de forma precipitada a 600//700 hombres de Infantería, que van sin sus dotaciones completas, al recién nombrado nuevo virrey don Sebastián de Eslava, y despacharlos hacia la ZO. La presencia de navíos ingleses en las inmediaciones de Galicia (eran los buques de Vernon en su viaje a Jamaica y de Ogle, que había salido también desde Gibraltar a la espera de la flota española de los azogues para atacarla) retrasa su salida hasta el 18 de octubre cuando la ventana climática adecuada en el Atlántico estaba próxima a cerrarse, aumentándose con ello los riesgos de que el mal tiempo les afectase durante la travesía.

Por otra parte, el transporte suplementario en los navíos de línea de los abastecimientos consignados para Cartagena de Indias y el de la infantería redujo considerablemente el espacio disponible en los mismos, donde personal, armas, municiones, víveres, pertrechos navales, parásitos y filtraciones de agua marina compartían las bodegas, con lo que se adelantaba el deterioro prematuro de los víveres.

La suerte no acompaña a los expedicionarios y al poco tiempo de la salida tienen que padecer tormentas y tempestades que, aunque no acarrean naufragios, alargan la duración de la travesía y por ende la necesidad de una mayor cantidad de víveres frescos, ya de por sí escasos, al tener que atenderse además al consumo del personal de infantería que, en principio, no estaba previsto que fuese en esta expedición. Hasta el 16 de diciembre no atracan en la escala intermedia de San Juan de Puerto Rico, tras sesenta días de navegación, con gran parte de sus componentes enfermos, aunque han superado el mal tiempo encontrado

durante la travesía. La amenaza inglesa a la salida de la flota, que modifica el calendario de salida, y una atención deficiente a la logística al afrontar la travesía sin los niveles de víveres adecuados han hecho su efecto: la flota de Eslava llega a América con numerosas bajas lo que provocan su inoperatividad y su estancia en Puerto Rico hasta que su personal se recupere. Probablemente, si en lugar de El Ferrol se hubiese determinado como puerto de preparación y salida a Cádiz, en donde se contaba con una gran experiencia en el despacho hacia las Indias Occidentales de flotas perfectamente pertrechadas, la expedición de Eslava habría llegado al destino en las fechas previstas y en condiciones adecuadas.

En Puerto Rico Eslava queda inmovilizado mientras recupera a su personal, no solo de las enfermedades adquiridas durante la travesía sino también de las producidas por la aclimatación al ambiente caribeño, a pesar de que allí conoce los ataques a Portobelo y a Chagres que ya había llevado a cabo Vernon y desea continuar hacia Nueva Granada para tomar posesión de su virreinato que estaba amenazado por el inglés. Hasta cuatro meses después, cuando el grueso de su personal ha sanado, no consigue hacerse de nuevo a la mar y, burlando el cerco de las fuerzas de Vernon, atraca en su destino final, Cartagena de Indias, el 21 de abril de 1740, en vísperas del inicio del periodo de lluvias. No había esperado a la llegada de la escuadra de Torres, que ya había salido de España, para hacer el trayecto por el mar Caribe junto con ella en previsión de un encuentro con los navíos de Vernon que eran los dominadores de aquellas aguas, ya que Eslava quería asumir cuanto antes sus nuevas obligaciones. Por el camino ha dejado a 154 hombres muertos durante tan azarosa travesía que le ha llevado seis meses completar.

Aunque los refuerzos españoles de Eslava ya habían

recalado en Cartagena, aun necesitaban un periodo para recuperarse del viaje, completar sus mermadas dotaciones, reconocer el terreno, las defensas y las posiciones cartageneras, por lo que tendrán que pasar un tiempo antes de que estén a pleno rendimiento para poder ser empleados con todo su potencial combativo. Mientras tanto, el vicealmirante inglés Vernon se disponía a hostigar Cartagena por segunda vez.

LA TRAVESÍA DE TORRES

Lo orden de salida a Torres, al igual que a Pizarro, se produjo en la Junta de Defensa del 6 de julio de 1739 pero, como le ocurrió a aquella, las dificultades logísticas para alistar[66] y pertrechar a los buques y a la tropa retrasan un año, hasta el 31 de julio 1740, su salida desde El Ferrol con doce navíos, un paquebote, un brulote, y 2.000 hombres de tierra[67]. Aprovecha la ventana climática estival en el Atlántico pero aún tiene graves carencias logísticas a pesar del tiempo que había dispuesto para solucionarlas. Como en el caso de Eslava, probablemente si se hubiese asignado el puerto de Cádiz como terminal de salida en lugar de El Ferrol, la expedición habría partido con mayor celeridad y mejor abastecida.

Entre finales de agosto y comienzos de septiembre, ya entrada en el mar Caribe, sufren fuertes vientos, mar gruesa y un huracán, lo que provoca la separación de los buques. En esos momentos ya contaban con 60 muertos[68] y más de 700 enfermos debido al consumo de alimentos en mal estado, a la escasez de frutas, que se habían estropeado, y a la pérdida de gran parte de los animales vivos que les abastecían de carne. Como a la expedición de Eslava, la climatología y el

poco interés hacia la logística, causan estragos.

La flota atraca el 15 de septiembre en la isla de Santo Domingo (La Española) para hacer una escala y desembarcar a los enfermos, que empiezan a mejoran con el cambio de alimentación recibida en tierra. Se aprovecha también para reunir a la flota, hacer aguada y efectuar reparaciones.

Encontrándose allí, Torres recibe peticiones de tropas terrestres, armas y víveres específicos peninsulares por parte del gobernador de Puerto Rico, a las que atiende[69].

El 16 de octubre parte en dirección a Santa Marta en previsión de que Vernon estuviese por aquellas aguas al acecho o bloqueando Cartagena de Indias y, el 23 de octubre de 1740, 54 días después de su salida de España, arriba a su destino final y ancla en aguas de Cartagena de Indias con gran alborozo de su población. Durante este último trayecto se ha perdido el contacto con el navío El Fuerte, que recala en La Habana con grandes desperfectos, y se desconoce también la situación de El Andalucía, que al final consiguió regresar a Santo Domingo. Días antes había atracado en la ciudad una balandra francesa en la que se enviaba, desde Cádiz, harina, lonas, jarcias, y otros artículos, como parte de los abastecimientos pendientes de suministro en El Ferrol, y poniendo en marcha la corriente de reposición de los mismos a la flota que se había acordado con anterioridad.

Una vez en Cartagena es tiempo para recuperarse, efectuar las reparaciones, reponer los víveres consumidos si es que existían en la plaza y pedir los no se pudiesen obtener in situ. Como consecuencia de ello, el personal recién llegado se dispone a adaptarse y aclimatarse al ambiente y a los productos alimenticios caribeños, se construyen nuevos hornos para la cocción y elaboración de pan/bizcocho que cubriesen las necesidades de la escuadra durante tres meses, se solicita de otras plazas y de la península carne salada y harina de trigo (para la confección del pan)[70], y se comienza

a fabricar y a sustituir un gran número de pipas, pues muchas de las que traían se habían estropeado por haberse empleado en su construcción madera de mala calidad.

Mientras tanto Vernon, que conoce la preparación y salida de la escuadra española, y tras su segundo ataque fracasado a Cartagena de Indias, permanece en Jamaica a la espera de refuerzos terrestres.

LOS FRANCESES

Aunque Francia no entró en guerra contra Inglaterra hasta 1744 con motivo de la guerra de Sucesión a la corona de Austria, sí que estaba aliada con España a través del Primer Pacto de Familia, firmado en 1733 entre Felipe V de España y Luis XV de Francia, para defender los intereses comunes de los Borbones en Italia y Polonia.

Conocida la partida de Vernon hacia el Caribe, decide el envío de dos escuadras hacia aquellas aguas, en donde también tiene posesiones e intereses, para llevar a cabo actos hostiles contra los ingleses en unión de las fuerzas españolas ya que ambas naciones dispondrían allí de un volumen de fuerzas navales de entidad suficiente como para enfrentarse y derrotar al inglés.

El 26 de agosto de 1740 sale de Tolón el almirante Laroche-Alart con 10 navíos, y 14 días después, parte desde Brest con otros 14 navíos y 5 fragatas con destino a las colonias antillanas francesas el teniente general marqués D’Antin, quien ostenta el mando de ambas escuadras[71]. Durante la travesía atlántica sufren mal tiempo que afecta gravemente a los navíos, que ya habían partido en unas condiciones no apropiadas para afrontar intensas operaciones militares y, cuando se adentran en las Antillas,

se encuentran con la misma tormenta a la que se había enfrentado Torres. Dado que no pueden proveerse de víveres en las islas de Guadalupe y Martinica, donde pensaban realizarlo, porque el mismo huracán las ha arrasado también, dejan en Martinica a dos buques que estaban muy maltrechos y se dirigen hacia Santo Domingo, donde llegan a finales de noviembre.

LA TRAVESÍA DE CATHCART/OGLE

En diciembre de 1739, tras las limitadas operaciones llevadas a cabo por Vernon en el Caribe y sus reiteradas peticiones de que le envíen refuerzos terrestres que le permitan actuar contra Cartagena de Indias y La Habana, Inglaterra decide el envío al Caribe del gran contingente terrestre de Cathcart, el cual sería escoltado por los navíos del comodoro Sir Chaloner Ogle. Allí se le unirían los navíos de Vernon. El General de División del ejército Charles Cathcart había sido designado como Mando de la Fuerza Conjunta del Ejército, Marina y Coloniales en la ZO. Esta fuerza expedicionaria, por su entidad y equipamiento, debería tener capacidad para llevar a cabo operaciones autónomas e independientes en el Caribe con garantía de éxito.

En agosto de 1740, una vez reclutado, equipado y entrenado el personal de tierra, alistados y pertrechados los buques, y abastecido todo el contingente para su actuación en un escenario tan lejano, un contingente terrestre de unos 7.000 hombres embarca en una impresionante flota de 160 buques, de guerra, de apoyo y de transporte, entre los que se encontraban los 25 navíos[72] del comodoro Sir Chaloner Ogle que le darían escolta, lo que supuso una gran organización y

estructura logística. La laboriosa operación de carga así como el destino de la flota no pudo ser mantenida en secreto, como era su objetivo, y la información no tardó en llegar a Madrid y París.

La partida estaba prevista para el 13 de agosto pues pretendían hacerla coincidir con el aniversario de la batalla de Blenheim[73], aunque el mal tiempo obliga a retrasarla en tres ocasiones e incluso a la vuelta a puerto de algunas embarcaciones que ya habían salido. Durante este periodo llegan noticias de la partida de la escuadra española de Torres, así como también de las dos francesas, en dirección al Caribe, por lo que se replantea por parte inglesa la necesidad de reforzar el número de las fuerzas expedicionarias hacia la zona y ello origina que no sea hasta finales del mes de octubre cuando definitivamente partan. Durante el tiempo en que se retrasa la salida, bien por el tiempo o a la espera de los nuevos efectivos, el personal embarcado ya había comenzado a consumir los alimentos de a bordo por lo que, cuando se produce la partida definitiva dos meses después, los niveles de víveres estaban bajo mínimos y además había que repartirlos entre un mayor número de personas. Esta escasez de víveres, la limitada cantidad de efectivos de refuerzos asignados para hacer frente a las nuevas amenazas, así como la aparición de un brote de fiebre en los buques, motiva las quejas del general Cathcart y su reticencia a salir en esas condiciones, aunque, no obstante, acata la orden de levar anclas.

A comienzos de noviembre sufren una tormenta que desbarata la formación naval y parte de los buques regresan a Inglaterra mientras el grueso continúa hasta la isla antillana de La Dominica, donde recalan el 19 de diciembre con gran parte del personal padeciendo disentería y escorbuto. Al día siguiente de la llegada muere Cathcart[74] debido a la disentería que padecía desde hacía diez días, muy

probablemente por consumir alimentos en mal estado. Se abastecen de agua y leña y desembarcan a los enfermos que se alojan en las tiendas de campaña con que estaba dotada la expedición.

Una vez en tierra los enfermos comienzan a recobrarse rápidamente al disfrutar del buen tiempo y la abundante agua fresca existente en la isla, aunque siguen sin tener acceso en cantidad adecuada a los alimentos que previenen el escorbuto tales como limones, naranjas y limas[75], ya que la isla había sido azotada por un huracán (el mismo que afectó a Torres y a los franceses) que había destruido los árboles, y las cosechas que ya estaban recolectadas fueron ocultadas por los colonos[76] para evitar su requisa. A la muerte de Cathcart le sucede en el mando del contingente terrestre el brigadier Wentworth, pero quedaba la duda de quién se haría con el mando de las fuerzas conjuntas terrestres, navales y coloniales en la ZO. del cual estaba investido Cathcart dado que, aunque la expedición tenía una misión de carácter eminentemente terrestre, Wentworth no sería el de mayor empleo de todos los comandantes cuando estuviesen reunidas todas las fuerzas.

Sietes días después de su llegada y, tras efectuar algunas reparaciones en los barcos, la expedición parte, el 26, en dirección a Jamaica. Durante esta travesía se produce una refriega con cinco navíos franceses a los que confunden, en la noche, con españoles y que produjo unas cien bajas por cada lado. Y por fin, el 9 de enero de 1741, la expedición naval, ya bajo el mando de Ogle, entra en Jamaica donde esperaban los soldados coloniales para embarcarse en ella.

La travesía les había llevado unos 75 días desde su salida de las Islas Británicas pero el grueso del personal había estado embarcado más de 140. La incidencia del retraso produjo en la expedición de Cathcart/Ogle una necesidad de víveres y agua mayor que lo previsto y acumulado en los

buques, pues la duración estimada del tiempo que el personal iba a estar embarcado se alargó y, además, causó la degradación de una gran parte de los artículos perecederos. Al igual que con Eslava, Torres y D´Antin/Alart, la mala planificación logística había ocasionado la muerte de sesenta de sus componentes y la de su comandante en jefe, el general Cathcart, que originó un problema en el mando de las fuerzas de la ZO. e iba a dar lugar a un cambio significativo en el enfoque de las operaciones posteriores.

LA TRAVESÍA DE ANSON

A pesar de que la decisión inglesa de enviar una escuadra al Pacífico estaba tomada desde antes de iniciarse la guerra contra España y como un elemento más en la planificación global de asalto a las posesiones españolas en América, el proyecto se había demorado en el tiempo. La prioridad en el alistamiento que se le había asignado a Vernon, y el gran volumen de personal y material que se requería para dotar a la expedición de Cathcart, tuvo como uno de sus efectos que la escuadra del comodoro Anson, designado para el mando de la expedición a la ZO. del Pacífico, encontrase múltiples contratiempos para reclutar al personal necesario, obtener los alimentos, y efectuar reparaciones en los navíos designados.

Aunque la partida estaba prevista para comienzos del año 1740, no es hasta agosto cuando se encuentra preparada y, entonces, recibe órdenes de esperar la salida de la expedición de Cathcart y hacer el primer tramo del trayecto junto con ella. Un nuevo retraso en la salida de Cathcart, con motivo de los movimientos de los buques españoles y franceses de Torres, D´Antin y Alart hacia la ZO, trastoca la

coordinación prevista y es el 18 de septiembre de 1740 cuando Anson parte desde las Islas Británicas con cinco navíos de línea, dos embarcaciones menores, una chalupa, unos 1700 hombres[77] y 300 toneladas de provisiones para, teóricamente, 18 meses de operaciones.

El 25 de octubre llegan a Madeira donde permanecen una semana. Allí se aprovisionan de una buena cantidad del excelente vino local y de alimentos frescos que compensan la escasez de ellos con que habían partido, se aprovecha para someter a los reclutas embarcados a un intensivo entrenamiento, y desembarcan a los muertos y moribundos que se habían producido entre los inválidos, convalecientes y viejos que les habían obligado a embarcar y que no habían superado la travesía y las condiciones de habitabilidad en los sollados[78].

Desde Madeira se disponen a cruzar el océano, lo que les lleva 45 días, hasta que anclan el 18 de diciembre en las inmediaciones de la isla de Santa Catalina, puerto portugués en la costa brasileña, aunque con nuevas bajas debido a las fiebres altas que habían aparecido con los calores tropicales. Hasta mediados de enero de 1741 permanecen en la zona debido al mal tiempo.

El 18 de enero parten desde Santa Catalina en dirección a San Julián, en la Patagonia. A finales de mes afrontan el paso del cabo de Hornos, que solo cinco de los siete buques de la expedición consiguen trasvasar tras enfrentarse a una terrible tempestad. Llegan a la altura de Chile a finales de febrero con grandes desperfectos y, tras efectuar reparaciones, se dedican a desarrollar labores hostiles a lo largo de la costa mientras continúan su trayecto hacia el norte enfrentándose a tormentas sucesivas, averías en los barcos, enfermedades y el escorbuto.

A partir de mediados de marzo sufren, durante más de mes y medio, una sucesión de nuevas tormentas y

temporales y la escuadra se dispersa. En el mes de abril aparece el escorbuto en el Centurión lo que provoca 43 muertos, en mayo el Wager encalla y solo cuatro hombres de los 145 de su tripulación llegaron a tierra y se salvaron en Chiloé, y el 15 de junio otros navíos consiguen llegan al archipiélago de Juan Fernández cuando hacía tiempo que habían finalizado los ataques ingleses contra Cartagena de Indias.

Anson no llegó al istmo de Panamá a tiempo para cumplir la misión que le habían encomendado inicialmente, que era el de cooperar al estrangulamiento del imperio americano-español aislándolo en dos por el istmo, y el 15 de julio de 1744, casi cuatro años después de su salida, regresó a Inglaterra con un solo barco, el Centurión, y un botín de 400.000 libras en especies y oro fruto del asalto al Galeón de Manila español Nuestra Señora de Covadonga, habiendo dejado en la empresa a más de 1.000 hombres, en su mayor parte víctimas del escorbuto. Fue recibido como un héroe.

LA TRAVESÍA DE PIZARRO.

Conocida por parte española la preparación y el destino de la escuadra de Anson, las autoridades ordenan al almirante José Alfonso Pizarro partir, al frente de su escuadra, con la orden de adelantarse al inglés en doblar el cabo de Hornos y combatirle en el Pacífico Sur, donde los ingleses no tendrían capacidad de recibir refuerzos ni de escapar. La idea era buena, pero el alistamiento de los buques, tripulaciones y fuerzas terrestres, problemático.

El 2 de agosto sale Pizarro desde El Ferrol en dirección a Santander y Santoña donde tiene previsto cargar y aprovisionarse, operación que se demora debido a la falta de

determinados abastecimientos, entre ellos las pipas y toneles necesarios para el almacenaje y los hierros y aceros que pretendían vender en destino para ayudar a sufragar los gastos de la expedición[79]. Nuevamente, como en el caso de Torres y de Eslava, las necesidades logísticas y la determinación de El Ferrol y Santander como terminales de salida en lugar de Cádiz, obligan a que Pizarro no se haga a la mar hasta el 22 de octubre de 1740 con cinco navíos, un patache y un batallón de Infantería[80], un mes después de que lo hiciera Anson, con escasez de víveres y medios de almacenamiento para ellos.

Durante la travesía hasta Santa Cruz de Tenerife ya se producen 31 fallecimientos por enfermedad y arriban con más de 300 enfermos y con las tripulaciones muy debilitadas. Desde allí afrontan el cruce del Atlántico hasta recalar en la ensenada de Maldonado, en Buenos Aires, donde llegan el 18 de enero con 173 bajas.

Durante la escala se despacha a El Mercurio a Montevideo para aprovisionarse de víveres que les permitiesen llegar hasta la nueva escala prevista, La Concepción ya en el océano Pacífico, después de un mes y medio de navegación que estimaban emplear en el trayecto y durante el cual tendrían que cruzar el peligroso cabo de Hornos. También se envía por tierra hacia La Concepción una Comisión Aposentadora, a cargo de José Manso, para acumular allí cuatro meses de víveres que les permitiesen abastecerse cuando llegasen, así como para que las autoridades de El Callao les proveyesen de los caudales necesarios para el abono de los mismos.

Mientras esperaba la llegada de El Mercurio, recibe Pizarro informaciones de que la escuadra de Anson se encontraba en Santa Catalina y que se disponía a salir hacia el cabo Hornos, por lo que se decide a partir con urgencia el 1 de febrero sin haber cargado todos los víveres y dejando la

balandra en Buenos Aires porque consideraba que no podría cruzar el cabo.

El 28 de febrero afronta el cruce de un océano a otro y, tras haberlo conseguido, el 7 de marzo se desencadena una fortísima tormenta con vientos contrarios del NO que empujan a la escuadra nuevamente hacia el Atlántico con grandes desperfectos. La Hermiona naufraga y se pierde con todos sus tripulantes, y el resto de la flota se dirige, sufriendo un frío intensísimo y falta de víveres frescos, de regreso hacia Buenos Aires. El Guipúzcoa pierde su gobernabilidad y naufraga en la costa de Brasil, el San Esteban queda varado en Rio de la Plata y tiene que ser declarado inútil, y el Asia y el San Esteban llegaron a Buenos Aires donde hubo que reacondicionarlos. Solo el Asia y la Esperanza consiguieron, medio año después, cruzar al Pacífico y, junto con dos mercante armados, intentaron encontrar la escuadra de Anson, cosa que no consiguieron. Para entonces, Vernon ya había atacado Cartagena de Indias.

Pizarro regresó a España en 1745 con un solo barco, el Asia.

LOS EFECTOS DE LA TRAVESÍA

Dos fueron los problemas más importantes a los que se enfrentaron las expediciones durante sus travesías en relación a los efectos que se produjeron durante la navegación y al estado final con que el personal y el material llegaron a las costas americanas para poder desarrollar las operaciones, toda vez que, durante la misma, no hubo enfrentamientos armados: las malas condiciones atmosféricas y las deficiencias en la logística.

De las ocho expediciones que se dirigieron desde Europa hacia el continente americano, tres españolas, tres inglesas y dos francesas, solo una, la de Vernon, se inició y finalizó en el año 1739, pues la de Eslava partió en 1739 pero su duración se prolongó hasta mediados de 1740, año en que se echaron a la mar las otras seis. Asimismo, todas, con excepción de la de Vernon, sufrieron retrasos en su salida, bien porque la situación militar de sus respectivos oponentes así lo aconsejaba (la disuasión, cuando hay intencionalidad política de emplear la fuerza, funciona) o porque las dificultades logísticas para su preparación así lo impusieron. Pero ello no fue óbice para que, con excepción de las de Cathcart y Pizarro, que partieron a finales de mes de octubre cuando el invierno estaba próximo, las demás salieran en la ventana climática adecuada.

También, con excepción de la de Vernon, todas sufrieron en algún tramo del trayecto por condiciones atmosféricas y/o marítimas adversas. Dado que el año 1740 fue uno de los más fríos en Inglaterra[81] desde que se tienen registros históricos de temperaturas, ello hace sospechar que 1740 fue un año climatológicamente anormal, al menos en algunas zonas, y que esta particularidad afectó a las expediciones que se dirigieron desde Europa hacia el TO. americano añadiendo una incertidumbre mayor al desconocimiento sobre climatología existente en la época.

La bajada de temperaturas en Inglaterra durante ese año pudo ser producida por la menor intensidad de la corriente marítima del Golfo, que lleva temperaturas suaves a aquellas latitudes, motivada por un cambio en su salinidad debido a una gran aportación de agua dulce a su caudal. Esta contribución extra de agua dulce tuvo que estar originada por un gran deshielo polar (que no consta) o por las numerosas precipitaciones y tormentas desencadenadas en la zona Atlántica.

Por otra parte, también se constata que las expediciones al Pacífico padecieron grandes dificultades y tormentas, y la de Anson, apuros en costear hacia el norte por el Pacífico Sur, lo que implicaba que hubiese una bajada generalizada de las presiones (y por lo tanto, aumento de precipitaciones y borrascas) y una disminución en la intensidad de la corriente de Humboldt, fenómenos ambos que se producen como efecto de la perturbación de El Niño[82] . Este acontecimiento es, básicamente, un fenómeno climático cíclico durante el cual cambian los patrones de las corrientes marinas, entre ellas las corrientes en la zona intertropical. Afecta principalmente a América del Sur, donde se producen lluvias intensas y baja presión atmosférica tanto en las costas atlánticas como en las del Pacífico, aunque sus efectos se notan a nivel mundial.

Que 1740 fuese un año muy frío en Gran Bretaña, que exista constancia de que en 1747 se produjo dicho efecto y teniendo en cuenta el periodo del ciclo en que se produce, así lo avalan con bastante probabilidad.

Estas causas (disminución de la salinidad de la corriente del Golfo y El Niño), fuesen una u otra, o probablemente las dos, produjeron unos efectos atmosféricos y marinos que dificultaron aún más la navegación oceánica, el cruce por el cabo de Hornos y no ayudaron a Anson, una vez en el Pacífico, a remontar la costa oeste americana hacia el istmo de Panamá. 1740 no fue un buen año para realizar una navegación oceánica.

A pesar de todo, y, aunque con excepción de la de Vernon, todas las expediciones se vieron influenciadas por la mala situación atmosférica en mayor o menor medida, solo a dos de ellas, las que se dirigieron al Pacífico, les afectó de tal forma que les impidió cumplir la misión que tenían encomendada pues no llegaron a su destino final, cercenándose el planeamiento inglés para la ZO. del

Pacífico. La disposición política de enviar a Vernon al Caribe fue una mala decisión ya que, si en su lugar se hubiese enviado a Anson, con los medios y en las fechas de aquél, que era lo que estaba planeado y lo que recomendaban los estudios militares, hubiesen tenido la posibilidad de alcanzar su objetivo. Y si Anson no consiguió llegar al istmo de Panamá, ya no hubo necesidad, por parte española, de los servicios de Pizarro.

El resto de las escuadras, aunque sufrieron desperfectos en sus barcos, consiguieron superar las adversas condiciones atmosféricas cuando se les presentaron y solo las dos francesas llegaron con averías de tal gravedad que se consideró que no estaban en condiciones para el combate, aunque parte de la culpa habría que echársela no a los efectos del viaje sino más bien a las pésimas condiciones de mantenimiento con que sus barcos salieron de Francia.

La climatología abortó las operaciones inglesas en el océano Pacífico[83] y cooperó, en gran medida, a dejar fuera de combate a las expediciones francesas.

En cuanto a los efectos de la logística, se producen contratiempos con la acumulación de los pertrechos necesarios, en el almacenamiento, y en la conservación de los alimentos.

Las dificultades de acumulación para dotar a las expediciones españolas a la ZO atlántica obligaron a retrasar casi un año la salida de Torres, y si Eslava puede partir con mayor celeridad, es porque su expedición se estaba preparando con bastante anterioridad pero con otra misión distinta: llevar abastecimientos pendientes a Cartagena de Indias. A pesar de los retrasos, ambas se hacen a la mar con carencias, tanto para afrontar la travesía como en la dotación de sus contingentes. Eslava por tener que embarcar 600 efectivos suplementarios y Torres porque no le llegan los abastecimientos necesarios. La decisión de emplear El

Ferrol y Santander como terminales de salida, en lugar de Cádiz que había heredado de Sevilla las responsabilidades de la Casa de la Contratación[84], y los problemas con los trámites poco ágiles para su financiación lo que se tradujo en la escasez de medios de transportes asignados y por ende de un almacenamiento deficiente para la carga logística, tuvo gran parte de responsabilidad en que las escuadras españolas saliesen con carencias.

Del lado inglés, Vernon no tuvo estos grandes problemas y la expedición de Cathcart, con su voluminosa flota de transporte, iba lo suficientemente bien dotada como para afrontar la travesía con garantía de éxito y disponiendo de una cierta autonomía para llevar a cabo operaciones en la ZO, por lo que no le supuso graves problemas asumir las necesidades de los nuevos refuerzos que se le asignan a última hora. Pero, con independencia del volumen de abastecimientos que habían acumulado, las 6-8 semanas que permanecen retenidos en el puerto con todas las fuerzas embarcadas y consumiendo los víveres almacenados en sus bodegas, hacen escasear los artículos perecederos acumulados.

Parece ilógico que, después del enorme esfuerzo empleado para preparar tan considerable expedición, cayesen en el error de emplear para el consumo del personal ya embarcado, mientras esperaban la orden de salida[85], los víveres perecederos acumulados para la travesía, en lugar de valerse de nuevas aportaciones hechas desde tierra aunque no fuera fácil obtenerlas. No es de extrañar que Cathcart presentase quejas sobre el particular que no fueron tenidas en cuenta.

El deterioro de los víveres pereceros durante la travesía de las expediciones españolas de Torres y Eslava, debido fundamentalmente a su mal almacenamiento, y la escasez de idénticos productos en la de Cathcart por el consumo

anticipado de los mismos, tienen efectos sobre el personal: diarreas, gastroenteritis, disenterías, fiebres, escorbuto, etc. hacen su aparición y producen estragos.

Torres llega con casi 800 bajas entre enfermos y muertos, Eslava tiene que recalar un largo periodo en Puerto Rico para recuperar al personal enfermo, y Cathcart hace lo propio, aunque más brevemente, en La Dominica, donde él mismo muere al día siguiente de su llegada.

Los defectos en la planificación logística para la proyección de las fuerzas no impidió la llegada de las expediciones a la ZO. del Atlántico, pero causó numerosas bajas en ambos bandos y creó un problema con la estructura del mando inglés debido a la muerte de Cathcart. Además, contribuyó a la no operatividad para el combate de las expediciones francesas y obligó a la de Eslava a un largo periodo de inactividad mientras mejoraba la situación sanitaria de su personal, durante el cual se mantuvo inoperativa.

4 Las operaciones preliminares de Vernon

A primeros de agosto de 1739 zarpa Vernon rumbo a Jamaica con cinco navíos[86] y, tras algunos retrasos debidos a los vientos desfavorables y al cumplimiento de una misión temporal que recibe, ya en el mar, para interceptar unos buques españoles en las inmediaciones de las costas de Galicia (España), con los que no contacta, entra en Kingston/Port Royal[87], Jamaica, a finales de octubre. Allí se encontraba el comodoro[88] Brown y su escuadra desde mediados del año anterior dando protección al comercio británico en la zona. Entre ambas fuerzas superan los 18 barcos y los 800 cañones.

Todos los efectivos navales allí ubicados se dedican entonces a patrullar por las rutas comerciales, a reforzar las posesiones inglesas, y a continuar recabando información sobre las defensas españolas en Cuba, Cartagena de Indias, Portobelo, Santo Domingo, La Guaira, etc., que ya había iniciado Brown con anterioridad siguiendo instrucciones de la metrópolis.

Como consecuencia de los reconocimientos, dos navíos de Vernon observaron a varios mercantes españoles anclados en el puerto de La Guaira por lo que, enarbolando banderas españolas para intentar confundir a la guarnición, se lanzan a su captura. Las defensas españolas, que estaban bien instruidas, consiguen responder con prontitud y rechazan el ataque tras tres horas de duelo artillero.

Mientras tanto, navíos de la escuadra de Brown que se

encontraban en las inmediaciones de La Habana efectúan un reconocimiento por el fuego a la isla para que, al responder al mismo, las defensas terrestres se descubrieran, y además, consiguen desembarcar algunos efectivos en diferentes lugares. Un contraataque terrestre español les hace fracasar y consigue hacer algunos prisioneros. Los navíos ingleses se retiran con varios mercantes españoles que habían conseguido capturar, aunque mantienen el bloqueo de la isla ya que, desde finales del verano, Cuba se encuentra aislada pues, tanto los navíos de guerra británicos como buques de corsarios con patente inglesa, procedentes de Jamaica, atacaban a cualquier embarcación que se encontrase en sus inmediaciones.

Con las numerosas informaciones que se había conseguido reunir en los reconocimientos navales, la proporcionada por los comerciantes cuyo centro de transacciones mercantiles era el importante mercado de Port-Royal/Kingston, la facilitada por las tripulaciones de los barcos de la South Sea Company que atracaban en puertos españoles, y las adquiridas por los espías que pululaban por doquier, Vernon elige la plaza de Portobelo como primer objetivo para atacar en la zona. Coincide también en la apreciación inicial, analizada por los estrategas de Londres y ratificada por Brown en sus reconocimientos, en lo difícil que sería la toma de la Habana. Y aunque el gobernador de Jamaica era partidario de atacar primero Cartagena de Indias, el reciente fracasado ataque de dos de sus navíos a La Guaira era un aviso de lo que podría ocurrirle si se dirigía contra la bien fortificada Cartagena de Indias. Además conocía la presencia en esa plaza del teniente general de la Armada Blas de Lezo, el mutilado[89] y condecorado marino español, al que se había enfrentado, no con fortuna, en 1704 y 1706 durante la guerra de Sucesión española, y sabía que éste no daría ninguna facilidad a la empresa. La decisión de

Vernon, apoyada en su doble condición de vicealmirante de la Armada y de político, prevalece sobre la del gobernador.

Con la toma de Portobelo, que consideraba el objetivo más fácil pues ya lo habían hecho el pirata Morgan en 1668 y el francés Pointis en 1697, pretendía cumplir uno de los objetivos que se le habían encomendado y al que se había comprometido públicamente. Además conseguiría aumentar la moral de sus tropas, apoderarse del caudal de oro y plata que debía haber llegado desde Perú el año anterior[90] y que aún no habían salido para la península y, mientras tanto, daba tiempo a la llegada de las fuerzas terrestres que se estaban preparando en Inglaterra con las que se aseguraría el asalto a Cartagena de Indias con garantía de éxito.

HACIA PORTOBELO

El 15 de noviembre de 1739, una escuadra de seis navíos dotada con 380 cañones y más de 2.500 hombres entre los que se encuentran unos 250 infantes como fuerza de desembarco, zarpa de Jamaica rumbo a Portobelo al mando de Vernon. Otros dos navíos y una fragata, dotados con 140 cañones, les seguirían con posterioridad. Simultáneamente, una fragata se traslada a aguas próximas a Cartagena de Indias para cubrir la llegada de refuerzos desde aquella plaza donde fondeaban los navíos españoles que mandaba Lezo, del cual no se fiaba.

La defensa de Portobelo se basaba en tres fortificaciones en estado ruinoso: la de Todofiero, en el exterior, con 32 cañones, y las interiores de Gloria y Jerónimo con unos 20 cañones. Además contaba con dos guardacostas (tipo fragata) que custodiaban la entrada a la bahía donde se hallaba el puerto, y los defensores que atendían a la

cobertura del núcleo urbano, una compañía de unos 100 hombres. Los dos navíos existentes habían sido desartillados[91] y sus piezas, así como sus dotaciones, trasladados a las fortalezas terrestres.

La situación logística, y en especial la del mantenimiento de la artillería, era pésima y fruto de un abandono continuado cosa que, por otra parte, era una situación generalizada y endémica desde décadas en muchas plazas. Las cureñas[92] de los cañones estaban podridas en un gran número ya que, aunque debían estar construidas con la mejor madera (el cedro), debido a su alto precio era sustituida por otra más económica pero de peor calidad, dureza y duración. Igualmente, los herrajes metálicos que sujetaban los tubos de los cañones a las cureñas, que eran de hierro, se habían oxidado en gran parte. Si en condiciones normales el mantenimiento de este material, que era uno de los más sofisticados del momento, exigía una atención especial para conservarlo en un estado adecuado, mucho más en un ambiente en que las lluvias y el clima húmedo y caluroso de la zona lo degradaban con mayor rapidez. La situación se complicaba porque el envío de los repuestos necesarios para su reparación, o la materia prima para su fabricación, tenía que venir en muchas ocasiones desde la metrópolis, lo que requería una planificación a largo plazo y un procedimiento muy complicado y con numerosos inconvenientes que hacía muy difícil que se resolviese con éxito. La consecuencia era que muchas piezas disponían de cañones pero no de cureñas, y que otro gran número que sí disponían de ellas, al hacer los primeros disparos, cureñas y cañones se desengarzaban al romperse y saltar los herrajes que se encontraban oxidados.

Esta escasa dedicación de la guarnición al mantenimiento no solo abarcaba a la artillería sino también a las instalaciones, fortificaciones, fusiles, y a la pólvora, que se

degradaba también rápidamente. Fruto de ello es que en el castillo de Todofierro solo había siete cañones en estado operativo y que los fusiles eran un recurso crítico.

Al mal estado del material se unen la deficiente disposición de las fortificaciones, que impedía el apoyo mutuo por el fuego entre las interiores y la del exterior debido a la distancia en que se encontraban unas de otras, y a la limitación en los alcances de las piezas. Y para completar el negligente estado defensivo, su gobernador, don Bernardo Gutiérrez Bocanegra, se encontraba en la ciudad de Panamá atendiendo a un juicio contra él y había dejado en su lugar, como gobernador accidental, al anciano Francisco J. de la Vega Retez. No era admisible que, en una situación de guerra y con una escuadra enemiga merodeando por la zona caribeña, la máxima autoridad abandonase[93] la plaza para atender a un asunto administrativo/legal, por muy importante que fuera, y la dejase en manos de un sustituto que no reunía las condiciones adecuadas y que sabía que era un inepto. La primera cualidad que distingue a un jefe del que no lo es, aunque ostente legal o reglamentariamente el mando, es la obligación de asumir sus responsabilidades. Su desplazamiento a Panamá fue más bien una excusa que una obligación.

Por todo ello, no es de extrañar que el 20 de noviembre, tras un bombardeo naval inglés de dos horas que logró arrasar al castillo de Todofierro y destruir tres de sus piezas, se produjera un fácil desembarco británico que consiguió penetrar en la fortaleza donde solo aguantaban una decena de soldados, pues el resto había muerto o desertado. Desde el castillo de Gloria se había intentado apoyar inútilmente a los defensores mediante un fuego que no alcanzaba los objetivos británicos, y la artillería de San Jerónimo no pudo ni intentarlo porque toda ella carecía de cureñas. Aquella

noche, aunque algunos defensores y parte de la población prefirieron resistir en las fortalezas interiores, el gobernador accidental, por iniciativa propia, iza una bandera blanca en señal de rendición y entrega la plaza. Seguidamente abandona el lugar y huye al monte, con lo que anula la entereza de los que persistían en la lucha.

Esa combinación de dirigente cobarde y pusilánime unida al abandono o negligencia en la gestión de la logística[94], es la causa de la caída de Portobelo, al menos con tanta facilidad[95].

Seguramente si la guarnición, que contaba con los buenos artilleros navales, hubiese estado bien dirigida e instruida como la de La Guaira, su material bien mantenido y el despliegue artillero escalonado en profundidad, el resultado del enfrentamiento, o al menos la oposición a la caída de Portobelo, hubiese sido otro. Y, curiosamente, esa falta de interés de las autoridades en la preparación de la plaza para su defensa choca con la previsión que se había tomado en la protección y custodia de los caudales que llegaban de Perú para que no pasasen a manos enemigas, pues se habían preocupado de tenerlos a buen recaudo en Panamá y no se habían trasladado a Portobelo como estaba previsto. Quizás pensaban que la mejor defensa de Portobelo era el clima malsano y la fiebre amarilla endémica en la zona, por lo que popularmente se la llamaba "La tumba de los españoles" o, más probablemente, que lo importante era defender los caudales y no la plaza.

Las tropas de Vernon se dedican seguidamente a demoler los castillos y a saquear la ciudad pero respetan a la población civil y sus propiedades. Con ello consiguen llevarse los únicos 10.000 pesos depositados en la Caja Militar, los guardacostas, una balandra y 60 tubos de cañones[96], 20 pedreros y algunos morteros, ya que el resto de las armas fueron echadas al mar. No consiguieron hacerse con la importante suma de dinero que esperaban encontrar

por lo que la empresa fue económicamente ruinosa.

La destrucción de las fortificaciones y su desartillado indican claramente que Vernon no pensaba ocupar la ciudad ni a medio plazo, ya que los medios destruidos o trasladados a sus barcos los habría necesitado para su defensa en caso de pretender ocuparla permanentemente o si hubiese tenido intención de progresar vía terrestre hacia la ciudad de Panamá en la que, probablemente, se encontraría el tesoro de los dos millones de pesos provenientes del Perú. Y ambas acciones, la ocupación de Portobelo y la de Panamá junto con el camino que las unía, era lo que exigía la misión británica. El motivo no eran las bajas sufridas en tan fácil operación ni la falta de efectivos terrestres, ya que, una vez que se retira de la plaza, los supervivientes españoles informan a las autoridades de Cartagena que la cantidad de gente que transportaba en los navíos era muy superior a lo normal.

El vicealmirante pensaba, por el contrario, que la toma de Panamá era una empresa relativamente fácil que podría llevarse a cabo con posterioridad en cualquier momento, y estimaba que debería esperarse a la progresión por el Pacífico del comodoro Anson y su escuadra, que aún no habían partido desde Inglaterra, con el que coordinaría la acción sobre el eje Panamá-Portobelo, uno de los objetivos estratégicos previstos. Por otra parte, la ocupación de la ciudad de Panamá no era una misión suya, y tener que avanzar a través del camino interior del istmo con una pesada carga de armas, municiones y abastecimientos, siguiendo una vereda angosta, peligrosa y selvática, era una tarea no demasiado sencilla que no quería afrontar. Tampoco le atraía una operación terrestre-naval pues lo que verdaderamente era y se sentía es marino. Las operaciones conjuntas[97] eran una faceta que no dominaba y que, con posterioridad, le traerían fatales consecuencias.

Más parece ser que, el verdadero motivo para desviarse del cumplimiento de lo encomendado, se basaba en que conocía que desde el verano se estaba preparando en España, para dirigirse a aquellas aguas, una importante escuadra que embarcaría fuerzas de infantería. Vernon intuía que era muy probable que estas fuerzas, o Lezo desde Cartagena de Indias, intentaran recuperar Portobelo si allí hubiese una guarnición británica. El dejar efectivos terrestres y navales para cubrir Portobelo implicaría, además, mermar sus medios desviándolos del próximo destino al que pretendía dirigirse, Cartagena de Indias, amén de que recelaba del peligro que implicaba el que sus barcos fuesen atacados en esas circunstancias, cuando se encontrasen sin capacidad de maniobra y de evasión en caso desfavorable, al tener fuerzas terrestres desembarcadas que no podría dejar de atender.

En su lugar, prefiere ganarse la estima de la población civil, para lo cual ordena que se respeten tanto a las personas como sus propiedades, con el fin de que no cooperasen con los españoles en caso de que éstos intentasen recuperar la plaza, incluyendo el retorno de efectivos desde Panamá, y mantiene una cobertura naval en aquellas aguas, compuesta por un solo navío, con la misión de informar y controlar los movimientos en la zona. Ello le permitiría mantener bajo supervisión y fiscalización los transportes de entrada y salida a través del istmo de Panamá y disponer de la suficiente libertad de acción para afrontar nuevas empresas con todos sus efectivos intactos. Una eficaz gestión de los medios y una astuta decisión, aunque pasaba por encima del cumplimiento de la misión.

Tomado Portobelo, Vernon aprovecha para ajustar cuentas con los parlamentarios ingleses, sobre todo con el primer ministro Robert Walpole que se había opuesto a sus proposiciones guerreras, con el Gobernador de Jamaica que

no apoyaba el objetivo, y con los generales y almirantes ingleses que habían recelado de su capacidad. Además da rienda suelta a su ego en ese momento de gloria y pregona a los cuatro vientos la victoria obtenida.

Envía a Inglaterra un navío de aviso al mando del capitán Rentone para que difunda la victoria, multiplicando considerablemente las defensas que había tenido que superar y, por lo tanto, la importancia de su acción. Y para apoyar la difusión de su éxito, utiliza para llevar la noticia a una de las fragatas españolas, la Triunfo, que había capturado en Portobelo. Un eficaz medio de propaganda para la población y la prensa a los que, como político, daba una gran importancia. La euforia que ello provoca[98] entre la población inglesa y en las autoridades civiles y militares[99] les hacen caer, a Vernon el primero, en un grave error sobre las capacidades combativas de las guarniciones americanas y sus posibilidades defensivas. Creen, generalizando, que las demás plazas ofrecerán una resistencia similar a la presentada por Portobelo y que claudicarán fácilmente ante el empuje británico.

No olvida incluso a su antiguo contrincante Lezo, con el que se tendría que enfrentar próximamente, y le remite una carta con la exigencia de que le envíe a Jamaica a los empleados ingleses residentes en Cartagena de Indias que trabajaban como factores[100] de la South Sea Company. Alega, para ello, el buen trato que había tenido con los habitantes de Portobelo, comportamiento que, según él, era habitual en la nación inglesa. Más bien parece que el interés de Vernon con Lezo no es el fin que manifiesta en la carta porque, para ello, tendría que habérsela remitido a quien tenía la capacidad de decisión sobre lo exigido, el Gobernador de Cartagena de Indias, y no al Comandante Militar de Marina[101]. El espíritu de la misiva que dirige a Lezo, de forma arrogante, es en realidad una advertencia de que se va tomar

cumplida venganza por las afrentas que había tenido, tanto contra él como contra Inglaterra, en los numerosos combates en que había participado[102].

La contestación de Lezo no se hace esperar y el 24 de diciembre de 1739 le remite la respuesta en la que da una clara muestra de la forma de ser del marino español.

Es una carta minuciosa ya que responde a todos y cada uno de los asuntos tratados en la de Vernon. Le baja los humos sobre la importancia que se está atribuyendo en la toma de Portobelo ya que, acertadamente, achaca el éxito inglés a la deficiente defensa que se había hecho allí y a la cobardía de los defensores. Le devuelve la amenaza advirtiéndole, también arrogantemente, que no ocurriría lo mismo en una situación en que él estuviese presente. Le matiza el comportamiento tenido con la población civil ya que le reconoce, efectivamente, que Vernon había tratado correctamente a la de Portobelo, pero que no era una actitud general, como afirma, de las fuerzas británicas en el trato con los vencidos, sino excepcional. Está de acuerdo en acceder a la petición del traslado del personal inglés a Jamaica porque considera justo que no tengan que verse afectados por los combates que se pudieran llevar a cabo allí, aunque era consciente que ello implicaba que informarían minuciosamente y con gran fiabilidad sobre el estado de las defensas de Cartagena de Indias y, por lo tanto, era más aconsejable mantenerlos como internados[103] en la plaza. Asume de forma natural y pública su dependencia orgánica, pues no decide sobre la petición que Vernon le hace directamente a él ya que, por el contrario, la traslada al Gobernador de la plaza para que tome cartas en el asunto. Y para obviar que esta falta de decisión no es para evitar asumir responsabilidades, le adjunta, al Gobernador, una propuesta sobre cuál sería su decisión al respecto.

A finales de año Vernon se retira a Jamaica y, tras efectuar reparaciones navales producidas sobre todo durante la navegación que no en los combates, dar descanso a las tripulaciones, y actualizar las informaciones disponibles, decide, a comienzos de marzo, salir a la mar con seis navíos, tres bombardas, dos brulotes[104], y un paquebote[105], rumbo a Cartagena de Indias. Las características de algunos de los buques recién llegados de Inglaterra que incorpora a la escuadra aclaran cuáles eran sus intenciones al dirigirse hacia la ciudad, a la que da vista el 13 de marzo de 1740.

Las bombardas eran buques que servían de plataforma, fundamentalmente, para morteros y armas de tiro curvo que se emplean contra objetivos ocultos a la vista y con poca protección vertical. Los proyectiles que lanzan adquieren una gran altura para impactar contra el blanco por la parte superior y no con mucha velocidad. Estas armas no son efectivas contra fortificaciones, pues la poca energía cinética de llegada de sus proyectiles les proporcionan escasa capacidad de penetración en un objetivo protegido por murallas y sí, por el contario, contra las tropas a descubierto, sirvientes de piezas de artillería, y contra los edificios y población en caso de sitio. La mayoría de los proyectiles con que se habían dotado para esta ocasión a estas armas eran bombas incendiarias[106] para prender fuego a las casas y edificaciones que pudiesen alcanzar.

Los brulotes, por el contrario, eran barcos que se utilizaban contra los navíos y formaciones navales enemigas para intentar destruirlos por el fuego o por la explosión de los artefactos almacenados en sus santabárbaras. El inglés se prepara, previsoramente, para cualquier contraataque que

pudiera efectuar Lezo con sus navíos y se dota con los brulotes para lanzarlos contra ellos en caso de que saliesen de la bahía cartagenera a presentar combate en aguas abiertas.

Y los paquebotes eran buques de transporte en los que se embarca carga y tropas de infantería que tendrían como objetivo atacar y conquistar objetivos terrestres.

Por todo ello, el objetivo de Vernon al dirigirse en esta ocasión contra Cartagena de Indias no era efectuar un ataque en toda regla, ya que la plaza se encontraba protegida por más 2.000 defensores y un número superior a 200 cañones de los cuales solo en el recinto amurallado del núcleo urbano había emplazados unos 60 en estado operativo Y, además, como fuerza naval, Lezo contaba con cuatro navíos artillados con 250 cañones. No tenía el inglés, por lo tanto, las fuerzas terrestres necesarias para llevar a cabo un ataque para tomar la plaza, apoyarlas por el fuego, y defenderse de los buques españoles.

Sus intenciones eran, por el contrario, corroborar las noticias que tenía sobre la entidad de las fuerzas españolas que guarnecían la plaza y efectuar estudios técnicos relativos a las mareas, fondos, calados, profundidades, etc. de la costa y playas cartageneras para determinar los lugares idóneos por donde se podrían realizar desembarcos anfibios, que se llevarían a cabo en una ocasión posterior. También necesitaba conocer el mejor acceso de los barcos a la bahía interior del puerto en caso de requerir entrar por la fuerza en ella, así como del estado de las fortalezas que la custodiaban. Con los datos que pretendía obtener conseguiría detalles objetivos para fundamentar su decisión sobre cómo realizar el asalto a la plaza cuando contase con efectivos suficientes, para la aproximación de los buques que transportasen al contingente terrestre, elegir el mejor movimiento buque-playa, y apoyarlo por el fuego.

Además Vernon, que a diferencia de Lezo no era muy estricto en la observancia de las ordenanzas y en la exigencia a sus subordinados del cumplimiento de la disciplina, pretendía alejar a las tripulaciones de sus barcos del puerto de Port Royal/Kinston, en Jamaica, toda vez que, al permanecer ociosos, tendían a embriagase a base de ron, lo que incrementaba los altercados y actos de indisciplinas así como a dedicarse con asiduidad a hacer uso de la prostitución, ya que el mencionado puerto era un lugar en donde su práctica estaba muy extendida. Para aminorar los efectos del ron o licor que se servía a las tripulaciones ordena mezclarlo con agua, pero no puede luchar contra las enfermedades venéreas, sobre todo la sífilis[107], que adquieren, por lo que el nuevo ataque sirve para alejar a sus efectivos de ese foco de infección.

Días antes de la salida de Vernon, el 23 de febrero de 1740, se había producido el fallecimiento por causas naturales del gobernador español de Cartagena de Indias don Pedro Hidalgo, siendo sustituido con carácter interino[108] por don Melchor de Navarrete, sobre el que recae la responsabilidad de hacer frente a la incursión inglesa, toda vez que los gobernadores eran los máximos responsables militares de la plaza y encargados de su defensa[109]. El gobernador de la ciudad actuaba con total autonomía en asuntos militares si el virrey de la región no lo hacía, por lo que, en ocasiones, entraba en conflicto con él. Desde 1739 al Gobernador de Cartagena le estaban subordinados los departamentos militares y las fuerzas de Santa Marta y Rio Hacha.

Cartagena de Indias dependía del virreinato de la región de Nueva Granada[110] cuya máxima autoridad, con el cargo de Capitán General, era el virrey, que tenía atribuidas las responsabilidades política y militar. Desde 1723 la vacante estaba sin cubrir por haber estado en suspenso la estructura administrativa del virreinato hasta que en 1739, justo

cuando la guerra con Inglaterra es inminente, se nombra[111] a Sebastián Eslava para el puesto. Generalmente los virreyes residían en la capital, Santa Fe[112] y solían dar directrices generales sobre la defensa del virreinato, ya que la conducción y seguimiento en detalle de los aspectos militares en cada plaza dependían de los gobernadores, que eran su mando directo. Eslava será la excepción tanto en la residencia como en su implicación militar pero, aunque su nombramiento se realizó el año anterior, aún se encontraba en tránsito desde España debido a un azaroso viaje.

El gobernador interino, Melchor de Navarrete, que era coronel de los Reales Ejércitos, se encuentra repentinamente a cargo de la defensa de la ciudad y con una escuadra enemiga amenazándola, por lo que reclama el asesoramiento de Lezo, el cual no tiene ningún inconveniente en dárselo. No se producen enfrentamientos entre el gobernador y el marino relativos a la conducción de las operaciones[113], probablemente por seguir el primero las recomendaciones del segundo, ya que Lezo, aunque era muy disciplinado, tenía un fuerte carácter y defendía el cumplimiento de la misión y los intereses nacionales con ahínco. Además él había sido nombrado directamente por las autoridades peninsulares para el mando de los medios e instalaciones navales cartageneras y para colaborar en la defensa de la plaza y nadie, salvo quien lo nombró para ello, según su parecer, lo iba a apartar de su responsabilidad. Melchor de Navarrete se encarga de las operaciones terrestres y Lezo de las navales y de sus marinos cuando combaten pie a tierra, e incluso organizan unidades mixtas

Para obtener la información de Cartagena que Vernon pretendía conocer se propone navegar paralelamente a lo largo de toda su costa en dirección norte-sur reconociendo las playas desde La Boquilla hasta la isla de Barú (Gráfico 5). En las inmediaciones de cada una de ellas desembarcaría al

personal que transportaba el paquebote y que se aproximarían en botes a tierra para efectuar los reconocimientos. Las bombardas se acercarían a distancia de tiro para batir el núcleo urbano de la plaza y al personal de las baterías desplegadas en la costa. Su finalidad era ablandar la capacidad defensiva de los moradores de la ciudad y que las baterías de costa contestasen a su fuego, descubriendo con ello el despliegue y entidad de las mismas. Los navíos de línea y los brulotes se mantendrían fuera del alcance de los cañones españoles, en actitud expectante, para enfrentarse con los buques de Lezo, si a éste se le ocurriese salir de la bahía a presentar batalla.

Del 13 al 18 de marzo Vernon reconoce las playas desde La Boquilla hasta la Cruz Grande, en donde fondea la escuadra, al noroeste del recinto amurallado de la ciudad. Se sitúa fuera del alcance[114] de la artillería ubicada en los baluartes de Santa Catalina y San Lucas, los más próximos a sus barcos, aunque tampoco él podía alcanzar con sus fuegos al núcleo urbano. Del 18 al 21 traslada la escuadra hasta situarla frente a la ciudad y, como en el caso anterior, lejos de la acción de las armas defensivas españolas. Simultáneamente, acerca las bombardas al recinto amurallado y disparan contra él ya que, aunque las granadas de los morteros con que van armadas adquieren una gran altitud en sus trayectorias que las hace propensas a desviarse por efecto de los vientos, su alcance y la gran dimensión del blanco sobre el que se emplean, la ciudad, las hacen idóneas para este cometido. Para un marino acérrimo como Vernon, la utilización de estas armas ofrece otra ventaja: la de exponer al fuego enemigo a buques secundarios en lugar de a sus grandes navíos de línea.

Durante tres días, en un continuo ir y venir a la distancia eficaz de tiro y regreso a resguardo de la respuesta, las bombardas[115] arrojan sobre la ciudad unas 300 bombas

incendiarias que ocasionan escasos daños en algunos edificios, entre ellos la catedral, pero por el contrario provocan un gran efecto moral sobre la población, que era uno de sus objetivos. Aunque frente a la escuadra inglesa están emplazados no menos de 20 cañones españoles de diversos calibres[116] pertenecientes a los baluartes orientados hacia la costa, el efecto de sus fuegos es infructuoso y no consiguen neutralizar a las bombardas enemigas. Ello era debido a la diferente distancia eficaz[117] al objetivo a que podían disparar los cañones de la plaza, entre 500-800 metros, frente a la de 1500 de los morteros ingleses[118], por lo que éstos últimos disponían de una franja de mar de 700 metros de anchura desde la cual podían hacer fuego a una distancia óptima y con gran impunidad para las bombardas que le servían de plataforma. Por el contrario, los disparos procedentes de los cañones ubicados en el recinto amurallado de la ciudad que se dirigían a los barcos se quedaban cortos. Otros factores que influían en el bajo rendimiento de la artillería de la defensa era la escasez de municiones que había en la plaza, pues cada cañón tenía una dotación de solo 10 disparos lo que obligaba a restringir su consumo y, sobre todo, a las dimensiones de los blancos sobre los que disparaban unos u otros: una amplia ciudad para los morteros ingleses y unos objetivos móviles y más pequeños, como eran los barcos, a los que pretendían alcanzar los cañones cartageneros.

El impulsivo Lezo lucha por mantenerse en una actitud pasiva para no descubrir la entidad de sus fuerzas navales y para reservarlas para su empleo cuando llegase el momento crítico en que la ciudad y sus habitantes estuviesen gravemente amenazados. Además, si salía de la bahía a mar abierto a presentar batalla, era consciente de que ocho barcos enemigos le estaban esperando a barlovento lo que les permitirían maniobrar para adquirir una posición

favorable para el combate. Por otra parte, no es capaz de mantenerse inactivo cuando se percata de que los ingleses comienzan a bombardear Cartagena de Indias sin que el gobernador pudiese hacer nada por evitarlo. Saca a relucir su gran iniciativa y sus excelentes cualidades de artillero innovador[119] y desmonta algunos cañones de a 18 de uno de sus barcos y los emplaza en la playa de Cartagena acortando la distancia de empleo contra los buques ingleses.

La operación no era fácil ya que una pieza de hierro de ese calibre pesaba, incluida la cureña, entre 3.000 y 4.000 kilos (las de bronce, aún más), y a la que había que acompañar sus municiones (alrededor de 8 kilogramos por proyectil), las cargas de proyección (pólvora), el utillaje y accesorios. El traslado de las piezas se complicaba dado que las cureñas navales, al igual que las emplazadas en las fortalezas, disponían de cuatro ruedas en lugar de las dos de la artillería de campaña, por lo que no podían, como estas últimas, ser enganchadas a un carromato (armón) y ser arrastradas por tracción animal o humana. No obstante estas dificultades, ello no era problema que amilanase a Lezo ni a sus artilleros navales que las desmontan y despiezan en sus diferentes partes y las trasladan a brazo y en mulos hacia la playa salvando las pendientes, los arenales y los manglares del trayecto. Una vez allí las vuelven a montar y le incorporan un mecanismo de su invención para conseguir un mayor alcance.

El mecanismo en cuestión consistía en la adicción a las piezas de una rampa de madera, tipo cuña, que permitía modificar la elevación, y por ende el alcance, de los proyectiles que lanzaran. La nueva estructura se fijaba a las cureñas mediante una hendidura que permitía trasladarle el retroceso del arma y, por lo tanto, no romper el armazón. Con este sistema, y sin modificar otros parámetros como la carga de proyección, la calidad de la pólvora empleada en las

misma y el tipo de proyectil, se podía incrementar el ángulo de elevación[120] del arma y, aunque ello conllevaba disminuir la precisión, la velocidad que adquiría el proyectil lanzado, y su efecto sobre el blanco, por el contrario se conseguía incrementar el alcance del mismo que era lo que se pretendía. Otra ventaja del nuevo dispositivo diseñado era que, fabricando cuñas con diferentes grados de inclinación y acoplándolas a varias piezas o baterías[121], se lograría disponer de una gama de piezas similares, pero con diferentes alcances, por lo que se podría organizar la defensa artillera de una posición de forma global batiendo todas las zonas posibles de ataques enemigos.

Cuando el día 21 de marzo las bombardas inglesas se acercan a la costa dentro de su distancia de seguridad para continuar el bombardeo, se ven sorprendidas al recibir un fuego de proyectiles, tanto macizos como explosivos, que les lanzaban los cañones emplazados en la playa y manejados por los artilleros navales, que hacían peligrar la integridad de las plataformas navales británicas. No podían identificar el origen de los fuegos aunque lo buscasen en los baluartes de la muralla o en algún navío, ni el tipo de artefacto que los lanzaba, ni el calibre del mismo y, si alguna de ellas observaba los humos en la playa producidos por los cañones al disparar, el procedimiento de transmisión de la información naval mediante señales de banderas era lo suficientemente lento y limitado para que, antes de que se confirmarse, Vernon ordenara la salida de la zona de caída de los proyectiles. No espera a evaluar en detalle lo que ha pasado: volumen del fuego recibido, efectos, origen, medios empleados, etc. y da la orden de abandonar aquella costa, con precipitación, para no exponer sus medios navales.

Lezo, con unos pocos cañones y empleando la astucia, la preparación técnica, la iniciativa, y sobre todo la flexibilidad[122], hace abortar la operación de reconocimiento

de toda una escuadra inglesa cuando no había conseguido completar toda la información que pretendía obtener.

NUEVAMENTE EN EL CHAGRES

Vernon, aunque se aleja momentáneamente de aquellas aguas, sigue necesitando conocer en detalle las costas y defensas de Cartagena de Indias pero, al igual que lo ocurrido en Portobelo meses antes en relación a la ocupación de Panamá, deja la misión a medio cumplir, si bien no la olvida, y la pospone para completarla con posterioridad ya que necesita confirmar las informaciones que había obtenido con otros medios tales como espías, sobornos, comerciantes de ambos bandos, infiltraciones de patrullas, embajadores, etc. que le permitan elaborar planes de Inteligencia[123] para fundamentar sus decisiones. Ordena poner rumbo hacia la desembocadura del rio Chagres, cerca de Portobelo, ya que conocía la escasa defensa española del castillo de San Lorenzo, allí ubicado, para completar la acción del año anterior y conseguir una fácil y rápida victoria que anulase el efecto que tendría en la prensa inglesa (otra vez le arrastra su interés político) el chasco que se había llevado en Cartagena de Indias.

Siguiendo la táctica empleada en Portobelo, deja en aquellas aguas a dos navíos con misión de información y para evitar la llegada de refuerzos o apoyo logístico a la plaza, mientras reorganiza el resto de la escuadra con la incorporación y segregación de medios con base en Jamaica, y se presenta el 22 de marzo en la desembocadura del rio Chagres con cuatro navíos, tres bombardas, dos brulotes, una fragata y un buque de transporte.

El castillo de San Lorenzo, que estaba en la

desembocadura del río, se encontraba guarnecido por un destacamento de treinta soldados y cuatro cañones al mando de un capitán. Además, en la zona se hallaban ancladas dos balandras con misión de guardacostas. La importancia del castillo radicaba en que defendía el puerto que, al igual que el de Portobelo, era punto de salida de los tesoros. Fue atacado, conquistado y destruido en 1671 por el pirata Morgan que lo empleó como punto de apoyo para su incursión hacia Panamá.

Para su ataque, Vernon emplea la táctica de siempre, exponer al mínimo sus buques más importantes, los navíos de línea, y desgastar, en su caso, a los buques secundarios. En este caso emplea uno solo y las tres bombardas, que comienzan el bombardeo del castillo el mismo día 22, manteniendo al resto fuera del alcance del fuego. Seguidamente lanza varios botes con fuerzas terrestres con la finalidad de abordar a un mercante español que se encontraba en el puerto. Por la noche, cuando el fuego español decae ante la apabullante superioridad inglesa, el resto de los navíos se acercan a rematar la resistencia de la guarnición que se rinde al día siguiente 24 de marzo. Siguiendo el procedimiento habitual, las tropas inglesas destruyen el castillo, recuperan y cargan la artillería útil, se apropian de los barcos y despacha hacia Inglaterra una de las balandras españolas capturadas para relatar, debidamente ampliada, la victoria obtenida. Finalizada su tarea, abandona la zona sin tomar ninguna otra medida adicional.

Las noticias del ataque en el Chagres y las hazañas que se atribuye, a diferencia de la de Portobelo, no son tan bien acogidas en Inglaterra por parte de la clase política y el mismo Rey, toda vez que se le critica el abandono de la misión principal que había recibido y el empleo de los recursos en objetivos secundarios, aunque al pueblo inglés

se le oculta esta opinión y se le sigue presentando como un héroe.

Estando aún en aquel lugar, Vernon recibe noticias de la llegada a la zona antillana de dos navíos españoles que transportaban al nuevo virrey de Nueva Granada, el Capitán General don Sebastián de Eslava, junto a tropas de refuerzo y abastecimientos peninsulares. De momento habían recalado en San Juan de Puerto Rico el 16 de diciembre de 1739, adonde habían arribado con un gran número de bajas y enfermos por las dolencias que habían padecido durante el viaje. Creyendo Vernon que los navíos españoles se trasladarían en primer lugar a Santa Marta, residencia habitual del virrey, ordena a los dos navíos ingleses que había dejado en aguas cartageneras, reforzados con otro más, que se dirigiesen hacia sus inmediaciones para interceptarlos allí. El resto de la escuadra, bajo su mando directo, se dirigiría hacia Cartagena de Indias para capturarlos en caso de que evadiesen el cerco en Santa Marta, amén de que, dado que se habían incorporado a la ZO nuevas unidades navales inglesas, continuar con el reconocimiento fallido de la vez anterior pero, en esta ocasión, intentando penetrar en el interior de la bahía cartagenera a la que accedería a través del paso de Bocachica.

Con lo que no contaba Vernon era con el gran valor de Eslava, que acostumbraba a dirigir personalmente los combates en que intervenían sus unidades subordinadas, y a conocer la situación de las mismas desde primera línea asumiendo riesgos físicos. Si en su virreinato seguía con la misma actitud, Eslava tendría una alta probabilidad de dirigirse al núcleo gordiano de la acción, Cartagena de Indias, sin pasar previamente por Santa Marta, cosa que hizo. Adicionalmente, la gran responsabilidad que había acreditado Eslava durante su larga trayectoria militar le

empujaba a entrar cuanto antes en acción, a no dejar solos a sus subordinados, y a llevarles los refuerzos y abastecimientos que tan urgentemente estaban esperando. Agiliza la salida del puerto antillano en cuanto los expedicionarios se encuentran medianamente recuperados del agitado viaje y las enfermedades padecidas, sobre todo del escorbuto[124], y para evitar las numerosas deserciones que se estaban produciendo entre la tropa embarcada. Sorpresivamente, entra en Cartagena de Indias el 21 de abril de 1740, seis meses después de su salida de España, junto con los navíos Galicia y San Carlos, sin haber tenido ningún encuentro con el enemigo y con gran alborozo de sus vecinos. Aprovecha, probablemente de forma involuntaria, la ventana en el bloqueo a la ciudad que se produce en el plazo de tiempo comprendido entre la salida de los dos buques ingleses que anteriormente cumplían esa misión mientras se trasladan a Santa Marta y la llegada de Vernon con el grueso de la escuadra, que no se dirige hacia allí hasta que finaliza el abastecimiento de pertrechos y la reorganización que lleva a cabo con las nuevas incorporaciones y relevos de navíos.

Un deficiente juicio de inteligencia inglés, no solo de Vernon sino de las autoridades de la metrópolis y de las de Jamaica, que deberían haber previsto el recorrido y calendario de llegada de Eslava y los refuerzos españoles, y una falta de coordinación en el bloqueo de Santa Marta y Cartagena por el reiterativo interés y preocupación de Vernon en el cuidado de los barcos y su escuadra, a la que dedica un tiempo que no tiene, dan al traste con una excelente oportunidad para descabezar uno de los pilares de la defensa de Cartagena de Indias, Sebastián de Eslava, con quién se enfrentará al año siguiente.

SEGUNDA ACCIÓN CONTRA CARTAGENA

Una vez reorganizadas y pertrechadas sus fuerzas, Vernon vuelve a presentarse ante las costas de Cartagena Indias con una importante escuadra compuesta por trece navíos y una bombarda, aunque con escasos componentes terrestres, el 3 de mayo de 1740, solo doce días después de que Eslava hubiese entrado en la ciudad, y con intención de penetrar en la bahía por el canal de Bocachica.

Bocachica era una entrada marítima natural a la bahía de Cartagena de Indias y a su puerto. La anchura del canal de acceso, entre la isla de Barú al sur y la de Tierra Bomba al norte, era de aproximadamente de 1,8 kilómetros, aunque la existencia en el mismo de dos islotes de pequeñas dimensiones, Draga y Abanicos, la escasa profundidad en algunos de sus puntos que podía quedar reducida a dos metros, y su fondo coralino, limitaban a los barcos de gran calado que lo cruzasen a emplear un solo itinerario, que quedaba flanqueado a una distancia de aproximadamente solo 200 metros por el castillo de San Luis de Bocachica a un lado y de la fortaleza de San José por el otro . Los buques de vela tenían que luchar contra otras dificultades añadidas durante su cruce: la escasa asiduidad de vientos en el mismo y el reflujo de las corrientes marítimas de salida, que tenían una intensidad aproximada de medio nudo.

Existía otro obstáculo, éste artificial, que limitaba el paso por el canal. Consistía en una cadena doble que atravesaba el tramo marítimo apto para el cruce y que se apoyaba en los dos extremos del mismo. Las cadenas habían sido colocadas por Lezo años antes y era un sistema muy conocido, desde épocas precedentes, para cerrar el acceso a los puertos de naves hostiles. En este caso, las cadenas se apoyaban en troncos y barriles de madera, colocados espaciadamente, que les daban una cierta capacidad de sustentación en el agua. En cada orilla estaban unidas a un enorme tambor de forma

cilíndrica, en donde se enrollaban a los mismos por medio de operarios, y se clavaban al terreno o al fondo marino con anclas. Girando los tambores se podía dar la tensión adecuada a las cadenas permitiendo, dificultando o impidiendo, el paso de las embarcaciones a través de ellas. Según el grado de rigidez que se les diese se hundían en el agua a una profundidad diferente adoptando una forma geométrica de catenaria con un grado de curvatura variable que permitía a los barcos pasar por encima sin tocarlas, deslizarse sobre las mismas con suavidad, o impactar frontalmente contra ellas. En el primer y segundo caso el barco las salvaba sin dificultad, y en el tercero se producían desperfectos bien en la proa del buque y por consiguiente su detención o en las sujeciones de las cadenas al terreno, o bien la rotura de las mismas con lo cual podría continuar con su navegación. El cruce por Bocachica constituía un problema para los dos contendientes que, en el aspecto naval, se resolvería a favor de uno u otro en función de la capacidad marinera de la flota de Vernon o de los conocimientos técnicos de Lezo para darle la tensión adecuada a las cadenas. Éste se responsabilizó, no solo de su instalación y de la instrucción de los operarios encargados de su manejo, sino de mantenerlas en estado apropiado ya que las reconocía muy a menudo, igual que también inspeccionaba con frecuencia las profundidades, corrientes, vientos etc. de toda la entrada a la bahía por Bocachica.

En resumen, Bocachica era un acceso que, por sus medios de defensa, estrechez y dificultad, obligaba a los navíos ingleses a cruzarlo en columna, con escasa capacidad para maniobrar, con toda su tripulación embebida en el gobierno de la nave para seguir la única ruta posible para salvar los obstáculos naturales, bajo la amenaza de una gran masa de cañones de las fortificaciones que los tenían bajo su alcance eficaz, y con una cadena doble que tenían que sobrepasar y

de la que desconocían su estado. Para esta última acción se confiaba en que estuviesen destensadas o que el impulso que llevase el navío de vanguardia, lanzado a la máxima velocidad, fuese capaz de producir sobre las mismas un impacto tan violento que las rompiese o las liberara de sus anclajes a las orillas sin que el barco sufriese daños importantes.

Vernon tampoco tenía capacidad para anular las defensas de San Luis y San José antes de cruzar el paso de Bocachica, ya que, en esta ocasión, carecía de las fuerzas terrestres necesarias para efectuar un asalto en fuerza a las mismas, aunque conocía su importancia. Por el contrario creía que, mientras efectuaba los reconocimientos terrestres de la costa y playas, pendientes de hacer desde el ataque del año anterior, algunos de sus navíos, empleando la sorpresa y la rapidez, podrían acceder al interior de la bahía antes de que los cañones de las fortalezas que custodiaban la entrada a la misma pudiesen entrar en acción, y salvar el obstáculo de las cadenas bien porque estuvieran destensadas o por rotura de las mismas. Basaba la acción en el juicio erróneo que se había hecho sobre el estado de las defensas de Portobelo y San Lorenzo, creyendo que la guarnición y población de Cartagena de Indias tendrían la misma desidia e ineptitud que las panameñas. Si lo conseguía, y con algunas de sus unidades ya en el interior de la bahía, podría batir desde dos orígenes diferentes a las fortalezas de Bocachica consiguiendo con ello que el grueso de su escuadra lograse también cruzar al interior.

El error de Vernon es debido a que, teniendo Lezo parte de la responsabilidad de la defensa de Cartagena, no cabía la posibilidad de que fuese factible el cruce por sorpresa ni que la guarnición no estuviese ni instruida ni alertada. Aunque el nuevo virrey ya se encontraba en la plaza, dado el escaso plazo de tiempo transcurrido desde su llegada, parte del cual

se había empleado en la acogida e instalación de las tropas recién llegadas, solo le dio tiempo a inspeccionar el despliegue defensivo y, prudentemente, no hizo ninguna modificación importante. Los preparativos y la conducción de las operaciones en Bocachica, cuando se presenta Vernon escasos días después, son dirigidos por el gobernador Melchor de Navarrete y Lezo. Eslava se queda en la ciudad con el grueso de las tropas que habían llegado con él como reserva y defensa directa del núcleo urbano.

Para ejecutar la operación de forzar el paso, el inglés dirige valientemente y con ímpetu a su escuadra a través del canal con la máxima rapidez posible y con el centro de gravedad de su despliegue adelantado para neutralizar las defensas de las fortalezas en base a acumular potencia de fuego a vanguardia, y pasar algunos de sus navíos al otro lado en poco tiempo. Pero, con mayor antelación a lo esperado, comienza a recibir fuego por babor y estribor, desde San Luis y San José, respectivamente, y los impactos producidos en la arboladura del navío de vanguardia merman su velocidad y capacidad de impulso. Llega así al abordaje de las cadenas, que no consigue romper por tener sus anclajes firmemente sujetos, ni sobrepasarlas ya que mantienen la tensión adecuada.

El primer navío se encontraba detenido en una situación muy complicada. Trataba de liberarse del obstáculo que había intentado sobrepasar y que le impedía progresar en su movimiento, recibiendo un fuego frontal desde los barcos que Lezo había apostado al otro lado de las cadenas, y sin campo de tiro por proa para contestarle. El resto de la columna inglesa, también detenida, es blanco de los cañones de las fortalezas de San Luis y San José.

La combinación de obstáculo y fuego, planeado por los defensores, era perfecta[125]. Habían conseguido que los barcos británicos estuviesen batidos con fuegos profundos y que se

tuviesen que detener delante de las cadenas, donde convergían los fuegos de parte de los 42 cañones operativos[126] que había en el castillo de San Luis y de los 13[127] de la batería de San José que estaban emplazados hacia el costado apropiado, y, además, de los procedentes de los cuatro navíos[128] de Lezo situados a la entrada de la bahía. Por otra parte, la capacidad técnica de Lezo ha salido a relucir otra vez al darle la tensión adecuada a las cadenas, que variaba según el tipo de barco y su calado, para que éstas cumplieran a la perfección su labor consiguiendo detener la columna de navíos inglesas con mayor eficacia que la de toda la masa de cañones emplazados en las fortificaciones.

El navío inglés atascado en la vanguardia tiene que emplear sus botes y los del navío que le seguía para que lo remolquen fuera de la zona de peligro, lo que consigue con grandes dificultades. Vernon detiene la acción sin haber podido acceder a la bahía cartagenera con una lección aprendida: para cruzar por Bocachica habría que anular previamente las defensas que lo batían desde ambos extremos y neutralizar el efecto que las cadenas oponían a la navegación. Nuevamente sorprendido, ordena el regreso hacia la acogedora Jamaica y como, en ocasiones anteriores, con la misión inconclusa. Es reiterativo en su actitud de que, a pesar de planear con meticulosidad los ataques, cuando se enfrenta a alguna contrariedad toma decisiones con tanta rapidez que comete errores. La rapidez de su respuesta no se basa en tener previstos planes alternativos y desencadenarlos cuando se presenta la contrariedad, que es lo que caracteriza al flexible Lezo, sino en decisiones improvisadas.

Por su parte, las autoridades cartageneras demuestran que estaban perfectamente preparadas para rechazar el asalto a la fachada atlántica de su costa. Su éxito radica, fundamentalmente, en la coordinación de los esfuerzos entre

las fuerzas terrestres y navales ante Bocachica. Complementariamente, tenían preparadas además una reserva de infantería y artillería en la zona de Tierra Bomba presta a acudir a cualquier lugar de la costa donde se intentase un desembarco, y se había convocado[129] a las milicias locales a las que habían sometido a un intenso entrenamiento. Logísticamente, se había completado las dotaciones de la guarnición y se había trasladado hasta el interior de la ciudad el ganado de las propiedades circundantes para protegerlo de la confiscación enemiga en caso de que intentasen un sitio. La ciudad podría ser derrotada pero no sorprendida, y era la segunda ocasión, en el último año, en que la guarnición y sus habitantes hacían fracasar los planes que los ingleses tenían sobre ella.

5 Todos en el Caribe

Tras el segundo ataque de Vernon a Cartagena de Indias a primeros de mayo de 1740, éste permanece con la flota amarrada en Jamaica sin exponerla a los efectos que podrían causarle las frecuentes tormentas que se producían durante el periodo de lluvias en el Caribe, y a la espera de los refuerzos de Cathcart y Ogle que con tanta insistencia había pedido a la metrópolis.

En dicha isla el contingente inglés pasa la aclimatación al ambiente caribeño y, una vez superado el periodo, se encuentran en mejores condiciones para resistir las enfermedades[130] tropicales.

Cuando le llega la información de las salida hacia la zona de las escuadras de Torres y de las francesas de D'Antin y de Larouche-Alart, estima que podrían dirigirse hacia Jamaica para atacar a la colonia británica, por lo que se hace a la mar para tener libertad de movimientos y aprovechar los vientos favorables, aunque no muy lejos de aquellas aguas para poder actuar en caso de que así fuera. Mientras tanto, Eslava y las fuerzas españolas recién llegadas con él, se reponen de las penurias de su viaje y se van incorporando a la guarnición y destacamentos cartageneros.

A finales de octubre del año 1740 llega la expedición de Torres a Cartagena, dos meses más tarde la de D´Antin a Santo Domingo después de dejar tropas y pertrechos en la Martinica, y a finales de año la de Larouche-Alart, también a Santo Domingo, donde se reúnen las fuerzas navales francesas.

El contingente de Torres comienza a padecer las

enfermedades de aclimatación y, a principios de diciembre, ya se encontraban ingresados en el hospital entre 400 y 500 soldados, la mayoría de ellos pertenecientes a las unidades terrestres. La situación logística se había agravado debido a la escasez de víveres existentes en la plaza para satisfacer las necesidades de tanto personal y de lo limitado de la cantidad de dichos productos con que habían salido de España, por lo que se reitera la solicitud de suministros, tanto desde la península como de las colonias francesas en la zona. A finales de noviembre llegan a Cartagena tres buques franceses con víveres que se habían enviado desde Cádiz lo que alivia momentáneamente la situación, pero siguen faltando la harina para la elaboración del alimento básico, el pan, y la carne en salazón, fundamental para los marineros.

Durante los días 12 y 13 de diciembre el virrey Eslava convoca una reunión en la casa del Cabildo de Cartagena a la que asisten Torres, Lezo, Melchor Navarrete, altos dirigentes de la plaza, y mandos de las fuerzas, en la que les da cuenta de haber recibido noticias e instrucciones del príncipe de Campo Florido[131], desde Fointainebleau (Francia), enviada con uno de los buques franceses con provisiones provenientes de Cádiz. En ellas se le informaba de la muerte del emperador Carlos VI y de la constitución de una nueva alianza entre España y Francia[132], y se le daba instrucciones para que las escuadras españolas y francesas en la zona operen juntas contra los ingleses. No consta ninguna advertencia sobre la constitución de la impresionante expedición inglesa de Cathcart y Ogle, que ya se encontraba en alta mar, y que les afectaría de lleno, aunque era una información sobradamente conocida en la corte española.

Las noticias y nuevas instrucciones afectan de manera desigual a los asistentes a la reunión ya que tienen misiones y cometidos diferentes.

El virrey Eslava era el representante de la Corona en

Nueva Granada y máxima autoridad política y militar, pero no tenía atribuciones sobre los otros virreinatos y territorios diferentes al suyo, aunque pudiesen verse afectados por acciones inglesas, ni de la conducción de la defensa militar directa de Cartagena de Indias, ya que las operaciones en dicha plaza y el mando de todas las unidades terrestres allí ubicadas correspondía a su gobernador[133] Melchor de Navarrete. Lezo, por otra parte, era el comandante militar de Marina, tenía que colaborar en la defensa de la plaza y ostentaba el mando y atribuciones sobre los navíos que allí se encontraban de forma permanente sin que el gobernador pudiera inmiscuirse en ello, y Torres, que sí tenía facultades sobre los cometidos y todas las fuerzas navales, era el único que tenía atribuciones y misiones que cumplir sobre toda la zona de operaciones y no exclusivamente en Cartagena de Indias, y para ello había recibido órdenes directas de la metrópolis entre las que se encontraba que, en caso de imprevistos, como el que les ocupaba en esos momento, tenía potestad para llevar a cabo con total autonomía las acciones que considerara más convenientes.

El resultado de cónclaves como éste, y a falta de unas normas concretas[134] sobre las atribuciones de cada mando y con escasa información de conjunto, suele verse condicionado en función de la personalidad de los protagonistas, entre las que destacaban por encima de los demás las de Eslava y Lezo.

En esta ocasión no existen dudas para operar conjuntamente con los franceses, ya que se sienten seguros después de haber rechazado por dos veces los ataques de Vernon, de haber recibido los refuerzos de Eslava y Torres, y de carecer de información sobre la próxima llegada de las fuerzas de Cathcart. Incluso la superioridad naval franco-española les hace albergar esperanzas como para, además de reforzar otras plazas españolas amenazadas, emprender

acciones ofensivas contra los ingleses, librarse de la amenaza de Vernon, y devolverle sus recientes afrentas contra Portobelo, el Chagres y Cartagena de Indias. Igualmente, entre los mandos españoles de la plaza se toma la determinación de que, a pesar de las diferencias que pudiesen darse en sus apreciaciones sobre la realidad del momento y las medidas a tomar en situaciones críticas, siempre les guiaría la defensa de los intereses nacionales aunque fuese a costa de la pérdida de sus posicionamientos iniciales, hecho que se manifestaría en numerosas ocasiones.

Se acuerda la unión de las escuadras españolas y francesas y se propone a los franceses la integración de las mismas en las inmediaciones de Santa Marta, a donde se dirigiría Torres. Con ello se evitaría que los navíos viesen limitada su maniobrabilidad a las constreñidas aguas de la bahía interior de Cartagena de Indias y, como se encontrarían a un solo día de navegación, con capacidad para socorrer la plaza en caso necesario en un breve plazo de tiempo, aunque minimizan, como hacen en numerosas ocasiones los españoles, la capacidad logística de Santa Marta para sostener a tan numerosos contingentes.

Una vez que ambas escuadras tomasen contacto, estudiarían un plan para llevar a cabo acciones combinadas contra las fuerzas e intereses británicos que se mantenían en actitud defensiva en Jamaica, según creían.

También se aprueba el envío de dos fragatas y un Batallón a Portobelo y el Chagres, que desde los ataques de Vernon habían quedado desguarnecidos y en precarias condiciones defensivas, aunque no estaban ocupados por los ingleses. Probablemente el ambiente de la reunión y las medidas a tomar, como la de la desprenderse del Batallón enviado a Portobelo, hubiesen sido otras si hubiesen sido conscientes de la avalancha inglesa que se les venía encima.

Días después, Torres, ejerciendo sus responsabilidades y

atribuciones navales para toda la ZO., escribe al príncipe de Campo Florido en relación a la misiva que había dirigido con exclusividad al virrey Eslava. En la misma le pide una confirmación sobre la unificación de las escuadras franco-española dado que la única información sobre el particular procedía de un buque francés, e igualmente, le requiere ampliación y forma para llevarla a cabo, aunque él se muestra partidario de la medida.

En resumen, le solicita que le complete la información sobre la situación militar del momento, ya que considera escasa la recibida cuando estaban en guerra contra Inglaterra, y el procedimiento sobre la forma en que los importantes recursos españoles bajo su mando, que eran un sostén fundamental para la defensa de la ZO, podrían hipotecarse para la defensa de los intereses franceses[135]. No recibe respuesta.

El mismo mes de diciembre las dos escuadras francesas ya se encontraban juntas en Santo Domingo y desde allí, D ´Antin, que traía instrucciones directas desde Francia con motivo del cambio en su política de neutralidad desde el ataque de Vernon a Portobelo, escribe a Torres planteándole la posibilidad de que tanto las fuerzas navales francesas como españolas operasen juntas contra los ingleses. Propone como punto de reunión Santa Marta o la propia Cartagena donde él iría y, en caso de que las fuerzas españolas se dirigiesen a La Habana, en Cabo Tiburón; aprueba igualmente el envío desde las colonias francesas de algunos suministros para los españoles, en especial carne en salazón para las tripulaciones de los barcos aunque no dispone de toda la cantidad pedida, y le autoriza a quedarse con los buques franceses que se encontraban en el puerto de Cartagena. Le comunica también que sus hombres se empiezan a recuperar de las enfermedades que habían contraído, tanto durante el trayecto como en su estancia en

la zona. Unas propuestas que son bastantes generosas.

A comienzos de enero de 1741, nuevamente D´Antin, se pone en contacto con Torres y le informa de una inquietante noticia: la llegada a la isla antillana de La Dominica de una impresionante flota británica con más de 190 buques, 32 de ellos navíos de guerra, y con una fuerza de miles de hombres de tierra e infantes de marina. Supone que es la fuerza de Cathcart[136] y, ante la posibilidad de ataque a las posesiones francesas, acumula municiones en Guadalupe y Granada. Torres, sin dilación, transmite la información a Eslava.

Esta información, que llega sorpresivamente, trastoca los planes de D´Antin, que hasta el momento se había mostrado dispuesto a cooperar con los españoles, y proyecta retirarse a Europa para que el grueso de sus fuerzas estuviesen presentes en el TO europeo debido a la nueva situación creada con la muerte del emperador Carlos. Considera dejar en la ZO americana solo seis embarcaciones, al mando del almirante francés Roquefeüille, con la misión de defender sus colonias antillanas y de mantenerse alejado de los posibles objetivos ingleses. Recibida autorización de su metrópolis, ejecuta su plan y abandona la zona ratificando que, ya desde entonces, en las operaciones combinadas los intereses nacionales se suelen imponer a los acuerdos multinacionales.

Torres duda sobre la actitud a tomar ya que tiene que atender con sus fuerzas no solo a los cartageneros sino también al resto de las plazas caribeñas y, en especial a La Habana, que al contrario de las demás no había recibido refuerzos peninsulares. Por otro lado, los británicos ya la habían atacado en 1739 por medio de las fuerzas de Brown, lo que daba a entender que era también un objetivo largamente perseguido por los ingleses. Otro motivo que pesaba en su decisión era que las posibilidades logísticas de Santa Marta eran incapaces de soportar el sostenimiento de

su escuadra en aquellas aguas, dificultades que, aunque con menor incidencia, también aparecían cuando atracaba en Cartagena de Indias pero que podría complicarse si dicha ciudad era sometida a un asedio.

Durante un tiempo Torres sigue mostrándose indeciso sobre los movimientos a efectuar, pero cuando tiene noticias de que los franceses, a finales de enero de 1741, abandonan la zona y se dirigen de regreso a Europa, se decide, pues ya no es posible actuar ofensivamente contra los británicos como tenía pensado hacer, y su inferioridad le obliga a permanecer a la expectativa de las iniciativas que tomen los británicos. Entiende que, con las fuerzas ya acantonadas en Cartagena de Indias, los navíos San Carlos, Dragón, África, Galicia y el Conquistador que había dejado allí, y la dirección de los mandos locales, deben ser capaces para su defensa con carácter temporal. Él, que desconoce la situación exacta de la fuerza expedicionaria británica y que había redistribuido la mayor parte de las fuerzas terrestres que había traído a la ZO entre las guarniciones de Puerto Rico, Portobelo y Cartagena de Indias, se dirigiría con el resto de los navíos a La Habana, la otra gran plaza de importancia en el Caribe, y que no había sido reforzada con los nuevos contingentes. Desde La Habana, caso de ser necesaria su actuación, podría además retornar a Cartagena si los ingleses no dividían su contingente para actuar contra ambas plazas. Deja la responsabilidad de la petición de apoyo para su vuelta en manos de las autoridades cartageneras[137], a quienes avisa de su partida mediante el navío El Fuerte que, averiado, lo envía de regreso a Cartagena para reparación y con órdenes de que, una vez que se encontrase en estado operativo, se incorpore a las fuerzas de Lezo, y pone rumbo hacia Cuba.

El 22 de febrero los navíos de Torres llegan a La Habana.

A comienzos de año la flota de Chaloner Ogle llega a Jamaica. Allí se le incorpora un contingente de aproximadamente 3.200 soldados coloniales que, desde agosto 1740 ya estaban disponibles en Williamsburg (Virginia, USA), aunque no llegaron a Jamaica hasta enero de 1741 toda vez no dispusieron con anterioridad de buques para su transporte desde el continente a la isla. El Regimiento Americano[138] estaba al mando del Coronel William Gooch[139].

Recién llegado a Jamaica el grueso de las fuerzas británicas y, mientras se efectúan reparaciones en los navíos, se recluta a unos 1000/1500 hombres locales de raza negra y esclavos para emplearlos como porteadores, arqueros, y mano de obra auxiliar, y se reaprovisionan con los víveres y suministros que se habían acumulado en la isla para asegurar el sostenimiento de la expedición. Mientras tanto, los nuevos expedicionarios llegados y las fuerzas americanas coloniales se ponen en contacto con el ambiente y clima tropical y se disponen a pasar el periodo de adaptación a las enfermedades locales transmitidas, fundamentalmente, por contacto con la mano de obra local recién reclutada que embarca en sus buques, fase que ya tenía superada la expedición de Vernon que llevaba en la zona más de un año.

Simultáneamente se convoca una reunión con los principales mandos allí presentes, incluyendo al gobernador de Jamaica, para determinar las próximas acciones a tomar.

Al vicealmirante Vernon no le lleva mucho tiempo hacerse con el mando y control de todas las fuerzas expedicionarias, navales, terrestres y coloniales. La ausencia

del general Cathcart, destinado a asumir el mando conjunto de las fuerzas, le había dejado el camino expedito para que él se aupase a la cúspide jerárquica castrense en la zona que, además, se justificaba por ostentar el mayor empleo militar de todos los asistentes. Pero si a esta alta responsabilidad que asume el vicealmirante se une su acentuada personalidad, su interés casi personal en la empresa, su compromiso ante el Parlamento inglés, y su competencia y vocación como marino, ello le lleva a efectuar una modificación aparentemente sin importancia en los planes cuyas consecuencias eran imprevisibles: cambiar el concepto de la operación, que era una acción terrestre con apoyo naval, a una acción naval con apoyo terrestre.

Al resto de los presentes les preocupaban más los movimientos e intenciones de la escuadra francesa, que en esos momentos desconocían, y la posibilidad de que se hubiese unido a la española constituyendo una fuerza naval considerable que ponía en peligro los planes ingleses y su libertad de acción, por lo que se decide hacerse a la mar para localizarla y, caso de encuentro con ella o con las dos, hacerles frente con garantía de éxito, lo que implicaba que tendría que salir con el grueso de sus navíos.

Otra cuestión a resolver era la elección entre los dos objetivos previstos a atacar y cuya decisión había quedado pospuesta para que la tomasen los jefes militares cuando se encontrasen en la ZO y tuviesen más elementos de juicio para fundamentar la elección: La Habana o Cartagena de Indias, aunque a última hora se añade también la posibilidad de actuar contra Veracruz.

Existen voces que preferían atacar La Habana, propuesta que ya desde hacía tiempo estaba apoyada por el gobernador de Georgia y el entonces primer ministro inglés, y el general Wentworth-sucesor de Cathcart en el mando de las fuerzas terrestres-pidió insistentemente que le informasen con

exactitud sobre las fuerzas que guarnecían las diferentes plazas antes de decidir el objetivo, información que no consigue que le proporcionen por carecerse en su totalidad de ella. Pero por encima de todos, la personalidad de Vernon, su conocimiento de la zona avalada por su estancia anterior, las operaciones realizadas desde mediados de 1739 y el mando que ostenta, se impuso a los demás y decidió que el primer objetivo a atacar sería Cartagena de Indias que, además, abría el camino hacia el Perú, y que, con posterioridad, se estudiaría la actuación contra La Habana, Veracruz y Portobelo, donde tendría que enlazar con las fuerzas de Anson (en ese momento se encontraba en Buenos Aires recién cruzado el Atlántico).

Naturalmente la decisión era una facultad que le correspondía con exclusividad al vicealmirante y su responsabilidad no podía ser compartida con nadie (es el sino del jefe), pero tenía que estar basada en estudios y asesoramientos previos que en este caso no se tuvieron en cuenta. Desconocía, entre otras variables, el detalle de las fuerzas terrestres que guarnecían los posibles objetivos y no se permitió que la petición razonada que hizo Wentworth de enviar una fuerza de reconocimiento para conocerlas fuese autorizada, y había una gran incertidumbre sobre las fuerzas navales en la zona aunque esta información sí le preocupa bastante al marino por lo que pudiese afectar a sus navíos. Llevaba más de un año en la zona y no había prestado ninguna atención a La Habana ni a Veracruz ni había rematado aún su ataque a Portobelo. Por el contrario, su atención durante este tiempo se había dedicado casi en exclusividad hacia Cartagena de Indias, a la que había atacado en dos ocasiones y en la que había estado veinte años antes, por lo que pensaba que conocía bastante bien sus defensas. La bella ciudad caribeña y uno de los mandos que la defienden que lo había derrotado en varias ocasiones con

anterioridad, Blas de Lezo, son su verdadera obsesión, y la posibilidad que le permite el disponer de una fuerza considerable que el destino había puesto en sus manos para emplearla con libertad de acción no podía desaprovecharla: Cartagena de Indias y Lezo eran sus objetivos desde hacía tiempo. Si lo conseguía, ello sería la gloria personal y poder pasar a la historia como un nuevo Francis Drake

Seguidamente y, como primer movimiento del ya nuevo comandante de todas las fuerzas expedicionarias británicas, divide sus efectivos en tres grupos navales al mando de Ogle, el comodoro Lestock, y él mismo, y se echan a la mar en busca de las naves enemigas.

Se dirigen a las inmediaciones de Santo Domingo mientras que las fuerzas de D´Antin abandonan la ZO. en dirección a Francia, por lo que no consigue encontrarlas. Al recibir Vernon noticias, aún sin contrastar, del abandono francés de aquellas aguas, concentra sus fuerzas y convoca una nueva reunión para afrontar la situación mientras que Torres y su escuadra, que se encontraban más al oeste, cruzan el mar Caribe y se trasladan, dos días después de la salida de los franceses, desde Cartagena hasta La Habana, por lo que tampoco dan con ella.

Los franceses habían recibido con alivio nuevas órdenes para regresar a Europa y cambiar de planes, por lo que abandonan la ZO. a finales del mes de enero y, aunque no intervienen directamente en los acontecimientos posteriores, sí que influirán en ellos toda vez que su presencia ha actuado como medida disuasoria para que los ingleses no se dirigiesen directamente hacia Cartagena, recién concentrados en Jamaica, y tuviesen que emplear un tiempo, a comienzos de la estación seca, en aclarar cuáles eran su paradero y sus intenciones.

Cuando Vernon confirma, a mediados del mes de febrero de 1741, que los franceses han abandonado la zona y que

Torres se encuentra en La Habana, ve el camino despejado para el asalto a Cartagena de Indias. Reorganiza sus fuerzas, les pasa revista el 25 de febrero, asigna nuevos cometidos en una nueva reunión con los principales mandos, ordena un reaprovisionamiento de agua y leña, envía repetidamente a tierra al regimiento americano y al contingente jamaicano para acopiar material de fortificación, remite algunas fragatas de reconocimiento por delante hacia Punta Canoa, y dirige a la flota, ya sin ningún peligro naval español ni francés, contra Cartagena de Indias.

Pero el tiempo que ha empleado en estos movimientos previos para asegurarse de la imposibilidad de encuentros desagradables y no controlados con los navíos españoles y franceses le ha hecho gastar dos preciosos meses, al comienzo de la estación seca en la zona cartagenera, que era la más idónea para llevar a cabo operaciones terrestres, y que se unía al retraso acumulado por la demora en la salida de Inglaterra de la expedición de Cathcart. Si con el adelanto de la salida de Vernon de Inglaterra en lugar de Anson se rompió el ritmo a nivel estratégico, ahora se rompe a nivel operacional y todavía quedaba la incertidumbre de qué ocurriría en el nivel táctico[140].

Una impresionante fuerza de entre 23.000 y 29.000 hombres, entre los que se encontraba un contingente terrestre de asalto de 12/13.000 efectivos, en una flota de más de 180 buques[141], pone rumbo a Cartagena de Indias para enfrentarse a la guarnición y personal local. Esta flota de ataque era de similar composición a la anglo-holandesa que, cuarenta años antes, había atacado y conquistado la plaza de Gibraltar en nombre del archiduque Carlos de Austria que pretendía el trono español (aunque la bandera de la Casa de Austria solo ondeó unas pocas horas en la Roca ya que el almirante inglés Rooke la sustituyó inmediatamente por la inglesa[142]) que, con unos efectivos de 21.000 hombres, 150

buques y 3.500 cañones, se enfrentó a unos escasos 500 españoles y 100 cañones, casi todos inoperativos, que defendían el Peñón, y de mayor entidad que la tan históricamente conocida y divulgada, sobre todo por los medios de difusión británicos, como La Gran Armada/Armada Invencible que, al mando del duque de Medina Sidonia, fue enviada por el monarca español Felipe II para invadir Inglaterra durante la guerra de 1585-1604, ya que ésta contaba con 123 naves[143].

Dos siglos después, nuevamente se volvió a enviar una fuerza conjunta británica de ataque al continente americano con ocasión de la guerra de las islas Malvinas (denominadas Falkland por los británicos) contra Argentina en 1982 y que contaba con medios humanos y terrestres similares: 28.000 hombres, de ellos 9.500 formando parte del contingente terrestre de asalto, además de 110 buques (33 de combate y 60 de apoyo) y una fuerza aérea de 38 aviones de combate y 100 de apoyo y transporte.

6 Cartagena de Indias y su entorno

(Gráfico 5)

EL EMPLAZAMIENTO DE LA CIUDAD

Fueron varios los exploradores españoles que llegaron a la zona colombiana en los primeros años del descubrimiento de América. El capitán Alonso de Ojeda alcanzó la Guajira en 1499 y, posteriormente, regresó en 1503, 1506 y en 1508, cuando fundó la ciudad de San Sebastián de Araba (en la zona del Araba-Darién, actual Antioquia). En 1501 llegaron Rodrigo Bastidas (que en 1526 fundó la ciudad de Santa Marta) y el geógrafo Juan de la Cosa[144] (que volvió en 1504) quienes alcanzaron la desembocadura del rio Magdalena. En 1504 y 1506 arribaron los hermanos Cristóbal y Juan Guerra, en 1508 Diego de Nicausa y en 1533 el madrileño Pedro de Heredia. Este último ancló con una nao, dos carabelas y una fusta[145] en Bocagrande, desembarcó con 150 hombres y 22 caballos y, después de reconocer la zona durante meses buscando un lugar adecuado para el acceso, atraque de los navíos, y con buenas posibilidades de defensa, fundó una ciudad[146] junto a un poblado indígena de la tribu de Calamarí[147], a la que dio el nombre de Cartagena de Indias para diferenciarla de la española con idéntico nombre.

El emplazamiento de la ciudad, que es el mismo sobre el que se encuentra actualmente, causó problemas desde el

principio por su carencia de agua y la dificultad de acceso al interior del continente, lo que constreñía el crecimiento de su población y limitaba la cría del ganado, por lo que en 1535 se estudió la conveniencia de modificar el asentamiento. A mediados de siglo se abandona esta posibilidad ya que se abrió un camino hacia las extensas sabanas de las inmediaciones donde la abundancia de pastos permitía la cría intensiva de ganado y el problema del abastecimiento de agua, sobre todo durante los sitios a que pudiese ser sometida la ciudad, se podría solucionar mediante la construcción de un acueducto que la trajese desde el arroyo Matute, a unos 10 kilómetros al este, en donde la había en abundancia y de buena calidad. El acueducto queda pendiente de realización y, provisionalmente, el problema se solventó mediante la construcción de aljibes locales y pozos urbanos que recogían y almacenaban el agua que caía en abundancia durante la época de lluvia. Años más tarde se desechó la solución del acueducto para la traída del agua a la ciudad precisamente por el mismo motivo defensivo durante los sitios que antes se había aducido para lo contrario. Y es que se pensó que, precisamente durante el tiempo en que la ciudad estuviese sitiada por fuerzas enemigas, seguramente éstas cortarían el abastecimiento del agua transportada por el acueducto para doblegar la voluntad defensiva de los cartageneros, por lo que era más seguro seguir contando con el suministro de los aljibes[148] y pozos locales donde se acumularía la necesaria para resistir durante los periodos de aislamiento.

Otros problemas asociados a su emplazamiento fueron los fuertes vientos y mareas que azotaban con intensidad la costa, baja y arenosa, a lo largo de la cual estaba situada la ciudad, y que ocasionaban periódicamente inundaciones y daños en las edificaciones[149], y el que las construcciones fueran frágiles ya que tenían que asentarse sobre un suelo

arenoso y por lo tanto con unos cimientos débiles.

Pero, por encima de todos los inconvenientes, la ubicación en las inmediaciones del poblado de un puerto natural situado sobre una bahía cerrada que lo resguardaba de las inclemencias de los temporales y con estrechos canales de acceso que facilitaban su defensa, prevalece por encima de cualquier otra consideración para no trasladar a la población de su ubicación inicial y, en 1574, Felipe II le otorgó el título de ciudad y su escudo de armas.

La fundación de la ciudad en su ubicación primitiva y su permanencia histórica en el mismo lugar, así como la fortificación posterior a que se somete el núcleo urbano y al contorno de la bahía, tienen como objetivo fundamental proteger la integridad del puerto[150] y la actividad comercial que desarrolla, y a esta finalidad se subordinan los posibles inconvenientes de su emplazamiento. Cuando se descubren las riquezas del Perú el puerto se convierte en un apoyo ideal para el comercio y el transporte estratégico español debido a su magnífica situación. En breve plazo ya era el primer puerto comercial de todo el Caribe y en él se embarcaban gran parte de los productos y caudales del Nuevo Reino y del interior del continente. Para 1570 era uno de los más importantes del mundo[151]. Las construcciones que se erigen son, en principio, para los muelles de descarga y las instalaciones auxiliares del puerto y, posteriormente, las fortalezas para defenderlo, lo que origina que la ciudad se transforme rápidamente en una plaza fuerte que, junto con la población auxiliar, la guarnición militar y sus familiares, la convierten en una urbe cosmopolita con todos sus servicios y administrativos necesarios.

A principios del siglo XVI la población comienza a extenderse fuera del recinto cercado que la limitaba y, para comienzos de la siguiente centuria, ya ha poblado la isla de Getsemaní, a la que estaba unida por un puente levadizo de

madera que salvaba el Caño de San Anastasio, y mediante una calzada de piedra la comunicaba con el interior del continente por un único acceso terrestre.

Después del ataque del corsario inglés Drake, a finales del XVI, se inicia la construcción del cerco fortificado de la ciudad dirigido por una gran saga de ingenieros militares que son enviados a la guarnición, aunque el gran constructor del amurallamiento de la ciudad fue Francisco de Murga. En el siglo XVIII la ciudad se encuentra prácticamente fortificada[152] y plagada de baluartes[153] defensivos, aunque no se había completado la del barrio de Getsemaní, ya que su construcción comenzó con posterioridad.

El contorno marítimo exterior estaba protegido de asaltos hostiles por un mar poco profundo y con grandes resacas que solo permitía la aproximación de botes y, su perímetro interior, por un puerto de poco calado que imposibilitaba el acercamiento a la ciudad de navíos de guerra de gran tonelaje y por una red de canales pantanosos, ciénagas, y enmarañada vegetación. Todos estos impedimentos naturales a la movilidad de los posibles atacantes a la ciudad se encontraban incrementados, además, por una muralla fortificada y con profusión de artillería, desde donde los defensores podían hacer uso de sus armas con una cierta protección del fuego adversario.

A comienzos del siglo XVIII el ingeniero Juan de Herrera afronta numerosas reparaciones, modificaciones y nuevas construcciones de las fortificaciones para subsanar los desperfectos producidos por los elementos naturales y por el asalto de las fuerzas del francés Pointis llevado a cabo en 1697, para lo cual se dicta una real cédula que costee las obras (los fondos se obtienen en 1717), se acopian los materiales necesarios (que finaliza en 1721) y se estima que, con la mano de obra disponible, se necesitaría no menos de

40 años para finalizar las tareas, por lo que se propone aumentar el número de peones a emplear, autorización que no se obtiene.

El único acceso terrestre a Cartagena de Indias se encontraba protegido por la Puerta de la Media Luna, que contaba con artillería y un puente levadizo para salvar el canal del Ahorcado y, pasado el arrabal de Getsemaní, por el de la Torre del Reloj, que enlazaba con el núcleo urbano de la ciudad.

En 1741, con sus casas construidas en mampostería y sus balcones de madera[154], era la ciudad más hermosa y grande de toda América, una de las más ricas e importantes de las Indias Occidentales, el primer mercado de los productos españoles, con un puerto seguro que contaba con el muelle[155] de la Caleta y el de Contaduría (que era una ampliación del existente en la bahía de las Ánimas), punto de salida de la plata procedente del virreinato de Nueva Granada y del Perú que sostenían en gran parte los gastos de las campañas europeas españolas, y capital de una provincia que superaba los 100 núcleos habitados en los que vivían 80.000 personas[156] (18/20.000 en la capital). Su situación estratégica la convertían en soporte fundamental para la defensa de la fachada atlántica centroamericana y el mar Caribe, por lo que era una formidable fortaleza militar guarnecida por unos 2.700 efectivos terrestres[157], además de un número variable de navíos de guerra, sobre la que gravita gran parte de la actividad, el comercio, el trabajo, el empleo, el funcionamiento e incluso las relaciones sociales de los ciudadanos, ya que una gran parte de la guarnición militar, además de las Milicias, estaba formada por personal autóctono, y muchos de los soldados llegados desde España que habían cumplido su compromiso se afincaban en la ciudad y alrededores. En ella se encuentra instalado el virrey Eslava, el Gobernador, el Comandante de Marina, el

Regente-Visitador e Intendente[158] y el Cabildo[159].

Para la atención sanitaria contaba con tres hospitales[160]: el de San Sebastián/San Juan de Dios/Espíritu Santo[161], el de San Lázaro[162] (alejado, en La Popa, porque atendía a los enfermos de lepra y en evitación de la propagación de la infección al resto de la población), y el de Mujeres. Para el servicio de asistencia religiosa, ya en el siglo XVII estaban asentadas la Compañía de Jesús, las carmelitas, las clarisas y los agustinos. También, desde 1610, se instaló el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición que puso veto a la introducción de otras religiones.

Era una ciudad bastante aseada para su tiempo cuyas calles y zona próxima a las murallas se limpiaban todos los días de fiestas[163], y en su puerto no se alcanzaba el nivel de prostitución que se daba en el de Kingston, donde solía amarrar el grueso de la flota inglesa, por lo que la guarnición militar española tenia medidas profilácticas más adecuadas que las británicas que se aprestaban para atacar la ciudad.

Pertenecía al virreinato de Nueva Granada, que se creó por Real Cédula de 29-12-1712, con objeto de fomentar el desarrollo y la defensa de las costas meridionales del Caribe y que comprendía los territorios actuales de Colombia, Venezuela y Ecuador. Suprimido temporalmente entre 1723 y 1739 hasta que fue nombrado un nuevo virrey, el capitán general Sebastián de Eslava, un militar de 54 años.

Comprendía las Audiencias de Quito y Santa Fe (sobre cuya estructura se creó el virreinato) y las provincias de Santa Marta, Cartagena de Indias, Antioquía y Popayán, Maracaibo, Caracas y Guayana, aunque sus límites se fueron ampliando o disminuyendo.

LOS ACCESOS POR LA COSTA Y LA BAHÍA.

A lo largo de la costa cartagenera existían tres únicas aberturas que permitían la entrada del mar hacia el interior de la bahía: La Boquilla, Bocagrande y Bocachica.

Desde la zona de La Boquilla, unos 13 kilómetros al norte de la ciudad y, hasta el núcleo urbano, el mar era poco profundo, con gran cantidad de arrecifes y, normalmente, con una resaca tan intensa que dificultaba, si no impedía, la aproximación de cualquier navío a las playas, por lo que no es de extrañar que el francés Pointis, después de su ataque a la ciudad, afirmase que Cartagena solo era accesible desde el mar a través de la bahía interior.

En la única zona de La Boquilla con posibilidades de desembarco se emplazaban las posiciones defensivas de Paso Alto, Crespo y Más. La primera era un hornabeque[164] y las otras dos eran baterías de costa, sin fortificar, guarnecidas además por un pequeño destacamento de tropa.

Por La Boquilla el agua se introducía hacia el interior formando una ciénaga, llamada de Tasca o de la Virgen, que no era navegable para los buques, y que aislaba el núcleo urbano de la ciudad y su arrabal de Getsemaní por el canal del Ahorcado.

El acceso terrestre desde La Boquilla a la ciudad tenía que realizarse por dos itinerarios posibles: cruzando el canal y progresando por la península de La Popa hasta llegar a la puerta de la Media Luna que cubría el paso hacia Getsemaní, o por el contrario, a través de las playas arenosas de la Cruz Grande hasta topar, en un estrecho frente comprendido entre el mar y el canal, con el recinto amurallado y los dos baluartes situados al NE. que protegían la ciudad por aquel lugar.

Al sur de la zona poblada las mareas eran más suaves y permitían, no sin dificultad, un desembarco por la zona de

La Caleta, hecho que fue aprovechado por Drake en el siglo XVI, aunque cualquier atacante que accediese por allí tendría que sufrir los efectos de las armas emplazadas en las murallas y en los baluartes de la ciudad.

Más al sur, los pasos marítimos de Bocagrande y Bocachica se apoyaban en la isla de Carex o Tierra Bomba y, a través de ellos, el mar se comunicaba con una bahía por la que se desparramaban numerosas islas de diferente tamaño en donde crecían los manglares[165].

La isla de Tierra Bomba estaba cubierta de una gran vegetación, lo que dificultaba la progresión de unidades militares, y el terreno se elevaba hasta los 84 metros de altura. Existían en la isla tres posiciones defensivas, La Chamba, San Felipe y Santiago[166], emplazadas en sendas calas de la costa, que estaban guarnecidas por una batería de artillería y un pequeño destacamento para su custodia. Su función era oponerse a cualquier desembarco naval que intentase asaltar por tierra el Castillo de San Luis[167], principal fortaleza que protegía la integridad de Bocachica.

A mediados del siglo XVII naufragan de forma fortuita dos buques portugueses[168] mientras atravesaban la bocana de Bocagrande[169] y, progresivamente, comienza a acumularse arena sobre los cascos de los mismos que actúan como un arrecife y, con el tiempo, consiguen formar un dique y taponar este acceso. Se crea entonces en dicho lugar una franja de terreno arenoso y empantanado que se cubre de vegetación, lo que impedía el despliegue de las pesadas piezas de artillería, cavar trincheras, y entorpecer el movimiento de la tropas debido a la poca profundidad de la capa freática, como le ocurrió a Pointis en 1697, que tuvo que desistir de atacar a la ciudad por aquel lugar.

La modificación de la dirección e intensidad de las mareas locales que provoca el estado de Bocagrande, una vez taponado, consigue dragar y mejorar de forma natural la

única entrada-salida navegable del mar que queda, Bocachica, que hasta el momento era un estrecho y poco profundo canal, por el que, a partir de entonces, pueden navegar a través de él los galeones y navíos de gran tonelaje. La nueva situación creada en las dos bocanas y la posibilidad de retornar al escenario primitivo, si se retiraban los obstáculos de Bocagrande dejando que la aportación de arena y las corrientes volviesen a su estado natural, es objeto de estudios y discusiones por un largo periodo, ya que ello implicaba una remodelación fundamental de la defensa y de las fortificaciones existentes y futuras, y existían partidarios a favor o en contra de cualesquiera de las soluciones que se adoptasen.

La situación de los accesos marítimos por Bocagrande continuó durante mucho tiempo en el mismo estado en que se encontraba tras el incidente del naufragio portugués: taponado y dejando como único y obligado paso naval a la bahía el de Bocachica o, temporalmente abierto de forma precaria, en función de las inclemencias del tiempo y las mareas locales.

El canal de Bocachica estaba situado entre el extremo sur de la isla de Tierra Bomba y el norte de Barú, y la conjunción de islas e islotes existentes en el mismo, junto a los fondos coralinos, la escasa profundidad en algunos de sus puntos, y la escasez de vientos, convertían el paso hacia el interior de la bahía en lento y dificultoso. El taponamiento que se produjo en Bocagrande a mediados del siglo XVII lo convierten en el único acceso posible para navíos de guerra a la bahía, al puerto, y a la ciudad de Cartagena de Indias, por lo que se decide entonces potenciar las fortificaciones y recursos militares, humanos y materiales del castillo de San Luis, las baterías costeras de Tierra Bomba, así como el Fuerte de San José del otro lado del canal, que cubrían el paso por la bocana, en detrimento de las posiciones

defensivas interiores de la bahía que pierden importancia y cobertura de fuerzas. Además se contaba, como obstáculo artificial a la navegación, con una cadena doble que cerraba el tramo marítimo apto para el cruce y que había cooperado muy eficazmente a hacer fracasar el intento de Vernon en mayo de 1740 año para forzar su paso.

La situación inestable de las bocanas de acceso a la bahía obligaba a confiar la integridad de la plaza a una defensa adelantada, que se apoyaría en las fortalezas y cobertura de Bocachica para impedir que cualquier penetración enemiga la sobrepasase, como pregonan unos, o a una defensa retrasada, concentrando la resistencia en las inmediaciones de la plaza, como defienden otros[170] y que obligaría a abrir nuevamente Bocagrande y cerrar Bocachica. Los pros y contras de ambas propuestas se llegan a tratar, incluso, en la Junta de Guerra de la península. Aunque no consta la resolución que se toma, las reparaciones que se hacen en San Luis y el no afrontarse la apertura de Bocagrande, apoya por vía de los hechos la idea de que fue la defensa adelantada la opción aprobada. El ataque del francés Pointis en 1697 en el que, una vez ocupado el Castillo de San Luis y sobrepasado Bocachica, facilitó y posibilitó el saqueo posterior de la ciudad, y el frustrado intento de Vernon que, en mayo de 1740, no consiguió acercarse a la ciudad al no poder superar los obstáculos del canal de Bocachica, que se apoyaron con los fuego desde San Luis y San José, avalaba la decisión adoptada, aunque la distancia a que se encontraban las defensas de la plaza, unos 16 kilómetros, complicaba su refuerzo en caso necesario.

La bahía, amplia y profunda, con mareas y corrientes sin grandes fluctuaciones, tenía más de 20 kilómetros de largo en dirección N-S, lo que permitía resguardar simultáneamente a un gran número de buques y navíos de todo tipo de tonelajes. Se encontraba dividida en dos zonas

denominadas Bahía Exterior más al sur y Bahía Interior al norte, separadas por el estrecho que formaban la Punta del Judío, en la península de Bocagrande, y la isla del Manzanillo. En ambos extremos del estrecho se ubicaban dos fortalezas, los fuertes de la Cruz Grande (llamado también, según la época Santa Cruz o Cruz Grande) y del Manzanillo, cuya artillería podían batir a distancia eficaz a cualquier navío hostil que pretendiese acceder a la Bahía Interior, ya fuese por Bocagrande o por Bocachica, aunque a partir del cierre del primero y la potenciación defensiva del segundo de acuerdo a la defensa adelantada establecida pierden importancia y se disminuyen sus guarniciones. Los fuertes de la Cruz Grande y Manzanillo fueron reparados después de la destrucción llevada a cabo durante el ataque de Pointis quedando el segundo dedicado a almacén de materiales de guerra y guarnecido por un pequeño destacamento armado.

Un nuevo estrechamiento separaba la bahía interior con el puerto de Cartagena situado en la Bahía de las Ánimas, que se encontraba defendido por otra fortaleza situada en la isla de la Manga, el fuerte del Boquerón (posteriormente sustituido por el de San Sebastián del Pastelillo).

Los muelles no disponían del suficiente calado para que se les acercasen los grandes buques comerciales por lo que éstos tenían que permanecer fondeados en la bahía complicando la manipulación de la carga, aunque ello también facilitaba su defensa contra los desembarcos enemigos ya que los navíos atacantes no podían aproximarse a las zonas habitadas.

En las instalaciones portuarias descargaban una o dos veces al año los galeones que hacían la Carrera de las Indias y los bajeles sueltos que abastecían con los productos específicos europeos al Nuevo Mundo y por sus almacenes pasaban un gran volumen de mercancías variadas, por lo que el conjunto ciudad-muelle-puerto era un triple objetivo

perseguido por sus enemigos. Las grandes potencias[171] anhelaban su control permanente debido a su importancia como soporte comercial y para el transporte estratégico, y los corsarios, piratas, filibusteros y bucaneros[172], perseguían su asalto temporal para apropiarse, mediante el robo, el pillaje y el saqueo, de las riquezas existentes en sus almacenes o en poder de los comerciantes y habitantes de la ciudad[173].

LOS ACCESOS CON EL INTERIOR

Las estribaciones de las elevadas cordilleras andinas obligaban a que el enlace de la costa cartagenera con el interior del continente tuviesen que ser realizadas a través los valles de los ríos y que el Magdalena se convirtiese, casi en exclusividad, en la ruta neurálgica sobre la que gravitaban las comunicaciones de la población de Cartagena con el altiplano andino. Una red de canoas y recuas de mulas[174] se encargaba de mantener y potenciar el flujo comercial cartagenero, como un adelantado sistema intermodal de transporte, aunque la impracticabilidad de los caminos en la época de lluvias obligó a la construcción de un canal artificial, el del Dique[175], que unía la bahía de Cartagena, por Pasacaballos, con el rio Magdalena y su centro distribuidor de mercancía más importante, el puerto de Santa Fe. Desde Pasacaballos, las mercancías procedentes del interior a través del Dique, llegaban a Cartagena de Indias en canoas y botes que las desembarcaban en sus muelles, o bordeaban a lomos de acémilas el contorno de la bahía, vía terrestre, hasta alcanzar la ciudad a través del Cerro de La Popa.

Todos los caminos terrestres de entrada y salida al núcleo

urbano de Cartagena-Getsemaní[176] confluían en un único punto de acceso obligado, la Puerta de la Media Luna, a la entrada del arrabal, y las murallas y baluartes que se apoyaban en ella, de ahí la importancia de mantener su integridad durante los ataques enemigos. Pero su ubicación tenía una gran vulnerabilidad: estaba dominada por el Cerro de San Lázaro, unos 40 metros más alto, desde el cual se la podía batir con facilidad como hizo Pointis en 1697, por lo que siempre había sido una prioridad para las autoridades la cobertura de dicha altura y, para ello, ya a mediados del siglo XVII el gobernador Pedro Zapata mandó construir allí el castillo de San Felipe de Barajas[177].Posteriormente, durante los años 1724 a 1739, fue reformado por el ingeniero militar Antonio de Arévalo y, como en la mayoría de los casos de construcción de las fortificaciones, sus obras pasaron por periodo de dificultades debido a la financiación, por lo que no se finalizó definitivamente hasta 1769.

Parecía que la fortaleza de San Felipe era la solución definitiva para la defensa del acceso terrestre a Cartagena de Indias desde el interior, pero existía otro inconveniente: a un kilómetro de él y, dominándolo, se encontraba el Cerro de La Popa de la Galera[178] que, con sus 148 metros de altura, era la plataforma más elevada de la zona. Cualquier unidad de artillería que lo ocupase sería capaz de batir con sus fuegos tanto al castillo de San Felipe, situado a una cota 100 metros más baja, o a la estrecha franja de terreno (de unos 500 metros de ancho) que, a la altura de la hacienda de La Quinta, era el nexo de unión con el resto del terreno continental y separaba la ciénaga de Tasca con el Caño de Gracia.

La altura de La Popa complicaba, por lo tanto, la defensa del acceso a Cartagena, ya que la ocupación por parte de un posible enemigo del cerro posibilitaba el ataque en condiciones favorables al de San Lázaro y al castillo de San

Felipe de Barajas en él ubicado, y la de éste a su vez, el de la Puerta de la Media Luna, entrada al recinto poblado. La caída del Cerro de La Popa en manos de un posible enemigo haría que, probablemente, cayesen sucesivamente San Felipe y La Media Luna como fichas de dominó, si se emplazaba suficiente artillería en él. Era necesario fortificar y defender la posición fundamental del Cerro de La Popa para evitar esta posibilidad, así como para poder batir desde allí la franja de terreno del istmo, a la altura de la hacienda de la Quinta, punto de paso obligado de cualquier fuerza enemiga que por vía terrestre se dirigiese hacia la ciudad, ya que la eventualidad de que el cerro pudiese ser bordeado eran escasa y dificultosa para cualquier fuerza atacante que marchase en esa dirección y que sería hostigada desde dicha altura.

Pero, para 1741, La Popa solo estaba custodiada por los frailes agustinos, que moraban en el convento que habían fundado en 1622 sobre el mismo, y por la Virgen de la Candelaria, patrona de la ciudad, que presidía el altar de la Iglesia construida por los primeros españoles llegados la zona y a la que tradicionalmente se dirigían para venerarla después de finalizar su viaje transatlántico y, además, ya se había decidido que la cobertura de la plaza se basaría en una defensa adelantada en Bocachica, por lo que se había estimado que los posibles atacantes difícilmente llegarían hasta allí.

LA CLIMATOLOGÍA

La ubicación de Cartagena a la altura de los 10 grados de latitud le confería una climatología húmeda y cálida y facilitaba el desarrollo de una flora y fauna acorde con la

misma que caracteriza a las zonas tropicales. El personal no autóctono que llegaba a la zona caribeña necesitaba un periodo de tiempo para acostumbrarse al nuevo ambiente. Salvo en los raros casos de fallecimiento producidos generalmente por deshidratación debida a infecciones gastrointestinales, después de un periodo más o menos largo la gente se acostumbraba a vivir en esas condiciones aunque las soportaban peor que el personal aborigen. Las unidades militares europeas recién llegadas no alcanzaban la operatividad plena hasta superar el periodo de aclimatación pues un gran número de sus componentes enfermaban o caían en un gran desfallecimiento. En general los enfermos mejoraban con el cambio de aires y de la alimentación. Era, después de atravesar el océano con sus tormentas y galernas, la segunda dificultad climática que tenían que superar las expediciones militares europeas que se dirigían a la zona.

Existen dos periodos perfectamente marcados desde el punto de vista climático: la estación seca y la de lluvias.

La estación seca transcurre, generalmente, entre los meses de diciembre y abril, y durante la misma hace un excesivo calor que unido a la alta humedad local produce una gran sudoración y cansancio extra cuando se realiza cualquier trabajo físico, amén de insolaciones, por lo que algunas actividades cotidianas de entonces, incluso la celebración de las misa en la catedral, se realizaban muy temprano para limitar los efectos de las temperaturas. Ese ambiente degradaba con mayor rapidez los alimentos y el agua en los almacenes, y su consumo en ese estado daba lugar a frecuentes disenterías, infecciones gastrointestinales, amén de diversas enfermedades como el cólera, produciéndose, en este caso, numerosas bajas entre los nuevos contingentes militares. Simultáneamente, durante dicha estación hacían su aparición una gran cantidad de insectos, como

mosquitos[179], garrapatas, etc. que encontraban en las altas temperaturas, humedad, pantanos, y en la exuberante vegetación tropical, el caldo de cultivo para su proliferación[180] y que, actuando como vectores trasmisores de enfermedades, hacían brotar dolencias tropicales específicas como el paludismo, la fiebre amarilla[181], el tifus etc. Y para completar ese ambiente hostil para los recién llegados, era frecuente la proliferación de culebras, alacranes, ciempiés y una gran cantidad de parásitos como piojos, pulgas, etc.

Durante el periodo seco las acciones militares terrestres se veían afectadas debido a la dificultad de movimiento y combate de tropas mermadas físicamente por el calor y la humedad, consumiendo en muchas ocasiones alimentos y agua en mal estado que les producían frecuentes infecciones y deshidrataciones, atacadas por un sinfín de reptiles, insectos y parásitos que les inoculaban gérmenes muy virulentos en organismos que no disponían aún de anticuerpos específicos para defenderse de ellos, y sobrecargadas con un equipo y material pesado. No era una época adecuada para llevar a cabo operaciones militares terrestres por personal europeo no aclimatado ni inmunizado, excepto para operaciones rápidas y con una duración inferior a las 6-8 semanas, que era el plazo normal en que los efectos dañinos de ese ambiente tan hostil aparecían de forma masiva en el nuevo personal y anulaban la capacidad de combate de las unidades. Era la tercera dificultad climática que tendría que superar cualquier fuerza terrestre europea que intentara atacar Cartagena de Indias antes de llegar a la distancia de asalto de los defensores y poder emplear todo su potencial bélico contra ellos.

Aunque se ignoraban las causas de muchas de las enfermedades, sus efectos sí que eran conocidos por españoles e ingleses en 1741, pues los primeros, ya desde el

siglo XVI, denominaban a las poblaciones de Nombre de Dios como "Sepultura de los españoles" y a Portobelo por "Portomalo" debido a la cantidad de fallecimientos que allí se producían debido a unos emplazamientos inadecuados desde el punto de vista climático y ambiental, lo que les acarreaba numerosas enfermedades. Por parte inglesa, ya Cathcart advertía de ellas durante el entrenamiento de los reclutas que instruía en la isla de Wight para tomar parte en la ZO caribeña y, el vicealmirante Vernon, que 20 años antes había participado en operaciones en el Caribe, llevaba casi dos años en la zona por lo que tenía que ser un perfecto conocedor de los efectos de las mismas. Estas circunstancias también habían sido tenidas en consideración por Drake (que había sido afectado en 1585 por la fiebre amarilla durante una breve escala en Cabo Verde) y que, prudentemente, solo mantuvo a sus fuerzas 54 días sobre el terreno cuando atacó Cartagena de Indias entre febrero y abril de 1586. También el francés Pointis, durante el ataque al mismo objetivo llevado a cabo entre abril y mayo de 1697, hizo permanecer a sus fuerzas solo 42 días en la zona y, aunque los filibusteros de Ducasse que formaban parte del mismo contingente continuaron 13 días más, éstos eran autóctonos del Caribe y estaban aclimatados a la zona, por lo que soportaban mejor el ambiente local ya que, por haber sido afectados con anterioridad por las enfermedades tropicales, sus organismos disponían de mayores defensas contra ellas en la mayoría de los casos.

La estación de lluvias va, aproximadamente, desde mayo a diciembre, y durante la misma proliferaban en el Caribe las tempestades, tormentas y huracanes, por lo que la navegación por el mismo y el acercamiento de flotas a la costa cartagenera se convertía en peligrosa para la integridad de los navíos que la componían. Por este motivo, los ataques navales en este periodo eran improbables y en

especial por un marino como Vernon que cuidaba con tanto esmero de la integridad de sus barcos.

El mar azotaba con bastante fuerza la costa baja y arenosa de Cartagena de Indias e inundaba periódicamente el núcleo urbano y las fortificaciones. La media anual era de 91 días de lluvias durante este periodo y la humedad del 86 por ciento. Los caminos y veredas, que eran sometidos a las fuertes lluvias que arrastraban la tierra y la cubierta vegetal, se hacían impracticables para el traslado del material pesado militar, por lo que las operaciones móviles terrestres con este tipo de equipamiento eran prácticamente prohibitivas, teniéndose que limitar los movimientos de las fuerzas militares a una impedimenta y dotación liviana. En estas condiciones, las fuerzas defensoras que se ubicasen en instalaciones fijas o semipermanente y que pudiesen acoger a resguardo una gran cantidad de material y dotación militar, estaban en mejores condiciones de actuación que las atacantes que, dotadas de un equipamiento ligero, solo podrían efectuar operaciones a pequeña escala y limitadas en tiempo y espacio, por lo que no podrían emplearse para llevar la acción principal en una gran batalla.

Por todo ello, los condicionantes climáticos aconsejaban que, cualquier contingente no autóctono que quisiera llevar a cabo operaciones militares hostiles contra Cartagena, se tuvieran que adaptar a unas fechas de iniciación apropiadas que iban de febrero y marzo cuando el terreno se hubiese secado después de la época de lluvias, a una finalización no más tarde de mediados de mayo para no verse sometidos a las primeras precipitaciones, y a una duración que no sobrepasase los dos meses antes de que los efectos graves de las enfermedades tropicales se hicieran notar entre sus componentes y se quedasen sin impulso para sostener la operación. En esta zona, el comienzo, ritmo, duración y finalización de las operaciones militares eran limitaciones

tasadas.

En cuanto a los vientos, la bahía se encontraba a resguardo de los provenientes de cualquier dirección, por lo que era muy segura. En la costa, a la altura de la ciudad, los dominantes procedían del norte y podían llegar a ser huracanados en la época de lluvias o tranquilos en la seca. En la zona de Bocagrande soplaban hacia el interior por lo que, en caso de que el paso estuviese abierto, facilitaba el acceso de los barcos a la bahía. En Bocachica, durante la estación de lluvias corría la brisa pero, durante la seca, los vientos se calmaban, lo que dificultaba el cruce de los barcos por dicho paso produciendo un gran bochorno y una proliferación de mosquitos que se cebaban con quienes estuviesen en aquella zona. El personal militar que se desplazaba desde la ciudad a la fortaleza de San Luis para su guarnición, en un servicio rotatorio con una duración mensual, temía el nombramiento para el mismo hasta el punto de que, en 1738, se producen deserciones entre los designados. Esta vulnerabilidad, que afectaba a los moradores temporales de las fortalezas de Bocachica, tendría que ser pagado no solo por los que acudían allí para su defensa sino también por aquellos que pretendiesen tomarlo de forma hostil.

AGRICULTURA, GANADERÍA, Y OTROS PRODUCTOS PARA LA ALIMENTACIÓN

Las condiciones tropicales de la zona no eran las idóneas para el cultivo del trigo por lo que había que traer parte de la harina desde España y otras colonias, pero el maíz se daba con facilidad en las plantaciones interiores y, además era de buena calidad. Por dichos motivos se elaboraba dos tipos de

pan, que era un alimento básico para el personal español: el de harina, que era consumido en los hospitales, por los personajes relevantes y oficiales del ejército, y el llamado "bollo", a base de maíz, para el resto. El persona autóctono solía consumir una especie de torta de pan basada en la harina de la yuca (cazabe), aunque este producto era más aceptado entre el personal nativo ubicado en la parte Este del rio Magdalena que en la zona cartagenera. Tampoco existían problemas con el cultivo del arroz, las alubias, frijoles, la batata, etc. La fruta era la apropiada, abundante y variada de una zona tropical y, además, era habitual que cada casa cartagenera contase con una pequeña huerta donde se cultivaban legumbres y hortalizas para consumo familiar.

El ganado vacuno proliferaba[182] con abundancia en las provincias internas de Mompox y Santa Marta y, a menos de 25 kilómetros de la ciudad, pastaban no menos de 1200 cabezas, ya que en la ciudad no existía espacio suficiente para mantenerlos vivos. En los corrales, dentro del contorno de la ciudad, se mantenían alrededor de 500 cerdos o más en función de las posibilidades de sus propietarios para disponer de maíz para su alimentación y, en las inmediaciones de la plaza había otros 1000, además de contarse con el aprovisionamiento de las sabanas interiores. De ellos se obtenían manteca. Las gallinas eran comunes en los corrales de las casas y en las huertas y haciendas de los alrededores. Solían formar parte del menú de los enfermos.

Dada la disponibilidad de todos estos productos, completados por la existencia de otros como el cazón y el bacalao que se pescaban regularmente en las costas, la miel, el aguardiente, el vinagre, del que se destilaba en abundancia y que era de buena calidad (se empleaba también para refrigerar los tubos de los cañones), la sal, el agua almacenada en los aljibes y pozos urbanos que se mantenían

abastecidos debido a la elevada pluviosidad aunque escaseaba en el resto de la bahía y que la de Getsemaní era salobre y, en la abundante leña existente en los bosques de los alrededores que servía para su confección, no existían problemas para que la población civil y militar de guarnición habitual pudiesen tener acceso, proveerse, y elaborar los productos alimenticios, si es que disponían de recursos económicos para ello.

Existía una gran demanda de subsistencias cuando recalaba la flota de galeones a su regreso a España y durante la celebración de la feria anual, a la que acudían numerosos visitantes foráneos, pero los comerciantes locales estaban habituados a satisfacer estas necesidades trayendo los productos y el ganado necesario de las fincas del entorno y de las provincias interiores obteniendo pingües beneficios por ello. Su cadena de obtención/almacenamiento/distribución de suministros era capaz de hacer frente a estas necesidades ya que era una situación temporal.

El problema se complicaba cuando, con ocasión de peligro de ataque a la ciudad, se reforzaba la guarnición militar con la llegada de numerosos contingentes militares terrestres y navales y se movilizaba a las milicias locales, que multiplicaban por seis los efectivos estables, ya que, a diferencia del personal de la flota de galeones y los llegados para la feria anual, demandaban un suministro de alimentos durante largos periodos de tiempo y no de forma temporal y puntual como aquellos. Además, la necesidad militar de mantener un nivel de abastecimientos de seguridad para el caso de que se rompiese la cadena de suministros periódicos por cualquier circunstancia, natural o provocada, requería tener en la ciudad un stock de suministros alimenticios, medidos en número de días, que solía ser de 80 días de raciones de combate. La falta de almacenes necesarios para

acumular los alimentos, la poca atención dedicada a su conservación, la climatología local, y las no disponibilidad en esa época de tecnología adecuada para la conservación de los alimentos durante largos periodos, eran problemas graves y, en algunos casos, insalvables.

Los escasos almacenes estaban diseminados por las bóvedas de los castillos, en naves mal conservadas y en casas alquiladas. Faltaban aún más de 15 años para que se proyectasen las obras necesarias para construir almacenes de víveres.

En estos casos, en que se necesitaba acumular una gran cantidad de subsistencias por motivos defensivos, se producían numerosos problemas añadidos: los insectos y roedores pululaban por doquier, los cereales en grano, cuando llegaban en gran cantidad, eran atacados por el gorgojo, el ganado tenía que sacrificarse porque no existía ni espacio ni alimentos para el mismo, y aunque su carne se preparaba en salazón (mermaba 1/3 de su peso), en ese ambiente tan caluroso solo aguantaba algunos meses en condiciones adecuadas para el consumo. La corriente de suministros desde las provincias interiores no era capaz de mantener, con la periodicidad adecuada, un nivel apropiado de subsistencias para atender a toda la población civil y militar. No quedaba más remedio que recurrir a las fuentes peninsulares o de otras colonias para completar la falta de recursos locales y los de consumo específico español que demandaban las fuerzas expedicionarias, entre los que se encontraban el vino, harina, garbanzos, carne salada, menestra[183], tocino, aceite, vinagre, etc. Pero ello requeriría la elaboración de un plan logístico específico para estas contingencias que ejecutaría el brigadier don Agustín Cramer[184] como una faceta más del "Plan de Defensa para la plaza de Cartagena de Indias", pero para ello todavía tenían que pasar 37 años.

La importante actividad comercial cartagenera se volcaba, básicamente, en dos pilares fundamentales: el suministro de las necesidades para la importante guarnición militar y sus instalaciones (base naval y fortificaciones), y el derivado de las importaciones y exportaciones de productos con la península, que había sido una de las causas de la guerra declarada por Inglaterra[185].

La demanda militar estaba ocasionada por la necesidad de productos de vida y específicos para el combate que requerían su personal, material, e instalaciones, de la numerosa masa funcionarial y laboral al servicio de la institución armada tales como los empleados de su administración, proveedores de víveres y pertrechos, sanitarios, artesanos, albañiles, herreros, carpinteros, guarnecedores, canteros, trabajadores de los diversos talleres del arsenal y los astilleros, etc., así como los familiares de todo este colectivo. La guarnición militar generaba, a finales del siglo XVII, unos gastos[186] medios anuales de 95.000 pesos pero fueron incrementándose durante el XVIII[187], al compás en que se reforzaban los medios militares, hasta alcanzar el 72 por ciento de todo el gasto de la plaza y que, en su gran mayoría, iban a parar finalmente a manos de los comerciantes, ya que los canales militares de abastecimiento no daban satisfacción a la demanda, amén de que la responsabilidad de este servicio recaía, fundamentalmente, en las autoridades militares locales.

Había que traer desde fuera no solo la mayoría de los productos manufacturados, pues no existía capacidad para la fabricación *in situ*, sino tambien las materias primas necesarias de las que se carecía en el territorio. El

armamento y munición se le enviaba, casi en exclusividad, desde las maestranzas de Sevilla y de Trubia en Asturias[188]. Se necesitaba hierro, acero, plomo, y cobre. El hierro, procedente de Vizcaya, era muy escaso en América[189] y se empleaba para la fabricación y reparación del armamento, de herramientas como picos, palas, barras, martillos, en minería, obras públicas, clavos, pernos, trinquetes, anclas etc. Los latones y cobres se necesitaban para los objetos ornamentales, elementos de precisión para la navegación y la artillería, etc. El mercurio era una necesidad crítica para no parar la producción de metales preciosos. Otros productos que se importaban eran vino, aceitunas, alcaparras, harinas, aceites, almendras, avellanas, pasas, telas, vestidos, sedas, encajes, jabón, algunos colorantes, papel, calzado, sombreros, medias, menaje, cuerdas, herramientas, cerámicas, algunas medicinas, objetos religiosos, libros, cuadros, etc. Un recurso muy necesario eran las pesadas y voluminosas piedras para las obras de fortificación que, en este caso, se traían desde las canteras existentes en los alrededores de la bahía.

Todo este trasiego e intercambio de mercancías eran la base de un sector comercial muy pujante al que se dedicaba una gran parte de la población de Cartagena. La actividad se apoyaba, necesariamente, en el importante movimiento portuario, cuyo personal e instalaciones daban servicio al gran número de buques y navíos encargados de realizar los transportes de la ingente cantidad de recursos humanos y materiales de entrada y salida, en la flota de canoas y barcas locales que se encargaban de los transportes costeros y fluviales, así como en una desarrollada arriería que se materializaba en larguísimas reatas de mulas que ampliaban y enlazaban la corriente de abastecimientos a y desde el interior del país a través de intrincados caminos y sendas terrestres que seguían la dirección de los cauces fluviales.

El suministro de recursos de mayor entidad, el peninsular, que tenía su origen principalmente en Sevilla, era lento, ya que el tiempo que transcurría entre la petición y la llegada de lo solicitado oscilaba entre dos y cuatro años, y dificultosa. La falta de planificación, las numerosas equivocaciones en los pedidos y en el destino final del mismo, la escasez de caudales para su adquisición y transporte, las incidencias durante las travesías en las que abundaban los naufragios y ataques, etc., eran frecuentes. El problema se agravaba con la llegada de una nueva unidad militar bien para incorporarse a la guarnición o de salida para una expedición al interior, ya que ello trastocaba el sistema de abastecimiento que no disponía de resortes previstos de antemano para solucionarlo, y se convertía en crítica cuando las acontecimientos militares desestabilizaban los mercados, como en vísperas del ataque inglés de 1741 en el que, además de la escasez de buques españoles previstos para ello, la navegación se hizo peligrosa dado el gran volumen de navíos ingleses en la zona. Para soslayar este peligro se empleaba la estratagema de trasvasar la carga procedente de la península en el puerto de la Guaira y, desde allí, reexpedirla a Cartagena por la compañía de transporte civil Guipuzcoana de Caracas, o contratar buques y personal extranjeros, preferentemente franceses, con la finalidad de hacer creer a los ingleses, en caso de interceptación, que la carga se dirigía hacia las posesiones galas de Granada, Santo Domingo o La Martinica.

El comercio americano era un monopolio en manos del Estado español que, mediante concesiones fiscalizadas por la Casa de la Contratación, autorizaba la carga a transportar y los buques para llevarla a cabo, aunque, ya que los impuestos se llevaban el 35 por ciento de los beneficios obtenidos en la venta, era frecuente que los comerciantes recurriesen al fraude (mediante la tergiversación de los

manifiestos de carga) y al contrabando realizado por españoles (a través de expediciones no autorizadas que partían desde los puertos gaditanos y onubenses y cuya carga se completaba -también sin control estatal-en las islas Canarias), como por franceses, holandeses e, incluso ingleses. En 1741 este comercio ilegal prolifera con mayor intensidad dado que uno de los principales mercados caribeños de obtención, que era la isla inglesa de Jamaica, había quedado vetado para los españoles desde hacía dos años. Ello se vió favorecido además porque, en esa coyuntura prebélica, las autoridades locales cartageneras, tanto militares como civiles, no podian ser tan escrupulosas sobre la procedencia de los recursos, y el comercio ilegal era una fuente muy importante, casi única para algunos productos, mediante la cual se satisfacían las necesidades de las unidades y población aunque ello no fuese del agrado de algunos jerarcas y burócratas peninsulares que, a miles de kilómetros, pontificaban sobre lo bueno y lo malo del procedimiento pero no daban solución al problema.

Hasta entonces, el grueso de las mercancías llegaba desde la península, generalmente, con la flota de galeones, en cuyo momento se celebraba una importante feria comercial a la que acudían a Cartagena de Indias compradores, incluso desde Quito y Perú, y donde se intercambiaban productos europeos y americanos, y salían con la misma flota, ya de regreso, una vez cargada con los metales preciosos y los artículos de exportación.

La regularidad de la llegada de la flota de galeones dependía, fundamentalmente, de la situación político-militar en la zona. Se preveía una periodicidad de unos dos años aunque, en ocasiones, se demoraba hasta los seis y la última vez que recaló allí fue con anterioridad al ataque de Vernon a Portobelo[190] por lo que, en 1741, hacía cuatro años que la flota de los galeones no aparecía por Cartagena dejando sin

abastecimientos peninsulares a la ciudad, sin negocio a los comerciantes, y sin trabajo a una gran parte de la población. De importancia era también el tráfico por medio de navíos aislados[191] y expediciones particulares autorizadas.

Cartagena era, asimismo, punto de atraque y concentración del comercio de esclavos negros africanos antes de su redistribución hacia otros destinos, como Quito, Perú, Panamá y Venezuela. Su comercio estaba monopolizado por portugueses, puesto que la zona de procedencia en que se capturaban eran territorios que le fueron asignados en exclusividad a la corona lusa por el Tratado de Tordesillas y, por ingleses, quienes, a través de la concesión obtenida en el Tratado de Utrech, podían introducirlos y comerciar con ellos en la zona caribeña. Entre 1714 y 1736[192] entraron en Cartagena de Indias más de 10.000 esclavos en 65 barcos dedicados a dicha actividad. Éstos permanecían en la ciudad unos dos años de media, hasta su venta, recluidos en corrales y almacenes de hasta 2.000 individuos de capacidad y alimentados, básicamente, con cazabe. La gestión de parte de este comercio y la custodia, alimentación y mantenimiento de tan voluminosa masa humana, daba ocupación, también, a una gran parte de la población local.

Y otra importante actividad comercial era la derivada de la gran cantidad de movimientos de buques y navíos que proporcionaban a la ciudad de Cartagena una de sus principales fuentes de negocios y gran demanda de mano de obra. A su puerto e instalaciones navales militares llegaban, no solo flotas y buques aislados comerciales y militares, sino también cualesquiera otros, pertenecientes a diferentes armadas o de cualquier procedencia, que solían recalar bien para resguardarse como para hacer algún tipo de reparación.

LA BASE NAVAL

En las inmediaciones de las instalaciones portuarias se encontraba la Base Naval Militar que englobaba tres tipos de organizaciones: la flota de navíos, el arsenal y los astilleros. La Escuadra Permanente, atracada en Cartagena, estaba constituida por un número variable de navíos que tenían como misión una Defensa de Zona que incluía la cobertura de la ciudad y sus costas, así como el control del tráfico en su área de influencia caribeña, amén de botes y canoas para labores auxiliares. Su número oscilaba en función del trasvase de buques entre La Habana, Veracruz, La Guaira, las procedentes de la península para tal fin (como la que trajo al virrey Eslava) y Cartagena de Indias. Entre 1739 y 1741 osciló desde cuatro navíos y cinco fragatas, hasta los ocho navíos. También, de forma esporádica, llegaban otras fuerzas navales como las escoltas de la flota de galeones con cometido específico de protección a los buques que la constituían, o Escuadras de Refuerzo, como en 1740 la de Torres, que tenía como misión la defensa no solo de Cartagena de Indias sino la de todas las posesiones atlánticas y el tráfico caribeño (actuaban a nivel operacional), y cuya composición, de 10 navíos y dos buques auxiliares, sufrió incorporaciones y segregaciones constantemente. Estas últimas no estaban en incluida en la cadena de Mando de la Base Naval.

El Arsenal se ocupaba de pertrechar de todo lo necesario a los navíos españoles que recalaban, así como a los que se reparaban o se construían en los astilleros. Empleaba para ello el abastecimiento de repuestos y material depositado en sus almacenes procedentes de compra, el suministrado desde la península, el recuperado de otras fuentes, el capturado al enemigo, así como de los reparados o fabricados en sus talleres. En general almacenaba, además del material

específico militar, las materias primas, repuestos, maderas, lonas y cueros, arboladuras, jarcias, remos, velas, clavos, betún, alquitranes y otros abastecimientos, y en sus factorías se confeccionaban toda o parte de la cordelería, las velas, las arboladuras, los herrajes, la guarnicionería, etc., por lo que empleaban a una gran cantidad de obreros y artesanos locales. Desde 1656 ya tenía la capacidad de completar el equipamiento de un navío de guerra nuevo y, a su amparo, los talleres cartageneros disponían de la tecnología adecuada para la fabricación de otros materiales como las cureñas, carromatos, avantrenes, machetes, etc. aunque no fueran específicamente navales.

De importancia era su capacidad para la fabricación de cureñas que, impulsada por el gobernador Pedro Hidalgo, ya en 1739[193] había conseguido que 60 de las 66 piezas de artillería de la plaza estuvieran montadas en sus cureñas y en estado operativo, reparando la situación a la que las había llevado la actuación del incompetente anterior gobernador Diego de los Ríos y que fue una de las causas de la derrota ante el asalto francés de Pointis en 1699. Con ese alto grado de operatividad las dejó cuando, en febrero de 1740, se hizo cargo como gobernador interino Melchor de Navarrete quien, con el apoyo de los talleres de la Base Naval, mantiene las actividades de mantenimiento de la artillería. La dedicación de Pedro Hidalgo al mantenimiento del material, continuada por Melchor de Navarrete y Lezo, da su resultado cuando estos dos últimos consiguen rechazar a Vernon, en marzo y mayo del mismo año, en su intento de asalto a Cartagena.

Y para completar las instalaciones navales, se contaba con unos astilleros dedicados a la realización de las grandes obras de mantenimiento y a la construcción de buques. Éstos, ya en 1684 disponían de capacidad para construir una galera y una galeota, amén de afrontar reparaciones de alto

grado de complejidad y, entre su utillaje, contaban con sierras, tornos y grúas, que empleaban como fuerza motriz el agua (norias), el viento (molinos) o la tracción animal. Su actividad estaba más orientada al mantenimiento que a la construcción, ya que en la zona se disponía de otros astilleros de mayor entidad y capacidad técnica, como eran el de La Habana y el de Guayaquil[194].

Las reparaciones más frecuente eran las de carenado, consistente en el saneamiento del casco y su sellado para que se mantuviese estanco a las filtraciones del agua y a la agresión marina. La operación consistía, básicamente, en la introducción de estopa (la de coco era de buena calidad) impregnada en brea o alquitranes entre las tablas del casco y el embadurnamiento del conjunto, y requería, además de las instalaciones adecuadas, de hasta 90 operarios durante unos 40 días de media para llevarla a cabo. Se contaba con facilidad para la obtención *in situ* de las materias primas apropiadas tales como alquitrán, betunes, resinas, cebo, aceite de pescado, minio, compuestos de azufre y carbón, etc., aunque la toma inglesa de Jamaica produjo un problema con el abastecimiento de brea y alquitrán[195], por lo que, entonces, había que traerlos desde Cuba.

Para la fabricación o reparación de barcos se utilizaba la abundante y buena madera de los bosques cercanos. Entre los árboles de madera noble proliferaban la caoba, el cedro (empleado también para la construcción de cureñas), y el manzanillo (especie sudamericana de la familia del manzano). El palo de rosa era muy famoso, el sándalo existía en poca cantidad y servía para las bombas de achique, el cañafístula (de unos 10 metros y cuyos frutos se aprovechaban como medicina) con el que se fabricaban las quillas, el canelo para toda la obra, el pechiche (su madera no se corrompe y da una fruta parecida a la cereza) aguantaba bien el agua aunque levantaba muchas astillas, el

mangle se aprovechaba para la estructura, el palo maría y el laurel, que sustituía al abeto, para la arboladura, y también se usaba una especie de acacia llamada guachapelí resistente al agua y fácil de trabajar, etc. Para el trabajo en los astilleros se requería un gran número de obreros especializados tales como carpinteros, calafates y buzos[196] que, si ya en la península eran difícil de encontrar dada su escasez, el problema se complicaba en ultramar, lo que obligaba a pagarles unos sueldos muy elevados.

Los enemigos naturales de la madera eran algunos escarabajos locales, termitas, polillas, carcoma y, sobre todo, la broma, que era un molusco que perforaba la madera sumergida, por lo que los medios marítimos necesitaban de un cuidado constante para conservarlos en condiciones apropiadas para la navegación.

Las telas para las velas se traían, ya confeccionadas, desde el Perú, donde se producía un algodón de buena calidad. Faltaban las jarcias, de las que también había carencia en Cuba, pues solo el cáñamo de Chile era apto para tal cometido, por lo que había que proveerse desde Europa, al igual que de lino, cáñamo, agujas e hilos.

Todo este movimiento alrededor de la Base Naval originaba unas necesidades económicas que, en los últimos años del siglo XVII, ya se evaluaban en unos 17.000 pesos.

LAS FORTIFICACIONES

La construcción de fortificaciones para la protección de la ciudad contra los enemigos exteriores se inició a comienzos del siglo XVII y solo finalizó, definitivamente, a finales del XVIII[197], pasando por periodos de mayor o menor actividad en función de las amenazas, el impulso de las autoridades, la

personalidad de los ingenieros militares allí desplazados, y los recursos económicos disponibles.

A comienzos del siglo XVIII el ingeniero director de las obras de la plaza era don Juan de Herrera y Sotomayor, que permaneció en ese puesto hasta 1732 en que murió con el grado de brigadier y que había fundado la Academia de Matemáticas Cartagenera. A su muerte y, tras el breve nombramiento del segundo teniente don Carlos de Briones, que muere en 1736, se hace cargo de las obras, con carácter interino, el subteniente de artillería don Juan de Herrera y Sotomayor, hijo del brigadier y de idéntico nombre, que se había formado en la academia fundada por su padre. En 1740 son nombrados varios ingenieros directores de las obras tanto por las autoridades cartageneras como, simultáneamente, por las ubicadas en la península, lo que origina una gran confusión, hasta que, en 1741, el coronel Carlos Suillars de Desnaux es designado definitivamente como único Ingeniero Jefe de las obras de la plaza y tendrá un gran protagonismo en los hechos que acontecerán con posterioridad, pero no por su condición de facultativo, sino por la de oficial de Infantería[198] al mando de dos fortalezas.

Una de las dificultades existentes para la realización de la obras era la escasez de canteras y hornos de cal en las inmediaciones de la ciudad, por lo que las piedras había que traerlas desde la costa e islas cercanas y la cal, principalmente, desde el horno del Diablo en Bocachica, empleándose para ello una flota de botes y canoas. Técnicamente también se enfrentaban al problema de no disponerse por entonces de la tecnología adecuada para la fabricación de hormigones sumergidos y que a ello obligaba la realización de obras en lugares tan próximos a la costa, a baja cota, y con una capa freática muy superficial, por lo que, para cimentar las fortificaciones, se tenía que construir previamente un recinto de madera, achicar el agua en su

interior y, a continuación, hacer la mezcla de cal, arena y agua.

En los cuarenta primeros años del siglo XVIII, con los escasos fondos que se recibían, el esfuerzo constructivo en la ciudad se dedicó, preferentemente, a la finalización de las obras comenzadas y al mantenimiento de las realizadas anteriormente para afirmarlas, evitar su deterioro y los desastres producidos por el mar. Como obra nueva se realizó la Puerta del Reloj y también se adquieren algunas casas particulares para emplearlas como almacenes.

En 1739 se había finalizado el grueso de la construcción de la mayoría de los baluartes y cortinas de la Marina en el núcleo urbano, aunque faltaban algunos por completar, y otros tienen que reedificarse nuevamente ya que el mar vuelve a deteriorarlos, con especial virulencia durante los temporales de 1713 y 1714 en que se abre una brecha en la muralla. Estas circunstancias continuarán con periodicidad durante otros 50 años hasta que el ingeniero Antonio Arévalo solucione definitivamente la protección de la muralla contra los avatares marinos.

En Getsemaní se necesitaba reparar las murallas, amén de reforzar los cimientos de la Media Luna ya que amenazaban ruina.

También quedaban pendientes construcciones logísticas, tales como almacenes para víveres, dotaciones y niveles, por lo que en 1741 existía una gran carencia de almacenamiento para los recursos militares en condiciones adecuadas, así como para el alojamiento circunstancial de la tropa llegada como refuerzo o para su refugio durante los periodos de sitio. Solo se contaba, desde 1731, con unas casas particulares adquiridas a sus propietarios que se reconvirtieron en almacenes para el ejército y la base naval, en la que se elaboraba, también, el pan bizcocho para el consumo de las dotaciones embarcadas. Hasta final de siglo

no se construyeron 24 almacenes, también por el ingeniero Antonio de Arévalo, que resuelve la acumulación de los recursos logísticos.

En Bocachica, en 1716 se levantó la batería de San José, en 1728 ya se trabajaba en el castillo de San Luis para concluir la cortina y se habían acabado cinco bóvedas, y en la isla de Carex se habían hecho las batería de San Felipe, Santiago y Chamba por lo que, en vísperas del ataque de Vernon, las obras de defensa a ambos lados del canal estaban finalizadas.

En relación a las fortificaciones que cubrían la bahía interior, el Fuerte de Santa Cruz había sido reconstruido tras el ataque de Pointis, y el del Manzanillo, en 1724, se encontraba en ruinas, y aunque se intenta hacer lo mismo, solo se efectuaron algunas reparaciones.

En San Felipe de Barajas se trabajaba desde 1702. Se le añade una empalizada y una nueva galería para proteger a la artillería emplazada pero, en 1728 se interrumpen las obras por falta de fondos. En 1739, bajo la amenaza inglesa, se potencia con un nuevo hornabeque e instalaciones para una nueva batería de cinco cañones.

Todas estas construcciones necesitaban y daban trabajo a un gran volumen de personal, tanto militar, local (incluyendo negros libres), como de esclavos africanos que se encontraban en la ciudad en tránsito hacia otros lugares o pendientes de venta[199] a los que se les pagaba un jornal diario, la manutención, el alojamiento, el vestuario y la hospitalización, lo que producía un gran movimiento económico en la ciudad. Para finales del siglo XVII el gasto en fortificaciones había sido de unos 20.000 pesos anuales de media[200] y mayor a comienzos del XVIII[201], aunque en algunos años (1703, 1706, 1720, 1721 y 1731) se detienen temporalmente los tajos por falta de fondos y durante otros periodos, aunque se realizan trabajos, los créditos son insuficientes para todas las actividades previstas, lo que

ocasiona las protestas del ingeniero Herrera, que es amonestado por el virrey.

El rendimiento de la mano de obra esclava negra era, en general, mayor que la del jornalero contratado ya que, salvo en ocasiones en que se asignaban enfermos y ancianos, eran más robustos y esmerados en el trabajo (por temor al castigo) que los empleados libres. Como los gastos que originaban eran menores que los de los jornaleros locales y que, al final de los trabajos, habían adquirido una mayor especialización, eran preferidos por los directores de obras ya que, una vez que aprendían su oficio, disponían de albañiles, canteros, carpinteros, etc. para cubrir las necesidades de las especialidades que escaseaban o de los veteranos que se jubilaban. Su empleo requería de una concesión real tras una propuesta del gobernador y la aprobación del virrey, amén de la disposición de los créditos económicos correspondientes, por lo que el número de los que superaban todos los requisitos no alcanzaban los 80-150, según la época, trabajando simultáneamente. Por el contrario, el rendimiento de la mano de obra en una ciudad peninsular, como Cádiz, era mayor que la empleada en Cartagena de Indias ya que los peones peninsulares trabajaban más y mejor que los esclavos negros africanos, no se requería pagar a personal para la custodia de los mismos y a que en la península disponían de menores ventajas que aquellos en el cobro de sus emolumentos. Así, en Cádiz solo cobraban por día trabajado y no cuando era festivo o se encontraban enfermos o durante el tiempo en que empleaban en el desplazamiento a los tajos si estos se encontraban lejos de la ciudad, al contrario que en Cartagena de Indias, que sí lo hacían en todos estos casos. Si a estas circunstancias se unía que en América había más fiestas inhábiles que en la península y que la contratación de obreros especializados, dada su escasez, era más gravosa, el

resultado era que el coste de las obras en Cartagena era superior al de las que se realizaban en Cádiz.

LA FINANCIACIÓN

La financiación de Cartagena de Indias en el siglo XVII se basaba, casi en exclusiva, en la actividad que llevaban a cabo los comerciantes. Las transacciones e intercambios de productos que efectuaba este colectivo tiraban de la producción, de la agricultura, de la ganadería y de la artesanía local, e inundaban el mercado con los caudales que sostenían el consumo familiar y, a su vez, los impuestos que gravaban dicho comercio[202] sufragaban los gastos de la Administración tanto en su faceta civil como militar. Los gastos militares eran, normalmente, superiores a los asignados, por lo que la guarnición militar se adaptaba, restringiendo sus efectivos, para acomodarse a los fondos que se le dotaban. Una situación que funciona cuando no existen riesgos pero que se agrava, multiplicando los gastos exponencialmente, cuando aparecen las amenazas.

La situación cambia en 1672 cuando el corsario inglés Henry Morgan ataca Portobelo y Changres, en Panamá, lo que obliga a aumentar los efectivos militares en Cartagena de Indias en previsión de que el británico se dirigiese a continuación hacia dicha ciudad, lo que trastoca las necesidades económicas y origina un déficit de financiación. La nueva situación económica fuerza a las autoridades nacionales a hacer fluir hacia dicha plaza nuevos caudales a través del procedimiento de los "situados" que ya se había establecido para otros territorios de la Indias Occidentales con problema similares. Con ello se pretende completar los ingresos obtenidos por los tributos al comercio y que

facilitaran las nuevas necesidades económicas surgidas en la plaza.

Consistía el sistema de “situados” en la transferencia de caudales desde una o varias Cajas de Tesorería Reales[203], localizadas en ciudades en las que había sobrante de financiación, a otras situadas en ciudades económicamente deficitarias, con objeto de cubrir los gastos que se hubiesen especificado. La autorización de la procedencia de los fondos, su destino y el empleo a que se dedicaban los caudales, era establecida por las autoridades peninsulares de la Hacienda Real.

En el caso de Cartagena de Indias, el situado se les mandaba, generalmente, desde Quito y Santa Fe[204] y se empleaba para el pago de la guarnición, ya que los gastos militares (en sus facetas de nóminas de personal y para el material, fortificaciones y fuerzas navales) cuando la amenaza a la plaza era inminente, eran los que demandaban el grueso de las necesidades económicas. El problema que se planteaba con los situados era que su suministro dependía de la situación económica de las plazas de origen, de la seguridad del transporte de los caudales que era cambiante, así como de la variabilidad de las necesidades demandadas por las plazas de destino, problema este último que intenta solucionarse cuando se aprueba en 1739 el “Reglamento para la guarnición de la plaza de Cartagena de Indias, castillos y fuertes de su jurisdicción”[205]. Dado que en el Reglamento se detallaba el coste de personal del Ejercito Permanente pero no el de las unidades de refuerzo ni las de las obras de fortificación ni el de las fuerzas navales, el resultado era que, el envío de los situados, además de que no era regular, su montante en la mayoría de las ocasiones, era insuficiente.

En esta situación de escasez de caudales[206] no tarda en aparecer la corrupción, que llegaba desde algunos gobernadores hasta los capitanes de compañía que se

enriquecen con ello, y se utiliza, incluso, como un sistema para conseguir, dosificando la distribución de adelantos de los salarios de forma selectiva, para que los soldados más experimentados aceptaran ampliar su compromiso de servicio en el ejército. La confluencia de la falta de fondos para la defensa, la corrupción, y su gobernador, tuvo mucho que ver, también, en la toma de la plaza por el francés Pointis en 1697.

Durante los años 1740 y 1741, en plena guerra con Inglaterra y cuando se necesitaban mayores recursos económicos para atender, además, a las nuevas unidades peninsulares que recientemente habían recalado, no llegan los situados a Cartagena de Indias. La situación económica se agrava debido a la paralización de la actividad comercial como consecuencia de la inseguridad de la zona, lo que hace disminuir lo recaudado a través de los tributos que lo gravaban. El resultado es que, cuando se precisan los caudales para las actividades militares que garantizaran una defensa adecuada para hacer frente a una invasión que se avecina, no existen fondos adecuados para ello ni incluso para pagar a la tropa[207], lo que no era una situación adecuada para mantener alta la moral en un momento en que se le va exigir un gran sacrificio, incluso el de la propia vida, y completamente contraria a la que había tomado Inglaterra con el personal que se preparaba para atacar Cartagena.

A la Caja Real de Cartagena no le queda más remedio, al igual que cuando se recurre al negocio ilegal mientras se cierra el grifo de los abastecimientos peninsulares, que endeudarse con las personas que le pudiesen financiar económicamente, preferentemente los comerciantes locales y personal acaudalado, lo que le posibilitaría afrontar los gastos imprescindibles para poner la plaza y a la guarnición en condiciones de defensa. Los préstamos[208] que los comerciantes hacían eran no solo en metálico sino también

en especies tales como víveres, material, ganado, etc. y llegaban a tal descentralización que, mediante la expedición de vales (en realidad funcionaba como papel-moneda) a favor de la tropa, ésta recogía directamente de los establecimientos de los comerciantes-prestamistas parte del salario y los productos para cubrir sus necesidades básicas, incluyendo los de su alimentación[209].

Los comerciantes, que por su propia idiosincrasia estaban acostumbrados a afrontar los riesgos (y las ganancias) de estos préstamos, se mostraban favorables a concederlos ya que eran parte muy interesada en cooperar con la defensa de la ciudad puesto que, si los ingleses la tomaban, ello seguramente conllevaría a que perdiesen parte de sus propiedades, si no todas, y a que también se encontraban amenazados por el asalto a sus establecimientos de los hambrientos soldados propios. Además, con el monopolio del mercado en su poder, marcaban el precio de los productos básicos, fundamentalmente los de la alimentación de los soldados (y de sus familias), que se veían obligados a suministrarse a unos precios abusivos y a endeudarse con ellos. Los particulares que se sumaban al negocio de los grandes préstamos perseguían, frecuentemente, algún nombramiento o concesión real. Esta nueva situación, mediante la cual una gran parte de la financiación militar quedaba supeditada a la voluntad de los gremios de los comerciales y de algunas familias acaudaladas, toda vez que sus establecimientos son la base donde se abastecían la mayor parte de sus componentes y que suspendiendo pagos podían colapsar el sistema, puso en manos de éstos el control de una parte de la administración militar.

Igualmente se produce el hecho de que la guarnición militar de Cartagena fue, progresivamente, nutriéndose del personal local o del peninsular ligado a ella por lazos familiares. Los motivos eran que los oficiales españoles

solteros llegados desde la península con las unidades de tal procedencia se solían casar con jóvenes cartageneras de familias adineradas, y que los soldados de dichas unidades[210] una vez que se licenciaban solían casarse con mujeres aborígenes y se reenganchaban en el Ejercito Permanente formado, igual que las Milicias Locales, por vecinos de Cartagena.

Como resultado de todo ello el Ejército y la defensa militar pasa, indirectamente, a depender de los comerciantes a través de los préstamos que realizaban para la administración militar, a que muchos oficiales estaban emparentados con ellos[211], y a que la mayor parte de la tropa también dependía de sus créditos y en su mayor parte era cartagenera[212].

7 Antecedentes: los ataques de Drake y Pointis

(Gráfico 6)

EL ATAQUE DE DRAKE

A mediados de febrero de 1586 el corsario inglés Francis Drake, después de atacar a Santo Domingo, se dirige a Cartagena de Indias con 30 buques y 4.000 hombres y con objeto de conquistar la plaza en nombre de Inglaterra. Nada más llegar a la zona ordena el inicio de reconocimientos de sus defensas así como el sondeo del puerto y los canales de la bahía. Desde hacía tiempo ya preparaba el ataque a la ciudad, pues disponía de espías[213] residentes en la urbe a los cuales había dejado en la costa un año antes, que recababan información para él.

A finales del mes anterior un navío de aviso procedente de Santo Domingo había llegado a la plaza dando la alarma a sus autoridades del próximo ataque de Drake.

En la ciudad se encontraba, con el cargo de Gobernador, Pedro Fernández Bustos, que no era militar, tenía más de 65 años, era bastante incompetente, y no había informado a la metrópolis sobre las carencias de armas y municiones existentes para su defensa ni de la necesidad de que se las enviasen. Al mando de los navíos estaba el general de galeras Pedro Vich Manrique quien, durante el ataque que

llevó a cabo Drake, no embarcó en ninguno de ellos.

Como fuerzas terrestres de defensa se contaba con unos 400-500 hombres mal retribuidos, con gran proporción de esclavos indios y negros en la mayoría de los casos inservibles para la defensa, y que para conseguirlos se tuvo que hacer venir desde Mompox a más de 100 de ellos. Creyendo que los ingleses les atacarían simultáneamente por el puerto interior y por la costa, los efectivos se distribuyen de la siguiente forma: 120 arcabuceros y algunos indios con el capitán Martín Polo para la defensa directa del núcleo urbano, 40 arcabuceros para impedir los desembarcos en lanchas por el puerto, 50 arcabuceros con el capitán Pedro Mejías Mirabal como guarnición del fuerte del Boquerón, y 220 arcabuceros y piqueros para defender la zona de la Caleta.

La escasa artillería (catorce años antes solo se contaba con 10 piezas que habían sido adquiridas por los habitantes y a su costa) se emplaza en los cruces de las calles, excepto las 9 que existían en el fuerte del Boquerón y, entonces, se pide a la península el envío urgente de otros 6 cañones.

Como fuerzas navales se disponía de dos galeras reales, con 10 cañones cada una y unos 150 hombres de tripulación, que contaban con forzados turcos para remar y que aprovecharon la primera ocasión para desertar y colaborar[214] con los ingleses, y una saetía[215] .

Un año antes los oficiales de la Casa de Contratación, en Sevilla, habían propuesto que se preparase y se enviase hacia la zona una flota de 30 galeones, artillería, buques auxiliares, un nivel de abastecimientos para 15 meses, y unos 7.500 hombres, que pusiesen fin en la zona a los constantes ataques de Drake y la piratería. La propuesta no fue aceptada.

Como obras defensivas la ciudad solo disponía de algunas trincheras y empalizadas en el caño del Ahorcado para

defender los accesos a la ciudad y un único fuerte, el Boquerón, en el que se apoyaba una cadena que cerraba el acceso naval a la ensenada interior.

Anteriormente había existido también un fuerte en la zona de la Caleta pero había sido destruido por los temporales por lo que, para defenderse de los ataques que proviniesen desde aquella dirección, los cartageneros colocaron una gran cantidad de púas envenenadas ocultas en los senderos y de cuya ubicación los espías ingleses habían advertido a Drake.

A mediodía del 19 de febrero[216] 23 velas inglesas y 4 lanchones aparecen frente al horizonte de Cartagena de Indias mientras otros navíos se mantienen en actitud expectante en alta mar. La flota enemiga, repitiendo la maniobra efectuada contra Santo Domingo, se divide en dos grupos y, mientras uno de ellos, al mando de Frobister, se dirige sin oposición por el interior de la bahía al puerto de la ciudad donde a la caída de la noche intentan desembarcar unos 1000 hombres desde lanchas, el otro, al mando de Carleill, hace lo propio con unos 600 hombres desde el exterior, en una zona situada a un kilómetro de la ciudad.

En la zona marítima exterior, sobre las 03.00 horas, consiguen desembarcar al segundo intento y, avanzando entre los rompientes para sortear las púas envenenadas de los arenales, tras una descarga de fusilería se lanzan, ya al amanecer, contra una trinchera de piedra a medio construir donde se protegían los defensores, entre los cuales se habían producido algunas deserciones. La longitud de las picas inglesas, superior a la de las españolas, la mayor proporción de dotación de armaduras que protegían a los atacantes, y su más elevada capacidad de combate hacen el resto. A mediodía los ingleses ya se encuentran en el interior de la ciudad a la que habían accedido por donde, con posterioridad, se construyó el baluarte de Santo Domingo.

En la zona del muelle, la conjunción de la cadena marítima y los fuegos realizados desde el Boquerón habían, no solo abortado el inicial asalto inglés al muelle, sino rechazados varios ataques sucesivos enemigos a pesar de que no se les habían concedido los refuerzos que solicitaron desde el fuerte. Allí resiste el capitán Pedro Mejías hasta que recibe la orden del gobernador de cesar en la resistencia. El gobernador Bustos, a mediodía, delega la defensa en Pedro Vich y huye de la ciudad hacia Turbaco imitando a la mayoría de la guarnición y población.

El marino intenta llevar las galeras a algún fondeadero seguro en los canales, pero acaban encallando junto a Getsemaní, donde quedan varadas cuando baja la marea, y se limitan a hacer fuego desde la inadecuada posición en que se encontraban. La Ocasión se incendió y los forzados turcos se insubordinaron, se soltaron de los remos y bajaron a tierra donde causaron tanto o más daño que los ingleses. El general de galera Pedro Vich ordena, entonces, incendiarlas para que no cayesen en manos del enemigo.

Aunque algunos defensores continúan la lucha, como el maestre de campo Álvaro de Mendoza (de 80 años) que había sido herido de una lanzada en la cara en la lucha cuerpo a cuerpo y el capitán Martín Polo que peleaba en la plaza Mayor después de hacerlo en el canal del Ahorcado, al final tuvieron que retirarse cuando ya no quedaban defensores en la ciudad. Han tenido 8 muertos y 20 heridos. Las fuerzas inglesas toman la ciudad.

A pesar de la victoria, Drake se muestra contrariado por haber sufrido 150 muertos, que era un número mayor al del reciente ataque a Santo Domingo, y procede con rapidez a reorganizar la defensa y las fortificaciones de la ciudad con unos 1000 hombres para cubrirse de cualquier contraataque.

Cinco días más tarde se pone en contacto con las autoridades cartageneras desplazadas a Turbaco y les pide

un rescate para devolverles la ciudad bajo amenaza de que, si se negaban, la incendiaría.

Después de un mes, durante el cual parte de las fuerzas inglesas acampan al norte del recinto urbano para no contagiarse de las enfermedades que comienzan a aparecer entre ellos, incluyendo el vómito negro, se procede a negociar el pago por la devolución de la ciudad. La cantidad oscila entre la propuesta cartagenera de 20.000 ducados a la exigencia inglesa de 400.000. Los ingleses confirman sus intenciones y amenazas incendiando 100 casas y destruyendo a cañonazos algunos arcos de la iglesia Mayor[217]. Finalmente ambas partes acuerdan que sea la cantidad de 107.000 ducados el pago a realizar por las autoridades españolas para la devolución de la ciudad.

El 2 de abril se produce el desembolso que es abonado por el Tesoro Público de España, el cual ha recibido un préstamo de los vecinos de 79.000 ducados para poder llevarlo a cabo. El documento de pago es firmado por el corsario Drake como “Capitán General de la Armada de la Serenísima Reina de Inglaterra”.

El 11 de abril y, tras 50 días de permanencia en aquella zona, los ingleses abandonan Cartagena de Indias llevándose los buques españoles, cañones, campanas y pólvora, además de otros 5.000 ducados, el oro, joyas, aceite, vino, y cualquier cosa de valor que pudieron sonsacar a los vecinos o saquear.

Cuatro días después regresan para reparar una nave que amenazaba de hundimiento y el 24 abandonan definitivamente aquellas aguas.

Como consecuencia de los hechos acaecidos se juzga al gobernador Fernández Busto y al general de galera Vich. El primero es encerrado en el penal de Trebujena (Cádiz, España) y el segundo desterrado a Orán. Se evalúa en 450.000 ducados los destrozos efectuados en la ciudad por los ingleses, se designa un nuevo gobernador en la persona

de Pedro de Loreña que llega a los tres meses con una flota de refuerzo y, dado que se encuentra con solo 350 hombres, 150 arcabuces y ninguna pólvora, pide con urgencia a la península soldados, artillería, mosquetones, arcabuces, pólvora, municiones, etc. También se constituye la primera guarnición[218] con carácter permanente en base a las tripulaciones de los galeones y se ordena la reconstrucción de las fortificaciones[219]. Además, dados los incidentes posteriores en Europa y España, también con Drake como protagonista, y los apoyos mutuos entre ingleses y holandeses, Felipe II prepara la invasión de las Islas Británicas.

Para los ingleses la operación no fue económicamente rentable, pues la mayoría de los tesoros y objetos de valor existentes en la ciudad se habían puesto a salvo en el interior de la provincia y en el puerto solo estaba atracado uno de los barcos, rezagado de la flota de don Antonio Osorio, con una carga valiosa.

Tampoco consiguieron establecer una colonia permanente en la ciudad pues el corsario inglés abandona aquellos parajes sin dejar en ellos ninguna guarnición. Esta actitud fue criticada en la corte inglesa ya que Cartagena hubiese proporcionado a Inglaterra una posesión sumamente importante en la costa, pero las bajas que habían tenido en los combates, las carencia de hombres y barcos para defender un enclave tan alejado de sus bases y, sobre todo, la aparición de la tan temida enfermedad del vómito negro entre los hombres, les hacían vulnerables a los posibles contraataques cartageneros desde el interior. El astuto Drake opta por alejarse del lugar.

En 1595, el corsario volvió nuevamente al Caribe junto a su compatriota John Hawkins quien, con 28 navíos, 1500 marinos y 3.000 soldados, había iniciado una desastrosa expedición contra Gran Canaria, Puerto Rico y Panamá.

En 1689 España y Francia se encuentran enfrentadas en la Guerra de los Nueve Años (1688-1697). España, que contaba con una monarquía debilitada y dependía económicamente del comercio americano para sustentar las guerras europeas, estaba amenazada por las naciones que esperaban repartirse los despojos del imperio español. Los comerciantes galos se mostraban muy interesados en hacerse con la plaza de Cartagena de Indias por los importantes beneficios económicos que ello les pudiese ocasionar, y proponen a la corona organizar y financiar una expedición contra la ciudad caribeña.

El rey Luis XIV ordena a Jean Bernard Desjeaux, barón de Pointis, que tome posesión de la plaza de Cartagena de Indias en nombre de Francia, que disponía por entonces de un creciente poderío, y ponga una guarnición en ella ya que, además de los beneficios económicos que le aportaría, sería un golpe psicológico y moral muy importante en la guerra. Le proporciona barcos y hombres, pero el sostenimiento y financiación queda bajo la responsabilidad de los comerciantes, fundamentalmente, de Brest y Saint Malo. A la misma se unió el jefe de un grupo de filibusteros del Caribe, Jean Bautista Ducasse[220].

A mediados del siglo XVII la ciudad de Cartagena, tras las nuevas fortificaciones y mejoras llevadas a cabo en sus murallas, baluartes y castillos, se suponía que estaba tan bien defendida que era la plaza fuerte mejor guardada del Nuevo Mundo.

La realidad era bien distinta: las cureñas de los cañones no aguantaban al primer disparo, no había víveres en los almacenes, las milicias carecían de formación e instrucción

militar, las plantillas de soldados estaban en cuadro ya que, de 400 soldados y artilleros que debía disponerse en la ciudad solo se encontraban presentes 40 y, en San Luis de Bocachica, de 200 que figuraban solo dormían 15.

A finales de 1681 el Consejo de Indias, en España, confeccionó un informe en el que se reflejaba que San Luis estaba desguarnecido porque solo contaba con 20 soldados y no disponía de castellano[221], que en la ciudad se almacenaban víveres para escasamente ocho días aunque en las inmediaciones de La Popa y San Lázaro había abundancia de ellos, que el espíritu de combate de las tropas y la población civil era escaso, y que, en esas condiciones, la plaza no resistiría más allá de 15 días de asedio, por lo que de nada servirían los refuerzos de las poblaciones vecinas.

El 29 de noviembre de 1695 toma posesión como Gobernador de Cartagena don Diego de los Ríos y Quesada y diez días más tarde informa al Presidente de la Audiencia de Santa Fe[222], don Gil de Cabreras y Dávalos, de la escasez de fuerzas, armas, municiones, abastecimientos y recursos económicos, cuyas necesidades evalúa en unos 320.000 pesos.

Desde la Audiencia se le contesta que se tomaba cuenta de las necesidades y que serían atendidas convenientemente, aunque estimaban que la cantidad económica solicitada era desproporcionada.

En julio de 1696 llega un navío de aviso por el que se alerta a la plaza del apresto en Brest de una escuadra francesa que se dispone a atacar a algún puerto de las Indias, noticias que son confirmadas un mes después por el gobernador de La Habana, y en octubre, se reciben dos reales cédulas por las que se ordena a la plaza tomar medidas y prevenirse para un próximo ataque.

La guarnición en esos momentos es de unos 110 infantes y 37 artilleros cuando su número debía alcanzar los 520,

aunque se disponía de 63.000 pesos además de oro en polvo y esmeraldas que podrían ser empleados para mejorar las condiciones de defensa. Los preparativos se aceleran y se dan órdenes para colocar un navío en la bocana de Bocachica que junto con los fuegos San Luis y una cadena marítima pretenden cerrar el acceso naval a la bahía, se sitúa otro navío en las inmediaciones de Pasacaballo para impedir la penetración en canoas provenientes de aquella zona, se comienza a alistar a cuantas personas se puede, se insta a armar a la Compañía de Milicias, se piden 300 hombres del interior de la provincia, se dan instrucciones para organizar un escuadrón a caballo que destaque patrullas de reconocimiento y para lo cual cada encomendero tenía que aportar un soldado con montura, se dispone el refuerzo de las guarniciones de los castillos, almacenar todo el maíz que se pueda, emplear 9.500 ducados para fabricar las cureñas estropeadas, etc.

La realidad es bien distinta ya que el gobernador olvida que no basta con dar órdenes sino que también hay que vigilar su cumplimiento. Solo se admiten unos pocos hombres de los que se presentan al alistamiento, no se formaron las patrullas de caballería, no se arma a las milicias, las embarcaciones no se movieron de sus lugares de atraque porque no estaban alistadas, pertrechadas ni armadas, no se envían los refuerzos a los castillos y fortificaciones exteriores, las cureñas se fabrican en gran cantidad pero con medidas dispares y sin dotarlas de los herrajes correspondientes, los mosquetes y arcabuces estaban oxidados y sus cerrojos se rompían con facilidad, una gran cantidad de la pólvora y pertrechos estaban inservibles, no se activó el almacenamiento de maíz, parte de los víveres que se enviaron desde el interior de la provincia para resistir el asedio habían sido vendidos a precios abusivos con la connivencia del gobernador que había

participado en los beneficios obtenidos, etc.

Ello demostraba la gran desidia y abandono de sus obligaciones de Diego de los Ríos, que pasaba el tiempo jugando a las cartas con una camarilla de sus incompetentes subordinados y maquinando negocios ilegales para enriquecerse, y que no solo había contado con ocho meses desde su llegada al destino para inspeccionar las condiciones defensivas de la plaza y de corregir las deficiencias que hubiese encontrado, sino que, al recibir el primer aviso de amenaza de ataque, había manifestado falsariamente al Presidente de la Audiencia de Santa Fe que tendría la plaza lista y en condiciones de defensa para finales de noviembre del año 1696. Pero incluso lo que demuestra el descaro de la máxima autoridad de la plaza es que, a mediados de enero del siguiente año, días después de que la escuadra de Pointis haya salido de Brest con dirección al Caribe, nuevamente se pone en contacto con el Presidente de la Audiencia agradeciéndole la ayuda y refuerzos enviados e informándole de que, desde hacía muchos años, la plaza de Cartagena de Indias no estaba en tan buenas condiciones de defensa como ahora.

En realidad lo que pasaba era que el gobernador, influenciado por sus vividores y aprovechados compinches de partida, dudaba de que la escuadra que había salido desde Europa se dirigiese contra Cartagena, sino que su finalidad sería, en todo caso, la captura de los galeones que se encontraban en Portobelo y que transportarían a España los tesoros de oro y plata.

Dos meses después, cuando ya es inminente la llegada de los franceses, vuelve a reclamar a las autoridades de Santa Fe que le envíen los refuerzos que había solicitado con anterioridad, además de entre 2 y 6 embarcaciones. Para entonces se disponía en las cajas de la plaza de 500.000 pesos para utilizar en los gastos de su defensa, lo que era más que

suficiente para ella, y que provenían de lo existente con anterioridad a los últimos acontecimientos y lo remitido desde Santa Fe[223].

Mientras tanto llega a la ciudad una nueva compañía de las milicias auspiciada por los comerciantes de Quito y Santa Fe, que estaban muy interesados en proteger sus intereses y posesiones con la defensa de la ciudad, y cuyo armamento les es proporcionado por el existente en la plaza.

A primeros de marzo, Pointis atraca en Santo Domingo con una escuadra formada por 10 navíos, un bergantín, un galeote, cuatro pequeñas bombardas, cinco buques de transporte y 4.000 hombres entre marineros y soldados. Allí se reúne con Ducasse, que aporta al contingente otras siete fragatas y más de 1.000 hombres entre soldados, bucaneros, filibusteros y negros reclutados en la isla, y un mes después, parten todos hacia Cartagena de Indias.

Diez días más tarde la flota, que no portaba distintivos ni enseñas, es divisada a 12 leguas de la ciudad y el 13 del mismo mes fondea en aguas cartageneras llevando para entonces banderas inglesas, españolas y holandesas e, inmediatamente, inician un bombardeo contra la ciudad[224] que produce más efectos morales que daños materiales y la desbandada de la población civil. La agresión es respondida por el fuego cartagenero desde algunas piezas que se trasladan desde otros baluartes hacia la zona de la Marina. Los asaltantes intentan un desembarco en botes, en uno de los cuales viajaba Pointis, y que tras la zozobra de varios de ellos por efecto del oleaje y la resaca tiene que ser abortado. Deciden entonces acceder a la bahía por Bocachica y atacar desde aquella dirección.

Durante los tres días siguientes las fuerzas de Pointis-Ducasse se emplean contra San Luis en cuyo interior se contaba en esos momentos con solo 90 hombres, de los cuales únicamente 9 eran artilleros y 15 veteranos, 34

cañones la mayoría inoperativos por carecer de herrajes en las cureñas, y víveres para dos meses, a pesar de que su castellano don Sancho Jimeno de Orozco había pedido refuerzos con anterioridad. Se le envían entonces 2 o 3 lanchas con soldados que no son capaces de llegar porque una de ellas es capturada por los navíos franceses cuando se aproxima a la fortaleza y el resto se dan la vuelta para no correr idéntica suerte.

También se intenta aproximar el galeón español San Marcos para hundirlo en el canal de acceso e impedir con ello la navegación por el mismo, pero la operación resultó infructuosa pues también fue recibido por el fuego de los navíos franceses que ya se encontraban en aquellas aguas.

Unos 1.200 filibusteros, apoyados por dos navíos, desembarcan a unos 6 kilómetros al norte de San Luis donde con posterioridad se construyen las posiciones de San Felipe, Santiago y la Chambra, rodean el fuerte y emplazan los cañones y morteros que traían con ellos y que inician el bombardeo contra la fortaleza junto con la artillería de los navíos[225] que se habían aproximado a las inmediaciones del castillo.

Tras lanzar más de 1.500 disparos contra la fortaleza, Pointis envía parlamentarios al castillo, entre ellos a un franciscano, con objeto de pedir su rendición y entrega. El castellano le contesta que "*Mal puedo yo entregar lo que no es mío*", por lo que el francés amenaza con pasar a cuchillo a toda la guarnición y renueva los combates con mayor intensidad.

Una gran parte de la guarnición, a la vista de que los sitiadores se acercan para el asalto final, abren la puerta del castillo, arrojan sus armas y se entregan a los atacantes mientras el castellano don Sancho seguía arengando a su gente y gritaba desde lo alto de las murallas "*Aunque me quede solo, barón de Pointis, ni me rindo ni pido cuartel*".

Los franceses entran en San Luis y, dada su abrumadora mayoría, no les cuesta mucho capturar al castellano y a los escasos efectivos que se mantenían luchando. Han tenido 13 muertos y 22 heridos, mientras las bajas entre los defensores han sido de 21 muertos y 20 heridos.

Don Sancho, entonces, se niega a cooperar con los franceses en la entrega de las instalaciones, almacenes, polvorines y municiones que se le exige, por lo que Pointis, sorprendido por la actitud tan valerosa que ha mantenido el castellano durante la defensa de la fortaleza y la dignidad que conservaba una vez capturado, ordena que se le devuelva la espada[226] que le habían arrebatado porque: "*Un valiente caballero como vos tampoco puede estar desarmado*", y que le traten según su posición y categoría.

A continuación los franceses se dirigen por Tierra Bomba hacia el castillo de Santa Cruz, que toman sin dificultad por encontrarse abandonado por orden del gobernador ya que su castellano Francisco de Santarén[227] dudaba de su capacidad de resistencia[228]. Simultáneamente, sus navíos atraviesan la bahía y efectúan un desembarco en la zona de los Tejares, acción que se ve favorecida porque el fuerte del Manzanillo también había sido abandonado siguiendo órdenes de Diego de los Ríos y que el obstáculo que se había pretendido colocar en el acceso naval a la bahía interior, formado por dos navíos que se habían hundido en el estrechamiento, se ejecuta tan pésimamente que uno de ellos fue retirado por los franceses sin muchas dificultades quedando el paso despejado. La únicas contrariedades encontradas por los franceses fueron el poco calado existente cerca de la orilla, que impedía el acercamiento de los buques que transportaban la artillería y por lo tanto dificultaba la descarga de material, y el terreno arenoso de las playas que entorpecía su transporte, problema que solventaron mediante la construcción de un camino, cuyo piso afirmaron

con troncos de árboles, por el que se desplazaban los pesados cañones. Resueltos los problemas se dirigen hacia la zona de La Popa, cuyo santuario toman el 19 de abril, y acampan en las inmediaciones de San Lázaro.

Desde la ciudad se piden refuerzos a Mompox, que debido al mal estado de las embarcaciones y su peligroso trayecto por el Magdalena no salen hasta 10 días después, se deniega, por parte del gobernador, el ofrecimiento de un grupo de 60 hombres que se brindan voluntariamente a intentar prender fuego a la nave capitana francesa, y se envía una compañía para enfrentase con las fuerzas desembarcadas en la zona de la Popa que, al primer enfrentamiento con ellas en el que muere su capitán, se retiran precipitadamente hacia la plaza, lo que arrastra a que el castellano de San Felipe de Barajas, Juan de Berrio, lo abandone.

A la vista de los últimos acontecimientos se reemplaza con un nuevo destacamento de unos 70 hombres la guarnición de San Felipe de Barajas, pero al llegar a la fortaleza la encuentran con grandes carencias de armas y pólvora. Las solicitan pero no se las envían.

Con Santa Cruz y La Popa en su poder, teniendo a tiro de cañón la ciudad y San Felipe, y controlando los accesos a la ciudad, Pointis envía una embajada a la plaza exigiendo su rendición y ofreciendo a cambio unas buenas condiciones de capitulación, propuesta que es rechazada.

Durante algún tiempo San Felipe aguanta el ataque francés hasta que su castellano muere de un balazo[229], las municiones se agotan y la fortaleza, sin capacidad de respuesta para defenderse, cae en manos atacantes.

Poco tiempo después ya hay emplazados en San Lázaro 12 cañones y 3 morteros franceses que, junto a la galeota y las bombardas, someten a Getsemaní a partir del día 21 a un duro castigo que consigue abrir una brecha en las murallas del arrabal en las inmediaciones del baluarte de la Media

Luna. En este duelo artillero, una de las granadas lanzadas por los defensores consigue herir en un brazo a Pointis.

El día 24 se declara una tregua de cuatro días para atender y recoger los heridos. El filibustero Ducasse aprovecha la ocasión y se aproxima a las inmediaciones de la brecha de la Media Luna para parlamentar. Se entrevista con Francisco Santeren, que se había hecho cargo de la defensa de aquel sector con 300 hombres y 11 cañones y que hablaba francés, y le exige la rendición, proposición que es rechazada aunque los testigos presentes, que desconocían lo hablado, acusaron con posterioridad a los hechos a Santaren de pactar con el francés el facilitarle el paso a cambio de salvar su vida.

Finalizada la tregua y, tras dos días de intenso fuego durante los cuales es hundida una bombarda atacante por disparos efectuados desde el Reducto, los franceses atacan a través de la brecha abierta produciendo el desconcierto entre los defensores y capturando a Santaren, que dirige la acción desde un sillón debido a un ataque de gota.

El gobernador ordena la retirada hacia la ciudad de los defensores de Getsemaní y las milicias se repliegan con grandes pérdidas.

Para el 1 de mayo ya se encuentran nuevamente los franceses atacando la ciudad desde Getsemaní y con los navíos fondeados en sus inmediaciones[230].

La moral en la plaza es muy baja y existe una opinión cada vez más generalizada de que hay que capitular, e incluso se produce un motín de unas 200 personas dirigidas por dos clérigos que se niegan a la resistencia y exigen al gobernador seguridad para los niños, mujeres, ancianos e iglesias.

En esos momentos había 1.200 hombres, entre milicias y ejército regular, defendiendo las murallas de la ciudad y otros 1.500/1.800 milicianos de refuerzo procedentes del

interior de la provincia se encontraban a 2 o 3 jornadas de llegar a la misma, mientras que las fuerzas terrestres atacantes estaban formadas por dos batallones y 300 zapadores franceses y 800 filibusteros, todos ellos bien instruidos y equipados.

Se convoca una Junta General en la que se decide ofrecer la capitulación a los franceses y se requiere al gobernador que negocie, de la forma más honrosa, las condiciones de la misma.

Iniciadas las conversaciones de la rendición, Pointis ofrece que puedan salir de la ciudad la guarnición y su población con sus pertenencias, familia, criados y esclavos y, el gobernador, además, con todos los honores y 40 fardos extra de impedimenta. Los que quisieran podrían quedarse conservando fueros y preeminencias, excepto el oro, la plata y las piedras preciosas, pero debiendo jurar fidelidad al rey de Francia, y se comprometía a respetar las iglesias y conventos. A cambio debían serle entregado[231] un millón de pesos, el metálico de las Cajas Reales (en esos momentos había unos 250.000 pesos), la mitad de los caudales de los ciudadanos, entre 1.000 y 25 pesos los militares según fuese su graduación, y todas las existencias de los almacenes y polvorines, que debían dejarlas en buen estado.

El 2 de mayo, tras 20 días de asedio, la ciudad se rinde.

Dos días más tarde se firman las actas de capitulación[232] y entran en la ciudad 1500 franceses y, para el 6, hace lo propio, en una silla por estar herido, Pointis, quién es recibido en la catedral por su Cabildo y con la celebración de un *Te Deum* de Acción de Gracias. En la misma fecha sale de Cartagena, camino de Mompox, el gobernador, llevando entre sus pertenencias unos dos millones de pesos que según él le pertenecían, junto con ocho compañías de soldados y milicianos, dos cañones de pequeño calibre y un gran número de mujeres y niños; unas 4.000 personas.

Con los franceses y filibusteros dueños absolutos de la ciudad da comienzo el saqueo de la misma. Obligan a sus ciudadanos a entregar todo el oro y la plata[233] que poseyeran ofreciendo la devolución del 10 por ciento de lo incautado a aquellos que denunciasen a quienes hubiesen ocultado alguna de sus posesiones, se registra la catedral, los conventos e iglesias en busca de custodias, cálices y otros ornamentos valiosos[234] aunque se consigue salvar algunas de las campanas previo pago por ellas, se saquean las casas incluyendo sus muebles, se exige la entrega de otros 500.000 pesos antes de quince días para evitar que volasen la artillería y las fortificaciones, acción que aunque algunos ciudadanos importantes pretendían evitar solicitando un préstamo a Portobelo, no pudo impedirse porque el emisario enviado no llegó a tiempo, etc.

A mediados de mayo la situación para los franceses se va tornando peligrosa ya que, coincidiendo con el inicio de la época de lluvias, se produce entre sus filas numerosos casos de disentería y comienza a aparecer el vómito negro ocasionando más de 800 enfermos, número que doblaba al de muertos en combate, de los cuales muchos mueren.

Pointis decide entonces destruir las fortificaciones, cargar los cañones de bronce existentes en las fortalezas[235] y el botín conseguido hasta el momento, quemar las cureñas que quedaban en la plaza, embarcar al personal y salir cuanto antes de aquella zona.

El 25 del mismo mes la flota invasora leva anclas e inicia la salida de la bahía unas nueve semanas después de su llegada.

A bordo de los buques de Ducasse se producen incidentes ya que sus filibusteros reclamaban que no se les habían abonado la parte de botín que acordaron con Pointis en Santo Domingo como condición previa para aliarse con él para la misión, y que consistía en el 10 por ciento del primer

millón de pesos que consiguiesen y en el 3 por ciento de los restantes millones.

Pointis les autoriza a efectuar otro saqueo en la ciudad para abonar parte de la deuda que reclamaban, aunque con la prohibición de violentar las casas privadas[236].

A partir del 30 de mayo las fuerzas de Ducasse, que habían vuelto a desembarcar en la ciudad y que como eran originarios del Caribe estaban acostumbrados e inmunizados a un gran número de enfermedades locales y, por lo tanto, se veían menos afectadas por ellas, se dedican a robar el escaso dinero y objetos de valor que aún estaban en poder de los habitantes de Cartagena, empleando para ello la violencia, el tormento, y las vejaciones.

Afortunadamente llegan noticias de que próxima a Cartagena se encontraba una flota (era la escuadra del almirante inglés Neville), por lo que el 3 de junio embarcan y salen definitivamente de la ciudad poniendo fin a una semana de terror.

Da comienzo a continuación, por parte española, una rocambolesca historia para determinar las responsabilidades sobre la ocupación de la ciudad por parte de Pointis y las vicisitudes de su máxima autoridad, el gobernador don Diego de los Ríos y Quesada.

Cuatro fueron los jueces nombrados sucesivamente, desde julio de 1697 a 1707 en que finalizó el proceso, para investigar los motivos por los cuales la plaza de Cartagena de Indias fue rendida y entregada a Francia.

El primero de ellos fue don Carlos Alcedo y Sotomayor quien, como primera medida, ordena la detención del gobernador, que nuevamente había regresado a la ciudad, y la confiscación de todos sus bienes. De los Ríos no solo no obedece al juez sino que lo detiene y lo traslada a La Habana con orden de entrega a su gobernador. A la llegada casi

milagrosa a la isla debido al mal estado de la embarcación que se había designado para ello[237], es puesto inmediatamente en libertad. En el verano de 1698 consigue volver a Sevilla y declarar ante el Consejo de Indias.

Mientras tanto y, a la vista de los hechos, el Presidente de la Audiencia de Santa Fe había enviado a dos compañías a Cartagena con órdenes de suspender al gobernador y prenderle. De los Ríos, que tan pusilánime se mostró en la defensa contra los franceses, impidió el acceso de las fuerzas a la plaza, que se encontraba dividida entre los que estaban a favor y en contra de la acción y, a mediados de marzo de 1698, le da un ultimátum a la Audiencia para que retire a las dos compañías, a lo que ésta accede para no originar otra guerra, aunque somete a la ciudad a un cerco comercial.

En 1700, dos años y medio después de haberse dado la orden, De los Ríos es prendido por el nuevo gobernador de la ciudad el maestre de campo general don Juan Díaz de Pimienta[238] y se confiscan sus bienes, aunque las condiciones del cautiverio al que se le somete son muy benignas.

El segundo juez nombrado fue don Julián Antonio de Tejada, que tiene un enfrentamiento con el nuevo gobernador Díaz de Pimenta debido al cobro por parte del segundo de algunas cantidades de dinero cuando las existencias en las Cajas Reales eran escasas. Como además Pimienta no tenía una buena opinión de los jueces[239], remite un informe negativo sobre Tejada al Rey, quien ordena prender, encarcelar y trasladar a la península al investigador de la causa que muere durante el trayecto.

El tercer nombramiento recae en el juez Bernardino Ángel de Isunza que, desde el primer momento, también entra en conflicto con el gobernador, y su llegada a la plaza coincide con la fuga de Diego de los Ríos, por lo que no puede interrogarlo.

Y el último investigador es don Pedro de Gamarra, fiscal

del Consejo de Guerra de la causa quien, en su dictamen final, considera al ex-gobernador como "*autor de un delito de la máxima gravedad pidiendo su pena de muerte*".

De los Ríos, después de su fuga, se había trasladado en un primer momento a La Habana, después a Jamaica y, por último recala en Francia, creando un problema diplomático entre España y Francia.

La Corte española siempre se había mostrado a favor de correr un tupido velo sobre los hechos ocurridos[240] por lo que, para evitar los problemas producidos por la presencia de De los Ríos en Francia, se estipula el sobreseimiento de la causa por Real Cédula de 29 de octubre de 1706, ya que se aduce que el gobernador no había tenido connivencia con Pointis y exoneraba de responsabilidad a Sancho Jimeno, con el que el juez Tejada había cometido una injusticia al acusarle de responsabilidades cuando se había comportado como un héroe.

8 Los planes

EL PLAN DE ATAQUE INGLÉS

(Gráfico 7)

La forma en que Vernon pretendía tomar Cartagena de Indias era una idea que había estado rondando en su cabeza desde hacía dos años, desde que expuso al Parlamento inglés su propósito de ataque a las posesiones españolas del Caribe y durante las largas y solitarias horas en que pasaba recluido en su camarote durante la navegación. Pero fue a comienzos del año 1741, a la llegada a Jamaica del contingente Ogle-Wentworth, y posteriormente a finales de febrero mientras el grueso de la flota se encontraba en las inmediaciones de Santo Domingo, cuando toma cuerpo definitivo la Orden de Operaciones Conjunta contra la plaza de Cartagena de Indias

En la última fase del proceso reúne a sus principales mandos a bordo del navío insignia Princess Caroline, para exponerle la decisión sobre la forma de afrontar el ataque a Cartagena de Indias, escuchar sus opiniones, concretar los detalles de ejecución, y establecer medidas de coordinación. El Consejo de Guerra es tenso y se alarga durante dos semanas durante las cuales, los jefes que constituían la primera línea de mando, se trasladan frecuentemente a sus navíos para dar órdenes preparatorias para la operación a sus unidades, consultar a sus respectivos subordinados, y

efectuar nuevas propuestas y contrapuestas que, en general, no hacen cambiar la idea base preconcebida por Vernon. Al igual que ocurrió en la reunión del mes anterior celebrada en Jamaica, cuando decidió que el primer objetivo sería Cartagena en lugar de La Habana o Veracruz, su fuerte personalidad, el conocimiento y experiencia que tenía de la zona, lo acaecido históricamente en los ataques previos llevados contra la ciudad en especial los de Drake y Pointis, y las operaciones que él mismo había llevado contra el mismo objetivo en los dos años anteriores, se imponían sobre cualquier opinión que se apartara de la suya. Además apunta a los asistentes que, en estas situaciones, la responsabilidad de un jefe es única e intransferible y que no la comparte con nadie tanto en el éxito como en el fracaso, y ello le facultaba para asumir la decisión con todas las consecuencias máxime si contaba, como él, con un mandato directo del Parlamento inglés, tal como reiteradamente esgrime.

La maniobra que pensaba aplicar se basaba en el hecho de que el objetivo fundamental de esta fase de las operaciones caribeñas era la toma y ocupación del núcleo urbano de Cartagena de Indias y de su puerto, que pasarían a ser posesiones inglesas.

Para alcanzar el objetivo final, una posibilidad que habían considerado desde hacía tiempo era la de efectuar un ataque directo y frontal desde el mar contra la muralla de la ciudad por parte de la flota. La acción comenzaría con los fuegos de la artillería naval para debilitar las defensas y la realización, posteriormente, de un desembarco anfibio en botes de la infantería que alcanzaría y asaltaría el recinto fortificado urbano, también con apoyo artillero naval. Cabía la alternativa de que el desembarco anfibio se realizara, no frente a ciudad por las playas de la Caleta como había hecho Drake en 1586 y donde la resaca era de menos intensidad,

sino por la playa de la Cruz Grande, más al norte. La solución del ataque terrestre efectuado por Drake también la tuvo en cuenta el brigadier de tierra Wentworth, pero éste exigía un intenso apoyo de la artillería naval, sobre todo mientras efectuaban el asalto a las murallas por tan estrecho frente, que neutralizara previamente las defensas cartageneras, ya que podrían diezmar a sus atacantes, y para abrir brecha en la muralla. La escasa dotación de artillería de sitio con que contaba el contingente terrestre inglés y la dificultad de la progresión del material pesado por las arenosas y enfangadas playas de La Caleta, impedían que la artillería de campaña[241] pudiese apoyar en condiciones adecuadas esta operación. La opción del ataque por las playas de la Cruz Grande no era muy del agrado de Wentworth, aunque estaba dispuesto a llevarla a cabo si, como en el caso anterior, los navíos le proporcionaban la cobertura artillera adecuada, aunque era consciente de que, en estos dos casos, la resaca del mar haría naufragar a algunos de sus botes.

Pero, no obstante estos inconvenientes, para el brigadier y sus mandos subordinados era preferible asumir los riesgos de una acción directa, a intentar el ataque por el interior de la bahía pues ello significaría una operación larga y de desgaste en un territorio hostil, con escaso apoyo artillero de acompañamiento debido a la dificultad del terreno, y contra un enemigo apoyado en buenas fortificaciones, lo que le acarrearía numerosas bajas entre su personal. Optaba Wentworth por una campaña intensa y corta que, eso pensaba, sus bien instruidos regimientos serían capaces de afrontar con éxito. Pero, para llevarla a cabo, se necesitaba convencer de las bondades del plan al vicealmirante Vernon, y ello solo tenía alguna posibilidad de éxito si era propuesto por un jefe de la personalidad y prestigio del general de división Cathcart que pudiese convencer al marino, pero

éste yacía desde hacía más de un año en una tumba excavada en Prince Rupe, en isla de La Dominica.

El vicealmirante Vernon no se mostraba receptivo a proporcionar al infante el apoyo artillero continuo, profundo y masivo, que le requería para esta operación. Aducía que sus navíos tendrían que hacer frente simultáneamente a tres cometidos: enfrentarse a los barcos españoles que se encontraban en el interior de la bahía de Cartagena, a los que desde el exterior pudiesen llegar en su socorro una vez conociesen el inicio de su ataque, y apoyar las operaciones terrestres de Wentworth. Alegaba además que la barra coralina marítima impedía la aproximación de sus barcos hasta situar a su artillería a un alcance eficaz de los objetivos terrestres, a que el escaso frente marítimo de la ciudad solo permitía el empleo simultáneo desde el mar de tres o cuatro navíos como máximo que tendrían que ser relevados sucesivamente, y a que, aunque el apoyo podría efectuarse desde la Bahía interior penetrando en la misma como hizo Drake, entonces la entrada por Bocachica se encontraba sin fortificar y ello le permitió acceder sin dificultad a la misma, situación diferente a lo que ahora ocurría. Y lo que, pensaba pero no exponía, era su nefasta experiencia de marzo de 1740 cuando se vio sorprendido por los certeros y cercanos disparos de Lezo que le llegaban desde la playa de la ciudad mientras la atacaba en aquella dirección y que amenazarían nuevamente a sus navíos, así como que, en caso de éxito, toda la gloria se la llevaría la infantería de Wentworth, y no las fuerzas navales. Él quería entrar triunfalmente en el puerto de Cartagena bajándose solemnemente de su navío insignia tras la capitulación de la ciudad, que se habría rendido tras ser batida por el fuego procedente de sus cañones navales efectuado desde la bahía y la amenaza del último asalto de la infantería desde Getsemaní.

La opción del ataque y asalto directo a la ciudad desde el

mar, tras una campaña corta como la de Drake, queda descartada en el Consejo de Guerra. Se elige, por el contrario, la alternativa de la acción desde el interior, similar a la empleada por Pointis aunque con algunas variables, tras una campaña más larga. La diferencia entre una y otra alternativa es que, en una campaña corta, aunque el resultado de la misma se resuelve en una única tentativa en la que se gana o se fracasa, se requiere una escasa exposición del atacante al ambiente local y se necesita poca carga logística: en una campaña larga, por el contrario, si bien cabe la posibilidad de reiterar las tentativas parciales negativas, el desgaste para el atacante así como la exposición al ambiente del entorno es mayor y, además, como se necesita una carga logística pesada y voluminosa, esta servidumbre lastra el movimiento de las fuerzas y les demanda un esfuerzo físico superior.

La elección del ataque terrestre a Cartagena de Indias desde el interior de la bahía obligaba a que el acceso de las fuerzas asaltantes al núcleo urbano tendría que provenir desde Getsemaní, y por ende desde La Popa, y hasta allí tendrían que llegar las fuerzas terrestres atacantes o, alternativamente, efectuando un desembarco directamente en el puerto interior, a cuya bahía de las Ánimas tendrían que aproximarse las embarcaciones, posibilidad esta última que Vernon no acepta ya que ello supondría exponer peligrosamente sus navíos al fuego procedente de las murallas. Prefiere que los marinos accedan a la ciudad cuando la resistencia de la población se encontrase suficientemente mermada por las acciones terrestres. En cualquiera de los casos, sería imprescindible quebrantar previamente la resistencia de las defensas costeras para que los navíos e infantería ingleses accediesen a la Bahía.

Para que la infantería británica llegase desde la costa a la Base de Partida (BP)[242] del cerro de Popa para el ataque

terrestre final necesitarían, si accedían por el norte, realizar un desembarco por Punta Canoa/La Boquilla y cruzar el canal del Ahorcado/Juan de Angola o, si accedía por el sur, forzar la entrada a la bahía por Bocachica hasta alcanzar las islas de Manga y del Manzanillo y dirigirse desde allí a través del istmo de la Quinta. Los desembarcos por la Playa de la Cruz Grande, la Caleta y Bocagrande, ya habían quedado rechazados pues estaban incluidas en la opción del ataque corto y directo.

Una vez concentradas todas las fuerzas terrestres en la BP, se tendrían que lanzar al asalto, sucesivamente, contra San Felipe de Barajas, Getsemaní y Cartagena de Indias.

El brigadier pide que las fuerzas navales le proporcionen el apoyo logístico necesario una vez que las fuerzas de infantería hayan desembarcado, ya que sus abastecimientos estarían acumulados en las bodegas de los buques y, dada la morfología del terreno, si los transportaban con ellas les restaría capacidad de movimiento y requiere, inexcusablemente, el apoyo de los fuegos navales para la realización de los desembarcos así como para los asaltos a San Felipe y núcleos urbanos pero, en esta ocasión, Vernon no duda en prometérselos.

El astuto vicealmirante sabe que, para proporcionarle los apoyos artilleros que Wentworth le había requerido, necesitaba introducir el grueso de la flota dentro de la bahía y ello le facultaba para reclamar su total cooperación en la anulación de las resistencias fortificadas españolas en Bocachica. Con esta actitud pone en práctica una de las enseñanzas aprendidas en su fallido intento del ataque de comienzos de mayo del último año cuando llega a la convicción de que, para forzar ese paso naval, era necesario anular previamente las defensas que lo batían desde ambos lados y retirar el obstáculo de la cadena que lo cerraba. Convence al brigadier para que sus unidades desembarquen

simultáneamente en las islas de Tierra Bomba y de Barú para asaltar las defensas fortificadas a ambos lados del canal de Bocachica mientras él conseguiría introducir a sus navíos dentro de la bahía sin, según preveía, sufrir grandes pérdidas, toda vez que el mayor desgaste lo soportaría la infantería. Posteriormente, su poderosa flota se enfrentaría y batiría allí a los navíos españoles que se encontraban en el interior y podría presentarse a las puertas de Cartagena de Indias, a la que esperaba hacer capitular mediante la intimidación. Además, con las fortalezas de Bocachica en su poder, se cubriría de cualquier refuerzo que proviniese del exterior para socorrer la plaza.

Aprobadas las directrices generales de esta opción, se establece un primer reparto de objetivos entre los participantes, y un ritmo y una secuencia para que las operaciones a llevar a cabo al norte y al sur de la ciudad se coordinen en tiempo y espacio. Con ello se perseguía que los apoyos de fuego navales fuesen oportunos, poder concentrar todo los esfuerzos en el asalto a las fortalezas de San Luis y San José que permitiesen el acceso a la bahía, y posteriormente en la de San Felipe de Barajas, que consideraban claves para el éxito de la toma de la ciudad. Se estima que la posición defensiva fundamental española sería la de San Felipe de Barajas, por lo que se asigna dicho objetivo a lo mejor de la infantería inglesa, manteniéndola hasta entonces en segunda línea para preservarla, y que se produciría un gran desgaste en San Luis. Aunque todos los asistentes al Consejo de Guerra son conscientes de la dificultad de que lo proyectado teóricamente se lleve a la práctica de acuerdo a lo planeado, tienen la suficiente experiencia para saber que sin un plan y una idea preconcebida de cómo se pretende realizar la operación, existen muy pocas posibilidades de éxito.

Se determina que sean cuatro las etapas en que llevarán a

cabo el ataque:

Etapa Primera, durante la que se realizaría un desembarco terrestre en botes en las zonas de Punta Canoa-Boquilla, al norte de la ciudad, otro en la ensenada de la Chambra de la Isla de Tierra Bomba, y otro al sur del fuerte de San José, en la isla de Barú. Los tres desembarcos serían apoyados por los fuegos navales. De las fuerzas desembarcadas en la isla de Barú se destacaría un pequeño contingente que, vía terrestre, se dirigiría a la zona de Pasacaballos con objeto de cercenar la corriente de abastecimientos que llegaban a Cartagena desde el interior a través de los ríos Magdalena y Sinú, mermar con ello la capacidad de resistencia de los defensores, y emplear los víveres capturados para completar el suministro de las fuerzas terrestres británicas.

Etapa Segunda, durante la que se progresaría y se atacaría a las fuerzas del norte situadas en las posiciones españolas de Paso Alto, Crespo y Más con las fuerzas desembarcas en Punta Canoa-La Boquilla, por el sur a las de las posiciones de la Chambra, San Felipe, Santiago y San Luis con las desembarcadas en la ensenada de Tierra Bomba, y las de las posiciones de Varadero, Abanicos y San José con las desembarcadas en la isla de Barú. Se ocuparían la zona de Pasacaballos y las fortalezas de San Luis, San José, y las fuerzas navales apoyarían con sus fuegos las progresiones y ataques terrestres, con especial hincapié en la fortaleza de San Luis. Las acciones norte y sur de la costa, en esta etapa, darían flexibilidad a la operación ya que, en caso de que una de ellas fracasase, se podría continuar por la otra, aunque el vicealmirante oculta que para él no cabe la renuncia a la progresión de sus navíos por Bocachica, ya que con sus barcos dominando la bahía interior, la caída de Cartagena era cuestión de tiempo.

Etapa Tercera, durante la que las fuerzas de La Boquilla progresarían, ya sin oposición, hacia La Popa. Por el sur el

grueso de la flota cruzaría por Bocachica hacia el interior de la bahía de Cartagena una vez destensadas las cadenas que bloqueaban el canal, y se enfrentarían y derrotarían a los navíos españoles allí ubicados. Seguidamente se anularían, mediante fuego naval, las fortalezas de La Cruz Grande y del Manzanillo que se encontraban desactivadas. Se desembarcarían el resto de las fuerzas terrestres en las islas de Manzanillo y La Manga junto con los abastecimientos y equipo necesario, y se dirigirían hacia la zona de la Quinta. Se reforzaría el control de Pasacaballos con elementos navales que se encargarían, además, del transporte de los víveres capturados hacia los consumidores ingleses. Durante esta etapa se necesitarían unos importantes apoyos de zapadores para facilitar el vadeo de las ciénagas.

Etapa Cuarta, durante la que el grueso del contingente terrestre ocuparía la BP y se asaltarían sucesivamente la fortalezas de San Felipe de Barajas, el arrabal de Getsemaní y el núcleo urbano Cartagena de Indias con el apoyo masivo de los fuegos navales de la flota.

El planeamiento aprobado tenía dos vulnerabilidades que podían influir poderosamente en la posibilidad de obtener un resultado adverso al pretendido: la actitud que tomarían la escuadra española de Torres y la francesa de D´Antin, y el tiempo que se emplearía en llevarlo a cabo. Era necesario disponer, por tanto, de planes de contingencias para cubrirse de los resultados nefastos que pudiesen ocasionarles tales riesgos.

Cuando se aprueban los planes Vernon desconocía dónde se encontraba la escuadra de Torres que a mediados de diciembre había abandonado el puerto de Cartagena, y el reconocimiento para buscar a los franceses en las inmediaciones de Santo Domingo, iniciado en enero, había sido infructuoso por el momento. Ante tales incertidumbres, no podía arriesgarse a emprender sus hostilidades contra la

ciudad ya que podría verse sorprendido por un ataque naval combinado español-francés cuando más comprometido estuviese, que era cuando sus barcos se encontrasen a sotavento de la costa cartagenera y con la infantería desembarcada a la que tendría que apoyar con sus fuegos, lo que limitaría en gran medida las posibilidades de maniobra de los navíos. Se niega en rotundo a iniciar la operación en estas circunstancias hasta que esta incógnita quedase despejada.

En cuanto al plazo para llevar a cabo el ataque, los ingleses contaban con que los efectos de las enfermedades locales harían su aparición, tarde o temprano, en los últimos contingentes recién llegados. También sabían que la mejor forma para combatir sus secuelas y recuperar a los afectados eran el descanso y la buena alimentación y que, según experiencias anteriores de las campañas de Drake y Pointis, dispondrían como máximo de una ventana de 6/8 semanas desde que la infantería pusiese pie en tierra hasta que todas las operaciones estuviesen finalizadas. En caso contrario se exponían a sufrir los graves efectos de las enfermedades.

Esperaban, antes de que se consumiese ese plazo, haber batido toda resistencia de la guarnición cartagenera y encontrarse acogidos, acomodados, y bien alimentados, en las confortables fortificaciones, instalaciones y edificaciones de la ciudad. En esas circunstancias podrían soportar, en mejores condiciones que en la desprotegida intemperie y los incómodos sollados de los navíos, los efectos de las enfermedades tropicales, que eran una espada de Damocles que se cernía sobre la capacidad de combate de las fuerzas británicas. Además, para finales de febrero de 1741, cuando los planes de ataque estaban ultimados, ya hacía dos meses que la estación seca había comenzado y, si las operaciones no se iniciaban pronto, habría que esperar otro año para llevarlas a cabo pues los caminos y veredas se harían

impracticables por efecto de las lluvias. Era necesario, por lo tanto, comenzar cuanto antes la acción e imprimir velocidad al desarrollo de las mismas. Con lo que no contaban, debido a desconocimiento de la transmisión de las enfermedades víricas que se tenía en la época, era que, desde el último enero, cuando recalaron en Jamaica y cargaron a 1.000-1.500 negros locales para su empleo como mano de obra auxiliar para facilitar las operaciones, el plazo de contagio de algunas de las enfermedades tropicales y de la aclimatación al entorno había comenzado a correr debido al contacto a bordo de los navíos del contingente europeo con este personal. El plazo y el ritmo de la operación serían claves para su éxito o fracaso.

El tiempo apremiaba y la incertidumbre sobre la situación de los navíos de Torres y D´Antin atenazaban a Vernon por lo que, cuando a finales de febrero recibe la noticia y, posteriormente su confirmación, de que el grueso de las fuerzas navales francesas había abandonado el Caribe poniendo rumbo hacia su país y que Torres se encontraba en La Habana, siente un gran alivio, elimina la tensión acumulada y no duda, tras una reunión los día 23, 24 y 25 de febrero con sus principales mandos, en dar la orden de inicio de las operaciones y enviar al Weymouth, el Experimet y la fragata Spence, para que se adelanten al grueso de las fuerzas y se dirijan hacia las costas de Cartagena de Indias para buscar los lugares de anclaje más apropiados. Sigue manteniéndose el peligro de la escuadra de Torres, por lo que, para cubrirse de su más que probable llegada a la zona de combate a la llamada de socorro de la guarnición, establece un sistema de bloqueo naval de las costas de Cartagena para impedir la salida de cualquier navío de aviso español que le llevase la voz de alarma, y dedica y reserva en exclusividad a 10 de sus más poderosos navíos de combate a cubrir la posibilidad de enfrentarse a la escuadra de Torres,

que era su hipótesis más peligrosa, mientras el resto de la flota se encontrase empeñada en otras acciones. El primero de marzo de 1741 la formidable fuerza conjunta británica pone rumbo hacia Cartagena de Indias.

EL PLAN DEFENSIVO ESPAÑOL.

El primer plan español para la defensa de Cartagena de Indias, que estaba incluido en uno más general denominado el "Primer Plan de Defensa de las Indias Occidentales", se confeccionó entre 1587 y 1594[243] tras los ataque de los corsarios ingleses Hawkins y Drake. En el mismo se contemplaban las primeras obras de fortificación, sobre las que se hace recaer el mayor peso de la defensa, que era la doctrina dominante de la época. Su realización fue ordenada por Felipe II al maestre de Campo Juan de Tejada y ejecutado por el ingeniero militar Bautista Antonelli[244], que llevó cabo un estudio no solo técnico sino táctico, y en él se excluía la zona de Getsemaní que para entonces estaba despoblada.

Hasta 1742, con posterioridad al tercer ataque inglés de Vernon, y cuando llegó a Cartagena de Indias el recién nombrado inspector de las fortificaciones de las Indias Juan Bautista Mc Evan, no se afrontó un nuevo Proyecto General de Defensa[245].

Los primeros estudios defensivos de la ciudad establecían la hipótesis de que era inaccesible a un ataque frontal por el mar debido a la imposibilidad del acercamiento de los grandes buques y a que era necesario cerrar el acceso a la bahía por Bocachica El ataque de Drake por la Caleta, realizado en botes, demuestra la endeblez de la premisa defensiva, lo que unido a la no finalización del castillo de

San Luis de Bocachica hasta 1661, posibilita la toma de la ciudad por el corsario al servicio de Inglaterra.

En 1697, aunque el acceso por Bocagrande se había cerrado de forma natural y las defensas de Bocachica, así como las del entorno inmediato de la ciudad, estaban finalizadas, el francés Pointis no solo toma la ciudad sino que, al abandonarla, deja las fortificaciones en estado ruinoso. Es el ingeniero militar don. Juan de Herrera y Sotomayor quien, en 1728, da inicio a una reconstrucción profunda de los destrozos efectuados por Pointis y a una remodelación de todas las fortificaciones en las que en1739 hay emplazados más de 190 cañones operativos.

En cuanto a las fuerzas de guarnición para la defensa de la plaza, a principios de 1716 comienza a aparecer progresivamente en América el Ejército Regular. Hasta entonces, la estructura militar en las Indias se había basado en las huestes, los encomenderos y las milicias.

Las huestes, que fueron las primeras organizaciones españolas con estructura cívico-militar que llegaron a América, tenían una ascendencia medieval y se estructuraban en base a un mando otorgado bajo licencia por la Corona a un capitán, un número variable de soldados que se unían voluntariamente a la expedición bajo el paraguas del prestigio y financiación del capitán, de parte de los marineros que habían formado parte de las tripulaciones de los buques de transporte llegados desde España, y de representantes de otras instituciones procedentes de la realeza, órdenes religiosas, científicos, etc. Todos ellos marchaban a América al descubrimiento y colonización de los nuevos territorios. La Corona, a cambio de recibir por término medio el 20 por ciento de los beneficios de la expedición, si los hubiere, ofrece a los expedicionarios, que debían correr con todos los gastos, concesiones en tierras, títulos nobiliarios, nombramiento de cargos políticos,

autorizaciones comerciales, asignación de indios para trabajos, etc. en el Nuevo Mundo.

Las huestes desaparecen en América en 1573 año en que comienza el sedentarismo de la población europea allí trasladada tras la entrada en vigor de la Ordenanza de Población, estableciéndose entonces un sistema defensivo basado en el servicio militar prestado por los encomenderos. Éstos tenían la obligación de la defensa territorial para lo cual debían disponer de gente preparada con sus armas, mayoritariamente indígenas, y acudir a las llamadas (alardes) de movilización en caso necesario y para realizar ejercicios de adiestramiento. Los encomenderos recibían, a cambio de asumir esa responsabilidad, concesiones y exenciones de tributos, que eran más importantes si levantaban fortalezas y fortificaciones. Esta modalidad defensiva no funcionó con eficacia debido a no cumplirse las previsiones de recaudación de tributos previstas por la Hacienda Real por los negocios emprendidos por los encomenderos, al fracaso de dicha estructura ante los ataques que sufrían las poblaciones, a la no idoneidad de los indios empleados para las labores militares, a las limitaciones a su empleo en estos cometidos que imponían los religiosos, etc. Ello llevó a que la Corona tuviera que asumir a su costa la construcción de las fortificaciones y plazas fuertes, llamadas "Presidios de la Corona" y a guarnecerlas con unidades profesionales completas -denominadas "Compañías de Presidio"- traídas en ocasiones desde la península, el Norte de África o Flandes, y que constituirían el embrión del futuro Ejército de América.

También a partir de 1590, y para suplir las carencias defensivas en tan inmenso territorio, aparecen las milicias, que se movilizaban en caso de conflictos y que estaban diseminadas por ciudades y poblados. Eran muy numerosas, encuadraban con carácter obligatorio al personal aborigen,

sin sueldo, casi sin armas ni uniformes, sus oficiales no tenían mando sobre los soldados regulares del ejército y recibían instrucción militar los domingos por la mañana. No tenían capacidad operativa ni prácticamente valor militar[246].

A partir de 1716 se unifican las unidades de los presidios y fortalezas bajo la denominación de Ejército de América, la defensa se estructura como un todo y, lo que es más importante, se efectúan apoyos mutuos, tanto tácticos como logísticos, entre guarniciones americanas. Cuando se requería un incremento en las capacidades defensivas o las unidades americanas estaban escasas de efectivos, se enviaban unidades de refuerzo con carácter temporal desde la península, el denominado Ejército de Refuerzo. En resumen, la defensa terrestre se articula en un ejército movilizable (las Milicias), un ejército territorial (el Ejército de América), y un ejército de refuerzo (el de Proyección) que si bien al principio estaba bajo la responsabilidad de la Marina Real y basado en los Tercios del Mar Océano, con posterioridad la misión recayó en el Ejército Peninsular. Secundariamente, las unidades de refuerzo se utilizaban para reponer las numerosas bajas, fundamentalmente por deserciones, y a solventar las dificultades de reclutamiento para el Ejército de América, ya que el personal de tropa de las primeras, al final de su misión, solía reengancharse (muchos se habían casado allí) en el segundo, volviendo las unidades en cuadro a la península[247].

El 13 de noviembre de 1736 se firma en El Escorial (España), el "Reglamento para la guarnición de la plaza de Cartagena de Indias, castillos y fuertes de su jurisdicción" en el que se regula la organización, el coste, la instrucción y la generación de las fuerzas que se encargarán de la defensa de la plaza americana. Se toma como modelo el reglamento que ya estaba funcionando en La Habana y, aunque su entrada en vigor conllevó un largo plazo de tiempo, como la de toda

instrucción o norma dictada en aquella época, sí constituyó, ya desde la citada fecha, un referente sobre las acciones a llevar a cabo para la seguridad de la plaza.

En el citado Reglamento se especificaba que la guarnición militar que existiría en la plaza de Cartagena de Indias consistiría en una plana mayor[248], un Batallón (pasó a llamarse "el Fijo" debido a su permanente acuartelamiento en la ciudad) con 9 compañías de infantería[249] y una batería de artillería[250], pertenecientes al Ejercito Permanente de América. Además se contaba con once compañías de milicias[251] del ejército movilizable, que reforzarían en caso necesario a la guarnición del recinto amurallado y a los destacamentos exteriores situados en los castillos y fortalezas de la bahía.

Para entrar a prestar servicio en el Fijo había que ser español, nacido en España o en las Indias, pero descendiente de españoles. Sus componentes debían tener una buena disposición para el servicio y ser robustos, en especial en la unidad de artillería (para poder mover las pesadas piezas y sus municiones).

Cuando Vernon parte con su contingente hacia el Caribe, a finales del verano de 1739, las fuerzas terrestres que guarnecen Cartagena de Indias son el Bon. Fijo, que contaba con alrededor de 500 efectivos, y las milicias, que se acercaban a los 900[252]. Los navíos que se encontraba en su puerto, bajo la jurisdicción de Lezo, eran el San Felipe, el Príncipe, el Conquistador, el África, el Dragón y el Europa. En sus fortificaciones había emplazados unos 190 cañones en estado operativo y en sus polvorines se almacenaban unas 19 toneladas de pólvora y casi 16.000 balas y proyectiles para todo tipo de armas, por lo que escasamente había munición para efectuar cinco disparos por cañón. Y, aunque en 1726 se estimaba que existían grandes carencias de recursos logísticos[253] y que para su defensa se

necesitarían otros 90 cañones y unos 4.400 infantes y 200 artilleros, es con la guarnición y recursos existentes en 1739 con lo que las fuerzas militares y la población cartagenera se enfrentan a Vernon en su primer intento de toma de la ciudad (y segundo de sus ataques a la misma) y consiguen rechazarlo.

La situación cambia radicalmente durante 1740 cuando en abril llega Eslava con los navíos San Carlos y Galicia, y en octubre la escuadra de Torres con los buques de guerra La Reina, Santa Ana, Santiago, Real Familia, Andalucía, Castilla, Nueva España, San Luis, Fuerte y San Antonio, además de un paquebote y un brulote, cargados con un gran volumen de abastecimientos peninsulares y transportando un contingente del Ejército de Refuerzo.

El componente terrestre llegado a la ZO pertenecía a los regimientos Aragón, Granada, Lisboa, Toledo, Navarra y España y, después de haber dejado parte en Santo Domingo como refuerzo, sobrepasaba los 2.800 efectivos. Con posterioridad, parte de los refuerzos terrestres y navales recién llegados se envían a Portobelo y el Changres, de donde se había recabado ayuda, y la escuadra de Torres, tras pasar por Santa Marta, se desplaza a La Habana.

En esas fechas, la cuarta parte[254] de las fuerzas militares peninsulares llegadas a Cartagena se encontraban inoperativas ya que están afectados por las enfermedades endémicas tropicales, pero la atención en hospitales y casas particulares de la población civil, adonde era frecuente acudir para que se les proporcionasen cuidados y atención, y la buena alimentación que recibían en esas circunstancias, hacen que su recuperación se produzca con rapidez. La navidad de 1740 es una época feliz para los habitantes de Cartagena de Indias pues, tras los dos ataques sufridos en el último año y con Vernon merodeando por aquellas aguas, se sienten seguros teniendo un importante contingente

terrestre entre sus murallas y fortificaciones y con una flota combinada franco-española que daría cuenta de los navíos ingleses si amenazasen su seguridad y su comercio.

Durante el mes de enero de 1741 llegan noticias de la presencia en el Caribe de la gran escuadra de Cathcart y, un mes más tarde, entra para reparación el navío El Fuerte, que se había separado de la escuadra de Torres, llevando noticias actualizadas sobre el regreso a su país de las escuadras francesas y de la partida de Torres y sus navíos hacia la Habana, que los cartageneros desconocían. Estas noticias producen una gran desazón en la población amen de una gran contrariedad a Eslava, ya que el almirante español le había asegurado que permanecería en Santa Marta para atender al auxilio del virreinato en caso de amenaza al mismo. Ante estas nuevas y graves noticias las autoridades de Cartagena se vuelven a reunir en Consejo de Guerra, a finales de febrero, para tratar sobre las acciones a llevar a cabo. Se cotejan las informaciones recibidas de diferentes fuentes y se hace un juicio de inteligencia sobre las intenciones de las fuerzas inglesas.

Todos los asistentes a la reunión están de acuerdo en que los ingleses disponen de una fuerza impresionante que les permitirían dirigir sus ojos hacia Cartagena de Indias que constituía, además, un empeño personal de Vernon, por lo que intuyen que el ataque sería inminente. Eslava sabe que, como la iniciativa corresponde a los atacantes, los británicos elegirían el momento y lugar para iniciarlo cuando más les conviniera por lo que deben establecer unas hipótesis sobre dónde y cómo lo llevarían a cabo para poder contrarrestarlo y rechazarlo. El reconocimiento del terreno que desde hacía cuatro meses había realizado, sus inspecciones a las fuerzas, almacenes y posiciones defensivas, los informes del enemigo recibidos por diferentes vías, las propuestas de los jefes de unidades y ayudantes, y su preparación y experiencia

profesional, le lleva a establecer la hipótesis más probable de actuación inglesa y la maniobra que prevé llevar a cabo con las unidades de la plaza y que expone a los presentes (Gráfico 8).

Desde finales del siglo XVI y hasta principios del XVII se había supuesto que cualquier enemigo que intentase tomar la ciudad disponía de tres alternativas posibles para llevarla a cabo: el ataque desde mar abierto, maniobra casi imposible por los peligrosos bajos y resaca existentes, por Bocagrande, que contaba con la dificultad del terreno cenagoso, o desde la bahía Interior y de las Ánimas. A mediados del XVII, cuando se produce el cierre natural de Bocagrande, se estima que los ataques enemigos tendrían que forzar el paso de Bocachica y nace el concepto, aunque tenía detractores, de la defensa adelantada de la plaza. Estos juicios dan lugar a que las fortificaciones de la ciudad y el entorno de la bahía se sitúen, mantengan, reconstruyan, y guarnezcan, de forma variable a lo largo del tiempo en función de las posibles actuaciones del hipotético enemigo que se prevean en cada momento, de la apertura o no del paso de Bocagrande y del concepto defensivo de las autoridades del momento.

Eslava estima que el ataque principal inglés se iniciará, probablemente, con un desembarco del grueso de fuerzas terrestres por La Boquilla que sería apoyado por fuego naval y que, después de neutralizar las posiciones de Paso Alto, Crespo y Más, avanzarían hacia La Popa tras atravesar el caño del Ahorcado. Cree posible también que se ejecute un ataque en Bocachica, pero que tendría un carácter complementario del de La Boquilla, ya que el reciente fracaso que tuvo Vernon el año anterior en dicha zona, así como las noticias que disponía de sus espías en Jamaica y Santo Domingo, en donde habían recalado las fuerzas inglesas, no le hacía prever que los británicos se empeñasen en un ataque masivo para forzar el canal. Una vez que

alcanzasen La Popa, probablemente desde La Boquilla, y complementariamente por la bahía o simultáneamente por las dos direcciones, los ingleses intentarían tomar, sucesivamente, el castillo de San Felipe, Getsemaní y Cartagena. La Popa era, pues, una posición fundamental a defender pues su ocupación haría peligrar el conjunto formado por San Felipe de Barajas, y el núcleo urbano Cartagena/Getsemaní, que era el nudo gordiano de la victoria o la derrota.

Para hacer frente a estas hipótesis de ataque, Eslava tiene intención de establecer, en principio, una línea defensiva que uniría las posiciones de la costa con el objeto de impedir, o al menos dificultar, el desembarco inglés en la misma.

La primera línea defensiva (L-1) estaría guarnecida, en La Boquilla, por posiciones tipo Compañía de Infantería (con efectivos variables de entre 25 a 100 hombres) situadas en Paso Alto, Más y Crespo, y, en Bocachica, con unos 400 defensores emplazados en las fortalezas de San Luis y San José así como en las posiciones de La Chamba, San Felipe, Santiago, Varadero y Punta Abanicos. La parte norte de la isla de Tierra Bomba no se ocuparía con fuerzas permanentes sino con patrullas esporádicas dado que el terreno y la vegetación hacían muy dificultoso, y en algunos lugares imposible, el movimiento de unidades terrestres con material pesado, con lo que se reservaría personal para su empleo en otros lugares. La costa frente a la ciudad se defendería con la guarnición del recinto amurallado. El acceso por Bocagrande se cubriría con los navíos de Lezo que se emplearían también para reforzar Bocachica. Todas las posiciones contarían con gran profusión de piezas de artillería y con obras fortificadas para la protección de su guarnición y para dificultar la observación, el movimiento y los fuegos adversarios.

La idea de cómo se desarrollaría la maniobra según Eslava era que, en una primera fase, si los ingleses consiguieran desembarcar en La Boquilla se dirigirían hacia la posición principal de La Popa. Este movimiento haría alargar sus rutas de abastecimiento y apoyo con las cabezas de playa establecidas, lo que se aprovecharía para hostigarlas por patrullas móviles españolas que debilitarían el impulso atacante y harían ganar el tiempo necesario mientras se reforzaba la posición de La Popa. Las alturas del cerro, en especial en su parte noreste, las ocuparía entonces un Batallón de infantería y artillería española. Cuando los ingleses atacasen la posición principal del cerro, contando con escaso apoyo artillero dada la dificultad de aproximar hasta allí las piezas y sus municiones, se desencadenaría, en una segunda fase, un contraataque español con fuerzas de infantería que, procedente fundamentalmente de San Felipe, se dirigirían en dirección a los vados del canal del Ahorcado por los que habrían cruzado los británicos, con la intención de ocuparlos y aislar a las fuerzas inglesas de La Popa con su cabeza de desembarco en La Boquilla, y cortarles la retirada. Simultáneamente, las fuerzas españolas de La Popa iniciarían también otro contraataque que, junto el procedente de San Felipe, aniquilarían a los atacantes ingleses, que tendrían que hacer frente a dos acometidas simultáneas desde dos direcciones diferentes así como al fuego que les llegaría desde las alturas dominantes.

Con anterioridad, cuando desde Cartagena o desde algún barco de patrulla se diese vista a la flota inglesa con aquella derrota, se enviaría un navío de aviso a Torres, que se encontraba en La Habana, en demanda de ayuda. A la llegada de la escuadra a Cartagena, que se presumía rápida, podría atacar a barlovento a la de Vernon que, además, se encontraría acorralada contra el litoral e hipotecada en sus movimientos dada la obligación de reembarcar a la

infantería inglesa superviviente que se encontraría en retirada sin apoyo naval ni logístico y haciendo frente, en ese momento, a otro contraataque proveniente de las playas de la Cruz Grande llevado a cabo por las fuerzas que guarnecían Cartagena. Al resto de las fuerzas inglesas desembarcadas, diezmadas por el castigo recibido en La Popa, aisladas y ancladas en los arenales de las playas de La Boquilla, no le quedaría más remedio que rendirse o perecer, y a los navíos de Vernon, la huida. El asalto inglés habría fracasado.

También tiene Eslava un plan de actuación en caso de que los ingleses intentasen, complementariamente a la acción de La Boquilla, forzar el paso de Bocachica, para lo cual, además de las posiciones que guarnecerían L-1 en aquella zona, los navíos de Lezo, y el obstáculo artificial formado por la cadena doble que tan buen resultado dio en el anterior ataque de Vernon, organiza una segunda línea defensiva, más al interior, que retrasase el posible ataque inglés si es que consiguieran rebasar Bocachica. El tiempo ganado con la detención inglesa en la segunda línea se emplearía en reforzar las defensas de La Popa ya que, también en esta hipótesis, estima necesaria su ocupación por cualquier atacante que pretendiese conquistar Cartagena.

La segunda línea defensiva (L-2), que cubriría el acceso por vía marítima a la bahía interior de Cartagena, se apoyaría en la ocupación de la fortaleza del Manzanillo con una guarnición de dos compañías (unos 250 hombres) y artillería, así como previendo la activación, en caso necesario, de la Cruz Grande que, en esos momentos, solo contaba con unos efectivos de 50 hombres.

Y como última línea defensiva (L-3), caso de que fracasasen los planes de contingencia previstos y los refuerzos que pudiesen aportar Torres y otras guarniciones, se contaba con la zona fundamental defensiva formada por

el recinto amurallado de Cartagena, Getsemaní, las fortalezas de San Felipe y la de Boquerón/San Sebastián, que habrían de defender a toda costa hasta que llegase la época de lluvias, ya que estimaba que los ingleses, con esas condiciones, no podrían mantener mucho tiempo su empeño atacante.

Para aguantar durante este plazo había que asegurar el suministro, el almacenamiento, y el consumo de víveres para las fuerzas militares y la población civil que se acogiese a ellas, que estima en unos 5.500, por lo que refuerza el puesto de Pasacaballos, por donde se recibía un gran número de abastecimientos, con un destacamento de fuerzas de entidad Sección, así como considera necesario evacuar del recinto amurallado a la población civil no necesaria y dosificar el consumo de los mismos.

El plan de Eslava estaba correctamente conformado e introducía innovaciones para su tiempo, que basaba las acciones defensivas terrestres en el empleo de las fortificaciones y en la resistencia estática. El virrey, por el contrario, diseña una defensa dinámica para su empleo contra la opción más probable a llevar a cabo por el adversario, según estimaba, mediante el empleo de la combinación de patrullas móviles y posiciones defensivas para canalizar el ataque enemigo hacia un lugar apropiado donde pudiese ser detenido. Conseguido este propósito, se desencadenarían varios contraataques para batirlo, explotar el éxito y, sucesivamente, iniciar la persecución de las tropas en retirada. Se cubre también, mediante el establecimiento de la línea defensiva L-2, de la posibilidad de que los ingleses ataquen por, según él, la dirección complementaria de Bocachica, prevé la coordinación y el momento más adecuado para la utilización de los efectivos de la escuadra de Torres y, como último recurso, decide resistir a toda costa entre las murallas del recinto fortificado. Solo tiene dos

defectos: el Cerro de La Popa no contaba con ninguna fortificación ni se contaba con tiempo para construirla[255], al director de obras, Desnaux, lo había relevado de su cargo para que se empeñase en otros quehaceres de la defensa, y desconocía el acendrado carácter marino de Vernon, quien deseaba que la Armada tuviese una gran participación en la victoria y con el menor desgaste posible.

Lezo, que ya había mostrado su disconformidad con algunas de las decisiones de la maniobra de Eslava mientras éste realizaba estudios y reconocimientos de la zona en los días y meses previos, se siente en la obligación de exponer al Consejo de Guerra sus divergencias con la misma, basadas, fundamentalmente, en el conocimiento que tenía de la forma de actuación del vicealmirante inglés con el que se había enfrentado en numerosas ocasiones.

Estima[256] (Gráfico 9) que, formando parte Vernon del contingente, no apoyaría un desembarco de las fuerzas terrestres por La Boquilla ni frente al recinto amurallado mientras la escuadra de Torres se hallase por aquellas aguas, y se opondría a exponer a los buques del Almirantazgo a los peligrosos bajos y mareas de la costa en esos lugares. Cree que sería un riesgo inasumible para el británico, tanto para los navíos como para las fuerzas terrestres inglesas, que la escuadra de Torres hiciese acto de presencia y le presentase combate cuando sus barcos se encontrasen encajonados entre los buques españoles y la costa, y con el grueso de la infantería inglesa en tierra, o que la resaca desbaratara la aproximación de los navíos y botes a las playa durante el desembarco. Vernon no ejercería el esfuerzo principal para forzar el acceso por la costa en La Boquilla ni frente a la ciudad, sino que lo realizaría en Bocachica, paso que conocía bastante bien.

Para cruzar el estrecho de Bocachica y, tal como aprendió en su intento del año anterior, Vernon, estima Lezo,

obligaría a las fuerzas terrestres a ocupar con anterioridad las fortificaciones de San Luis y San José para evitar los fuegos artilleros contra sus navíos desde esos asentamientos. Para conseguirlo, haría un desembarco en la zona al sur de la isla Tierra Bomba y al norte de la de Barú para, anulando las posiciones que protegían las fortificaciones principales, atacar desde tierra y en coordinación con los navíos el castillo de San Luis de Bocachica y la fortaleza de San José hasta abrir brecha en sus murallas y asaltarlas. Una vez ocupadas estas posiciones, los británicos podrían introducir el grueso de la fuerza conjunta en el interior de la bahía cartagenera para continuar con la operación.

Para hacer frente a esta hipótesis, Lezo propone, en una primera fase, amén de ocupar L-1 tal como Eslava había decidido, reforzar las posiciones de la Chamba, San Felipe, Santiago, Varadero y Punta Abanicos, incluso con efectivos de San Luis y San José, para impedir que los ingleses desembarcasen en las inmediaciones de Bocachica, organizasen cabezas de playa, y desembarcasen su artillería. El esfuerzo de resistencia habría que hacerlo en las posiciones defensivas a pie de las playas de Bocachica, que habría que cubrir con numerosos efectivos y artillería, en lugar de en las fortificaciones. Estima que, si los ingleses consiguen efectuar el desembarco, los fuertes de San Luis y San José estarían perdidos, amén de que se les abría la posibilidad de progresar desde las cabezas de playa, por Tierra Bomba, hacia el interior. Si se produjera esa circunstancia, habría que recuperar la mayor parte de los efectivos españoles que defenderían Bocachica y replegarlos a las posiciones más a retaguardia, donde serían necesarios para continuar la defensa.

Cree que si los británicos tomaban los fuertes de Bocachica conseguirían atravesar el paso marítimo, ya que los obstáculos y obstrucciones artificiales a la navegación

que los defensores ejecutasen allí podrían ser desmontados sin dificultad y que la acción opositora que hicieran sus navíos no sería suficiente para impedirlo. Éstos, una vez retardada en lo posible la progresión enemiga, tendrían que replegarse hacia aguas interiores para continuar la lucha.

Una vez en el interior de la bahía, los británicos tendrían libertad de acción para efectuar otros desembarcos en la Isla de Manzanillo y en la de la Manga para progresar con posterioridad hacia La Popa, o efectuarlos entre la Cruz Grande y Punta de Itacos para marchar hacia la Caleta, y avanzar directamente por Tierra Bomba; e incluso para aproximar sus navíos a la Bahía Interior y bombardear desde ellos el recinto amurallado.

Ante las numerosas posibilidades de actuación que se abrían a los ingleses, caso de que pudiesen acceder a la bahía, habría que organizar, en una segunda fase, una reserva móvil en base a sus fuerzas navales y las de infantería que se pudiesen detraer de otros lugares, incluso de las rescatadas de las diferentes posiciones de Bocachica, para acudir a aquellos lugares necesarios para contrarrestar la actuación inglesa.

No creía oportuno cubrir permanentemente con todas las fuerzas previstas por Eslava L-2 ni el cerro de La Popa, que se reforzarían solo en caso de que la situación lo aconsejara, pues no había fuerzas suficientes para dotar adecuadamente a todas las posiciones y fortificaciones. Sí, por el contrario, habría que potenciar los pasos a través del caño del Ahorcado, del caño de Gracia y el acceso a La Popa por la zona de la Quinta que la une al continente, cuyas defensas tendrían que disponer de parapetos, fosos y trincheras que retrasasen la progresión inglesa mientras se ultimaban los preparativos en el castillo de San Felipe de Barajas, en donde se decidiría el resultado de la batalla, si es que los ingleses conseguían llegar hasta allí.

La idea de Lezo sobre cómo se desarrollaría el ataque enemigo y la maniobra para oponerse al mismo también estaba, como la efectuada por Eslava, correctamente conformada[257] e introducía también una novedad, en relación a la defensa estática preponderante en la época, como era la constitución de una reserva móvil para su empleo en el momento apropiado y que se hace más necesaria cuanto mayor es la incertidumbre sobre las intenciones del enemigo, pero tenía otro defecto: se inmiscuía en el empleo de las fuerzas terrestres, que no eran de su competencia.

El motivo de esta actitud de Lezo era la precariedad del nombramiento del gobernador militar de Cartagena don Pedro Navarrete, que lo ejercía con carácter interino, lo que había influido en el protagonismo del marino en la defensa terrestre de la plaza durante el ataque de Vernon en 1739 y que ahora esperaba repetir, pero olvidaba que, en esta ocasión, se encontraba presente el virrey, que estaba dispuesto a asumir el mando y la responsabilidad.

Eslava no tarda en indicarle que, en caso de que el enemigo atacase por Bocachica tal como suponía Lezo, él ya había previsto cubrirse de esa posibilidad con el establecimiento de las líneas defensivas L-1, L-2 y L-3, que la defensa del virreinato era de su responsabilidad y que al marino le correspondía con exclusividad cooperar a ella con sus barcos y tripulaciones según las instrucciones que el virrey decidiera, ya que la máxima autoridad naval de la ZO., que era el almirante Torres, había asignado los navíos y marinos de Lezo para que cooperasen directamente con él en la defensa de la plaza y aguas cartageneras. A ello y a sus instrucciones tendría que atenerse, amén de que le insta a que se abstenga de indicar la forma y el empleo de las fuerzas terrestres[258].

El coronel Carlos Suillars Desnaux[259], que había sido

designado por Eslava como castellano del castillo de San Luis de Bocachica, tampoco estaba de acuerdo con la idea de Lezo de efectuar una defensa temporal en las fortificaciones de Bocachica en caso de que las posiciones de la playa cayesen, ya que era partidario de una defensa a toda costa[260] del mencionado canal.

La situación durante el Consejo de guerra se hace difícil por la disparidad de los cometidos que cada uno se asigna, o pretende asignarse, en la batalla que se avecina.

La defensa de Cartagena estaba encomendada al gobernador militar Pedro Navarrete y no debería haber permitido que el virrey se inmiscuyese en sus responsabilidades, aunque ello conllevase enfrentamientos con él, la pérdida de su confianza y, probablemente, cercenar sus expectativas de alcanzar nombramientos superiores y ascensos dada la doble atribución militar y política del virrey, ni, por otro lado, delegarlas en las iniciativas de Lezo inhibiéndose de ellas, pues en eso consiste la esencia del mando; en tomar decisiones y asumir responsabilidades.

Eslava, por otra parte, no debía entremeterse en los detalles ni en la conducción de las operaciones, pues ello implicaba falta de confianza en el gobernador. Si no confiaba en Navarrete debería haberle encomendado otra función no directamente relacionada con el mando de unidades y nombrar para el cargo a otro militar de características distintas, también de modo interino. La labor del virrey se tendría que encauzar a la coordinación entre las fuerzas terrestres y navales, incluyendo la escuadra de Torres, al apoyo logístico de las fuerzas, a la relación, el enlace, intercambio de información y apoyos mutuos con las otras plazas y virreinatos de la zona, a informar a la metrópolis, a la situación y protección de la población civil, etc., y no suplantar los cometidos del gobernador.

Lezo, tal como le indicó Eslava, debería colaborar con las

autoridades militares de Cartagena con acciones específicas y exclusivamente navales, empleando para ello los medios que su mando directo, el almirante Torres, le había asignado, y no inmiscuirse en el empleo de la infantería.

Y Desnaux, que había llegado a Cartagena con el nombramiento de Ingeniero Director de Obras, a ellas tendría que haberse dedicado en un momento en que se desarrollaba un Plan de Obstrucciones y Destrucciones y una puesta a punto de las fortificaciones y obras que demandaba una dirección técnica y facultativa, y no asumir el mando de una de las posiciones más importantes para la defensa de Cartagena de Indias, San Luis de Bocachica, a pesar de que también tenía el grado de coronel de Infantería.

Pero en una situación crítica, como era a la que se enfrentaba Cartagena de Indias en 1741, y sin instrucciones de la metrópolis, no era de extrañar que la personalidad de los máximos responsables de la defensa se mostrara en toda plenitud y se produjeran entre ellos duros enfrentamientos verbales, que se propagaban a sus subordinados respectivos y a la población civil con gran peligro para la moral, aunque la finalidad última que los animaba era el deseo de aportar el mayor de sus esfuerzos a la defensa de la plaza.

Eslava, basándose en su cargo y empleo, impone su criterio que Lezo admite por lealtad aunque lo desaprueba, lo que llevará a ambos a arrastrar sus divergencias durante el resto del conflicto. Desnaux toma partido por Eslava y el gobernador Navarrete se inhibe en dar su apoyo a alguno de los dos.

El desarrollo de los combates mostraría quién tenía razón.

9 Los medios

Después de las numerosas incidencias sufridas por los británicos durante la proyección desde Europa y las incorporaciones llevadas a cabo en Jamaica, en donde habían dejado 600 muertos y parte de los 1.500 enfermos con que contaban entre sus filas, las fuerzas terrestres que pensaban desembarcar en el entorno de la bahía de Cartagena de Indias para llevar a cabo las operaciones terrestres se elevaban a una cantidad de entre 11.000 y 13.000 efectivos encuadrados en ocho Regimientos británicos[261], uno formado por colonos americanos, una unidad de artillería, y un destacamento de esclavos africanos y aborígenes jamaicanos (Tabla 3).

Los Regimientos, normalmente compuestos por un solo Batallón con unos 850 hombres de media que se repartían entre 7 y 9 compañías de infantería y una de granaderos[262], se denominaban, en aquella época, con el nombre del coronel que los mandaba (hasta que en 1751 comienza a asignárseles un número para su identificación) y eran dos de infantería de línea y seis de infantería de Marina. El regimiento de infantería americano (está considerado como el originario del actual cuerpo de Marines de EE.UU.) contaba, al contrario que los otros, con cuatro Batallones con unos 3.000 hombres y estaba compuesto por colonos de esos territorios, súbditos entonces del imperio británico, al mando del coronel William Gooch, que había sustituido al de igual empleo Alexander Spotswood tras la muerte de éste en abril de 1740.

Los aproximadamente 1.500 efectivos de esclavos

africanos y aborígenes, que se incorporaron en Jamaica para realizar labores de mano de obra auxiliar, porteadores y para abrir caminos en la espesa vegetación, en los manglares, y en las zonas inundadas, también tenían la consideración de combatientes, ya que la mayoría de ellos iban armados con machetes, arcos y flechas y podían ser empleados como unidades de infantería en caso de necesidad o de ser requeridos para ello.

Como apoyo de fuegos, las fuerzas de infantería contaban, además, con unos 600 efectivos pertenecientes a un Destacamento del Real Cuerpo de Artillería al mando del teniente coronel Jonas Watson.

Estas fuerzas inglesas y coloniales tendrían que enfrentarse directamente a la guarnición terrestre de Cartagena de Indias que estaba formada (Tabla 4), en esos momentos, por aproximadamente unos 2.700 defensores, encuadrados en tres Batallones del Ejército de Refuerzo pertenecientes a los Regimientos[263] de Infantería España[264], Aragón[265] y Granada[266], el Batallón del Ejército Permanente que era el Fijo de la plaza de Cartagena de Indias, y en once Compañías de milicias locales pertenecientes al ejército movilizable. Había además otros 500 efectivos terrestres efectuando servicio a bordo de los navíos de la escuadra de Torres como fuerzas de infantería de Marina y, por lo tanto, alejados de la zona de acción próxima a Cartagena. Aunque los Regimientos del Ejercito de Refuerzo disponían de dos Batallones solo se había proyectado a las Indias Occidentales uno de ellos. Existían más efectivos de la milicias en el interior de la provincia pero, salvo algunas incorporaciones esporádicas, no intervinieron en los combates, aunque sí algunos criollos que vivían en los ranchos próximos a la ciudad y que, debido al conocimiento que tenían de los caminos y pantanos de los alrededores, se emplearon con gran éxito como guía de las partidas de guerrilleros.

La mitad de las fuerzas defensoras terrestres estaban constituidas por personal venido desde España y el resto nativos u aborígenes americanos, por lo que la defensa terrestre directa de Cartagena será llevada por una fuerza formada por la simbiosis entre el personal español peninsular y el cartagenero, aproximadamente, a partes iguales.

La proporción numérica era de aproximadamente de 4,4 soldados de infantería atacante por cada defensor, lo que suponía una ventaja británica más que sobrada para afrontar la empresa con garantías de éxito, ya que eran estas fuerzas terrestres las que decidirían el futuro de la batalla, que no era otro que la ocupación física o no del objetivo fundamental de la plaza fortificada de Cartagena de Indias. Pero también había que tener en cuenta no solo el volumen cuantitativo de las mismas, sino también el diferente rendimiento que se preveía que darían en el campo de batalla los combatientes de uno u otro bando y su equivalencia relativa en relación con otros factores tales como el equipamiento individual con que estaban dotados, su entrenamiento y experiencia en el combate, la voluntad de vencer que los animaba, el grado de protección que disponían, etc., y que eran factores multiplicadores o divisores al compararlas entre sí.

El equipamiento y entrenamiento era similar, en general, en ambos bandos. Los jamaicanos británicos y las milicias cartageneras estaban armados en su mayor parte solo con machetes, arcos y flechas, no disponían de uniformes y contaban con una mínima o nula instrucción. El Regimiento británico formado por colonos americanos y el Bon. Fijo de Cartagena eran unidades recientemente creadas, con un equipamiento llegado desde las metrópolis respectivas, lo que implicaba que las dificultades logísticas no les habían permitido su completa dotación y, su comportamiento en

combate era una incógnita pues carecían de ello. Por el contrario, sí había diferencias entre los Regimientos ingleses aglutinados por el general Cathcart en Inglaterra y los Regimientos españoles del Ejército de Refuerzo, ya que, aunque ambos contingentes estaban bien instruidos y equipados[267], los primeros eran de reciente creación hacía escasos tres años, no disponían de la cohesión necesaria que requieren las operaciones conjuntas y eran bisoños en combates, mientras que los segundos atesoraban una larga experiencia guerrera adquirida en sus ya centenarias unidades como en su tropa veterana baqueteada en las recientes guerras de Sucesión española, en la de Italia, en Orán, etc. Los 1.400 combatientes españoles del Ejército de Refuerzo eran una formidable fuerza cuyo rendimiento previsto superaría en gran medida al del resto de las fuerzas.

En relación de la voluntad de vencer o resistir, a las fuerzas regimentales británicas les animaba su afán de conquista, recompensas y victoria, pero por el contrario a las españolas encuadradas en similares unidades les alentaba la defensa de su propio territorio. A las aborígenes y fuerzas jamaicanas británicas solo les impulsaba a combatir la obligación que le exigían el sueldo o sus propietarios, actitud totalmente diferente a la que inducía a muchos de los componentes de las milicias cartageneras, ya que sus padres y abuelos les habían relatado los sufrimientos y vejaciones que habían sufrido sus antepasados hacía 44 años cuando el francés Jean Batista Ducasse y sus 1.000 filibusteros, que en coalición con el barón de Pointis habían atacado y asaltado la ciudad, aprovecharon la salida de las fuerzas francesas después de su conquista y la sometieron a saqueos y violencias. Los cartageneros no tenían la intención de pasar, ni ellos, ni sus familias y posesiones, por una situación similar y estaban dispuestos a defenderse hasta el final.

Si se comparaban y confrontaban esos parámetros[268]

aplicándoles unos factores multiplicadores y un peso específico estimativo, la superioridad numérica cualitativa inglesa terrestre bajaba hasta la proposición de 2,2 a 1 cuando pusiesen pie a tierra en la provincia cartagenera (Tabla 5), toda vez que los británicos mermaban en su valoración por cada combatiente, y en cambio los cartageneros se revalorizaban.

El grado de protección de uno u otro bando también variaba considerablemente, pues los británicos tendrían que asaltar las posiciones cartageneras a descubierto mientras que los defensores se encontraban resguardados por una amplia y bien constituida red de fortificaciones y castillos lo que les facilitaba enormemente su labor defensiva y el efecto de sus armas. Además, como las fortificaciones se hallaban escalonadas en varias líneas defensivas, cada vez que los atacantes tuviesen que arremeter contra una de ellas, tendrían que enfrentarse a una fuerza que, a efectos cuantitativos, multiplicaba su valoración y resultados en proporción al número de defensores que la guarnecían y a la bondad de las fortificaciones.

Varias eran las direcciones que podrían tomar los ingleses para acceder al recinto amurallado de la ciudad para asaltarla según los planes que habían decidido con anterioridad. Si elegían la dirección de La Boquilla (Dirección X), allí se encontrarían con unos 150 hombres amparados en construcciones defensivas semipermanentes, posteriormente los 450 efectivos de la importante fortificación de San Felipe de Barajas, hasta llegar al recinto poblado y enfrentarse con el resto de los defensores parapetados en sus murallas. Si atacaban por Bocachica, tendrían que enfrentarse con unos 400 efectivos refugiados en las posiciones de la costa, el castillo de San Luis y la fortificación de San José para, una vez sobrepasados, dirigirse hacia San Felipe de Barajas anulando previamente a

los 300 defensores que se encontraban amparados en el Manzanillo y La Cruz Grande (Dirección Y) o soslayar L-2 y, a través de la isla de Manzanillo, acceder a La Popa y a San Felipe por la Quinta (Dirección Z). Y también cabría la combinación simultánea de la Dirección X, con la Y o la Z, con lo que tendrían que enfrentares simultáneamente con los defensores que cerraban dichas direcciones.

El importante condicionante "grado de protección", con sus correspondientes factores multiplicadores, habría que añadirse a las previsiones que se podrían esperar del resultado de los enfrentamientos una vez que los británicos desembarcasen y que, en resumen, decidirían en gran parte el resultado de los combates.

Si se tienen en cuenta estos factores (Tabla 6), que estaban ligados a la cantidad, calidad y protección de los atacantes y defensores, el resultado de la batalla se preveía incierto ya que la superioridad numérica del personal británico quedaba mermada considerablemente (desde el 1,4/1,2 a 1 según la dirección terrestre que tomasen), y preveía que la solución del ataque directo a la plaza que había sugerido el general Wentworth era, a priori, la más adecuada. La resolución de la batalla, que en gran parte se decidió en Inglaterra al limitar el número de los efectivos terrestres que tomarían parte en los combates, dependería de la influencia de otros factores que modificasen la exigua diferencia ponderada existente entre los contendientes tales como la participación de las fuerzas navales, de los apoyos artilleros y logísticos, de la movilidad, del empleo de la maniobra, de la meteorología, del terreno, de aplicar los esfuerzos en el lugar y momentos oportunos, y de la competencia y valor de los mandos, etc., ya que la guerra también es un arte[269].

LAS FUERZAS NAVALES

La diferencia de los medios navales entre ingleses y españoles, al comienzo de la guerra, era tan abrumadoramente favorable al bando británico que, en condiciones normales, les aseguraba la superioridad naval y el control de tráfico marítimo en la ZO. Pero dicho predominio no se circunscribía solo al mero número de unidades, sino también al de su potencia armamentista y capacidad maniobrera ya que, una gran parte de los navíos de guerra españoles de la época eran meros buques de transporte y escolta[270] a los que se dotaba con cañones de pequeño calibre, pesados, lentos, y con un gran número de combatientes para actuar por el abordaje a otros navíos, que era su forma natural de empleo. Los ingleses, por el contrario, eran navíos expresamente diseñados para enfrentares a escuadras enemigas, con varios puentes en donde se ubicaba una poderosa artillería con la que agredían a los buques enemigos a distancia, ágiles y veloces, y complementados con otras unidades, tales como fragatas, brulotes, bombardas, y buques auxiliares, que cubrían todas las necesidades de su sistema naval.

La fuerza conjunta terrestre-naval británica que se dirige a Cartagena de Indias estaba compuesta por dos grandes núcleos.

Por una parte la fuerza anfibia, que estaba formada por el grueso de la infantería, artillería de acompañamiento e indígenas, con sus equipos y logística, al mando del general Wentworth. Eran los encargados de llevar a cabo las operaciones terrestres y tomar el objetivo final de Cartagena de Indias. Se transportaba, en su mayor parte, en unos 100-130 buques mercantes, amén de contar con un par de buques-hospital y algunas bombardas y brulotes.

El otro núcleo era la fuerza de protección, con misión de asegurar el transporte marítimo, el movimiento buque-

playa, la corriente de abastecimientos de la fuerza anfibia, de apoyar las operaciones terrestres con sus fuegos navales, así como la de asegurar la superioridad y el bloqueo naval de la ZO. Estaba compuesta por más de 60 buques de guerra (Tabla 7) que montaban más de 2.500 bocas de fuego.

Ambos núcleos, a su vez, se organizaron en tres grupos de combate naval al mando del vicealmirante Vernon con su puesto de mando en el Princess Caroline, y los comodoros Chaloner Ogle y Lestock a bordo del Russel y Boyne respectivamente, que aglutinaban, además de los 12.000 combatientes para el asalto terrestre, a unos 17/15.000 marineros de las tripulaciones de los buques.

Frente a esta impresionante fuerza, los efectivos navales con que contaba Cartagena de Indias, tras el desplazamiento de la escuadra de Torres a La Habana y el regreso de las francesas a su país y posesiones antillanas, se limitaban, en principio, a siete navíos (Tabla 8) que, posteriormente se incrementan con otros dos buques franceses, que disponían de unos 350 cañones y 2.000 tripulantes (marineros y artilleros).

La diferencia entre una y otra fuerza naval era de 7,4 a 1 en buques de guerra y de 7,1 a 1 en artillería naval favorable a los británicos e, incluso si se presentaba en el campo de batalla la escuadra de Torres para socorrer Cartagena, la superioridad inglesa seguiría siendo predominante en una proporción de 3 a 1 en buques de guerra y en 2,7 a 1 en artillería naval.

La flota británica era tan sobradamente superior a la española como para afrontar la batalla naval con garantía de éxito si ésta se desarrollaba en condiciones normales, fuesen cuales fuesen los buques de la ZO que dispusiesen los españoles para la defensa de Cartagena de Indias. Pero, además, la contribución que estos medios ingleses podían aportar a la batalla terrestre por medio del apoyo y la

potencia de fuego de sus cañones, si es que la acción tenía lugar en la cercanía del mar dentro del alcance de éstos, podría ser decisiva para el resultado de final de la confrontación. Si los británicos conseguían coordinar adecuadamente las acciones terrestres con el apoyo del fuego naval en los momentos decisivos, tenían muchas posibilidades de ganar la batalla, ya que contarían con un mayor volumen de fuego y podrían aplicarlo sobre las fortificaciones defensivas para abrir brechas en las mismas y anular el efecto protector que proporcionaban a los cartageneros. La situación de las fortificaciones en las proximidades del mar o de la bahía posibilitaba el acercamiento de la artillería naval inglesa, con la sola excepción de la dificultad de navegación por el caño de Gracia en las cercanías del castillo de San Felipe de Barajas.

La maniobra conjunta de la infantería y la armada británica, y la habilidad y arrojo de los marinos ingleses, iban a tener un peso considerable en el resultado los combates.

LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

Los medios artilleros, no navales, que los británicos tenían previsto para acompañar a sus fuerzas terrestres y apoyarlas por el fuego procedían del Real Regimiento de Artillería[271] .Sus baterías habían adoptado para esta ocasión la estructura de “tren de artillería de sitio” porque, cuando el esfuerzo estaba tan bien definido como el asalto a una fortaleza, era la más adecuada para optimizar los efectos en masa de sus fuegos y la centralización de la gestión y el transporte de las municiones.

Los trenes de artillería se componían, normalmente, de

entre 24 y 48 cañones amén de morteros, unos 200 toneladas de pólvora, 35.000 proyectiles y granadas, avantrenes, carromatos, utillaje, herramientas, etc., para lo que solían disponer de unos 1500 mulos, con sus correspondientes acemileros, para transportar tan pesado, voluminoso y delicado material.

En esta expedición, los artilleros reales contaban con cañones de 24 libras que se encargarían de abrir brechas en las murallas de las fortalezas pero carecían de la inestimable aportación de los mulos para el transporte de la carga, cuyo cometido tenía que recaer, casi en exclusividad, en la fuerza humana de los esclavos y jamaicanos. El único aporte animal que esperaban obtener para esta empresa era el de la escasa caballería embarcada en los buques, amén de la que pudiesen requisar en los ranchos y haciendas cartageneras, una vez que hubiesen desembarcado, junto con carretas tiradas por bueyes, aunque para ello se requerirían los atalajares apropiados para los mismos y que los caminos estuviesen aptos para la carretería.

Otras dificultades se unían a la maniobra inglesa con los materiales de la artillería.

Por una parte, para acortar el tiempo de entrada en acción de las fuerzas, que era una condición operacional, facilitar el movimiento buque-playa así como para la descarga del material, era recomendable que el material artillero desembarcase directamente o próximo a un puerto o playa adecuada. Asimismo, los 1.500 esclavos y jamaicanos reclutados que tendrían que llevar a cabo el peso de la tarea, eran demandados también por las fuerzas de infantería para transportar su impedimenta y dotación así como para el movimiento de los recursos logísticos, por lo que no estarían al servicio exclusivo del tren de artillería. Y, por último, el terreno por el que tendría que desplazarse la artillería era muy dificultoso, y en muchas partes prohibitivo, para la

movilidad de las piezas, que llegaban a superar las tres toneladas de peso.

En resumen, que las dificultades logísticas iban a condicionar el empleo de toda la artillería de sitio inglesa reduciendo su capacidad de acompañamiento permanente a las fuerzas a una decena de cañones de gran calibre y algunos morteros con su correspondiente dotación de municiones, ya que los británicos no disponían de la capacidad de transporte y acarreo adecuada para mover simultáneamente todo el tren[272]. En caso contrario, tendrían que efectuar varios viajes para su transporte lo que retrasaría considerablemente la duración de la operación.

La artillería terrestre española en Cartagenera de Indias estaba emplazada, casi en su totalidad, en los castillos y fortalezas, y procedía en general de la que dotaba a los barcos que cruzaban el océano, por lo que era relativamente fácil que pudiese ser manejada no solo por los artilleros de tierra sino también por los navales sin necesidad de adaptación y que las municiones de unos y otros fuesen intercambiables[273]. Con la entrada en vigor del Reglamento para la plaza de Cartagena, en 1736, se había creado una Batería de artillería en el Batallón Fijo de la plaza.

Aunque existía una gran variedad de calibres, el de 24 libras, por su precisión y la facilidad de carga que le permitía una adecuada cadencia de disparo, es el preferido como artillería de costa, el de 16 como un cañón de tipo medio y los de 12 y 10 cuando se requiere una gran movilidad. El cambio de responsabilidad en el mantenimiento estipulado en el Reglamento, que lo hace recaer entonces en el Bon. Fijo, da lugar a un abandono temporal del mismo y a la disminución de su operatividad, pero las eficaces medidas llevadas a cabo al respecto por el gobernador Pedro de Hidalgo restablecen la situación y, ya para 1739, la mayor parte de la artillería se encontraba montada en sus cureñas y

en estado operativo. Existían, no obstante, 50 cañones de hierro fuera de servicio debido la acción de la oxidación, situación que era muy frecuente en este tipo de material en el ambiente húmedo y caluroso local, por lo que se prefería los cañones de bronce.

En 1739, existían 219[274] cañones emplazados en las fortificaciones y en servicio. (Tablas 9 y 10).

La proporción global de la artillería terrestre era muy superior en el bando defensor pero, como la misma carecía de movilidad para poder ser trasladada a los lugares que se requiriese en cualquier momento ya que se encontraba fijamente enclavada en las fortalezas, si los ingleses eran capaces de emplazar la suya frente a las fortalezas cartageneras la superioridad quedaba reducida de 4,8 a 1 en Bocachica, de 2 a 1 en L-2 y de 1,4 a 1 en San Felipe de Barajas, que eran donde, sucesivamente, se desarrollarían los principales combates que decidirían, según el plan británico, el devenir de la batalla. La petición del general Wentworth de que la artillería naval le apoyase por el fuego durante la progresión estaba perfectamente fundada y podría modificar esencialmente la proporción existente.

RECURSOS LOGÍSTICOS

Para mantener la capacidad de combate de las fuerzas de cobertura de Cartagena de Indias había que mantener una corriente de abastecimientos logísticos hacia la plaza, que repusiese lo consumido y aportase las carencias en aquellos medios y recursos que no existían en ella y que se necesitarían para vivir y combatir. Entre los más importantes estaban la alimentación, el armamento y las municiones.

En relación a los víveres necesarios para que, tanto la guarnición como la población pudiesen resistir tres meses de sitio, se necesitaría disponer, entre otros, de unas 500 toneladas de harina de trigo y maíz para pan, pan-galleta y bollos, 62 de carne, 5 de tocino, y 150 de arroz y legumbres, etc. Estos productos podrían ser aportados, en parte, por la producción de los huertos y fincas de las inmediaciones, desde el interior, y de lo que enviasen desde Santa Fe, el virreinato del Perú así como de la gobernación de Guatemala, cuyas autoridades habían recibido órdenes desde la península para atender las necesidades de la plaza.

Problema diferente era el de la escuadra de Torres, que había salido desde la península (Tabla 11) con graves carencias logísticas y con la promesa de que le serían enviados con posterioridad.

Las necesidades de alimentación para las tripulaciones de los navíos de la misma durante un año se estimaban en 264 toneladas de harina, 53 de carne, 41 de tocino, 21 de menestra, 20 de vinagre, y 18 de aceite y otros productos, amén de que también se requerirían para los 500 efectivos que tenían que embarcar como fuerza de infantería de marina.

Torres esperaba haber recibido en la ZO., para mediados de enero de 1741, 11/12 barcos que trajesen los abastecimientos que faltaban y estar en condiciones, entonces, para poder desencadenar acciones ofensivas contra los ingleses.

Para satisfacer estas necesidades, se prevé enviar (Tabla 12) desde la península hacia Cartagena de Indias varias expediciones con abastecimientos de difícil obtención en la plaza, lo que suponía una adquisición y acumulación de productos alimenticios, que superaba las 2.000 toneladas y una contratación de más de 20 buques de transporte, para su envío a una zona de guerra y en condiciones adecuadas para

que pudieran ser utilizados, tarea no fácil de realizar. La operación era lo suficientemente compleja como para que no saliese perfecta, aunque el grado de incumplimiento de las salidas solo alcanzó al 11 por ciento de la carga y los retrasos se podrían haber subsanado en gran medida si los logistas hubiesen dispuesto de los caudales necesarios con suficiente antelación.

Pero así como la salida de la carga estaba controlada, no así el trayecto marítimo y su redistribución a su llegada a destino. Durante el viaje las expediciones estaban expuestas a los ataques de los ingleses y de los piratas, a las condiciones atmosféricas durante tan peligrosa navegación, y a la merma y el deterioro de una gran parte de ella. Asimismo, cuando llegaba a América, la carga se depositaba temporalmente en unos centros recolectores existentes en algunas plazas importantes desde donde se reexpedían a sus destinos finales. Nuevos problemas se producían en estos centros de distribución motivados porque, al no existir en la ZO. una autoridad con atribuciones logísticas sobre toda ella, era usual que, en tiempos de escasez o de amenazas de ataque, los virreyes o autoridades locales se apropiasen de parte de los envíos para la utilización en su respectiva demarcación, en lugar de reexpedirlos a los lugares ordenados o donde se encontrarse en ese momento la unidad para la que se habían enviado o que, debido a los cambios de situación, ésta pudiese no estar en el lugar previsto a donde se había enviado la carga. Y por último, también agravaba el problema la escasez y el mal estado de los almacenes.

La realidad es que, para cuando Torres abandona Cartagena de Indias en dirección a Santa Marta, solo se habían recibido en la plaza 818 toneladas de víveres específicos enviados (Tabla 13) para ella desde la península, y que tuvo que compartir con la población, la guarnición, y la escuadra de Lezo. Cuando recaló más tarde en La Habana,

sí que pudo disponer de 171 toneladas que habían llegado a aquel puerto, en lugar de a Cartagena, dirigidas a sus fuerzas, y que era el único envío que contenía la imprescindible carne en salazón, el tocino y el vinagre para la alimentación de la tripulaciones de los navíos (que necesitaban un aporte calórico de unas 5.000 calorías/hombre/día, superior al del resto del personal).

En resumen que, desde el verano de 1740 en que Torres había salido desde España, no es hasta abril de 1741 cuando recibe diez embarcaciones con la mitad de los recursos previstos y, por lo tanto, cuando dispone de una autonomía logística adecuada para poder llevar a cabo acciones ofensivas contra la escuadra inglesa. Si la logística había influido en gran medida en el desplazamiento de la escuadra de Torres desde Cartagena de Indias a Santa Marta y, posteriormente desde Santa Marta a La Habana, ahora la mantiene alejada de la zona de combate y sin poder entrar en acción hasta finales de abril, mes y medio después de que los británicos ya se encontrasen actuando ofensivamente contra ella.

Del resto de los recursos necesarios para la defensa y, según la estimación de la autoridad que la realiza, hay una cascada de peticiones a la metrópolis para completarlos, que no podían tabularse adecuadamente hasta que no se completasen los efectivos estipulados en el Reglamento de Defensa de la Plaza, y que variaban en función de la llegada de unidades y navíos.

El fallecido gobernador Juan de Herrera, sobre la base de una guarnición de unos 1.800 infantes y artilleros solicitó, en 1732, entre otros, 24 cañones, 1.913 fusiles, 1.000 pistolas, 102 toneladas de pólvora, 10.500 proyectiles para cañón y unas 11.000 granadas. En 1739 se había solicitado, tanto para Cartagena como para Portobelo, el envío de 1.000 fusiles con sus correspondientes bayonetas, 19 toneladas de pólvora y

balas de fusil[275]. En 1740, recién llegado la plaza, Eslava pide 100 cañones ya que hay 88 de ellos inútiles, y en 1741 se piden 6 morteros y 20 cañones.

Desde la península hay un cierto cansancio de que se les soliciten recursos desde todos los TO,s ya sea desde América, África, Italia, e incluso de las plazas peninsulares, sin agotar previamente los recursos locales existentes, se redistribuyera el material artillero entre las posiciones, o se almacenase y mantuviese el material con más atención.

Efectivamente, en los almacenes de Cartagena se depositaba de todo, desde armamento, repuestos para el mantenimiento, materias primas para la fabricación, hasta el vestuario, municiones, alimentación, etc. Su custodia era escasa por lo que los robos eran frecuentes y la mercancía se estropeaba rápidamente debido a la humedad existente, mal apilamiento, derrumbe de las pilas, caída de rayos, polillas, etc. Los depósitos de material estaban diseminados entre los castillos, fortalezas e incluso en casas particulares alquiladas y adonde también se trasladaba la pólvora cuando llovía demasiado, lo que daba origen, en ocasiones, a peligrosos fuegos.

En 1736 existían solo 5 almacenes y, en 1736, con la entrada en vigor del Reglamento para la plaza de Cartagena, se insta al ingeniero de obras a la construcción de nuevos almacenes, con separación entre las municiones y los víveres, y con un mejor control y mantenimiento. No se terminarían hasta varias décadas más tarde[276].

No obstante, nuevamente los logistas peninsulares, a pesar de las numerosas peticiones recibidas, son consciente de la situación crítica de Cartagena de Indias y, tanto con la expedición de Eslava como con la escuadra de Torres, les envían, entre otros recursos, los fusiles, la munición, la pólvora y la harina requerida por lo que, con las existencias locales, lo enviado, y las dotaciones de los nuevos refuerzos

recién llegados a la plaza, no existían grandes carencias de fusiles, balas y municiones, aunque no dotasen con ellos a las milicias[277] y a que, tradicionalmente, no cuadraban las existencia de balería con la de la pólvora requerida para ella.

No se les mandan, por el contrario, los cañones que había demandado Eslava, porque las autoridades peninsulares pensaban que no existía escasez numérica y su envío no era tan urgente. Estimaban que la petición del virrey era para sustituir los cañones de hierro por los de cobre, de más fácil mantenimiento y mayor duración, pero no para cubrir grandes carencias existentes en la plaza, amén de que se podría redistribuir las piezas entre las propias fortificaciones según las direcciones de ataque enemigo, y que también estaba disponible la artillería embarcada que no se emplease. Lo que sí era insuficiente era la dotación de proyectiles y munición para las piezas de la artillería de las fortificaciones, no así de la naval que tradicionalmente llevaban a bordo un nivel adecuado para soportar combates duraderos. Para los cañones de los castillos, fuertes y posiciones, solo disponían de unos 18 disparos[278]/ pieza de media, lo que era una dotación bastante escasa[279], y ello obligaría a trasvasar proyectiles y municiones entre fortificaciones o procedente de los niveles de los navíos, según fuesen las previsiones efectuadas o el desarrollo de los combates.

10 Contra Bocahica

(Gráfico 10)

13-20 DE MARZO: LA TOMA DE CONTACTO

A partir del 13 de marzo de 1741 aparecen por el horizonte de Cartagena los primeros tres navíos ingleses, que forman la avanzada del grueso de la escuadra, y rápidamente se afanan en efectuar reconocimientos técnicos de las costas y corrientes así como en vigilar la posible presencia de navíos españoles fuera de la bahía que pudieran oponerse a sus movimientos. Al día siguiente la fragata francesa El León se dirige a toda vela desde alta mar hacia el canal de Bocachica y consigue penetrar en aguas de la bahía, a pesar del intento de interceptación por parte de la inglesa Spence, que resulta fallido, ya que tiene que abandonar la persecución cuando se encuentra próxima al radio de acción de los cañones españoles emplazados en Bocachica.

El buque francés, que era un navío de aviso, procedía de la colonia gala en la actual Haití y traía, además de algunos víveres para la guarnición, noticias de su gobernador sobre la composición y situación actualizada de las fuerzas navales británicas y francesas, que no hacen más que ratificar las adelantadas por el navío de Torres, El Fuerte, el mes anterior.

Un día después uno de los navíos ingleses, el Weymouth, dispara 5 cañonazos y despliega una bandera blanca como

señal de aviso al resto de los navíos británicos sobre la ausencia en aquellas aguas de buques enemigos, e inmediatamente, la escuadra británica comienza a hacer su aparición por el cabo de Punta Canoa, lo que produjo gran temor a muchas familias cartageneras que comenzaron a abandonar la ciudad dirigiéndose hacia el interior de la provincia para resguardarse de las consecuencias que les pudieran acaecer.

El movimiento de los buques británicos para colocarse frente a su objetivo les llevó varias jornadas ya que no era fácil manejar en tan corto espacio a más de 180 buques, pero no por ello la actividad de la escuadra se redujo a las tareas marineras, toda vez que el ritmo de la operación les demandaba rapidez: se bloquea todo el perímetro de la costa para evitar la salida de algún correo español en demanda de auxilio, se envían seis botes cargados de soldados hacia La Boquilla con intención de efectuar reconocimientos y, si es posible, establecer una cabeza de playa que posibilite un desembarco mayor, se bombardea el núcleo urbano con 3 bombardas para comprobar la capacidad de respuesta artillera, sus defensas, y minar la moral de la población e, igualmente, comienza el reconocimiento y cañoneo de las posiciones y fuertes en Bocachica.

El intento de desembarco en La Boquilla tiene que abortarse ya que la resaca, el oleaje, y el fuego procedente de las posiciones allí ubicadas, les hace desistir, amén de que la escasa profundidad y los bajos rocosos impiden la aproximación de los grandes navíos para apoyarles.

Con estas acciones y los informes recibidos del capitán del Weymouth, Charles Knowles, que había comandado la flotilla avanzada de reconocimiento, Vernon, decide realizar un desembarco en fuerza en una pequeña bahía situada entre las posiciones costeras españolas de San Felipe y Santiago, al sur de la de la Chambra, todas en Tierra Bomba,

para tomarlas. Con posterioridad, también desembarcarían en la isla de Barú para inutilizar las posiciones y los cañones de Varadero y Punta de Abanicos.

Con ambas acciones pretendía tomar el control de la bocana de Bocachica y desencadenar un ataque terrestre y naval con garantías de éxito contra San Luis y San José, lo que le daría la posibilidad de introducir sus navíos en la bahía y, con ello, según creía el inglés, la llave de Cartagena de Indias.

Asimismo, las fuerzas que actuasen contra Barú harían una incursión terrestre previa, más al sur, con objeto de progresar con sigilo hacia el Este para tomar, junto con el refuerzo naval que les llegaría una vez que los navíos controlasen el canal de Bocachica, la terminal logística cartagenera de Pasacaballos, por donde llegaban a la ciudad los abastecimientos procedentes del interior que seguían la ruta de los ríos Magdalena y Sinú

La zona escogida para el desembarco en Tierra Bomba era la única existente, con suficiente profundidad y fondos apropiados, que permitía la aproximación de los navíos de gran calado. Con esta elección se conseguiría, por una parte, situarlos a distancia eficaz de empleo de sus cañones como para neutralizar a las tres posiciones escasamente armadas que allí se encontraban y poder apoyar a las fuerzas de infantería británicas que desembarcasen y, por otra, fondear los buques de transporte cerca de la costa consiguiendo simplificar el movimiento buque-playa de la infantería de marina y su equipo pesado, disminuyendo los riesgos del desembarque. Adicionalmente, la zona contaba con la ventaja de que la importante dotación de artillería cartagenera del castillo de San Luis de Bocachica se encontraba tan alejada de los objetivos previstos por los ingleses que no podría interferir en esa acción.

En resumen, Vernon se mantenía seguro de los planes

previstos con anterioridad ya que su propia experiencia y los reconocimientos efectuados no hacían más que confirmar sus previsiones y la bondad de su decisión de que el esfuerzo principal del ataque contra Cartagena debería hacerse por Bocachica y no por La Boquilla, aunque no abandonaba la idea de emplear esa dirección si la situación lo permitiera, por lo que realiza un segundo intento de desembarco por sorpresa en La Boquilla con una fuerza a bordo de once botes, con los mismos resultados negativos que la primera vez que lo intentaron.

Firme en su decisión, Vernon elabora y distribuye un documento mediante el cual da las instrucciones finales al comodoro Ogle para que se responsabilice de la dirección de la operación en la zona de Tierra Bomba, al comodoro Lestock para que opere en la zona de la Isla de Barú, reservándose él la posibilidad de impulsar y socorrer a alguno de los otros dos según evolucionara la situación, y asigna al brigadier Wentworth la realización de las operaciones terrestres contra las fortalezas y posiciones de Bocachica. Después de que las fuerzas de Wentworth tomasen las fortalezas, dos de los grupos de combate constituidos forzarían el paso del canal naval de Bocachica y los navíos se internarían en la bahía de Cartagena mientras que el tercero permanecería en las inmediaciones del canal cubriendo la llegada de refuerzos españoles.

Para coordinar las acciones en tierra y mar, establece que el general Wentworth se haría cargo de la dirección de las operación en tierra en cuanto las tropas se encontrasen en las playas; hasta entonces, serían los jefes de los grupos navales los responsables de las operaciones en sus áreas, incluyendo la decisión del momento y lugar del desembarque de la infantería y de los movimientos buque-playa, y establece que la realización de los asaltos de la infantería a la costa se ejecuten, si las condiciones del mar lo

permitiesen, a partir de la madrugada del 19 al 20.

Complementariamente, envía a los mejores pilotos a que se hicieran cargo de la guía de los navíos que se aproximarían a la costa para evitar incidencias con los bajos y corrientes, recomienda precaución para que los disparos de los buques no dañen a las fuerzas que efectúen el desembarco[280] y concede, en nombre de Su Graciosa Majestad británica, el botín que se consiga entre el personal de tierra y marino participante, que sería del doble para el que resultase herido, además de una recompensa adicional para el que se distinguiese por su valor y prudencia.

Para el cumplimiento de la misión encomendada contra Tierra Bomba, Ogle organiza una flotilla en la que se incluyen el Norfolk, al que asigna el objetivo de la posición de San Felipe y sus 4 cañones, el Shrewsbury, el Russel y el Amelia, a los que asigna el objetivo de la posición de Santiago y su batería de once cañones, y el Litchfield, cuyo objetivo sería la posición de La Chamba y sus tres cañones. A retaguardia de estos navíos de línea se situarían dos paquebotes y varios buques de transporte con una brigada de infantería, que iba mandada por el brigadier De Guise, organizada sobre la base del Regimiento del coronel Wolfe, artillería de sitio, y personal de logística. Detrás del grupo de combate de Ogle y más escorado al sur se situaría el grupo de Lestock y, a retaguardia de ambos, estaría el de Vernon.

A primeras horas del día 20 inician la aproximación hacia la costa, y sobre las 11.00 horas, ya se encuentran situados frente a los objetivos.

Mientras tanto, cuando comienzan a aparecer los primeros buques británicos por la línea de horizonte, el virrey Eslava se hace cargo de la situación y comienza a dar sucesivas instrucciones para controlarla: ordena el envío de un correo terrestre al comandante militar de Santa Marta para que ordenase la partida hacia La Habana de un navío de

aviso que informarse a Torres del ataque a Cartagena reclamándole el socorro de sus fuerzas con carácter urgente, emite un bando dirigido a la población civil por el que prohíbe el abandono de la ciudad a todos los individuos con capacidad de empuñar un arma bajo pena de confiscación de sus posesiones conminándoles a incorporarse a la milicia local, y ordena completar con urgencia las posiciones y destacamentos exteriores con las bien instruidas y preparadas unidades peninsulares, según el plan previsto. Adicionalmente, ordena remitir ocho barriles de aguardiente a cada destacamento, la entrega a la tropa de un socorro en metálico de 50 pesos para completar su alimentación[281] y autoriza a los soldados, mediante una concesión, la posibilidad de vender en su propio beneficio a los prisioneros que capturasen pertenecientes al contingente británico que tuviesen la condición de esclavos negros.

De acuerdo con lo ordenado, se envían 150 soldados, algunas piezas de artillería y jinetes, al mando del capitán Pedro Casellas, a las posiciones de Paso Alto, Crespo y Más de La Boquilla, que estaba guarnecida en esos momentos por unos 40 infantes, y también para que ocupasen los vados del canal del Ahorcado/Angola, otro contingente de 130 soldados se manda al enclave San Felipe de Barajas y cerro de La Popa con la promesa de que serían reforzados con posterioridad, un tercero al fuerte de San José, en Bocachica, con lo que las fuerzas allí concentradas alcanzaban los 150 hombres y 13 cañones, y un último, también de 150, así como algunos carpinteros para reparación de las cureñas estropeadas y 15.000 raciones de víveres para soportar hasta 40 días de sitio, al castillo de San Luis de Bocachica y las posiciones de Tierra Bomba situadas en la playa.

Lezo, simultáneamente, además de efectuar los transportes navales para llevar los refuerzos y su equipamiento a los destacamentos exteriores que lo

requerían, inicia el movimiento para situar en la bocana de Bocachica al Galicia, el San Carlos, el San Felipe y el África, para, junto con el obstáculo de la cadena doble allí colocada, cerrar el paso marítimo a la bahía. Igualmente, despliega el Conquistador y el Dragón en Bocagrande, a retaguardia de la ligera franja de tierra que cerraba el paso de las aguas a la bahía, cubriendo un posible desembarco en aquella zona. Mantiene en reserva el Fuerte, al que se le estaban haciendo reparaciones con urgencia, para atender a cualquier incidencia, y la fragata francesa El León, a la que no deseaba implicar directamente en los combates salvo caso extremo.

Por su parte, Desnaux, ante la multiplicación de la presencia de los navíos ingleses y su desplazamiento hacia Bocachica, no tarda en reclamar al virrey que le complete los combatientes que se habían establecido en el Plan de Defensa para guarnecer el castillo de San Luis en el caso de que el ataque se iniciase por aquel lugar, tal como el movimiento de los navíos ingleses presagiaba. Además le pide incrementar su artillería para aumentar sus posibilidades de defensa.

Dada la amenaza de ataque por aquella dirección, Eslava no duda en atender la petición con prontitud aunque, como no desea desprenderse del personal que estaba implicado en el resto de las posiciones, ordena a Lezo que coopere con Desnaux en la defensa terrestre de Bocachica con una fuerza de 200 marinos, artillería, municiones, y los víveres correspondientes, así como que refuerce con otros 50 hombres, artillería y pertrechos al castillo de la Cruz Grande, que estaba desguarnecido.

Aunque Lezo está de acuerdo con el reforzamiento de Bocachica, que era la idea que él siempre había considerado como la dirección de ataque que Vernon emplearía, indica a Eslava que ello le obligaría a desmantelar uno de sus navíos, el cual podría contribuir mejor a la defensa general

empleando a sus hombres y armas desde su propia y móvil plataforma naval que desde San Luis y la Cruz Grande. Estas fortificaciones, según Lezo, podrían ser reforzadas por parte de las fuerzas de tierra que guarnecían L-3, e incluso con las de La Boquilla, lugar contra el que no se dirigiría Vernon, según su opinión, en su progresión hacia Cartagena. Dichas fuerzas podrían replegarse a sus primitivas posiciones cuando fuesen requeridas para ello. El virrey se niega a aceptar esta propuesta: él sigue pensando que el ataque inglés llegaría por La Boquilla, además de que no sería fácil confiar en un repliegue móvil con éxito desde la líneas L-1 a las L-2 y L.-3 bajo presión enemiga en caso de necesidad, modalidad cuya utilización era, por el contrario, bastante frecuente entre las fuerzas navales, que se servían de la maniobra y el movimiento de los navíos como forma normal de empleo en la batallas.

A Lezo no le queda otro remedio que, haciendo de tripas corazón y soportando las protestas de sus subordinados, ordenar a la tripulación de El Fuerte que desmantele y abandone el navío y se traslade con su artillería, municiones, y su buena provisión de pertrechos, a San Luis y a la Cruz Grande. Es otra prueba de lealtad bien entendida de Lezo, aunque hierra cuando, seguidamente, llama la atención a Desnaux por haber empleado un canal directo de relación con el virrey al haber hecho su petición saltándose el conducto reglamentario de su mando natural, que era el gobernador, y sin informarle previamente a él, ya que sus fuerzas se verían afectadas por su reclamación.

En situaciones límite, y una batalla lo es, adquiere una mayor importancia para cualquier jefe de unidad que la guía principal de su conducta sea el cumplimiento de la misión encomendada y el interés general, y si la de Desnaux era la defensa de San Luis, ello estaba por encima de respetar un conducto orgánico que no daba satisfacción a los

requerimientos que la situación exigía o a la de otros implicados afectados por las medidas que tomase el virrey, quien en ese momento había asumido la responsabilidad, aunque ello le conllevara con posterioridad, como suele ocurrir en casos similares, medidas disciplinarias o penales. Desnaux hizo lo que debía y para ello, demostrando ser un buen mando; empeñó su responsabilidad, cosa que también haría Lezo cuando se le presentase una situación similar.

Pero el inteligente e inquieto Lezo gestiona bien la crisis que le ha supuesto la pérdida de uno de sus navíos, ya que la asignación de parte de sus fuerzas a la defensa de San Luis y la Cruz Grande le da la ocasión para inmiscuirse en las acciones terrestres, que anteriormente le había sido recriminado por Eslava, al poder reclamar su intervención personal sobre la forma y manera en que se emplearan las mismas. En los anteriores ataques de Vernon contra Cartagena no le había sido difícil imponer sus criterios al gobernador, fuese interino o no, pero ahora, con un virrey con fuerte personalidad en la plaza, tendría que encontrar otros medios para que sus opiniones fuesen tomadas en cuenta tal como él pretendía, y la participación de sus marinos en la defensa terrestre le daba ocasión para ello.

No le lleva mucho tiempo el recordarle al virrey la idea que expuso en el Consejo de Guerra de finales del mes anterior en el sentido de que, para tomar el castillo de San Luis, los ingleses harían un desembarco previo en Tierra Bomba. Para evitar o retardar dicha acción, a la vez que para desgastar a las tropas atacantes, le propone que se refuercen las posiciones de La Chamba, San Francisco y Santiago, idea contraría a la defendida por Desnaux, que estimaba que todo el esfuerzo defensivo había de hacerse en el castillo. Eslava, quizás influido también por la negativa a la anterior solicitud del marino, acepta en esta ocasión su indicación y envía hacia las posiciones costeras a los marineros de Lezo

para hacerse cargo de las posiciones de La Chambra, San Felipe y Santiago.

Días después el virrey realiza un reconocimiento a caballo desde la ciudad hasta La Boquilla y, observando directamente la situación de la flota inglesa frente a aquella zona y el estado de sus defensas, vuelve a reafirmarse en su impresión personal del mes anterior de que los británicos no desaprovecharían la ocasión de realizar un desembarco en ese lugar para atacar Cartagena desde aquella dirección, por donde ejercerían, según su opinión, el esfuerzo principal. Ello implicaba, también, revalorizar la importancia del enclave San Felipe de Barajas/La Popa, donde confluyen ambas direcciones de La Boquilla y Bocachica. Vuelve a enviar otros 150 efectivos pertenecientes a las milicias a La Boquilla y, como no dispone de más reservas, ordena a Desnaux, que protesta tímidamente por la medida, el retorno de los 150 soldados que le había enviado dos días antes, para incrementar con ellos las fuerzas en San Felipe/La Popa, que llegarían entonces a superar los 600.

19 al 24 DE MARZO: PRIMEROS ATAQUES EN TIERRA. SAN FELIPE, SANTIAGO, LA CHAMBRA Y PASACABALLOS

Desde las 11 de la mañana hasta las 5 de la tarde del día 20, los 370 cañones del Norfolk, el Russel, el Shrewsbury, el Princess Amelia y el Litchfield se emplean a fondo contra las posiciones de Santiago, San Felipe, la Chambra, y sus baterías de costa, que estaban defendidas por el capitán de fragata Lorenzo Alderete[282], 80/100 infantes y artilleros de marina, dos médicos, y 15/18 cañones[283], con misión de efectuar una defensa temporal de ellas[284].

La amenaza y la violencia del bombardeo inglés no tarda demasiado tiempo en silenciar a los cañones de La Chamba cuando éstos comenzaron, tímidamente, a responder a los ingleses, a impedir la entrada en acción de la batería de Santiago que no había podido siquiera entrar en eficacia[285], y a incendiar las posiciones de San Felipe, por lo que, a media tarde, los defensores se repliegan[286] hacia San Luis, después de clavar[287] la artillería, con 42 sobrevivientes y 11/16 heridos que tienen que ser evacuados hacia los hospitales de la ciudad, hecho que incrementa el temor en la población civil. El resto de la guarnición de las posiciones costeras ha muerto. A la llegada a San Luis, Alderete informa que los ingleses han desembarcado a unos 400 hombres, artillería y morteros, y que otros navíos se disponían a descargar más efectivos y material.

Con las últimas luces del día, el teniente coronel James Cochane, al mando de unos 500 granaderos británicos, ultima el desembarco de sus fuerzas y, seguidamente, toma las posiciones costeras sin ninguna resistencia y sin efectuar ningún disparo ya que los defensores se habían retirado[288].

Los británicos habían tenido solo seis bajas, entre muertos y heridos, pertenecientes a las tripulaciones del Norfolk y el Russel, pero un disparo de cañón español había destrozado el timón del Shrewbury lo que dificultó su gobierno y, antes de que pudiese maniobrar, un fuerte viento desfavorable lo empujó hacia el interior del canal de Bocachica cayendo bajo el radio de acción de los cañones del castillo de San Luis, la batería del Varadero, el fuerte de San José y los navíos de Lezo, que no desaprovecharon la ocasión para dirigir los disparos contra él. El buque inglés, que contó con la ayuda de otros navíos británicos que se aprestaron a su auxilio exponiéndose también al fuego español, se defendió bravíamente como pudo ante la superioridad artillera española hasta que, ya entrada la noche, pudo ser remolcado

por siete botes a remo fuera del alcance de las armas cartageneras, pero llevando 20 muertos, cuarenta heridos, y un gran número de disparos en su casco y en sus destrozados mástiles y aparejos.

Al día siguiente se aproximan a la costa los buques de transporte de Ogle y comienza el desembarco, entre Santiago y San Felipe, del resto de la infantería del general De Guise junto a la pesada artillería de sitio, municiones y equipamiento, operación que se veía afectada por los mismos intensos vientos locales que impidieron la maniobra evasiva del Sherwbury y que dificultaba el movimiento buque-playa de los botes. También ralentizaba la operación la escasez de mano de obra y ganado para el acarreo de la carga y la congestión de personal y material en la playa, ya que las primeras oleadas de desembarco permanecían inmóviles en las mismas sin despejar el lugar para la llegada de las siguientes unidades. El motivo de esta pasividad era que la espesa e intrincada vegetación que les aguardaba a vanguardia les dificultaba sobremanera el avance hacia el interior cuando intentaban abandonar las playas, amén de que esperaban la llegada del resto de su equipamiento que venía en los transportes posteriores y tardaría algún tiempo en llegar.

Hasta pasados varios días no se consiguió desembarcar todo el personal y material de la brigada de De Guise, aunque persistían las dificultades para la progresión. Durante este plazo, las tropas terrestres británicas estuvieron expuestas, a descubierto, al intenso calor húmedo de la estación y a los insectos, en especial mosquitos, que proliferaban en el ambiente local. La situación no mejoró hasta que les llegó la impedimenta pero, para entonces, el ambiente tropical, que ya estaba haciendo mella en el organismo de los recién llegados, se recrudece contra los británicos, que comienzan a recibir el impacto agresivo de la

tercera fase de aclimatación y de las enfermedades que llevaba aparejadas, por lo que entre sus filas comienzan a producirse indisposiciones y enfermedades.

Más al sur, en la zona de Barú y alejado de las posiciones defensivas de la costa, Lestock ya había desembarcado con sigilo una patrulla que se introduce en la selva y se encaminó con rapidez hacia Pasacaballos, zona que alcanzan tres días después, con objeto de controlar aquella terminal logística cartagenera. El comodoro inglés tenía dispuesta también una fuerza de 300 granaderos ingleses, entre los que encontraban los capitanes Laws y Coates, y 200 colonos americanos al mando de los capitanes Washington y Murray, para iniciar las hostilidades contra Barú, pero la operación se retrasa pues era difícil de ejecutar y requería, además, que se efectuase por sorpresa para evitar los efectos del fuego de los defensores sobre los vulnerables botes de asalto. El motivo era que, a diferencia del desembarco efectuado en Tierra Bomba, la escasa profundidad de los fondos no permitía la aproximación de navíos de gran calado que apoyasen la operación ni la de los buques de transporte para acercar a la infantería a corta distancia de las playas.

En las playas de Tierra Bomba, mientras tanto, los británicos se afanan en despejar parcialmente la vegetación y acomodar la pólvora en lugar seco, dentro de un entorno tan húmedo, y consiguen emplazar un grupo de 12 morteros al NE. de las instalaciones Santiago que comienza a efectuar fuego contra San Luis. A los primeros disparos y, dada la poca consistencia del terreno, hay que volver a resituar las piezas ya que las placas-base de las mismas se hundían profundamente[289].

A las dificultades con los morteros se unía el problema que comportaba la necesidad del mayor trayecto a recorrer por la selva para poder desplegar a la distancia de empleo las

18/20 pesadas piezas de 18 y 24 libras de la artillería[290] de sitio y sus municiones correspondientes, además de requerirse despejar la vegetación que interfiriera en el campo de tiro, dado que su menor ángulo de elevación y trayectorias más tensas que la de los morteros lo requería.

Por otra parte, la infantería había elegido para su progresión hacia el castillo el camino de la playa para soslayar la zona boscosa, pero el mismo se encontraba dentro del radio de acción de los cañones de San Luis y Varadero en cuanto abandonaban la protección de las alturas de San Felipe, por lo que los británicos comienzan a sentir el efecto del fuego de las fortificaciones que, además, amedrentaban el acercamiento de los navíos que se aproximasen para apoyar el avance.

Estas demoras provocan una llamada de atención de Vernon a Wentworth, al que le insta a impulsar el movimiento de sus tropas, ya que le preocupaba las bajas que se estaban produciendo debido a las enfermedades (en esos momento tenían contabilizados 35 muertos y unos 200 enfermos) como que los españoles pudieran recibir refuerzos desde sus posiciones situadas a retaguardia. Para aliviar la situación, ordena a Ogle que dirija a algunos de sus navíos para batir los cañones españoles de Barú y facilitar con ello la progresión terrestre por Tierra Bomba y también apremia a Lestock para que ejecute los desembarcos previstos en Barú con el fin de tomar Varadero, Punta Abanicos y San José.

El brigadier Wentworth se excusó derivando la responsabilidad a sus mandos subordinados[291] y por la dificultad que el terreno y la vegetación oponían a su movimiento y despliegue, por lo que le solicita el envío de ingenieros y zapadores para que le asesorasen sobre el emplazamiento más adecuado para situar los grupos de artillería así como para dirigir las actividades de la

organización del terreno, el desbroce de la vegetación, y la construcción de las vías y caminos que facilitaran la movilidad de sus unidades y el transporte de la carga logística.

Para el día 24 la situación es crítica para Vernon ya que, después de una semana del inicio de los ataques terrestres, aún no ha tomado San Luis ni San José, y los casi 3.000 hombres desembarcados, que se encuentran detenidos, le demandan el suministro regular de víveres, que se había interrumpido debido a la dificultad del funcionamiento de la corriente de abastecimiento desde los buques y a que la obtención prevista de ellos desde Pasacaballos aún no ha entrado en funcionamiento. La situación se agravaba porque cada día existían más enfermos y los padecimientos ya habían aparecido también entre algunos tripulantes de sus navíos. Para paliar los efectos de las enfermedades y la posibilidad de propagación a bordo del tan temido vómito negro, se tiene que relevar a los marineros afectados y evacuar con rapidez a los sospechosos de padecer la fiebre amarilla a los tres barcos-hospital con que contaban los ingleses y que se mantenían a la altura de La Boquilla.

24-28 DE MARZO: UN NUEVO IMPULSO

La inactividad de sus tropas terrestres exaspera al vicealmirante Vernon lo que le obliga a dar otro impulso a la acción y, a diferencia de ocasiones anteriores, decide empeñar y arriesgar sus apreciados navíos en primera línea de combate.

Ordena a sus fuerzas navales el incremento de sus efectivos en la zona para aproximar el apoyo directo a la infantería, el forzamiento del canal de Bocachica, y la

anulación de las defensas de San Luis y San José.

Ogle, que había comenzado las operación con los cuatro navíos situados más próximos a Tierra Bomba (el Norfolk, el Russel, el Princess Amelia, y el Litchfield), incorpora, además, el Tilbury y el Rippon. Por parte de Lestock se envía el Princess Federico, el Boyne, el Ludlow Castle, y el Suffolk y, el propio Vernon, el Shoreham además de tres bombardas que tenía bajo su mando directo.

El Rippon, el Lichfield y el Shoreham son remitidos para actuar contra Barú y atacan violentamente las posiciones de Varadero (que estaba al mando del teniente de navío José Loyzaga y contaba con cuatro cañones) y de Punta Abanicos (con unos 100 defensores entre soldados, milicias y artilleros de marina al mando del teniente de navío José Campuzano, y que disponía también de una batería de catorce cañones al mando del teniente de artillería Joaquín Andrade).

Progresivamente, en función de las nuevas incorporaciones de los navíos y artillería a la zona, toda una masa de armas británica, que llega a alcanzar casi 700 cañones y 18 morteros, dirigen sus fuegos contra el castillo de San Luis (42 cañones a lo largo de todo el perímetro[292]), los cuatro navíos de Lezo que se les oponían (unos 250 cañones), la fortaleza de San José (13 cañones[293]), y las posiciones de Barú.

En tierra, una vez que se incorpora el ingeniero británico Jonas Moore para asesorar al brigadier y que éste reconoce el terreno en Tierra Bomba, le solicita la asignación de dos regimientos (unos 1600 hombres) de tropas regulares para emplearlos en la realización de las tareas que se le encomiendan, ya que éstas tenían un mayor rendimiento que los esclavos negros y jamaicanos, y estima que se necesitaría una semana hasta que la artillería estuviese en posición y que la tropa pudiese iniciar la progresión con todo el equipo y por terreno despejado. El brigadier traslada

la petición de Moore al vicealmirante que decide que se emplee para los trabajos solo a los 500 hombres de Cochane además de 250 esclavos negros jamaicanos que se los asigna, toda vez que no quiere desprenderse de los dos regimientos que mantiene embarcados en reserva, a los cuales tenía previsto asignarles objetivos futuros de gran importancia.

El virrey Eslava hace acto de presencia en San Luis a la caída del 23 trayendo varias cuadrillas de obreros para acondicionar las obras de defensa de San Luis y Varadero, que habían sido solicitados por Desnaux con anterioridad, y se informa directamente por Alderete de la situación en la costa, pernoctando en el castillo. Al día siguiente, reconociendo las defensas, caen tres bombas inglesas a menos de 6 metros de donde se encontraba Eslava, cuya metralla le causó heridas en una mano. El virrey no se inmutó y siguió conversando con sus acompañantes como si nada hubiera pasado, aunque alguno de ellos buscó protección en las inmediaciones, lo que puso de manifiesto que Eslava era una persona de valor y sangre fría, además de dar ejemplo a sus subordinados que se sienten, normalmente, arrastrados a imitar el comportamiento de su jefe. El bombardeo inglés se incrementa progresivamente y uno de los proyectiles destruye un almacén repleto de víveres inutilizando para el consumo una gran parte de las existencias de este recurso.

En el castillo, Eslava se entrevista también con Lezo, que se había incorporado desde su navío insignia el Galicia, y que le informa de los pormenores de la situación naval. Le indica que, hasta el momento, la tenía controlada pues había dejado fuera de combate a cinco grandes navíos ingleses que habían intentado forzar el paso de Bocachica. Ante una petición al respecto de Desnaux, Eslava ordena a Lezo que, con las propias dotaciones de sus navíos, reponga los víveres destruidos en San Luis con lo que se conseguiría disponer de

existencias para 20 días, aunque ello variaría en función de los repliegues que se efectuaran desde otras posiciones. El marino no solo trasmite por su cadena de mando la orden del virrey, sino que ofrece al infante la posibilidad de agregarle al capitán Agustín de Iraola para que, como gran experto en el tema, le asesore en asuntos artilleros, propuesta que es aceptada y, adicionalmente, ordena el relevo del capitán de fragata Alderete por el igual empleo Juan Agresot así como la de las bajas de marinos acaecidas en las posiciones atacadas en la playa por otras de refresco. Como hasta el momento, el marino se muestra leal con el mando y coopera al interés general de la defensa incluso por encima de lo que se le reclama[294].

Seguidamente se trasladan al Galicia para seguir, por parte del virrey, la inspección de la situación. Lezo, ya en su terreno, vuelve a insistirle en su idea de atacar a los ingleses antes de que hubiesen desembarcado en su totalidad, periodo en que eran más vulnerables, abocando por un contraataque con unos 1.000 efectivos que, partiendo de la zona boscosa, actuara contra los ingleses en la playa, opción que, dado su carácter maniobrero, era bastante pertinente pero prematura, ya que se ignoraba el número del personal y material desembarcado, su exacta ubicación, y que era difícilmente realizable con éxito si no se hubiese previsto, e incluso ensayado, con anterioridad. Eslava, prudentemente, le contesta que no dispone de la cantidad de fuerzas disponibles que le pide pero, no obstante, manda llamar a Desnaux para recabar su parecer.

El ingeniero, dando muestras de lo acendrado de su faceta de infante, es partidario de hacerse fuerte en San Luis y es contrario a la idea de Lezo.

El virrey les comunica que, antes de tomar una decisión al respecto, habría que conocer la entidad del enemigo con mayor exactitud dado el peligro que para el conjunto de la

defensa conllevaría que un contraataque con tantos efectivos fracasara, sobre todo después de haber tenido noticias recientes de la presencia de tropas inglesas en el interior de la bahía. Estos indicios, que habían llegado a la ciudad a través de uno de los barqueros locales del Sinú que había observado a los británicos merodeando por un lugar próximo a Pasacaballos, le había obligado a enviar hacia aquella zona al capitán Pedro de Elizagárate con una Compañía para contrastar la noticia y reforzar el puesto que allí se disponía.

Ordena que se organicen algunas patrullas terrestres y que se destaquen hacia las posiciones británicas de la costa, que habían sido abandonadas por Alderete, para obtener información actualizada mediante el combate, la observación y la captura de prisioneros, sobre las intenciones y entidad del enemigo.

Aunque se mantiene en la idea de permanecer en el castillo, su Estado Mayor le aconseja regresar a la ciudad para curarse en el hospital la herida de la mano y a seguir las vicisitudes desde allí, toda vez que la permanencia en el castillo se ha vuelto muy peligrosa por el bombardeo tan pertinaz a que era sometido y a que, si se producía su baja, se ocasionaría un gran problema de mando en un momento tan delicado de la situación. El virrey acepta la sugerencia aunque conmina a Desnaux a que le transmita con urgencia los resultados de los reconocimientos.

Inmediatamente se destacan desde San Luis dos patrullas de reconocimiento, una al mando del capitán de fragata Agresot, con 20 hombres y un destacamento de las milicias locales, y la otra, de unos 30 efectivos, al mando del capitán Miguel Pedrol del Regimiento Aragón, a cuyos integrantes se les promete una recompensa de 50 pesos por cada inglés vivo capturado. Formando parte de las patrullas se encontraban los tenientes José de Mola y Carlos Gil, ambos

también del Regimiento Aragón, así como el teniente José de Marne, del Regimiento España, que se había sumado voluntariamente a la expedición.

No pasan muchas horas para que la patrulla de Agresot, conducida por los guías nativos de las milicias, encuentre a una unidad inglesa a la que atacan por la noche y ponen en fuga después de ocasionarles tres bajas, entre ellas un capitán, a costa de sufrir solo un herido.

Al día siguiente llegan las primeras informaciones de las patrullas destacadas fuera del recinto y se cotejan las informaciones obtenidas por variadas fuentes. Así, dos prisioneros ingleses capturados comunican que las fuerzas de desembarcos eran de 4.000 ingleses y 1.000 negros, que tenían tres barcos muy dañados y que existían algunos enfermos por vómitos de sangre. Otros prisioneros españoles, que se habían fugado de sus captores, informan que los ingleses pensaban desembarcar 14.000 hombres y que el navío de aviso enviado a La Habana para recabar la ayuda de la escuadra de Torres había sido capturado. Un desertor inglés notifica que se había desembarcado un Grupo de artillería de 20 cañones de a 24 y otro de morteros, y que un general se encontraba en tierra. Con estas informaciones, los resultados de los reconocimientos de la patrullas, y el volumen de fuego que estaban recibiendo en el castillo, por parte de Desnaux se estima que, hasta el día 26, existían en Tierra Bomba unos 2.100 ingleses, un Grupo con 20 cañones y otro con 12 morteros, así como que entre las filas de los atacantes había bastantes enfermos, algunos por vómito negro. Igualmente, prevé que otros 1.000-2.000 infantes, con más artillería y morteros, desembarcarán sin ninguna oposición en Tierra Bomba en breve plazo. Su objetivo es, en principio, el castillo de San Luis.

Desnaux, tras enviar aviso al virrey sobre los últimos acontecimientos acaecidos, se traslada al Galicia para

informar en persona a Lezo, pues no quiere que le amoneste como hacía escasas jornadas por no tenerle al corriente de sus intenciones. El marino, que cada vez tiene más dificultades para contener el aluvión de fuego procedente de la gran cantidad de navíos ingleses que intentaban forzar el canal de entrada a la bahía cartagenera, a que la artillería terrestre británica estaba haciendo mella en las murallas del castillo con el claro propósito de abrir una brecha para el asalto de su infantería, y al volumen de fuerzas que estaban desembarcando, cree que la defensa de San Luis, y por ende el de toda Bocachica, es inútil y se muestra partidario de no sacrificar a sus defensores. Estima que sería adecuado el abandono del castillo, replegar su guarnición, el material y pertrechos que se pudieran salvar, para seguir realizando la defensa desde las posiciones más retrasadas. Para cooperar en un repliegue ordenado y con seguridad de la guarnición, él sacrificaría a sus navíos Galicia, San Carlos, San Felipe, y África, hundiéndolos en el canal de Bocachica a retaguardia de la cadena para dificultar el movimiento naval inglés y que los buques británicos no pudieran batir a los españoles mientras efectuaban la salida del castillo, así como para facilitar el despegue de las unidades cartageneras que estaban en contactos con el enemigo. Esta decisión, sorprendentemente tomada por un marino y que es apoyada por los capitanes de los cuatro navíos implicados, es quizás la mejor alternativa a realizar por las fuerzas terrestres en esas circunstancias y sería la propuesta que haría un oficial del arma de Caballería[295] que estuviese presente. El polivalente Lezo, que hasta el momento no solo había demostrado ser un buen mando, experto marinero y un magnifico e innovador artillero, ahora también da muestras de tener la visión de un maniobrero y sacrificado jinete de Caballería.

Resuelto a ello, Lezo confecciona un documento mediante

el cual informaba al virrey que, debido al estado de indefensión en que se encontraba San Luis, iniciaban su abandono y el repliegue de las fuerzas y material hacia la ciudad, a la vez que se procedía al hundimiento de los navíos para obstruir el canal de Bocachica. Lo lee en presencia de sus capitanes, lo firma y se lo pasa a Desnaux para que hiciese lo propio, pero éste se niega a pesar del fuerte tono y presión a que lo somete el marino. El infante/ingeniero, también tenía su carácter y no permitía que Lezo se inmiscuyera en su terreno[296].

28 DE MARZO-5 DE ABRIL: LA TOMA DEL CASTILLO DE SAN LUIS Y LA FORTALEZA DE SAN JOSÉ

La polémica Lezo-Desnaux no se mantiene durante mucho tiempo ya que, ante las últimas noticias sobre el enemigo que le habían hecho llegar, el virrey hace acto de presencia en el Galicia el día 28 y, tras oír las controvertidas y acaloradas alegaciones de sus subordinados, ratifica la postura de Desnaux. San Luis resistirá "*hasta la última ora o extremidad*", decisión que es motivada, en gran medida, por haberse desvanecido la posibilidad de ser socorridos a corto plazo por la escuadra de Torres al ser capturado el correo de alerta, lo que implicaba la necesidad de retardar en lo posible el avance inglés esperando que las bajas por enfermedad que se están produciendo en sus filas les hagan mermar su capacidad de lucha, o a que a Torres le lleguen las noticias de lo que estaba pasando en Cartagena por otras vías y retornase a la plaza para ayudarla. También le preocupaba a Eslava lo que estaba ocurriendo en la otra orilla de Bocachica con las posiciones de Punta Abanicos y Varadero, que estaban sufriendo un gran bombardeo naval, así como el

desconocimiento de la entidad y objetivos de las unidades inglesas que merodeaban por Pasacaballos que podrían dirigirse contra la fortaleza de San José. Además, en caso de abandonar San Luis, habría que hacer lo propio con Barú para no dejar a sus defensores a merced de los británicos.

Desde hacía días los Grupos de morteros y cañones ingleses situados en Tierra Bomba, que habían sido inspeccionados en persona por Vernon acompañado por otro ingeniero militar de la expedición Justly Watson[297], ya están operativos y haciendo un intenso fuego a menos de 400 metros contra San Luis, llegando a alcanzar cadencias de 60/disparos/hora de forma continuada. La contestación de las fuerzas cartageneras ha conseguido, no obstante, destruir algunos cañones británicos y producirles más de 100 bajas. Los ingenieros y zapadores ingleses no han logrado abrir todos los caminos para la progresión del resto de la infantería y su carga logística, pues las restricciones impuestas en personal y tiempo les habían obligado a emplearse, prioritariamente, en facilitar el despliegue artillero, lo que obliga a utilizar para el ataque terrestre contra San Luis la ruta de la playa como eje principal de avance. Han tenido, hasta el momento, pocos enfrentamientos directos y únicamente contra las patrullas de escasa entidad que les hostigaban por la noche y desde la espesura de la zona boscosa.

En esos momentos los defensores de San Luis ya solo disponían de unos 170 hombres de infantería, 200 marinos y algunos operarios para el mantenimiento, las murallas estaban bastante deterioradas y se había producido la inutilización de 25 cañones emplazados debido, no solo al nutrido fuego inglés, sino al deterioro durante su intenso empleo, que ocasionó, inclusive, que uno de ellos reventara en el momento del disparo y matara a tres de sus servidores e hiriera a otros 18 soldados que se encontraban en sus

inmediaciones. El material dañado es reemplazado a costa de las dotaciones de los navíos de Lezo que se encontraban en Bocachica, lo que demuestra nuevamente, al igual que hizo en marzo de 1740 cuando Vernon atacó a Cartagena la primera vez, que dominaba perfectamente la maniobra de los materiales[298] .Con las piezas, Lezo manda también sus correspondientes equipos de artilleros navales para sustituir a las bajas.

Las patrullas de los capitanes Pedrol y Agresot, convenientemente reforzadas, han seguido efectuando infiltraciones nocturnas en el manglar y en la zona selvática para atacar a las columnas británicas que se aproximaban en su avance hacia el castillo y a los campamentos que montaban, causándoles unas 40 bajas y sufriendo ellos 13 muertos y algunos heridos.

El 28 es la fecha elegida por Vernon para ordenar el reinicio general del ataque terrestre después de cuatro días de un bombardeo sistemático que habían ablandado las posiciones y fortalezas terrestres y dañado los navíos de Lezo.

VARADERO Y PUNTA ABANICOS

Lestock sigue pretendiendo desembarcar en Barú y actuar contra sus debilitadas posiciones de la costa, pero las desfavorables condiciones marítimas no permiten la aproximación de todas las embarcaciones previstas para el transporte de la infantería y, además, una balandra atacante es hundida por el fuego de los cañones españoles ocasionándoles más de 60 muertos, por lo que, en la noche del 29 al 30, solo consiguen poner pie en tierra dos patrullas británicas en las inmediaciones de Varadero. Ante la

aproximación enemiga y la posibilidad de que les corten la retirada, el teniente de navío Loyzaga y los 14 hombres de la posición, tras un intercambio de fuego de media hora, clavan los cañones y la abandonan replegándose hacia San José. Seguidamente, los británicos se organizan en dos columnas que, avanzando simultáneamente por la playa y a través del bosque, se dirigen hacia Abanicos donde ya solo se encontraba el teniente de navío Campuzano, un sargento y dos artilleros del fijo, 11 hombres del Regimiento Aragón, y dos cañones operativos. Después de un breve tiroteo, los últimos defensores se retiran también a la fortaleza de San José.

Los británicos ocupan las posiciones y renuncian a un ataque contra San José dado sus escasos efectivos y que, si se aproximaban a la fortaleza, caerían bajo el radio de acción de los cañones de San Luis y de los navíos de Lezo. Pierden una gran oportunidad para ocupar San José en ese momento y capturar a los últimos defensores ya que, la mayoría de los 60 hombres del fijo, los 40 artilleros y el personal de logística de su guarnición, habían abandonado la fortaleza y solo se encontraba en ella los escasos marinos enviados por Lezo y los veteranos del Ejército de Refuerzo.

Después de inutilizar los cañones españoles de las posiciones atacadas, de incendiar las instalaciones, y de saquear los almacenes allí ubicados, los ingleses, que eran conscientes de que no pondrían mantener el terreno conquistado por mucho tiempo ante un contraataque de las, que creían, superiores fuerzas locales cartageneras, se repliegan en sus botes a los navíos-nodriza llevando seis heridos españoles en calidad de prisioneros. A su llegada y, ya que habían logrado silenciar los cañones de Varadero y Abanicos, son felicitados y se les recompensa con un dólar por cabeza, pero el cometido general encomendado a Lestock de asegurar la posesión de la orilla sur de Bocachica

para que la flota pudiese acceder a la bahía no se había completado.

Nada más observar el reembarque de las fuerzas inglesas, los supervivientes de las posiciones que se habían refugiado en San José vuelven a sus antiguas instalaciones y se afanan en reconstruirlas así como en poner en estado operativo algunos de sus cañones. Esta última operación, eficazmente dirigida por el teniente Andrade, consigue culminar con éxito en diez de ellos debido a la deficiente y precipitada operación de inutilización llevada a cabo, tanto por los españoles cuando abandonaron la posición como, posteriormente por los británicos, toda vez que se habían empleado clavos de mala calidad para obstruir el orificio por donde discurría la cadena pirotécnica de inicio del fuego en los tubos, y a que fueron extraídos con relativa facilidad. Una vez municionados con nuevas existencias traídas desde San José, inmediatamente reinician sus fuegos contra los navíos que intentaban acceder al canal.

La situación en Barú sigue estacionaria durante varios días mientras Vernon observa preocupado cómo los fuegos procedentes de Varadero volvían a reanudarse dificultando la progresión terrestre hacia el objetivo principal de San Luis.

EN EL CANAL.

Mientras tanto, Lezo acerca sus barcos al castillo de San Luis y utiliza su depurada capacidad técnica con los cañones para aumentar las posibilidades de los recursos defensivos, que causan una gran sorpresa y efectos en el bando inglés. Así, vuelve a emplear las plataformas que alargaban el alcance de sus cañones y que tan buen resultado le habían

proporcionado en el año 1740 cuando las empleó en la defensa de la ciudad, carga sus cañones con una gran variedad de proyectiles que van desde los macizos, las granadas, los de metralla y los incendiarios, hasta otros formados por la unión mediante cadenas de dos proyectiles macizos que, disparados desde el mismo tubo, destruían las arboladuras, cuerdas, jarcias, palos, trinquetes, etc. del buque que alcanzaba, etc. Igualmente emplaza convenientemente a la infantería embarcada para que algunos de ellos pudiesen disparar con sus mosquetes a los artilleros enemigos mientras el resto, armados con armas blancas y pistolas, se prestaban a efectuar un abordaje si se presentaba la oportunidad. Cuando la acumulación de navíos ingleses se hace abrumadora y sus barcos se encuentran bastante dañados traslada su puesto de mando al San Carlos y ordena dar más tensión a la cadena, tras la cual sitúa sus navíos.

Los buques ingleses también han recibido un severo castigo por la combinación de la bien situada artillería de costa cartagenera y los navíos de Lezo. El Boyne, el Princess Federick, y el Ludlow Castle se encuentran muy dañados y con numerosas bajas, entre ellas la del capitán del Princess Federick lord Aubrey Beauclerck, cuyo navío tiene que ser remolcado para sacarlo de la zona, al igual que con anterioridad hubo que hacerse con Shrewsbury. El Norfolk, el Russel y el Amelia tienen numerosos heridos. El Sulfford y el Tilbury lograron atravesar el canal pero se les ordenó salir nuevamente de él ya que se encontraban muy aislados y expuestos.

EL ASALTO FINAL CONTRA SAN LUIS Y SAN JOSÉ.

La semana del 26 de marzo al 2 de abril coincide con la

celebración de la Semana Santa católica, acontecimiento de acendrada tradición entre los cartageneros[299] tanto civiles como militares, por lo que en los días centrales de la misma, Jueves Santo (el día 30), Viernes Santo (el 31) y Domingo de Resurrección (el 2 de abril), Lezo se traslada momentáneamente a la ciudad para asistir, junto con Eslava, a las solemnes ceremonias religiosas que se ofician en la catedral por el obispo don Diego Martínez Garrido, regresando a su puesto de mando en el Galicia en cuanto éstas terminaban. Por su parte, Eslava acudía todas las noches a Bocachica para seguir directamente la evolución de la situación.

A las 7 de la mañana del día 2, Pascua de Resurrección, 20 cañones de a 24 y a 36 y 18 morteros hacen fuego contra San Luis para apoyar la aproximación de la infantería británica. Cuando desde el castillo ya no se contesta al fuego por encontrarse la mayor parte de su artillería inutilizada, Vernon vuelve a ordenar a 13 de sus navíos, que se habían retirado a una distancia prudencial después de las graves pérdidas que habían tenido días anteriores, que se vuelvan a introducir en el canal y se empleen contra el castillo en apoyo a la infantería. El comodoro Lestock se suma a la acción y coordina el relevo de los navíos que se aproximaban a distancia de tiro de San Luis para que no disminuyese la cadencia de disparos contra la fortaleza puesto que, dado el estrecho frente disponible, no era posible el empleo simultáneo de todos ellos.

Lezo no tarda en entrar en acción y, maniobrando con sus ya lentos buques, emplea al San Felipe y al África para enfrentarse directamente con los navío ingleses intentando impedir que se aproximasen al castillo y actuasen contra él, mientras orilla a la costa al Galicia y al San Carlos para poder batir más fácilmente a la infantería británica que se acercaba para asaltarlo. Tras haber consumido la mayor

parte de la dotación de sus municiones (solo el Galicia había efectuado 700 disparos) y que casi no quedan proyectiles dobles engarzados contra-buques que tan buen resultado le habían dado días antes, el marino ordena el repliegue del Galicia y el San Carlos a retaguardia de San Luis para municionar, para lo cual le pide a Desnaux que le facilite munición, dejando al África y al San Felipe, cuyo capitán Manuel Huani es herido en dos ocasiones, cubriendo el canal. Desde el castillo se le suministran 1.000 proyectiles puesto que, con excepción de dos cañones, toda la artillería de la fortaleza se encuentra fuera de servicio y ya no la necesitaban. La mitad de los buques españoles se encuentran muy dañados.

Durante la noche del 3 al 4 vuelve Eslava a San Luis y observa que una parte de las murallas del castillo están destruidas o amenazan de derrumbe y que existía una gran brecha en las mismas que permitía el acceso hacia el interior con relativa facilidad. Se entrevista con Lezo a bordo del Galicia y, durante la conversación, ambos son heridos por las astillas producidas por la explosión de una bomba, el virrey en una pierna y el marino en su único brazo sano. Otra bomba cae en el polvorín del castillo haciendo estallar la pólvora y municiones que allí quedaban, lo que produce numerosas bajas y la destrucción de las pocas edificaciones que quedaban en pie. Dado que la situación es insostenible pues el castillo ya ha sufrido numerosos impactos de proyectiles, a que, según les informó un desertor inglés, los británicos tenían la orden de embolsar la fortaleza de San Luis, y a que desde hacía dos días había recibido noticias de que los ingleses seguían intentando desembarcar unos aproximadamente 300 efectivos por La Boquilla, Eslava acepta la propuesta de Lezo de abandonar el castillo y replegarse hacia las posiciones de retaguardia.

Para facilitar la operación, se ordena al capitán Pedrol

que, con 60 hombres escogidos, efectúe un contraataque para ganar el tiempo necesario que permita el repliegue hacia Cartagena del personal sobreviviente y de los heridos, que lo harían empleando para ello los botes, lanchas y una balandra disponible. Da instrucciones al capitán de un bergantín, Juan de Almanza, y al de otra balandra allí ubicada, de que carguen la pólvora, armamento y material recuperable y que lo transporten a la ciudad, a que no se perdiera el tiempo en llevarse las 1.000 raciones de víveres que había traído el virrey dos día antes al castillo, que eran las únicas viandas que quedaban e, igualmente, que se destruya el material pesado aun en uso que no pueda transvasarse a los buques en el tiempo disponible.

Pedrol consigue con su contraataque que los ingleses se replieguen momentáneamente aunque es herido en un costado. El virrey retorna a la ciudad para organizar los medios navales para la evacuación de San Luis.

Mientras tanto, unos 2.000 infantes británicos se aproximan por el camino de la playa hacia San Luis y, simultáneamente, más de 50 botes y lanchas cargadas con personal de infantería de marina son enviados desde los buques en dirección a la entrada principal del castillo y hacia Barú. Algunas de las que se aproximan a Varadero son hundidas por el fuego de la posición.

En las posiciones de Barú, que habían sido reforzadas por marinos e infantería enviados por Lezo en botes, 400 asaltantes británicos recién llegados asaltan sucesivamente y sin solución de continuidad Varadero y Abanicos, que se encontraban arrasadas por los efectos del primer ataque contra ellas y del bombardeo posterior, obligando a Campuzano y a los defensores a retirarse. Seguidamente atacan San José, cuyo jefe el capitán Francisco Garay se encontraba herido y, dado que la estructura constructiva de la fortaleza estaba orientada para utilizarse contra el cierre

del canal marítimo pero no para un ataque desde el interior ni por la retaguardia, sus defensores no tardan en abandonarlo ante la inminencia del ataque[300].

En estas acciones mueren el teniente de navío Loyzaga, el teniente de artillería Andrade y unos 70 defensores debido, en la mayoría de los casos, a la acción de la artillería pero no por enfrentamientos directo entre la infantería de ambos contendientes, ya que los asaltos británicos caen en el vacío por haber sido abandonadas previamente las posiciones cartageneras. Los defensores habían empleado para su evacuación los botes que les había enviado Lezo y se dirigen con ellos a los navíos, fundamentalmente al Galicia, cuya tripulación, viendo la actitud de los que se replegaban, se contagian de la situación y se preparan también para abandonar el barco. El día 5 Barú está en manos británicas y las cadenas que cerraban el paso a la bahía son destensadas ya que se las liberan definitivamente del anclaje que disponía en aquel lado del canal.

Desde las 5.30 de la mañana del mismo día 5 los navíos británicos se emplean con intensidad sobre San Luis y, una hora antes del amanecer, desembarcan los infantes de marina frente al castillo, donde convergen con las columnas de infantería que avanzaban por la playa, amenazando rodear el castillo. Cuando se dirigían hacia la fortaleza, los infantes de marina británicos habían observado el abandono que se estaba produciendo en el Galicia, por lo que desviaron a algunos de sus botes que, oportuna y audazmente, los dirigieron hacia el navío español para intentar su captura, acción que coronan con éxito consiguiendo apoderarse del buque y de parte de su tripulación que aún se encontraba en él.

Para las 16.30 horas se acaba de desplomar parte de la muralla del castillo contra la que los atacantes dirigían el mayor volumen de sus fuegos quedando la fortaleza

accesible desde el exterior y, media hora después, los ingleses, que ya disparaban a menos de 100 metros de la fortaleza, comienzan a tender puentes improvisados para salvar el obstáculo del foso, última dificultad que tienen que superar para alcanzar las murallas. A la caída de la noche Desnaux, que se encontraba herido levemente por un cañonazo, ordena calar bayonetas y envía a dos oficiales portando una bandera blanca a las líneas enemigas, entre ellos al Capitán Agresot que conocía el idioma inglés, con intención de negociar una capitulación o para retrasar el ataque empleando la negociación como añagaza. Bien sea intencionadamente, por desconocimiento de sus intenciones, o por la escasa visibilidad del momento, tras unas horas en que ambos bandos dudan sobre la actitud que tomará su oponente manteniéndose a una distancia prudencial, los parlamentarios son rechazados a tiros, por lo que se retiran con rapidez perseguidos por los atacantes[301].

Ante esta situación, la inminencia del asalto, y la debilidad que mostraban parte de sus fuerzas, Desnaux ordena el repliegue de la guarnición del castillo hacia el embarcadero situado en la parte trasera de la fortaleza, donde se encontraban amarrados los escasos botes y lanchas allí existentes. Esta medida contó con la oposición de algunos oficiales veteranos en mil batallas del Ejército de Refuerzo que preferían resistir, actitud que tampoco disgustaba al infante-ingeniero, pero las dudas que tomaría el resto de la tropa y la posibilidad de rescatar a parte de la guarnición para emplearla en empresas posteriores, le aconseja adoptarla y para ello elige, oportunamente, el momento adecuado.

Decidido el abandono de San Luis, Lezo ordena el hundimiento de sus cuatro y maltrechos navíos en la zona del canal de Bocachica para cooperar en el repliegue de las fuerzas de Desnaux, y retardar la entrada de los buques

ingleses en la bahía mientras se reordenaba la defensa en L-2 y L-3 con el personal sobreviviente y el material rescatado de San Luis. No fue nada fácil para el marino dar la orden de hundimiento, ni para su tripulaciones cumplirlas, aunque sus buques ya se encontrasen casi ingobernables, pero al igual que cuando desmanteló el navío el Fuerte y cuando cedió marinos, artilleros, cañones, municiones y víveres propios para ayudar a la posiciones terrestres de la infantería, aunque en ocasiones no estaba de acuerdo con que eran las mejores soluciones que se tomaban, tenía las ideas claras de que lo fundamental era la defensa general de la plaza y de los habitantes de Cartagena de Indias. Esa era la misión que le había sido encomendada y a ello se dedicaría a costa de los sacrificios que fuesen necesarios, tanto propios como de sus subordinados. Y, por otra parte, tampoco le fue sencillo convencer, u obligar en su caso, a parte del personal embarcado a abandonar los navíos, y que incluso tuvieron que dirigirse a nado hacia el embarcadero, a retaguardia de San Luis, ya que la mayoría de los escasos botes existentes en los navíos se habían reservado para la evacuación hacia la ciudad de los heridos que se encontraban a bordo. Pero Lezo era un líder cuyas órdenes, por muy difíciles que fuese su cumplimento, eran aceptadas con confianza por sus subordinados.

La acción de destruir los navíos y de hundirlos en un lugar adecuado a fin de que constituyesen un obstáculo a la navegación era una operación complicada, sobre todo si se llevaba a cabo con escaso tiempo para su estudio, preparación y ejecución, y que, como toda obstrucción de interés general, debía ser dirigida por personal técnico, y por ende especializado, de ingenieros. El eludir este requisito trajo consecuencias.

Se ordena echarlos a pique en la parte angosta del canal por el procedimiento de prender fuego al San Felipe y al San

Carlos, que eran los situados próximos a la costa, cañonear al África por el Galicia, que era el que conservaba mejor movilidad y, a continuación, incendiar éste. La operación se realizó con relativo éxito ya que la maniobras con el África, el San Carlos y el San Felipe se llevaron a cabo adecuadamente, pero en el Galicia el fuego no prendió con rapidez dando tiempo a la llegada de los infantes de marina británicos que consiguieron abordarlo sobre las 2 de la madrugada del día 6 y capturar a su capitán Juan Hordán, 8 marinos y 46 infantes que aún permanecían a bordo. La operación de bloqueo del canal por medio del hundimiento, aunque fuese temporalmente, fracasó, ya que los ingleses no tardaron en retirar al Galicia del obstáculo dejando nuevamente abierta para la navegación la bocana de Bocachica.

La noche ha caído y la confusión en San Luis es total. Desnaux, está a punto de ser capturado por las vanguardias inglesas pero, en el último momento, a los asaltantes ingleses se les ordena detener su avance e incorporarse al grueso de sus fuerzas, que estaban reorganizándose más a retaguardia para el asalto final. Casi milagrosamente, llega en eso momentos desde Cartagena el virrey en persona trayendo un gran número de canoas y botes para la evacuación de los supervivientes lo que da muestras, una vez más, del valor de Eslava y de su resolución de estar presente en los lugares de mayor riesgo.

Es recibido con alborozo por los que allí esperaban e, inmediatamente, pone orden en la confusión reinante con la organización del embarque: ordena al capitán Félix Celdrán que prenda fuego a la barcaza Jardín de Paz empleada como polvorín flotante y consigue subir a bordo de los botes a unos 250 infantes, artilleros, marineros y trabajadores, organizándolos en tres oleadas, una con él mismo, otra con Lezo y la tercera con Desnaux quienes, apresuradamente,

reman con fuerza hacia la ciudad. Lezo pretendía, de regreso, pasar previamente por el Galicia para recoger a los últimos tripulantes que en él quedaban y que todavía no habían podido abandonarlo, pero al observar que el navío que ya se encontraban en manos británicas desiste en su intención.

Sobre las 2 de la madrugada los británicos rodean totalmente el castillo y se introducen en el mismo por la brecha abierta en la muralla sin encontrar ninguna oposición. Toman la fortaleza y enarbolan su bandera en el mismo.

EL RESULTADO

Los británicos han conseguido forzar la entrada a la bahía de Cartagena de Indias y apoderarse de Bocachica. Habían perdido 300 hombres, marinos, e infantes de los regimientos de Bland y de lord James Cavendish que habían llevado el esfuerzo, y 10 de sus navíos se encontraban muy dañados, algunos amenazando con hundirse. Otro gran número de británicos habían muerto o se encontraban aquejados por enfermedades tropicales y locales, por lo que algunos cadáveres de los buques comienzan a ser arrojados inmediatamente al mar por temor a que sus muertes hubiesen sido debidas al vómito negro. Con ello pretendían cortar la propagación de tan temida enfermedad, aunque la putrefacción rápida de los cadáveres y su hedor hacían proliferar los insectos y multiplicar su propagación.

Habían demostrado que disponían de una tropa disciplinada pero no aguerrida, unos marinos e ingenieros audaces y con arrestos, unos artilleros poco diestros pero, dado que habían disparado un gran número de proyectiles

(6.000 contra San Luis), su adiestramiento había ganado muchos enteros. El comportamiento de las tropas coloniales había sido superior al esperado.

Con Bocachica en su poder, el acceso sin oposición al 85 por ciento de las aguas de la bahía de Cartagena, y teniendo disponibles más del 90 por ciento de sus fuerzas terrestres y de sus buques, el futuro se les presentaba halagüeño. Ya no era tan importante que la escuadra de Torres llegase en socorro de la ciudad pues no podrían entrar fácilmente en la bahía teniendo los británicos el control de Bocachica, e incluso podrían dejarla pasar para que se encontrara constreñida en su interior y sometida a los fuegos de los navíos ingleses y de San Luis y San José, por lo que los navíos españoles serían destruidos. Vernon tenía motivos para ser optimista y exteriorizaba su estado de ánimo. Le dolía la perdida de los navíos por lo que estimaba que la Marina había sido la gran sacrificada en Bocachica, pero había conseguido evitar el enfrentamiento directo entre ambas infanterías por lo que conservaba sus efectivos terrestres casi intactos para poder ser emplearlos en el resto de las operaciones que exigiría, inevitablemente, su concurso. Las fuerzas terrestres serían las que debían asumir las perdidas en el asalto final.

Por el contrario jugaban en su contra el ritmo lento de la operación que le había hecho consumir un 35 por ciento del plazo disponible, las carencias logísticas en transporte y alimentación de las fuerzas terrestres, y las bajas debidas a las enfermedades locales.

Los defensores cartageneros habían perdido en Bocachica unos 250 hombres, entre muertos, heridos y capturados, y 4 navíos. Las milicias locales y el Fijo habían demostrado un valor superior a lo esperado en la lucha de guerrillas, donde su conocimiento del terreno había sido esencial para el desarrollo de los combates en ese entorno, y las veteranas

unidades del Ejército de Refuerzo eran unas formidables y valiosas fuerzas con gran capacidad de choque. Los artilleros marinos, como ya se sabía, habían demostrado una excelente preparación y eficacia tanto empleados en los navíos como en tierra. El resto de los marinos y sus mandos se habían comportado magníficamente cuando habían sido utilizados también como fuerzas de infantería, sin desmerecer a éstas, e incluso eran más maniobreras. Ello había permitido incrementar los efectivos previstos para defender las posiciones terrestres y paliar el envío reciente de unidades del Ejército de Refuerzo a otras zonas del Caribe amenazadas, lo que había dejado en la zona de Cartagena únicamente a los soldados del Aragón y del España como componentes de las fuerzas veteranas proyectadas desde la península.

Habían conseguido detener a los ingleses durante 17 días y replegar a unos 250 defensores, incluyendo a su primera línea de mando (Eslava, Lezo y Desnaux) que se mantenía intacta y que podrían seguir dirigiendo la resistencia desde las posiciones retrasadas. Conservaban el 90 por ciento de sus fuerzas terrestres y solo dos de sus navíos, aunque dado lo reducido del espacio por el que se podía navegar, eran de escaso valor en el futuro, lo que llevó a Eslava a considerar que, para el resto de la operación, la defensa tenía que basarse exclusivamente en la capacidad de resistencia de la posiciones, la organización del terreno, y la infantería. Tendrían que resistir hasta que la enfermedad hiciera mella en los atacantes, a la llegada de las fuerzas de Torres, o hasta el límite de sus fuerzas.

En su contra jugaba la superioridad naval total que disponían los ingleses y, fundamentalmente, que no habían podido desgastar a la infantería atacante en las posiciones de Bocachica tal como tenían previsto y, por lo tanto, el potencial ofensivo británico se mantenía casi intacto.

11 La cruz Grande-Manzanillo

ABANDONO DE BOCACHICA

Sobre las 4 de la madrugada del día 6 ya habían llegado a Cartagena las lanchas y botes con los supervivientes de Bocachica, entre ellos Eslava, Lezo y Desnaux. Inmediatamente el virrey, que atracó dos horas antes que Lezo, da instrucciones para que se habilitasen las iglesias y conventos como instalaciones sanitarias, adonde son trasladados los heridos y como alojamiento de las fuerzas recién llegadas, ordena distribuir las reservas de cañones con sus municiones y utillaje correspondientes así como 100 fusiles y 100 pistolas de los almacenes, impone un racionamiento para la distribución de los víveres, la requisa de animales (incluyendo los caballos) y la acumulación dentro del recinto amurallado del ganado existente aún en cortijos y huertas de las proximidades pues comienzan a escasear los alimentos, e impulsa la reconstrucción y el perfeccionamiento de las obras de defensa. Reorganiza la defensa ordenando a Desnaux que se dirija, junto con el capitán Agresot, al fuerte de San Felipe de Barajas para hacerse cargo de su defensa, y envía refuerzos, en grupos de 50 hombres, a Santa Cruz y otros destacamentos. Ordena también el desplazamiento de los navíos Dragón y Conquistador hacia la bahía interior y que se iniciase el desmantelamiento de los 125 cañones que tenían embarcados, pues había decidido tener preparado su

hundimiento en el estrechamiento marítimo existente entre la Punta del Judío y la isla del Manzanillo con la finalidad de que los buques británicos, en su acercamiento a la ciudad, tuvieran que detenerse también en el obstáculo que formasen cooperando con ello a ganar más tiempo y, adicionalmente, a que cayesen bajo los fuegos de las fortificaciones de la Cruz Grande y el Manzanillo que podrían batirlos con mayor facilidad.

A su llegada, Lezo se muestra contrariado con la idea e incluso con el lugar escogido para hundir sus dos únicos navíos pues, para obstaculizar el movimiento marítimo inglés, estima que se podrían emplear otros buques existentes en el puerto y no los navíos de guerra que, reforzados con los artilleros navales sobrevivientes del combate de Bocachica, podrían dedicarse a cubrir los posibles desembarcos terrestres ingleses en la Manga y Manzanillo y oponerse al movimiento de los buques enemigos. Además, lo que Lezo no le permite al virrey, y así se lo hace saber, es que se inmiscuyera en su cadena de mando dando órdenes directas a sus fuerzas: las órdenes a los marinos y a los navíos, le dice, las da con exclusividad él y, en este caso, el virrey tendría que haber esperado a su llegada a la plaza, que acontecería breve plazo después de la de Eslava, para que sus marinos recibieran instrucciones suyas. Nuevamente se produce un enfrentamiento verbal entre Eslava y Lezo sobre la forma, y sobre todo el fondo, de conducir las operaciones. La situación era aún más penosa para el marino ya que la medida del virrey le obligaba a sacrificar a los dos únicos navíos que le quedaban para contribuir a la batalla de forma activa y a emplear nuevamente a las tripulaciones, que habían sido redistribuidas por el virrey entre las diferentes posiciones defensivas, en un entorno, el terrestre, en el que no estaban habituados a combatir.

Eslava no da su brazo torcer, aunque asume la idea de potenciar el obstáculo naval con otros buques, por lo que ordena el hundimiento, también, de cualquier embarcación que allí se encontrase y que afectaba a los buques de transporte Trechuelo, La Inglesa, La Gran Bestia, El Rayo, Camparela, Arizón, además de algunas balandras, excepto la fragata francesa el León que es empleada como buque hospital. A Lezo no le queda otro remedio que acatar las órdenes que, otra vez, considera que no eran las apropiadas. Tras transmitir las órdenes correspondientes a sus navíos y marineros, se traslada al hospital para ser tratado de sus heridas.

Al día siguiente abandona la ciudad en dirección a Mompox la última expedición autorizada de desplazados, que estaba compuesta por mujeres, aunque las monjas optaron por quedarse y seguir prestando cuidado a los heridos, se organiza una instrucción acelerada al personal civil que se mantiene en la ciudad sobre el manejo de armas y el virrey inicia una inspección de las posiciones.

Desde el mismo día 6 los británicos se afanan en despejar el canal de Bocachica ya que el San Carlos y el África siguen entorpeciendo el paso del mismo, el San Felipe estaba en llamas, y los vientos de sotavento esparcían el humo dificultando la visibilidad en la zona. No estuvieron prestos los marinos británicos en esta operación ya que, al observar el abandono español de las fortalezas y el Galicia en la madrugada de ese día, también podrían haber agilizado el traspaso del canal con alguna de sus fragatas que podría haber batido con facilidad a las oleadas de botes que evacuaban a los defensores de Bocachica.

Al día siguiente cruzan Bocachica el Bedford, el Oxford, y el Worcester, que se acerca al embarcadero para hacerse cargo de una grúa que emplearían para efectuar reparaciones y tomar el control de una fuente de agua dulce

para el abastecimiento.

Por la tarde lo hacen el Weymouth y la balandra Cruizer, que se dirigen a Pasacaballos para anular al destacamento que lo custodiaba y enlazar con la patrulla inglesa que se encontraba en la zona. Una vez que ahuyentan a los defensores cartageneros hacen aguada para el abastecimiento del resto de la flota aprovechando para el transporte algunas lanchas, en no buenas condiciones, que estaban amarradas en la terminal logística, ya que los buques se encontraban al límite de existencias de estos recursos y sus tripulaciones solo disponían para beber de la ración diaria de ron aguado.

No pasa mucho tiempo hasta que, en medio de un gran aguacero que presagia la inminente llegada de la época de lluvias aunque ello suponía también un alivio para eliminar el tormento de los mosquitos, Vernon, que se encuentra muy satisfecho, entra en la bahía de Cartagena de Indias ondeando pomposamente los gallardetes de comandante general de las fuerzas en su navío insignia. Le escoltan una fragata y dos paquebotes y se sitúan a la altura de Punta Perico, a la vista del mayor número de observadores cartageneros quienes, hasta ese momento, no tenían la certeza de quién era la autoridad inglesa que ostentaba el mando supremo de las fuerzas invasoras.

Durante las tres jornadas siguientes el grueso de la escuadra británica, de la que ya formaba parte el recién capturado Galicia, se introduce en la bahía de Cartagena y comienza a bombardear el castillo de Santa Cruz.

Vernon se ratifica en llevar a cabo los planes previstos: 1º efectuar un desembarco principal en las islas de Manzanillo y la Manga lo que implicaba la ocupación previa del castillo grande de Santa Cruz y San Juan del Manzanillo, así como la realización de otro complementario por La Boquilla, y progresión de ambas fuerzas hacia el interior; 2º confluencia

de ambas penetraciones en La Popa, que tomarían; 3º bombardeo, hasta abrir brecha, en las murallas de San Felipe de Barajas, y asalto posterior al mismo hasta rendirlo; 4º bombardeo terrestre y naval de las murallas de la ciudad y ataque a la misma; 5º ocupación de la plaza.

Se efectúa entonces un "paso de escalón"[302] entre Unidades para dosificar los esfuerzos: el comodoro Lestock y su grupo de combate permanecen en las inmediaciones de Bocachica cubriendo la posible llegada de refuerzos españoles mientras el grupo de combate de Ogle se presta a llevar a cabo los siguientes ataques sin solución de continuidad. .

LA TOMA DEL CASTILLO GRANDE DE SANTA CRUZ

Santa Cruz era un fuerte cuadrado, en malas condiciones de conservación, con 17 cañones, estaba rodeado de un foso de agua, y guarnecido por las milicias locales que tenían como misión la defensa del acceso naval a la bahía interior. Se había reforzado con 15 cañones de a 24 y otros 15 de a 18, con sus correspondientes artilleros procedentes de los navíos que habían sido hundidos en Bocachica, y a los cuales Lezo había dado órdenes para que, cuando ya no pudiesen defenderlo, se replegasen a la plaza sanos y salvos.

Desde el día 8 estaba recibiendo el fuego de la artillería naval inglesa que emplea la misma táctica que la utilizada en las posiciones costeras de Bocachica: destruirlo a base de una abrumadora masa de fuego procedente de sus navíos que ya había producido 18 muertos, y al que hacen frente bravíamente el Dragón y el Conquistador, que se encontraban en aquellas aguas efectuando las operaciones previas al desmantelamiento, logrando impactar por tres

veces a un navío inglés. Lezo se encontraba a bordo dando ánimo a sus hombres.

Para el día 10 la situación en el castillo se hace insoportable y según el Estado Mayor de la plaza se estima que solo podría resistir unas horas, por lo que Eslava da la orden ejecutiva para clavar su artillería, sacar sus municiones, y abandonar el fuerte, así como la de echar a pique los navíos y los otros buques que estaba previsto, fuera cual fuera la situación en que se encontraran, órdenes que nuevamente son rebatidas por el marino[303].

Lezo estimaba que los ingleses no habían dado muestras aún de un intento de desembarco por lo que, hasta que ese hecho no se produjera, los defensores, al igual que se hizo en Bocachica, podrían aguantar más tiempo en el castillo, y sigue oponiéndose a perder a sus dos únicos barcos. Además, indica que la profundidad del canal marítimo Santa Cruz-Manzanillo era tan variable que, en algunos lugares, su escaso fondo desaconsejaba ejecutar un hundimiento con navíos de gran calado que podrían ser reflotados y, en otras, tan grande que engulliría los barcos de poco calado sin que sus estructuras llegasen a estorbar a los que los sobrepasaran por la superficie. Lezo no tenía razón en su argumento en relación al momento elegido para el repliegue ya que, en las posiciones costeras de Bocachica, sus guarniciones tenían otras fortificaciones a retaguardia escasamente guarnecidas y donde refugiarse, situación que no se daba en Castillo Grande, acertaba en la dificultad técnica para la elección del lugar del hundimiento (otra vez, al igual que en Bocachica, se obvia el parecer de los ingenieros), y es antirreglamentario al rebatir la orden del virrey sobre sus dos navíos, ya que el hundimiento era una decisión tomada días antes por Eslava, por lo que no cabía oponerse a ella. El virrey, quizás influido por la postura del marino de discutir una orden directa suya tomada días antes,

no considera apropiado atender ninguna de sus propuestas.

Vuelve a la carga Lezo y aconseja al virrey que, ya que tiene pensado abandonar el castillo Grande de Santa Cruz, que mande organizar unas líneas defensivas, apoyadas en trincheras, en los estrechamientos que unen las penínsulas el Manzanillo y La Popa (Gracia y Quinta) con el resto del terreno continental, pues eran pasos obligados para las penetraciones terrestres hacia la ciudad. Eslava, terriblemente enojado por las constantes intromisiones del marino y sin la gran capacidad de iniciativa de él, ni le contesta a esta nueva petición. Lezo, en otra actitud propia de un mando coherente, le pide al virrey que, ya que no hace caso a ninguna de sus propuestas, se considera desautorizado y, por tanto, que le releve del mando. Eslava accede a la petición y le ordena que se retire desde el Manzanillo, donde se encontraban, a la ciudad.

A media tarde finaliza la operación de extraer los últimos cañones de los navíos, junto con la pólvora, víveres, pertrechos que aún quedaban a bordo, y se activan las cargas explosivas preparadas para hundirlos con objeto de que, junto con los demás buques que se habían designado para ello, pasasen a formar parte de una barrera submarina contra la navegación. Una vez caída la noche, la guarnición del castillo Grande de Santa Cruz lo abandona dirigiéndose en lancha y botes hacia la ciudad y al cercano fuerte del Manzanillo.

Desde el Weymouth se observan las operaciones del desmantelamiento de la fortaleza y del hundimiento de buques españoles que se estaban llevando a cabo, por lo que, tras llegar la información a Ogle, éste ordena al capitán de navío Knowle que hiciera un reconocimiento del castillo a la vez que dos corbetas se acercasen a la zona de hundimiento. Del Weymouth se envía una patrulla en botes que confirma el abandono de la fortaleza por lo que inmediatamente se la

refuerza con otros 100 infantes del regimiento de Cavendishs quienes, en medio de una intensa lluvia, toman sin oposición el castillo encontrando parte de sus cañones sin inutilizar, lo que da idea de un abandono precipitado, aunque se había cegado el aljibe del agua.

En el canal, los buques ingleses llegan a las inmediaciones del Conquistador, que no se había hundido totalmente y tenía una gran parte de su estructura a descubierto y, como se encontraba varado en una zona con escaso fondo, proceden a remolcarlo fuera del obstáculo en cuanto la marea sube. El estrechamiento marítimo que Eslava quería obstaculizar colocando una barrera que lo cerrara sigue abierto al tránsito y, para el día 12, ya lo han rebasado un navío, tres fragatas, entre ellas la Experiment y la Shoreham, dos bombardas y un paquebote que, un día después, arrojan las primeras bombas sobre la ciudad y la fragata francesa que se encontraba en su puerto. También emplean contra el Manzanillo los cañones de Santa Cruz que los españoles habían abandonado allí.

La operación del Castillo Grande de Santa Cruz ha sido nefasta para los defensores ya que la línea defensiva L-2 está rota, no han conseguido desgastar al enemigo ni ganar tiempo, y han perdido los dos únicos navíos que les quedaban. La retirada del castillo ha sido precipitada, al contrario de lo ocurrido en San Luis en que aguantaron hasta el último momento, y el obstáculo naval perdió su valor al quedarse sin el paraguas de los fuegos de Santa Cruz y, por consistente y bien formado que se hubiese constituido, era cuestión de tiempo que los británicos lo desmontaran. El áspero y antirreglamentario en esta ocasión Lezo, había dado en el clavo al predecir, otra vez, lo que iba a ocurrir.

Por el contrario los ingleses disponían ahora del dominio de una plataforma terrestre cercana a la ciudad, lo que les

permitiría aproximar a su infantería y montar una base de partida para el asalto final a menos de 5 kilómetros del objetivo. Sus navíos eran dueños de toda la bahía, y tenían el núcleo urbano a tiro de cañón.

LA ENCRUCIJADA

(Gráfico 11)

La toma por parte inglesa del Castillo Grande de Santa Cruz pone en manos británicas la posibilidad de avance sin ninguna oposición hacia Cartagena por la vía terrestre de Santa Cruz/Punta Itacos-Punta del Judío-Bocagrande-La Caleta-Cartagena, o la vía naval Surgidero-Puerto-Cartagena teniendo, en este caso, que anular previamente los efectos de los escasamente artillados castillos del Manzanillo y del Boquerón. También cabría la posibilidad de utilizar una combinación de avances terrestres y marítimos utilizando como apoyo una preparación artillera contra las murallas sur de la ciudad (baluartes de Santiago, o de Santo Domingo o de San Francisco Javier) o contra Getsemaní, desde los navíos o con la artillería de sitio emplazada en la zona de La Caleta. Era una táctica de asalto final parecida a la que había empleado Drake 1586.

Esta opción del avance terrestre era la más directa y rápida para alcanzar Cartagena con los efectivos intactos, pero las últimas lluvias habían empeorado el ya de por si dificultoso piso del terreno de Bocagrande y elevado su capa freática, por lo que se dificultaría el movimiento de las unidades. Era cierto, además, que el frente de ataque por La Caleta era lo suficientemente estrecho como para impedir un asalto simultáneo de un gran número de infantes (también el de cartageneros que pudieran defenderlo), pero se podría

ampliar con el empleo de ataques marítimos más al sur en botes y lanchas e, incluso, podría contarse con apoyo naval desde navíos que se situasen en la costa marítima exterior. Los defensores del recinto amurallado contarían con la protección de las sólidas murallas, pero la superioridad artillera inglesa las haría desmoronarse tarde o temprano, tal como ocurrió en el castillo de San Luis y, aunque las dificultades del terreno y logísticas les impidiesen la utilización de la artillería de sitio, cosa que era dudosa dado que los ingenieros ingleses habían solventado los problemas de despliegue artillero en Bocachica hacía pocas fechas, el potencial de los cañones emplazados en las plataformas navales inglesas era tan poderoso que, muy probablemente, no necesitarían del concurso de la artillería de sitio.

La otra alternativa consistiría en seguir con los planes previstos de antemano: desembarcos terrestres en la península del Manzanillo (soslayando su fortaleza) y La Boquilla para confluir en La Popa, continuar la progresión hacia San Felipe de Barajas y Getsemaní para alcanzar y asaltar Cartagena. Esta opción conllevaba, negativamente, el alargar los desplazamientos, las rutas de abastecimiento y recuperación, y asumir el desgaste que supondrían los combates contra las fuerzas que se le opondrían en las costas interiores, a las guerrillas que pudieran hostigarles durante el avance, a la importante fortaleza de San Felipe de Barajas, y a las murallas de Getsemaní y Cartagena. Contaría, por el contrario, con la ventaja adicional de aislar a los defensores con el resto del terreno continental y de la llegada de abastecimientos.

Ambas posibilidades tenían la dificultad logística de la aproximación de los despliegues de la artillería de sitio y la de las municiones y pertrechos necesarios, más largo en la opción de Manzanillo, y que tantos problemas había acarreado en Bocachica, y exigían la apertura de una brecha

en las murallas de la plaza en la primera opción, y tres, en las de San Felipe de Barajas, Getsemaní y la ciudad, en la segunda, por donde pudieran acceder los atacantes, ya que las fortificaciones eran altas y consistentes.

La mejor alternativa era, a la vista de los pros y los contras, el ataque directo a través del istmo de Bocagrande ya que, si el plan se desarrollaba de acuerdo a lo previsto, para el asalto final, los británicos tendrían una superioridad de casi cuatro atacantes por cada defensor cartagenero (contabilizando la ponderación y el factor multiplicador de la protección de las murallas) en lugar de la paridad que existiría si se empleaban la progresión por San Felipe, y, adicionalmente, contaba con la importante ventaja de que las enfermedades habrían dispuesto de menos plazo para hacer sus efectos.

El vicealmirante duda sobre cuál de las dos alternativas tomar. Era consciente de las bondades de la opción del ataque directo y repetir la acción de su admirado Francis Drake, pero desconfiaba de que Wentworth, en el terreno dificultoso por el que tendría que avanzar, pudiese manejar con agilidad a los infantes y desplegar la artillería con la suficiente rapidez para su empleo eficaz y, por el contrario, se atorase tal como le ocurrió en las playas y manglares de Bocachica. También pesaba sobre su decisión los efectos que el vómito, el cólera, la malaria y otras enfermedades estaban haciendo entre sus fuerzas, pero solo habían pasado escasamente tres semanas desde que sus soldados pusieron pie en el terreno cartagenero y él preveía tomar la ciudad antes de las 6-8 semanas que disponía de plazo para que las enfermedades pudiesen dar al traste con la operación. Pero, lo que le llevó a inclinar la balanza hacia la opción de ataque por Manzanillo-La Popa-San Felipe de Barajas que eligió al final, era que esta alternativa no requería un gran riesgo para sus navíos y marinos y a que el desgaste tendría que

recaer en las fuerzas terrestres de Wentworth que habían salido casi intactas de los combates de Bocachica.

Consideraba que las fuerzas navales, a las que quería preservar, serían necesarias para las operaciones posteriores que tendría que llevar a cabo en el Caribe y para el enfrentamiento contra las hasta entonces pasiva, pero intacta, escuadra de Rodrigo de Torres, y a que las bajas de material y personal que sufrieran serían difíciles de reponer, al contrario que las fuerzas de infantería que tenían un más fácil reclutamiento local. Por otra parte, el cambio de planes previstos, si es que se hubiese inclinado por el ataque directo, era difícil de ejecutar y coordinar con éxito en tan breve tiempo y espacio y en pleno desarrollo de una de una operación conjunta. Para llevar a cabo satisfactoriamente la restructuración y reorganización requerida para adaptarse a las condiciones cambiantes de la situación táctica, los británicos tendrían que disponer de un jefe y unas unidades que estuviesen dotadas de una cualidad que, hasta el momento y, en ambos bandos, solo habían demostrado poseer Lezo, los marinos de sus navíos y las unidades veteranas españolas del Ejército de Refuerzo: la flexibilidad.

El día 11 de abril, después de la toma del Castillo Grande de Santa Cruz, Vernon convoca un consejo de guerra y da instrucciones para la reanudación de las operaciones: se continuaría con el plan previsto y las fuerzas terrestres efectuarían desembarcos al sur de la fortaleza del Manzanillo y por La Boquilla, dirigiéndose ambas hacia el cerro de La Popa. El futuro y la historia juzgarían si el vicealmirante Vernon eligió la opción adecuada.

HACIA LA POPA

A primeras horas del día 13, unos 1.400 hombres del brigadier Williams Blakeney y 200 colonos americanos de Gooch, junto con un destacamento de esclavos negros jamaicanos que transportaban una escasa dotación de pertrechos, desembarcan al sur de la fortaleza del Manzanillo siendo apoyados por el fuego de la Weymouth, tres brulotes y la Cruizer que bombardean intensamente el fuerte de la isla.

Eslava, tras observar la actividad británica, reconsidera la propuesta que le había efectuado Lezo días antes y a la que no había dado respuesta, y envía una compañía del RI. España a la isla de Manzanillo con misión de contener el desembarco y defender el acceso a la zona continental, y otra del RI. Aragón y 150 marinos a las zonas de la Gabala y de la Quinta, con misión de defensa de la penetración hacia La Popa. El plazo perdido en tomar esta decisión ha sido esencial para impedir que las fuerzas hubiesen llegado a tiempo a sus zonas de empleo y hubiesen podido organizar, aunque fuese levemente, el terreno.

El empuje y el fuego naval británico hacen fracasar el débil intento de oposición al desembarco efectuado por los recién llegados soldados mientras, simultáneamente, someten a un elevado castigo a la fortaleza del Manzanillo.

La oposición al desembarco solo ha producido un muerto y algunos heridos británicos y los defensores son diezmados mientras se repliegan desordenadamente hacia el caño de Gracia. Se producen algunas deserciones, entre ellas la del soldado portugués Juan Fernandinho del RI. España que, inmediatamente, es incorporado como guía a las vanguardias inglesas para que les ayude en su progresión.

Los ingleses realizan a continuación un intento de asalto al castillo que es rechazado por sus defensores, que cuentan en esta ocasión con el apoyo del fuego de sus cañones cuya metralla les ocasiona numerosas bajas y, adicionalmente, les

produce una desmoralización de tal efecto que a partir de este hecho recelan de los ataques a los recintos amurallados.

Reencaminan entonces sus pasos hacia la zona del canal de Gracia que separa la isla del resto continente contando con el apoyo de 13 navíos que, además, acceden a la bahía interior y abruman con su potencial al fuerte del Manzanillo, donde solo dejan un cañón en condiciones de hacer fuego y cuyos defensores permanecen cercados por tierra y mar sin posibilidad de repliegue. El fuerte, en esas condiciones, carece de valor tanto para los defensores, que no disponen de artillería para actuar sobre el estrecho naval de acceso a la bahía interior, ni para los atacantes, ya que su ocupación no era imprescindible para el desarrollo de su ataque y podían esperar a finalizar sus operaciones principales para dedicarse, entonces, a eliminar a su guarnición que, con el capitán Ortega y 24 milicianos, permanecerán firmes hasta el final.

No tardan los atacantes en alcanzar el Tejar de Gracia, que cerraba un estrecho y largo paso, y donde permanecían unos 14 soldados del España que se repliegan ante el inminente ataque. Mientras tanto, continúa desembarcando el grueso de los efectivos terrestres de Wentworth en la zona del Manzanillo llegando a alcanzar los 5.000 hombres.

Las vanguardias de las fuerzas británicas, una vez sobrepasado el canal de Gracia, se topan a primera hora de la madrugada del día 16 de abril con una línea defensiva cartagenera situada entre el Tejar de la Gabala y la finca de la Quinta que cerraba el acceso a La Popa, y que estaba guarnecida por los efectivos del Aragón y marinos enviados por el virrey así como con el resto de sobrevivientes del España que se habían podido acoger a ella tras su reciente enfrentamiento. Como les pasó a los anteriores y, dado el poco tiempo que habían dispuesto, no habían podido construir trincheras adecuadas para la defensa.

El terreno no permite el avance simultáneos de las dos columnas en que se han organizado los británicos, ya que el frente se encuentra limitado por la bahía a su izquierda y un tupido bosque a la derecha, que no posibilita la progresión simultánea de más de dos pelotones[304] a través del estrechamiento del istmo de La Popa. Para solventar la dificultad, se ordena a los estadounidenses que envuelvan a los defensores por el flanco derecho del bosque para caer sobre su retaguardia mientras los granaderos británicos harían un ataque frontal a las posiciones cartageneras.

Los primeros pelotones ingleses no tardan en ser abatidos por el fuego de mosquete de los veteranos soldados del Ejército de Refuerzo, lo que les hace creer que habían parado el avance enemigo, pero los bien instruidos británicos no olvidan el adiestramiento a que los sometió Cathcart en las Islas Británicas y no rompen la formación de 15 soldados de frente y 5 de fondo en que habían organizado sus unidades, y reiteran el esfuerzo aportando a la lucha a los pelotones que seguían a los que habían sido baja. La combinación coordinada del ataque frontal de los granaderos, la amenaza de envolvimiento de los estadounidenses, y el fuego de un navío de escaso calado que se había adentrado a través del canal para apoyar la acción, hacen retroceder a las desprotegidas pero experimentadas unidades defensoras que se retiran de forma ordenada hacia San Felipe. En la acción es herido y capturado por los españoles el desertor Juan Fernandinho.

Al llegar a la altura de San Felipe, los recién replegados defensores cartageneros comienzan a atrincherarse en sus faldas mientras que los muertos y heridos que podían ser trasladados son llevados al hospital y albergados en las iglesias y conventos que comienzan a llenarse.

Los británicos prosiguen con rapidez su progresión para coronar el cerro de La Popa, objetivo que consiguen alcanzar

fácilmente ya que, a la vista de lo ocurrido en las no fortificadas líneas defensivas anteriores, sus ocupantes se repliegan cuando la llegada británica es inminente. El día 17 de abril la bandera inglesa ondea en La Popa.

La acción británica en Manzanillo/La Popa había sido perfecta. El desembarque por sorpresa, el avance coordinando el fuego, el movimiento y el choque en un entorno conjunto/combinado, la explotación del éxito sin solución de continuidad hasta alcanzar el objetivo final, y el soslayo de las dificultades y objetivos no esenciales para que no demoraran la progresión fijándolos con escasos efectivos para ser batidos con posterioridad, muestran unos mandos capacitados y unas unidades perfectamente instruidas.

En esos momentos, el vicealmirante Vernon despacha hacia Portsmouth a la fragata Spencer (llegó el 17 de mayo) con las últimas noticias sobre el desarrollo de las operaciones y adelantaba las previsiones futuras de los acontecimientos, entre las que incluye la inminente toma de la ciudad y la consumación de la victoria.

Era lógico que el marino mantuviese informadas a las altas autoridades de su país, mediante informes periódicos, sobre la evolución de una guerra en donde estaban en juego los destinos de la nación, de sus ejércitos, y de la vida de muchos de sus ciudadanos y, una vez finalizado un hito importante de la misma (la toma de Bocachica, la de La Popa y el control de la bahía de Cartagena) era un momento oportuno para comunicarlo a las Islas Británicas que, seguro que se encontraban ansiosas por conocer cómo se estaban desarrollando los acontecimientos. En dichos informes era también reglamentario que indicase su parecer sobre el desarrollo de los acontecimientos a corto, medio y largo plazo, ya que ello sería un elemento muy importante para diseñar la política exterior de su nación.

En la coyuntura en que se encontraba, con los éxitos

obtenidos en un mes escaso de operaciones y con 9.000 infantes amenazando a la ciudad, cualquiera en su lugar hubiese anunciado que Cartagena sería tomada a corto plazo. Otra cosa diferente es la valoración, el uso y la forma de difundir todo o alguna de las partes del informe entre los ciudadanos, pero eso es cuestión de políticos[305], que ampliaron enormemente los éxitos británicos.

Los defensores, por el contrario, se encontraban en una situación difícil ya que no habían logrado desgastar en gran medida a los atacantes y habían tenido que abandonar tres de sus fortificaciones. Solo les quedaban San Felipe, que estaba a merced de los disparos desde La Popa, el recinto amurallado de la ciudad, El Boquerón (San Sebastián del Pastelillo) y la fortaleza sitiada de Manzanillo que aún aguantaba.

Alcanzada La Popa, llega un breve descanso para las tropas británicas desembarcadas en el Manzanillo en un campamento improvisado que montan al pie del cerro y en las instalaciones de los lugareños pues, hasta ese momento, no habían dispuesto del tren de víveres y bagajes, por lo que habían pasado cuatro días a la intemperie y alimentándose con la escasa dotación individual que portaba cada combatiente.

Se repiten en el Manzanillo las dificultades aparecidas en Bocachica con la descarga desde los botes de la artillería de sitio, municiones y utillaje, así como su traslado hasta la zona de empleo por las rutas de abastecimiento y recuperación que, en este escenario, eran aún más largas que en la anterior ocasión y, tan dificultosas por las recientes lluvias, que obligaban a los porteadores y acemileros, en ocasiones, a cruzar cursos de agua cuya profundidad les llegaba a la cintura. El motivo, al igual que les ocurrió anteriormente, era la escasez de mano de obra y animales disponibles para el acarreo y transporte de la carga logística.

El resultado fue que, en ese ambiente hostil, proliferaron las enfermedades y las bajas del personal por la mala alimentación y la imposibilidad de protección en campamentos apropiados, y que la artillería de sitio no había podido apoyar el avance de la infantería (aunque se había bastado para hacerlo la artillería naval) pues solo habían conseguido subir por las empinadas pendientes del cerro de La Popa cuatro cañones de a 12 y otros tres de 3 libras con una escasa dotación de municiones. Si la operación hacia La Popa había sido tácticamente excelente y en su faceta logística habían logrado en una primera fase situar en tierra a unos 9.000 hombres con sus dotaciones individuales, no pudieron completarla al no conseguir acopiar, en lugar y momento adecuado, los niveles de abastecimientos y gran parte del equipamiento colectivo para asegurar la continuidad de las operaciones en condiciones apropiadas.

LA BOQUILLA

En la zona de La Boquilla los británicos habían seguido intentando reiteradamente hacer un desembarco que, unas veces las adversas condiciones marítimas y otras la oposición de las fuerzas allí destacadas, habían hecho fracasar, hasta que el 18 de abril, aprovechando una ventana de buenas condiciones marítimas y algo de suerte, consiguen poner pie en la playa un destacamento de unos 300 efectivos que, inmediatamente, se adentran en el interior. Los defensores se repliegan hasta los vados situados en el canal del Ahorcado/Angola, que daban acceso a la zona de La Popa, perseguidos de cerca por los británicos.

Eslava, que permanecía atento a los acontecimientos desde el recinto amurallado de la ciudad, envía por la noche

al capitán Antonio de Mola y a 200 hombres del RI. Aragón para contener la penetración enemiga, a la vez que refuerza también los baluartes situados al norte de las murallas cubriendo las posibles direcciones de los atacantes.

No tarda Mola, al llegar a la altura de los replegados, en efectuar un contraataque que arrolla a los británicos puesto que no habían recibido refuerzos ni equipos en cantidad suficiente y que sus combatientes, que eran en una gran parte jamaicanos aunque mandados por oficiales ingleses, tenían escaso espíritu de lucha. Los británicos se retiran precipitadamente hacia los botes aunque dejando 15 muertos, varios heridos y prisioneros, además de una parte del equipo, en las enmalladas marismas y ciénagas que también conocían los soldados de las milicias cartageneras que actuaban como guías de los veteranos del Aragón.

El 19 de abril se restablece la situación en la Boquilla. Los británicos habían sido imprudentes al intentar una penetración hacia el interior sin haber consolidado previamente su cabeza de playa y haber recibido los refuerzos y equipamientos correspondientes, Lezo había tenido razón, en parte, al predecir que el ataque en fuerza por aquel lugar lo impedían las condiciones marítimas y, sobre todo, Eslava había demostrado en esta ocasión saber utilizar una de las facetas más difíciles de la táctica: el empleo de las reservas en el lugar y momento oportuno.

Varios días después, sobre el 22-23, los británicos efectúan movimientos navales en la zona de Punta Canoa/La Boquilla/Playas de la Cruz Grande, amagando con hacer un nuevo intento de desembarco por aquellas zonas, pero con intención más de distracción y para aliviar la presión a que pudieran ser sometidos en La Popa, que para llevarlo a cabo realmente.

Desde la caída de Santa Cruz, los buques ingleses cruzan hacia la bahía interior y aproximan al recinto fortificado de la ciudad bombardas y fragatas, aunque solo uno de sus grandes navíos, el Oxford, por temor a tener mayores pérdidas de estos medios, y la someten a un bombardeo cadencioso y constante que va encaminado a causar estragos en las construcciones de la ciudad y en la capacidad de resistencia y moral de la población civil más que en destruir la murallas que la circundan. Para el 13 de abril ya se encuentran incendiadas algunas casas de la ciudad y del barrio de Getsemaní.

En la ciudad, Eslava dirige y da personalmente todas las instrucciones para la defensa incluso a los marinos, ya que Lezo, aunque estaba en el recinto, se encontraba desposeído de su mando tras el incidente de Santa Cruz varios días antes y con el que había tenido otro enfrentamiento. El motivo fue la llegada a la ciudad del desertor y recién capturado soldado Juan Fernandinho para el que Lezo pide la ejecución, ya que el delito que había cometido era castigado en tiempo de guerra con la horca, a lo que el virrey se niega dado que se encontraba herido.

Se procede a tapiar las puertas de la ciudad, a construir trincheras en las calles, a acoger a los últimos habitantes de las huertas y caseríos cercanos que se apresuran a refugiarse en la misma a fin de no caer en manos de los británicos que ya tenían controlada la ruta de escape hacia el interior del continente, se impulsa el fuego desde Getsemaní y el Boquerón contra los buques ingleses consiguiendo dañar a tres navíos y cuatro fragatas y obligando a que Vernon retirarse sus plataformas más importantes de la línea de

fuego, se organizan partidas de guerrilleros formadas por soldados autóctonos para hostigar a los británicos, se sacrifican los caballos para que sirvan de alimentación así como para evitar que consuman piensos y raciones de agua necesarias para los defensores, se recluta a las mujeres y ancianos que aún permanecían en la ciudad para que cooperen, incluso por las noche, en las labores de fortificación, se vuela el puente sobre el canal de San Atanasio que facilitaba el acceso al recinto de la ciudad desde el barrio de Getsemaní, se envían más refuerzos a San Felipe detrayéndolos de las escuálidas reservas de la ciudad, se encarga al gobernador interino Melchor de Navarrete que se haga cargo de la defensa del barrio de Getsemaní, etc.

Ante tanta actividad, Lezo no puede permanecer en la situación pasiva a que el virrey lo ha sometido y pide a Eslava que lo reintegre al servicio. El virrey, sabedor de que en la situación a la que se enfrentan no puede prescindir de un hombre de tanta valía y tan admirado por sus subordinados, ordena al marino que se reincorpore al servicio y se vuelva a hacer cargo del mando de las fuerzas navales ya que, piensa, los asuntos disciplinarios pendientes debido a su conducta, los resolverá cuando la situación se haya restablecido, si es que pueden recomponerla.

12 San Felipe de Barajas

PREPARATIVOS

Incorporados al castillo de San Felipe de Barajas el personal que había intentado frenar el avance británico en La Popa y los refuerzos enviados por Eslava desde la ciudad, se produce una acumulación humana dentro del recinto, pues existían más de 500 soldados (300 entre milicianos y de los Regimientos Aragón y España, y 200 marinos y artilleros navales), que entorpecía el emplazamiento y empleo de las armas por las 18 troneras de la fortificación. Se resuelve el problema desplegando a la mayoría de la infantería veterana en el exterior del castillo aprovechando como trinchera el foso exterior que disponía la fortaleza, que despejan de vegetación y lo amplían, así como construyendo nuevas posiciones en la falda del cerro de San Lázaro empleando para ello a todo el personal que se encontraba fuera de servicio y sin que la incesante lluvia paralizase su actividad[306]. Ello proporcionaba, adicionalmente, una profundidad al despliegue defensivo que permitiría desgastar el impulso atacante, aunque la acción debería de estar convenientemente coordinada para, por una parte, poder acogerlas con seguridad dentro de la fortaleza cuando las fuerzas no pudiesen resistir más en el exterior y, por otra, para que el fuego de los cañones del castillo no dañasen a sus propios defensores. Este difícil movimiento de rotura del contacto con el enemigo en el último momento confían

en realizarlo con relativo éxito, ya que lo habían llevado a cabo recientemente tanto en Bocachica como en el Manzanillo y en la Quinta, y contaban con la experiencia adecuada para repetirlo.

Se intensifica el abastecimiento de armamento, municiones, víveres, herramientas y material de fortificación para el castillo con las reservas existentes en la ciudad, empleando para el transporte el acarreo y los carruajes de la población civil cartagenera que había permanecido en la ciudad.

Melchor Navarrete, desde Getsemaní, también se prepara para la acción y, además de reponer con las mejores piezas los cañones de la Batería de los Doce Apóstoles y municionarlas adecuadamente, dispone en aquel lugar de un refuerzo de 200 hombres de infantería en condiciones de defender las murallas de las acometidas británicas que tendrían que venir por aquella dirección.

Mientras tanto, los ingleses, desde que consiguieron subir al cerro de La Popa una exigua unidad artillera con escasas municiones, inician un bombardeo contra San Felipe, al que solo lograban alcanzar con tres de sus cañones. El escaso calibre de sus piezas y la limitada carga de proyección empleada (para no consumir mucha pólvora) no permitían lanzar proyectiles con una energía cinética elevada lo que, unido a la escasez de municiones disponibles, hacía inútil el propósito de hacer mella en las poderosas murallas del castillo que soportaban perfectamente la agresión artillera británica. Si las murallas se mantenían firmes, ello sería debido a la incapacidad logística británica que no les había permitido desembarcar, transportar, y situar en el cerro de La Popa, un Grupo de artillería con no menos de 20 cañones de gran calibre y con suficiente dotación de proyectiles y pólvora como para derribarlas o abrir una brecha adecuada para que los atacantes pudiesen acceder al castillo, al igual

que ocurrió en Bocachica.

Sus fuerzas navales siguen bombardeando el castillo así como al recito de la ciudad pero solo con los morteros de sus bombardas, ya que la artillería de la ciudad, de San Felipe y del Boquerón, el encajonamiento de las aguas interiores, y la escasez de un fondo marino adecuado, sigue disuadiendo a Vernon para empeñar directamente a sus poderosos navíos y sus cañones en la acción.

Continúan llegando al cerro de La Popa y sus inmediaciones nuevas unidades terrestres, que llegan a alcanzar los 8.000 hombres, que se preparan para el asalto al castillo, pero su sostenimiento es una pesadilla.

Las tiendas para alojamiento llegan a cuenta gotas desde los sollados de los buques, por lo que muchos de ellos permanecen a la intemperie después de un mes de operaciones, soportando el calor húmedo por el día, el frío nocturno, y las tan frecuentes lluvias torrenciales que empapaban durante largo tiempo su inapropiada indumentaria, y no disponen de una alimentación adecuada ya que las raciones que portaban hace tiempo que las han consumido.

Se necesitaba una media diaria de 30 toneladas de alimentos, lo que comportaba la obligación de obtener sobre el terreno un gran número de productos y traer desde los barcos el resto, y ello requería, además, hipotecar con exclusividad una media de 600 personas dedicadas a su transporte. Pero la obtención local que podrían conseguir mediante la requisa en las granjas del entorno era escasa, ya que el ganado, sal, aceite, legumbres, quesos, etc., habían sido llevados a la ciudad por los aborígenes, y las cosechas así como la caza autóctona estaban esquilmadas desde el segundo día de estancia en la zona y, además, los escasos porteadores que podrían aproximarles las almacenadas en los buques estaban empleados en el transporte de otros

recursos específicos militares prioritarios (municiones, pólvoras, armamento, material de zapadores, evacuación de heridos, etc.). El resultado era que sus niveles de reserva seguían en los alejados navíos, donde los marinos seguro que estaban haciendo uso de los mismos, y tampoco les llegaba con regularidad los abastecimientos provenientes de Pasacaballos que, además de constituir una escasa aportación al volumen de las necesidades totales, las columnas que los traían eran emboscadas y atacadas por los guerrilleros lo que mermaba aún más la carga.

En resumen, las fuerzas terrestres británicas estaban mal alimentadas, soportando unas condiciones atmosféricas hostiles, y alejadas de los centros logísticos de apoyos generales. Las condiciones de los atacantes, por tanto, eran propensas a sufrir enfermedades o a que empeoraran las que tuviesen, y no estaban en una situación física y moral como para soportar el esfuerzo límite que se les iba a exigir en breves fechas.

Vernon convoca a Wentworth y la primera línea de mando a bordo del Princess Carolina para celebrar un consejo de guerra al objeto de coordinar los siguientes pasos a dar en las operaciones. El marino es partidario de atacar inmediatamente San Felipe de Barajas ya que piensa que, actualmente, el castillo es vulnerable, pero que cada día que pasa los defensores perfeccionan aún más las trincheras en los alrededores de la fortaleza y se refuerzan con nuevos efectivos y material que les llegan desde la ciudad. Además, exige a Wentworth que acabe de una vez con la resistencia del Manzanillo y que ataque también el fuerte del Boquerón.

El brigadier estima que todavía necesita al menos una semana para concentrar el grueso de sus fuerzas en La Popa, ya que la lluvia, el fango, la maleza y los ataques de los guerrilleros, están ralentizando su movimiento, amén de que todavía no controla totalmente la parte noroeste del cerro y

que la artillería de sitio tiene aún que desplegarse. También le pide al vicealmirante que impida la llegada de refuerzos y suministros al castillo desde la ciudad, por lo que la artillería naval debería aislarlo y batir sus accesos. No cree imprescindible ni conveniente gastar energías en la toma del Manzanillo, ya que la aportación de sus defensores era insignificante pues no disponían de suficientes cañones operativos. Con fijarlo con un pequeño destacamento de infantería sería suficiente y ya se encargarían de ellos más tarde. En cuanto al Boquerón, si el vicealmirante se empeña en su toma ello le requeriría hacer otro desembarco en la isla de la Manga y dedicar a esa operación efectivos que estaban previstos emplear contra San Felipe, pues no tenía capacidad para atender, simultáneamente, a un ataque contra San Felipe en La Popa y otro contra el Boquerón en la Manga. Dada la situación geográfica de ese fuerte, estima que el objetivo podría ser neutralizado por la marina pues, al no afectar al avance terrestre contra Cartagena según la opción de ataque que había decidido el marino, no era necesaria la ocupación física del mismo en esa fase del combate, que podría ser postergada, al igual que en el caso del Manzanillo, para efectuarla posteriormente.

El jefe de ingenieros propone un lugar adecuado para el asentamiento de la artillería de sitio que tendría que batir San Felipe, pero estima que se necesitaría un gran número de hombres y de tiempo para que las piezas, utillaje y municiones, pudiesen ser transportadas y emplazadas por tan selvático y húmedo terreno a distancia de alcance eficaz del castillo y otro tanto para, una vez que entrasen en acción, poder derribar una parte de las murallas. Según la experiencia anterior en Bocachica donde además contaron con el importante refuerzo de los cañones de los navíos, les llevó una semana el transporte y asentamiento de las piezas y tres días el abrir una brecha en las murallas de San Luis y,

para ello, se contó con 500 hombres suplementarios para apoyo al transporte que además podían efectuar tres viajes de acarreos diarios, a diferencia de ahora en que la distancia a recorrer era ocho veces más larga. Para agravar la situación, se carecía en esta ocasión del impulso personal del Jefe de la artillería, teniente coronel Watson, que había caído en la acción.

Vernon no accede a la propuesta del brigadier ni a las recomendaciones del jefe de ingenieros y se mantiene firme en su decisión: la situación de la tropas es cada día peor ya que los enfermos se incrementan en gran número, y la de los defensores mejor, por lo que es necesario atacar San Felipe inmediatamente antes de que la situación se agrave. No está dispuesto a proporcionar un apoyo artillero naval supletorio a los infantes aproximando sus navíos de línea dentro del radio de acción de los cañones cartageneros ya que, hasta el momento, habían sido dañados cuatro navíos y otras tantas fragatas que actuaban en la bahía interior, y que del estado y efectivos de la Marina dependía en exclusividad el dominio de toda la zona del mar Caribe. Era la ocasión, según pensaba el vicealmirante, de que las fuerzas terrestres pusieran toda la carne en el asador y solventaran el último obstáculo que quedaba para inclinar la balanza a su favor en el resultado final de la batalla. Sí que accede a las propuestas sobre los fuertes del Manzanillo y del Boquerón aunque ordena que, para éste último, solo se empleen bombardas y fragatas.

Los asistentes están divididos. Wentworth y, sobre todo De Guise, se muestran en desacuerdo con la decisión de Vernon ya que, además de no haber podido reconocer adecuadamente el terreno, sus fuerzas se verían obligadas a subir a descubierto por las escarpadas laderas del cerro de San Lázaro a merced de los defensores apostados en las trincheras, y a tener que escalar las altas murallas del

castillo donde podrían sufrir agresiones indiscriminadas con todo tipo de armas y artefactos que conseguirían masacrarlos. Siguen considerando imprescindible la aportación de una poderosa artillería que diezmase a los defensores apostados en las trincheras exteriores y que derribase una parte de las murallas para que sus unidades pudiesen acceder con pocas bajas al interior del castillo y enfrentarse, en condiciones similares, en un combate cuerpo a cuerpo con su guarnición. Estiman que la artillería de campaña de la que actualmente disponían en el cerro era totalmente insuficiente.

La situación se vuelve tensa y apuntan con negarse a obedecer las órdenes si no cuentan con un apoyo artillero adecuado. Vernon no se amilana y les amenaza con juzgarlos por insubordinación a su regreso a Inglaterra, por lo que los generales desisten en su actitud dada la intransigencia del marino. La decisión del comandante en jefe de las fuerzas británicas está tomada: el ataque contra San Felipe de Barajas se desencadenará con urgencia y con los efectivos terrestres con los que se contaba en ese momento en las inmediaciones del cerro de La Popa.

EL PLAN CONTRA SAN FELIPE

(Gráfico 12)

Wentworth y su Estado Mayor preveían aproximar las fuerzas a San Felipe por el Camino Real que conducía a la plaza desde el interior continental soslayando el cerro de La Popa, que dejarían a su derecha, en donde se emplazaría la escasa artillería que tendría un campo de tiro despejado para hacer fuego sin peligro de ocasionar bajas en sus propias filas.

Las empinadas escarpaduras del cerro de San Lázaro les aconsejaba, y casi les obligaba, a emplear como vía para llegar hasta el pie de las murallas del castillo una senda con un amplio repecho de pendiente más suave que el resto del entorno situada en la parte oeste del mismo, y que había sido acondicionada por los cartageneros como acceso normal y más directo al castillo. Dicho itinerario formaba parte del camino que unía la puerta de la Media Luna del recinto amurallado de Getsemaní con la única puerta del castillo salvando el canal del Ahorcado.

La dirección de ataque elegida tenía el inconveniente de que era el lugar donde se estaban construyendo las trincheras y posiciones defensivas exteriores y que se encontraba bajo el radio de acción de las baterías emplazadas en las murallas de la zona este de Getsemaní, en especial la de la Media Luna, y la ventaja, amén de la de contar con el terreno más apropiado, de que en aquella parte los cañones emplazados en San Felipe eran menos numerosos (solo tres). Para soslayar los inconvenientes se decide efectuar un ataque nocturno que dificultase la acción de los defensores de las trincheras y de los artilleros de Getsemaní, que no dispondrían de visibilidad adecuada como para poder emplear sus armas con efectividad.

Una vez ascendido el cerro de San Lázaro y sobrepasadas las trincheras, tendrían que coronar las altas murallas del castillo o forzar la puerta de entrada al mismo, por lo que deberían portar escaleras, garfios, y escalas, adecuadas y suficientes, e intentar el asalto por varios lugares simultáneamente para diversificar el esfuerzo de los sitiados.

El ataque sería mandado por De Guise, que llevaría una Vanguardia compuesta por colonos y esclavos jamaicanos que despejarían el camino de vegetación para facilitar la progresión de las fuerzas, y un Grueso formado por dos Regimientos británicos (el de Wynyard, que ejercería el

esfuerzo principal, y el de Grant) y el Regimiento americano de Gooch, que serían guiados en su ascensión nocturna al cerro por los prisioneros cartageneros capturados en los combates anteriores; en total unos 3.500 hombres.

A la altura de La Popa se mantendrían en reserva otros dos Regimientos (los de Wolfe y Lowther), con unos 2.000 hombres, en disposición de impulsar la acción de De Guise, reiterar los esfuerzos, y continuar el ataque hacia Getsemaní y la propia ciudad en cuanto se tomase San Felipe. Alternativamente, en caso de que el ataque contra San Felipe fracasase, estas fuerzas de reserva acogerían a las que se replegasen.

El resto de las unidades británicas, que eran las que se habían empeñado en los ataques anteriores, se encontraban ocupando Santa Cruz y San Luis, sitiando la fortaleza del Manzanillo, y recuperándose de los esfuerzos realizados en jornadas precedentes en los campamentos emplazados al este de La Popa.

EL ATAQUE

Al anochecer del día 19 de abril, en silencio y en medio de una copiosa lluvia, la columna británica del general de Guise inicia la aproximación desde su campamento siguiendo la ruta del Camino Real hacia Cartagena y guiados por algunos prisioneros españoles y cartageneros a los que obligaban a realizar dicho cometido. Van cargados con su pesado armamento, intentando preservar seca la pólvora, y llevando en sus morrales algunas escasas raíces y frutos de dudosa procedencia local para su alimentación, pues solo reciben mermadas raciones cada varios día y que había que traerlas de sus ya lejanos buques o desde Pasacaballos a través de

caminos empantanados y sufriendo continuos ataques de guerrilleros locales. En sus cantimploras, llenas por el agua de lluvia que recogían, apenas se percibe el sabor del ron que se les suministraba a diario pero del que carecen desde hace semanas. Transportan las engorrosas escaleras que les tenían que permitir la subida al bonete de San Felipe de Barajas que, con urgencia y con medios de circunstancias, habían tenido que construir y que necesitaban, dada su longitud, no menos de 10 hombres para su transporte. Solo les consuela el alivio momentáneo de la usencia del tormento de los moquitos que las lluvias habían eliminados.

A la altura del cerro de la Popa se mantienen en el terreno los Regimiento de Lowther y Wolfe, y en las alturas del cerro se despliegan las tres únicas piezas ligeras de artillería que habían sido capaz de aproximar hasta allí y que hacen un fuego ineficaz contra San Felipe.

Sobre las tres de la madrugada inician el ascenso al cerro por la senda de acceso al mismo. No pasa mucho tiempo hasta que los primeros elementos de la columna, que iban guiados por los soldados del RI. Aragón Echevarría y Olaciregui que habían caído prisioneros en jornadas anteriores y eran obligados[307] por los británicos a desempeñar este cometido, reciben el alto de los centinelas cartageneros situados en las primeras trincheras, que estaban sobre-alerta esperando la inminencia del combate en cualquier momento, y les requieren el "santo y seña"[308]. Ante las dudas producidas por los titubeos en la contestación, los centinelas no dudan en hacer uso de sus armas y efectúan una descarga contra el grupo humano situado delante de ellos.

Instintivamente los británicos responden al fuego. Los asaltantes se apartan de la rampa de acceso y buscan refugio en las irregularidades del terrero de los alrededores para protegerse, identificar el origen de los fuegos y las

trincheras, y asentar mejor su armamento.

El resto de los defensores se reincorporan a sus puestos de combate ya que, aunque en los últimos días se habían producido muchas falsas alarmas desencadenadas por centinelas nerviosos, en esta ocasión, al oír los disparos de la vanguardia provenientes de delante de las trincheras, presumen que el peligro está fundado. La sorpresa se ha roto.

En medio de la confusión y oscuridad reinante los soldados Echevarría y Olaciregui aprovechan para escabullirse de sus captores y se fugan, dejando al Regimiento de Wynyard carente de la guía en la que habían confiado para mantener la dirección adecuada en su acercamiento final hacia el objetivo.

El grueso de los atacantes, después de sufrir grandes penalidades y de emplear mucho tiempo en tan abrupto e irregular terreno en una oscuridad que les hace tropezar, caer rodando por las desniveladas cuestas que les ocasionan magulladuras, torceduras y fracturas en sus extremidades, soportando las espinas de la tan tupida y selvática vegetación que creen son picaduras de la abundante colonia de serpientes, escorpiones y reptiles para ellos desconocidos, y de desprenderse voluntariamente para ganar agilidad de parte del equipo pesado, entre el que se encontraba las engorrosas y difícilmente manejables escaleras y escalas necesarias para el asalto final, consiguen desplegar solo parcial y limitadamente a sus unidades. La unidad de Wynyard ocupa el frente Este del despliegue aunque, desorientados, van a parar a una quebrada que era inaccesible para ellos, la parte central de la rampa la ocupan los americanos, y el Regimiento de Grant se apoya descoordinadamente en la parte Oeste de la subida ya que su coronel recibió un disparo en los primeros momentos que le hiere gravemente y se quedan durante algún tiempo sin

dirección hasta que el teniente coronel Hammon se hace cargo del mando de la unidad. No cuentan con apoyo artillero para facilitar el despliegue y el avance, pues la artillería emplazada en La Popa solo conseguía esporádicamente colocar algún proyectil dentro del castillo que no era la zona en que se enfrentaban los granaderos británicos.

En el otro bando, los defensores, que se encontraban emplazados y protegidos por las trincheras, ante el momento de indecisión y paralización británica, aprovechan la ocasión y los destacamentos del RI España del capitán Felipe de Solís, del Fijo de Cartagena de Juan Toribio, del de Milicias de Miguel Pedrol, y del Teniente de Marina Manuel Moreno, desencadenan un nutrido fuego de fusilería en dirección a las sombras que deambulan y se mueven frente a ellos colina abajo

La artillería de San Felipe situada en el lado Oeste del castillo, así como la de la Batería de los Doce Apósteles, y la de los baluartes de San José y de Santa Teresa de Getsemaní, también se suman a la acción de los fusileros de las trincheras. La oscuridad reinante les impide llevar a cabo un fuego eficaz sobre las laderas del castillo, pero los ensayos realizados en los días previos, que habían sido ordenados y dirigidos por Lezo, y que les habían permitido calcular las derivas y ángulos de tiro de las piezas, a las que se les dotaron de las cuñas de madera que había empleado tan acertadamente contra Vernon en marzo del año anterior, ayudan, si no a ocasionar muchas bajas, sí a producir un gran efecto moral sobre los atacantes.

La situación se mantiene estacionaria durante algún tiempo en una noche oscura y lluviosa que no favorece el empleo del movimiento: los defensores protegidos en sus trincheras, fosos y fortificaciones, realizando un fuego constante aunque bastante ineficaz que mantiene a raya a

los británicos, y los atacantes permaneciendo inmóviles y aprovechando las irregularidades del terreno para protegerse.

De Guise se da cuenta de que no pueden permanecer mucho tiempo en esas condiciones y ordena a su reserva que adelante un Batallón con unos 400 hombres para que, siguiendo la dirección de la rampa de acceso al cerro, efectúe un ataque frontal contra las trincheras cartageneras. A las fuerzas inmovilizadas les alerta de lo que pretende hacer y les trasmite, igualmente, la orden de que deberán apoyar con un fuego intenso la acción del Batallón de reserva.

La operación inglesa, ensayada reiteradamente durante su periodo de adiestramiento, se ejecuta con precisión y, aún de noche, los cartageneros situados en la trinchera que cierran el camino de acceso al castillo reciben otra lluvia, ésta vez de proyectiles, mientras, aterrorizados, escuchan las voces de los granaderos británicos que se lanzan a bayoneta calada al asalto.

Un toque de tambor y pínfano desde el castillo cuando los británicos se lanzan al asalto, y que estaba previamente convenido, desencadena la orden a los defensores situados en las trincheras exteriores para que se replieguen con carácter urgente hacia el interior de la fortaleza mientras que los cañones y armas de la misma, que tenían campo de tiro sobre ellos, protegen la acción. Aunque con bajas, el movimiento de la rotura del contacto, que ya habían realizado en L-1 y L-2, se ejecuta coordinadamente y un gran número de las tropas consiguen acceder al castillo por la única puerta del mismo, custodiada directamente por la reforzada guardia de San Felipe.

Con las primeras luces del día 20 las tropas británicas, soslayando las trincheras y el foso, alcanzan la explanada superior del cerro de San Lázaro y rodean el castillo de San Felipe por los costados Norte, Oeste y Sur con los

Regimientos que habían ascendido, respectivamente, por aquellas direcciones.

La situación física en que llegan los británicos es penosa: extenuados después de un mes en que casi ningún día habían dormido a cubierto y soportando aguaceros, insectos, parásitos y el acoso de los guerrilleros, hambrientos, cargados con un pesado equipo, después de una noche infernal en que les han disparado desde todas las direcciones y con todo tipo de armas, empapados y calados hasta los huesos, con las manos y pies destrozados en la subida a un cerro por unas sendas aptas en algunos tramos solo para las cabras que los ha agotado, la mayoría de ellos enfermos (en el mejor de los casos solo con catarros), con una moral por los suelos, etc. Y, cuando por fin consiguen alcanzar la cima de aquel terrible cerro en cuyas laderas yacen bastantes cuerpos de sus compañeros, la luz del día los pone al descubierto para que artillería cartagenera pudiera emplearse eficazmente contra ellos ya que, además, ofrecen un objetivo más definido y despejado, pues no hay defensores situados fuera de las murallas que pudiesen restringir el fuego desde la fortaleza para evitar bajas entre sus propias filas.

En estas circunstancias les quedan por salvar el penúltimo obstáculo: las murallas del Bonete de San Felipe de Barajas[309], y, lamentando el no disponer allí de algún cañón que echase abajo el portalón de madera de acceso al castillo, pretenden efectuar un ascenso desde los tres costados alcanzados para lo que intentan acopiar las escaleras que se habían preparado para ello. Otros problemas se les plantean con ese material en aquellos críticos momentos: no todas las escaleras son aptas para alcanzar el objetivo puesto que las alturas requeridas en cada costado de las murallas eran diferentes debido a la no homogeneidad y consistencia del terreno donde se tenían que apoyar por lo que algunas no

llegaban a rebasar las murallas, a que otras se deterioran y rompen al intentar cargarle el peso de los hombres ya que habían sido construidas deficientemente o con material de mala calidad y, sobre todo, a que existen carencias de ellas, pues un gran número se habían perdido o habían sido abandonadas en las cuestas de San Lázaro debido a la dificultad de su manejo en el transporte o para aligerar la carga en la subida[310].

El resultado no podía ser más adverso para la empresa propuesta. Solo una pequeña y dispersa cantidad de granaderos pueden iniciar el ascenso a las murallas, apoyados por el limitado fuego de algunos mosquetes cuyos fusileros aún conservaban seca la pólvora, mientras que desde las troneras de la fortaleza los tiradores selectos de los Regimientos de veteranos los abaten con facilidad y, la mayoría de los asaltantes que esperaban a pie del castillo su turno para subir, son masacrados sistemáticamente a base de cañonazos, disparos, flechas, y cualquier objeto arrojadizo que tuviese a mano la gran masa de cartageneros que les agredía, a cubierto, desde lo alto del castillo.

En ese momento crítico, el cansancio, la impotencia y la incapacidad de los británicos para superar el obstáculo se transforma en decepción y desmoralización por lo que, a pesar de que sus oficiales intentan detenerlos, algunos de los soldados americanos-los de menos moral y "voluntad de vencer" de sus Regimientos-abandonan la cima de San Lázaro y se dirigen a gran velocidad cuesta abajo alejándose de la zona donde estaban siendo batidos. Su actitud se contagia al resto de las fuerzas inglesas que, secundando el ejemplo de los primeros, unos, o creyendo que se ha dado orden de repliegue para reorganizarse, otros, les acompañan en el movimiento.

La operación ha sido observada por Desnaux que decide aprovechar la coyuntura y explotar el éxito momentáneo del

combate. Deja en las murallas a los artilleros de Lezo y a los fusileros e infantes que seguirían manteniendo la integridad del castillo y, el resto, una fuerza de unos 200 hombres, la mayor parte marinos, al mando de los incombustibles capitanes Pedrol y Agresot, los concentran en las inmediaciones de la puerta de la fortaleza. Cuando están a punto, calan bayoneta, abren el portalón y se lanzan como posesos rampa abajo arrollando a los grupos de británicos que se replegaban por la misma dirección.

Desde las murallas de Getsemaní Eslava no perdía detalle de lo que estaba ocurriendo e interpreta correctamente que es el momento oportuno para poner toda la carne en el asador y, tan oportunamente como cuando empleó la reserva contra la penetración por La Boquilla días antes, ordena al gobernador interino que, con las fuerzas bajo su mando, lance un contraataque desde el arrabal contra los británicos que amplifiquen el castigo que les están produciendo las fuerzas salidas desde San Felipe.

Melchor Navarrete, que se ha visto ofuscado hasta el momento en sus expectativas de tomar parte de una manera más activa en las operaciones ya que la presencia en la plaza del virrey le ha privado de su cometido específico, no lo duda: él mismo, auxiliado por el TCOL del RI Aragón Pedro Casillas, se encarga de reunir rápidamente a 200 hombres y se pone al frente para efectuar el contraataque. No tardan en estar preparado y, cruzando el canal que lo separa de la Popa, se lanza, también, a la pelea cuerpo a cuerpo[311] . En ese momento, la mejor infantería del mundo curtida desde los Tercios de Flandes doscientos años antes, los marinos españoles que empleaban muy frecuentemente en su combates navales el procedimiento del abordaje contra los navíos enemigos a escopetazos y mandobles con armas blancas, y los cartageneros, que aun recordaban como sus familiares les habían contado las atrocidades que sobre los

habitantes de la ciudad habían cometido los filibusteros de Duquese 50 años antes y que no estaban dispuestos a consentir un comportamiento similar, se lanzan al choque con inusitada acometividad produciendo numerosa bajas británicas.

Los británicos, atacados desde dos direcciones y pavoridos, convierten el repliegue en una retirada descontrolada[312] incluso lanzándose al canal de Gracia con la intención de alcanzar a nado sus lejanos navíos, aunque sus oficiales siguen intentando organizar destacamentos retardadores que cubran la retirada.

El coronel Grant muere, Wynyard, dado lo incontrolable de la situación, da la orden de retirada, aunque De Guise decide que el grueso mantuviese la línea alcanzada y que acogiesen en ella a los que se replegaban. Caso necesario, a su orden se replegarían ordenadamente hasta las posiciones que ocupaban los Regimientos de Lowther y Wolfe.

Después de dos horas de combate, las fuerzas cartageneras que habían salido desde San Felipe y Getsemaní consiguen unirse en el cruce de caminos al pie del cerro después de desalojarlo de británicos. En ese momento, Eslava ordena la detención del ataque y retornar a las trincheras de San Felipe y a las fortificaciones porque teme un contraataque inglés, en contra de la opinión de Lezo que prefería seguir persiguiendo al enemigo en su huida.

La situación se estabiliza y, a la caída de la tarde, desde las fortalezas se da el toque de oración[313] por medio de tambores y pínfanos y los defensores detienen momentáneamente su fuego. Los británicos, perplejos por la actitud adoptada por los cartageneros y desconociendo el porqué de la actitud de los españoles, imitan su ejemplo y hacen acallar sus armas, que permanecen en una expectante calma durante la noche.

Con las primeras luces de la mañana del día 21 aparece a ojos de los componentes de ambos bandos la cruda realidad. El espectáculo en los alrededores de San Felipe es dantesco. En el suelo aun húmedo de sus laderas yacen un gran número de muertos que se mezclan con los mutilados y heridos mientras que, entre una abundante cantidad de material abandonado y rescoldos de fuegos a medio apagar, deambulan silenciosos los desorientados, que vagan entre ellos como si fuesen espectros. Solo se oye las quejas apagadas de los heridos.

Los británicos hacen ondear una bandera blanca y envían a las líneas cartageneras dos parlamentarios para solicitar una tregua y poder enterrar a los muertos, recoger a los heridos que se encontraban dispersos en el campo de batalla, y efectuar un cambio de prisioneros que proponen que se realice el día 30. Eslava no duda en acceder a la petición británica aunque determina que los heridos que puedan ser trasladados los considerará como prisioneros de guerra y se llevarán a los hospitales de Cartagena y, para ello, se destaca a dos cirujanos[314] desde la ciudad para que cooperen con un oficial médico inglés que se encontraba atendiendo a sus heridos sobre el terreno.

Los muertos británicos sobrepasan los 400, entre ellos, el coronel Grant cuyo Regimiento ha sido el más castigado y el teniente coronel Thompson, los heridos doscientos, los prisioneros la centena, y las armas y material abandonados se cuentan por millares.

Se recogen casi 60 heridos graves que son enviados a sus buques en lanchas y el botín capturado por los cartageneros sobrepasaba 600 fusiles, numerosos sables, bayonetas y

pistolas, 800 picos, palas y azadas, etc. También se hacen con 50 escaleras grandes, válidas para el asalto a las murallas, lo que ratificaba la escasez que tuvieron de estos medios cuando se encontraron a pie del castillo, además de otras 200, más pequeñas, empleadas para salvar las trincheras, que se encontraban esparcidas por las cuestas de San Lázaro.

Casi de forma milagrosa[315] y, debido al movimiento tan perfeccionado con que se ejecutó la rotura del contacto con el enemigo cuando éste se disponía a efectuar el asalto y a la protección proporcionada por las seguras murallas de San Felipe de Barajas, los defensores solo habían tenido 14 muertos y 21 heridos.

La tregua es aprovechada por Vernon que convoca urgentemente un Consejo de Guerra en su puesto de mando, situado en Punta Perico, en el que, muy enojando y malhumorado contra todos por los últimos acontecimientos, manifiesta su intención de repetir el ataque contra San Felipe.

Wentworth aduce que solo le quedan disponibles unos 3.000 hombres para llevar a cabo el intento, que eran los que habían atacado Bocachica y no los había empleado en San Felipe, aunque entre sus filas están apareciendo un gran número de enfermos, muchos con el vómito negro, y los desembarcados tienen grandes carencias de víveres. Cree que las tropas recientemente replegadas tras el ataque fallido no están en condiciones adecuadas para volver a ser empeñadas en el combate ya que están desmoralizadas y, en tan precaria situación, que probablemente se amotinarían y desertarían si se les ordenase repetir el ataque. Ya se habían producido conatos en ese sentido que habían tenido que ser corregidos pasando por las armas a algunos de los cabecillas. Por todo ello, si hipotecaba todas las reservas contra San Felipe, se carecería de efectivos para continuar las operaciones contra Getsemaní y el núcleo urbano de

Cartagena, amén de que, en caso de un nuevo fracaso, peligraría la integridad de todas las fuerzas terrestres ya que no contarían con protección para reembarcarse. Además, como tan reiteradamente le ha manifestado, considera que le es imprescindible contar con un apoyo de fuegos de tal magnitud que solo toda la artillería de sitio, aun no desplegada, y la naval le podrían proporcionar.

Se pide la opinión del jefe de ingenieros interino, pues el titular Jones Moore había muerto en la acción, sobre la posibilidad del despliegue de la artillería de sitio. Éste coincide con la opinión de su antecesor y opina que necesitaría no menos de 1.500 hombres de refresco para ello, ya que los empleados en el reciente ataque contra San Felipe no estaban en condiciones físicas para realizar el trabajo, y un tiempo que no podía precisar debido a que no conocía en detalle las dificultades que les ocasionaría el terreno, aunque estimaba largo. Además, dada la elevada cantidad de hostigamientos que estaban sufriendo las columnas británicas por parte de las partidas de guerrilleros cartageneros en el interior de lo espesa vegetación, apunta que necesitaría una fuerza extra que le diese cobertura durante sus trabajos.

El comodoro Ogle, cuyo grupo de combate naval se encontraba en el interior de la bahía, no se muestra favorable a que sus barcos proporcionen el apoyo artillero que estaba demandando Wentworth pues, al igual que opinaba Vernon, ello supondría exponerlos a los cañones de San Felipe, el Boquerón y Getsemaní, y que ya habían sufrido un gran castigo. Asimismo teme que, si aproximase demasiado sus embarcaciones a tierra, muchos marineros desertarían echándose al mar y alcanzando la costa a nado para refugiarse en la espesura de los manglares huyendo del hambre y de las enfermedades que están sufriendo a bordo.

Vernon se muestra irritado y decepcionado porque ve que

la victoria se le está yendo de las manos. Prueba un último intento para doblegar la resistencia de defensa de los cartageneros dirigido, esta vez, contra el núcleo urbano de Getsemaní, así como contra las fortalezas del Manzanillo y el Boquerón que aún resisten, obviando San Felipe que se ha mostrado inexpugnable y para lo que necesitaría emplear un gran número de infantería de la que ya carecía. Y además, el intento tiene que ser inmediato porque el vómito negro está apareciendo con mayor asiduidad, tanto en los buques como en las fuerzas terrestres, lo que podría dar al traste con toda la operación inglesa en el Caribe.

Ordena a Ogle que ponga en estado operativo al navío Galicia, que había sido el buque insignia de Lezo, y que emplee su poderosa artillería contra el baluarte de el reducto de Getsemaní para abrir brecha en el mismo, así como contra el Boquerón, aún a costa de arriesgarlo o que fuese hundido, porque sería una pérdida que se achacaría a la Marina española pero no al Almirantazgo. Simultáneamente le ordena que emplace algunos morteros en el norte de la isla de la Manga para que batan desde allí al núcleo urbano de Getsemaní y Cartagena.

A Wentworth le requiere para que tome la fortaleza del Manzanillo, que coopere con Ogle en la acción contra el Boquerón, y que se encuentre preparado para asaltar Getsemaní con una fuerza anfibia. El brigadier se muestra contrariado por la escasa fuerza naval que se emplearía contra los nuevos objetivos, ya que estimaba que se necesitaría emplear la artillería de no menos de cinco poderosos navíos de línea para que la acción tuviese alguna garantía de éxito. Teme encontrarse nuevamente sin apoyo artillero adecuado aunque, no obstante, acepta los nuevos cometidos.

Finalizada la tregua se reanudan el fuego y los combates.

El día 22 se hace un intento para tomar el Manzanillo con

unos 150 atacantes que son rechazados por los 20 defensores y un pequeño cañón que era el único que aún podía disparar. Un día después un bote inglés se acerca al Boquerón con una bandera blanca pidiendo un canje de prisioneros. Los defensores se niegan a ello pues estiman que es una añagaza, por lo que le contestan que si lo intentaban otra vez serían recibidos a cañonazos. Ese mismo día es herido el gobernador interino Melchor Navarrete por la metralla de una bomba.

Para el 24 ya están emplazados los morteros en la isla de la Manga que dirigen el fuego contra el recinto urbano ocasionando dos muertos, la inutilización de dos cañones, algunos incendios, entre ellos en el templo de Nuera Señora de los Ángeles que amenazó con explosionar un polvorín allí ubicado, y otros escasos daños.

Para el 26 el Galicia, ondeando pabellón inglés y con parte de su armamento renovado, se introduce en la bahía interior esquivando los cascos semihundidos del Conquistador y el Dragón y, junto con dos bombardas, se acercan a la altura del Boquerón para emplearse contra dicha fortaleza, el baluarte del Reducto, Getsemaní y la plaza.

No pasa mucho tiempo para que los cañones del fuerte, del arrabal, e incluso desde el lejano San Felipe, concentren su atención contra tan escasa fuerza naval y, en breve plazo, el Galicia queda desarbolado e ingobernable yendo a encallar junto a los restos abandonados de otros navíos ingleses que allí se encontraban fruto de los combates de fechas anteriores. Al día siguiente ya había recibido más de 50 disparos y se hunde. El navío y las bombardas habían tenido 72 bajas entre muertos y heridos.

EL REPLIEGUE

Vernon no puede dar la espalda a la realidad y, el día 28 de abril, tras achacar al parsimonioso general Wentworth la responsabilidad de la derrota, toma la penosa decisión de abandonar Cartagena de Indias, cuya ocupación se le ha resistido por tercera vez, aunque con la intención de retornar en una próxima ocasión cuando hubiese reorganizado y recuperado sus fuerzas en Jamaica. Da la orden para que las fuerzas de tierra inicien, con carácter urgente, el embarque y, simultáneamente, que se destruyan todas las fortalezas y posiciones que estuviesen a su alcance para que no pudiesen ser utilizadas nuevamente durante un largo periodo.

Wentworth le indica la imposibilidad de que, con la salvedad de las tropas que tenía en Bocachica, el movimiento de reembarque del personal y material se pudiese efectuar en un corto espacio de tiempo, pues los soldados que se encontraban en La Popa, en la Manga y en Manzanillo, habían de ser desplazados hasta esta última y allí tendrían que emplear los limitados botes y canoas para acercarlos a los buques de transporte para efectuar el reembarque, y además, quedaba la tarea pendiente de enterrar a un gran número de muertos que yacían todavía en el campo de batalla. Y todo ello tendría que realizarse con un personal al límite de sus fuerzas, hostigado por partidas de guerrilleros, y con el peligro de que los cartageneros desencadenasen un contraataque a gran escala.

Vernon le indica que cada día que pasa se incrementa el número de muertos a bordo de los buques debido a las enfermedades por lo que había que abandonar aquellas aguas con rapidez y que, para proteger la retirada ante posibles contraataques, sus barcos les darían apoyo.

El brigadier establece tres líneas defensivas sucesivas y guarnecidas por las unidades de reserva: una a la altura de la

Quinta, otra apoyada en el canal de Gracia y la última en la orilla SO. del Manzanillo, para proteger y defender a las unidades que se replegaban en caso de que fuesen perseguidas. Se efectuarían los enterramientos que diese tiempo a realizar y, en relación al material propio, solo se reembarcaría el armamento.

El día 30 de abril, según lo acordado, se produce el intercambio de prisioneros. Los ingleses entregan 71, entre ellos algunos monjes del convento de La Popa, y los españoles 94, de los cuales 28 estaban heridos. Vernon envía una misiva a Eslava agradeciéndole el trato que han tenido con los prisioneros y heridos a la vez que le pide efectuar una segunda entrega de prisioneros en días posteriores y autorización para que algunos tripulantes de sus navíos bajasen a tierra para abastecerse de agua. Eslava, que observaba las destrucciones que estaban haciendo en el Castillo Grande y en Bocachica, le contesta que no habría otro canje de prisioneros mientras hubiese barcos ingleses en el interior de la bahía y, amenazándole, con que si querían agua que viniesen armados a por ella.

Durante los primeros días de mayo algunas bombardas cañonean esporádicamente el núcleo urbano y llegan a la ciudad numerosos prisioneros españoles que escapaban de la vigilancia inglesa, así como desertores británicos que incluso prometían luchar contra sus compatriotas y cambiar de religión. Unos y otros confirman el estado calamitoso en que se encontraban los británicos, pero Eslava se mantiene firme en no atacarles aprobando solo el hostigamiento por parte de las partidas de guerrilleros, a pesar de la insistencia machacona de Lezo para reanudar las operaciones a mayor escala.

Las posibilidades que se les ofrecían a los españoles en ese momento eran las de efectuar una “Explotación del Éxito” y una “Persecución”, acciones que se realizan sucesivamente y

con diferentes objetivos.

La Explotación del Éxito tiene como objeto la conquista de objetivos importantes del terreno que impidan el repliegue o resistencia del enemigo, y la Persecución el batir a las fuerzas enemigas. Normalmente, y después de un ataque victorioso (como fue el contraataque español en las faldas de San Lázaro), habría que efectuar una Explotación del Éxito para tomar con rapidez el castillo de San Luis con objeto de cerrar el canal de Bocachica e impedir que los británicos se evadiesen por encontrarse encerrados en la Bahía y sin posibilidad de escape y, en ese momento y situación, desencadenar una Persecución para batirlos o capturarlos.

El impulsivo Lezo era partidario de esta opción, pero el reflexivo Eslava la descartó porque:

Las fuerzas españolas disponibles para poder tomar San Luis eran de unos 400 hombres que eran los que habían salido desde San Felipe y la ciudad para efectuar los contrataques en San Lázaro, y que debían progresar a pie por La Caleta, Bocagrande y Tierra Bomba para atacar a San Luis de Bocachica.

Estas fuerzas tendrían que batir, entonces, a los dos Regimientos británicos (unos 2.000 efectivos) que se encontraban todavía allí, empresa bastante difícil de conseguir.

Caso de que los españoles lo consiguiesen, tendrían que impedir, y con prácticamente sin ningún cañón ya que la dotación de los existentes en Bocachica habían sido destruidos en el ataque de hacia menos de un mes, a los poderosos navíos ingleses, con su potente artillería embarcada, que intentarían salir de la bahía.

Y en Manzanillo-La Popa quedaban unos 5000 británicos, la mitad de ellos formando parte de la intacta Reserva.

La misión de la Explotación Éxito española, si se llevaba a

cabo, con muy alta probabilidad estaba condenada al fracaso.

Hasta diez días después de darse la orden de repliegue hacia Jamaica no se puede iniciar el mismo. El 8 de mayo lo hacen 18 buques de transporte, el 10 otros 40, el 11 son 16 y 2 navíos de escolta los que salen, el 13 otros 40 junto con 2 bombardas, una fragata y 6 navíos, el 17 es el turno de Vernon, y el 20 de mayo abandona las aguas cartageneras el último convoy inglés formado por siete navíos y cuatro balandras al mando del comodoro Lestock. No hubo necesidad de emplear las líneas de repliegue organizadas por Wentworth en tierra dada la inactividad de los defensores.

Debido a la carencia de tripulantes suficientes para el gobierno de los buques, pues se están produciendo una media de 25/30 fallecimientos cada día, se incendian, intencionadamente cinco buques y hay que emplear como marineros incluso a los americanos del regimiento de Gooch.

Para entonces, hacía más de nueve semanas que los británicos habían comenzado a ser acribillados por los insectos de los manglares y habían sobrepasado el plazo que tenían para finalizar la operación antes de que, según preveían, las enfermedades locales les produjeran efectos masivos. Desde los barcos se arrojan al mar los cuerpos de algunos fallecidos que, junto a los que en tierra no se habían enterrado, producen un olor nauseabundo en todo el entorno.

A bordo de los mismos se producen numerosas discusiones entre los mandos de las diferentes unidades al culparse unos a otros de la responsabilidad del desastre acecido lo que degenera, en ocasiones, en altercados y en tener que azotar a la marinería, pues se muestran muy rebeldes a cumplir las órdenes que se les dan. Durante el trayecto, otro navío se hunde antes de recalar en Jamaica debido a las averías sufridas en la batalla.

Desde la ciudad se habían observado las actividades

británicas y se enviaban exploradores que reconocían el estado de las fortificaciones exteriores y daban cuenta de la gran cantidad de cadáveres, hinchados y en descomposición, que flotaban en la bahía o que estaban varados en las orillas de la misma.

Sucesivamente se toma contacto con los que valientemente habían resistido en el Boquerón y Manzanillo y se recuperan La Cruz Grande y Bocachica en cuanto los ingleses las abandonan después de causar grandes destrozos en ellas y el envenenamiento de los aljibes, pero se perdió una gran ocasión, cuando los británicos eran muy débiles, si se hubiese presentado en este momento la escuadra de Torres y entonces sí, poder perseguir a la infantería británica.

13 Epílogo

BAJAS[316]

El total de muertos británicos que se produjeron en la batalla se estima en 1.500, de los cuales alrededor de 400 lo fueron por enfermedades, además de otros 800 heridos y, durante el retorno a Jamaica y los días posteriores, murieron otros 2.500 mayoritariamente debido a la fiebre amarilla, lo que supuso que perdieron alrededor del 17 por ciento de sus combatientes. Entre ellos se contaban un capitán de navío, siete coroneles y teniente coroneles, veinte y nueve capitanes, y cincuenta tenientes.

De los 3.200 americanos del regimiento de Gooch que embarcaron en enero de 1741 en Kingston para tomar parte en la batalla y, después de otros combates y vicisitudes posteriores, solo consiguieron regresar a sus hogares, a finales de 1742, 17 oficiales y menos de 400 soldados, 250 de ellos enfermos.

Once de sus grandes navíos habían sido hundidos y otros 35 buques llegaron a Jamaica con daños diversos.

Los defensores tuvieron unos 250 muertos, lo que supuso el 6 por ciento de los efectivos, además de alrededor de 300 heridos, perdieron sus seis únicos navíos y unos 320 cañones.

De los efectivos de los Regimientos Aragón y España del Ejército de Refuerzo, en 1747 solo quedaban poco más de 400

de sus componentes y, para 1749, cuando, se les ordena su repliegue a la península, solo lo hacen un teniente coronel, 8 capitanes, 13 tenientes, 9 subtenientes, 7 sargentos, y 22 soldados, ya que el resto de los supervivientes se reenganchan en el Fijo de Cartagena de Indias.

Las fortificaciones, que sufrieron el impacto de más de 24.000 proyectiles, tuvieron desperfectos valorados en 650.000 libras.

CAUSAS DE LA DERROTA INGLESA

La opinión más generalizada sobre la derrota inglesa sigue achacándose, actualmente, a la fiebre amarilla que los británicos padecieron durante el ataque a Cartagena y que les produjo un número muy elevado de muertes, que incluso se llegan a contabilizar por algunas fuentes en 8.000, por lo que habrá que considerar si los británicos estaban inmunizados o no contra dicha enfermedad y, si ello no fuese así, si les afectó en tal grado que les imposibilitó llevar a cabo adecuadamente los combates.

El impacto climático[317] que tuvieron que superar las tropas británicas llegadas a la ZO y las enfermedades asociadas al mismo habían afectado a los contingentes de forma diferente cuando se presentaron frente a las aguas cartageneras y comenzaron a poner pie en tierra el 20 de marzo de 1741.

La expedición de Vernon había superado el cruce del océano y, dado el largo periodo que llevaba en la zona, se había adaptado al ambiente tropical y padecido las enfermedades transmitidas por los insectos y parásitos autóctonos por lo que, los supervivientes que tomaron parte en el ataque de 1741, estaban inmunizados contra los padecimientos específicos del Caribe y no fueron afectados

gravemente por las enfermedades durante los combates.

Los americanos de Gooch no necesitaron cruzar el océano y llegaron a Jamaica días antes de recalar Ogle/Wentworth el 9 de enero y, junto con los 1.500 jamaicanos que también se les unen en aquel puerto, se incorporan a la expedición. Dado el escaso plazo de tiempo que estuvieron en Jamaica antes de subir a los buques, desembarcan en Cartagena sin haber completado totalmente la etapa de aclimatación al Caribe, por lo que tendrán que padecerla una vez en tierra junto con el resto de las enfermedades que les inoculen los mosquitos y garrapatas tan abundantes en los manglares, entre ellas, la peligrosa fiebre amarilla.

La expedición de Cathcart/Ogle, durante su travesía por el océano, tuvo 60 muertos y un gran número de enfermos, pero se recuperan en su mayor parte durante la semana de descanso (19-26 de diciembre) que pasan en la isla de La Dominica. Este contingente no desembarca en Jamaica y se presenta ante Cartagena de Indias en las mismas condiciones que el de los americanos.

Por todo ello, cuando las fuerzas terrestres británicas ponen pie en tierra en la zona de combate, el 75 por ciento de sus componentes terrestres no habían completado su periodo de aclimatación al Caribe y por lo tanto eran propensos a padecer insolaciones, deshidratación, infecciones, disenterías, trastornos gastrointestinales, catarros, envenenamientos por consumo de productos desconocidos, úlceras, sudoraciones, etc., que, salvo su agravamiento y complicaciones y el padecimiento de otras patologías más graves como el cólera, tifus etc., no producían bajas masivas, y el personal se recuperaba al cabo de un plazo relativamente corto de tiempo.

Les quedaban por superar las enfermedades que les transmitirían los insectos y parásitos locales y éstas sí que podrían haber causado la pérdida de la capacidad de

combate de las unidades y, por lo tanto de la batalla de Cartagena, entre ellas, el tan temido vómito negro. Pero, tal como Drake, Pointis y Vernon sabían, sus graves y masivos efectos no les afectarían hasta las 6-8 semanas de su contacto. Dado que el inicio de este periodo de contagio comenzó el 20 de marzo (antes estuvieron en los buques junto al contingente jamaicano y esclavos que podrían estar infectado, pero la transmisión de la enfermedad no se efectúa por contacto entre personas ni por el aire sino por inoculación mediante la picadura de un vector), el plazo crítico para su efecto masivo no empezó a correr, como muy pronto, hasta 1 de mayo, cuando hacía dos días que se había dado la orden de repliegue a Jamaica. Las enfermedades que padecieron los británicos cuando pusieron pie en Bocachica fueron debidas, en su mayor parte, a la aclimatación, que no causaba bajas masivas, mientras el vómito negro se manifestó con toda su crudeza, produciéndoles una gran mortandad, cuando ya ponían rumbo de regreso hacia Jamaica y habían sido derrotados. La fiebre amarilla no fue la causa determinante de que fuesen batidos en la batalla por Cartagena de Indias.

Para aclarar los verdaderos motivos de la derrota británica hay que remontarse al comienzo, cuando se generan las fuerzas para tomar parte en el conflicto. Y es en Inglaterra, cuando se toma la decisión de limitar el número máximo del contingente de las fuerzas terrestres a 10/12.000 hombres, cuando comenzó a fraguarse su fracaso en la empresa. Esta decisión, de tipo político, y motivada por la necesidad de atender a los dos TO. Europa y América, al carácter marítimo de las Fuerzas Armadas británicas y sobre todo, a no poder contar con un número adecuado de personal (que no era un problema económico y sí en la logística de personal), condicionó el tipo de operación americana a llevar a cabo y los objetivos a conquistar. Si la operación fuese

marítima, el Almirantazgo podría asumirla con garantía de éxito, pero si fuese terrestre, como lo fue, los objetivos tuvieron que estar limitados a los que fuesen capaces de conquistar y mantener con esa cantidad de efectivos. Una vez elegido como objetivo el de Cartagena de Indias, los efectivos terrestres ponderados (teniendo en cuenta la cantidad, entrenamiento, equipamiento, experiencia en combate, la voluntad de vencer y las fortificaciones) en uno y otro bando, y que serían los que llevarían a cabo el esfuerzo principal de las acciones, eran favorables a los británicos frente a los cartageneros pero solo en una proporción que iba de 1,4/1,1 a 1, por lo que el resultado de la batalla era incierto. En esas circunstancias fue una temeridad la decisión, esta vez de carácter militar-operacional, de dirigirse contra la ciudad caribeña si es que no se contaba con otros factores que inclinasen la balanza a su favor, y lo tenían: su poderosa escuadra.

Otro factor a tener en cuenta era la eficacia en la dirección del combate. La persona prevista para mandar todas las fuerzas británicas era el general de división Charles Cathcart, pero su muerte durante al viaje hacia América puso en manos de un empecinado marino, Vernon, el mando de las fuerzas y la dirección de todas las operaciones. Esta circunstancia tuvo una importancia fundamental en el desarrollo de los acontecimientos ya que las fuerzas terrestres, que tendrían que llevar el peso los combates, estuvieron supeditadas, en numerosas ocasiones, a las necesidades y riesgos que pudiesen correr los navíos ingleses y a que las decisiones importantes sobre el empleo de la infantería las tomada el marino. No acompañó a corregir las desviaciones en este sentido las grandes diferencias de carácter entre el vicealmirante Vernon y el mucho más pusilánime brigadier Wentworth, que sustituyó a Cathcart en el mando de las fuerzas de tierra.

Cathcart murió en la isla de La Dominica por disentería, al igual que otros muchos componentes de la expedición, debido al consumo de alimentos en mal estado. Los víveres se descompusieron por varios motivos: retrasos en la salida y utilización antes de tiempo, incremento de efectivos que acarreó nuevas necesidades, una travesía azarosa debido a las malas condiciones atmosféricas y deficiente almacenaje, pero no por la duración del viaje para cruzar el océano hasta llegar a la primera escala, que se ejecutó en un plazo de tiempo normal. Salvo los efectos meteorológicos, el resto de los motivos que dieron origen a la degradación de los alimentos podrían haber sido controlados por una adecuada gestión de la logística del abastecimiento y ello hubiese posibilitado, probablemente, que el general Cathcart dirigiese las operaciones inglesas en el Caribe evitando las distorsiones que Vernon y un mando marino produjo en las operaciones posteriores de las fuerzas terrestres.

El planeamiento de las operaciones tácticas contra Cartagena de Indias tuvo también importantes consecuencias para el resultado final de la batalla.

Probablemente Wentworth tuviese razón al proponer un ataque directo desde el mar contra la ciudad en lugar del efectuado desde el interior ya que, como se reveló con posterioridad, su infantería, en general, estaba bien instruida y adiestrada como para llevarlo a cabo. Quizás también acertaba el brigadier en su razonamiento táctico cuando, una vez tomado el castillo de la Cruz Grande, propuso continuar el ataque por la Punta del Judío-Bocagrande-Cartagena en lugar de por el interior a través de La Popa y San Felipe, que fue la decisión tomada por Vernon, pero lo que fue indudable es que, para tomar San Felipe de Barajas, sus fuerzas tendrían que estar en buenas condiciones físicas y contar con un importante apoyo artillero y ninguno de éstos dos condicionantes los tenía cubierto.

Las unidades terrestres británicas llegaron al pie del cerro de San Lázaro hambrientos y después de un mes sin contar con todo su material de campamento que les protegiese del ambiente y clima tan hostil en que operaban. La impresionante capacidad logística mostrada por los británicos al situar a miles de kilómetros de Inglaterra a una fuerza tan considerable en condiciones de combatir, falló en el último eslabón al ser incapaz de cubrir los últimos 10 kilómetros para llevar tiendas y víveres desde los buques hasta los consumidores que las necesitaban imperiosamente. El resultado: las unidades carecían de la capacidad de combate adecuada para llevar a cabo con éxito la tarea que se le exigió.

Por otra parte, los defensores cartageneros se encontraban protegidos por una red de fortificaciones que les resguardaban en gran medida y cuyas bondades y defectos eran bien conocidos por todos los combatientes. Los británicos eran conscientes de que necesitaban destruir sus murallas para acceder al interior de los recintos y para ello disponían de los medios apropiados para conseguirlo: un enorme número de cañones, tanto navales como de la pesada artillería de sitio, pero carecieron de los medios oportunos de transporte para dotar de la movilidad apropiada a esta última.

No tuvieron problemas insalvables para abrir una brecha en las murallas de San Luis de Bocachica: la utilización de la artillería de los navíos que apoyó la acción y la de los Grupos de la artillería de sitio cumplieron su tarea, aunque esta última necesitó un mayor tiempo del previsto para desplegarse. La infantería de Wentworth dispuso una brecha por donde salvar las murallas del castillo.

Por el contrario, en San Felipe de Barajas se careció del apoyo artillero. Los grandes navíos no cooperaron en este cometido y, para desplegar la artillería de sitio con tan

escasos medios de transporte y acarreo de que disponían, se necesitaba un plazo de tiempo excesivamente amplio. El resultado: la infantería de Wentworth se estrelló contra las murallas de San Felipe.

La logística de apoyo ha impuesto su ley: para que las unidades de combate puedan llevar a cabo su labor hay que realizar, con anterioridad, cálculos, previsiones y actividades logísticas. Si ello se obvia o no se acomete adecuadamente, tal como ocurrió, la ejecución de los combates se lleva a cabo, muy probablemente, de forma muy diferente a cómo se habían planeado y con grandes probabilidades de que fracasen.

También hay que tener en consideración algunas de las características de las fuerzas contra las que se enfrentaron los británicos y, entre ellas, hay que destacar la resistencia y cooperación del personal autóctono, tanto militar como civil, la capacidad de adaptación de los marinos al combate terrestre, la calidad de las unidades de refuerzo y sobre todo, la actuación de tres personajes sin cuyo concurso probablemente el resultado de la batalla hubiese sido distinto: el teniente general Eslava, el almirante de la Armada Lezo y el coronel Desnaux.

No se pueden analizar el comportamiento militar de cada uno ellos por separado porque una parte muy importante del resultado de los hechos fue debido a la forma en que maniobraron con las unidades y ello fue obra de los tres[318].

El éxito se basó en realizar una adecuada defensa móvil, y más concretamente una maniobra retardadora[319], iniciada en Bocachica, que llevó a los británicos, ya desgastados, a estrellarse contra las murallas de San Felipe de Barajas en donde los cartageneros, que se habían replegado sucesiva y ordenadamente de las líneas defensivas adelantadas, desencadenaron un contraataque que derrotó a los atacantes. Durante la ejecución de esta difícil maniobra,

Desnaux se encargó de la defensa de las sucesivas líneas importantes, Eslava de determinar el crítico momento de abandono de las mismas cuando ya fuese imposible resistir, y Lezo le daba flexibilidad al sistema socorriendo donde se necesitaba y aportando nuevas ideas e iniciativas ante los cambios de la situación. Y aún más, si los británicos hubiesen conquistado San Felipe de Barajas, aún habrían tenido que batir a Eslava y a otros 1.000 defensores que les esperaban detrás de las murallas de Getsemaní y en el recinto urbano, porque los defensores dosificaron tan bien sus fuerzas y esfuerzos que aún disponían de dos cartas para jugar en la partida.

No hay un único motivo para determinar cómo una fuerza británica tan considerable cayó tan estrepitosamente derrotada en Cartagena de Indias en 1741, pero los fallos en la logística inglesa en primer lugar, la tupida red de fortificaciones realizadas por los magníficos ingenieros militares en segundo, y la presencia entre los defensores de Lezo y Eslava en tercero, tuvieron mucho que ver en ello. Cuando la poderosa escuadra inglesa apareció por Punta Canoa ya estaba derrotada.

POSTCONFLICTO

No hubo muchas celebraciones en la ciudad después de la partida de los británicos, pues la putrefacción de los cadáveres que flotaban en las aguas y permanecían sin enterrar trajo nuevas enfermedades a los habitantes y dio lugar a que el virrey dictara la orden, desagradable y temida, de recoger y sepultar los cadáveres además de que la población pasase una temporada aislada por temor al contagio. Durante este periodo el olor, las nuevas

enfermedades, el hambre producida por la escasez de alimentos, y el aislamiento que impedía el abastecimiento desde el exterior, daba al recinto urbano un aspecto tétrico.

Hasta que no finalizó la cuarentena no pudo retornar a la ciudad el personal civil que la había abandonado antes del conflicto trayendo consigo nuevos ánimos y víveres frescos.

Se envía a España al capitán de fragata Campuzano con un navío de aviso llevando un informe del virrey en que daba cuenta al monarca de los hechos ocurridos en Cartagena de Indias. En el citado informe se queja de las intromisiones que Lezo había hecho a su labor durante la batalla, al igual que lo hace Desnaux en el suyo. En sentido contrario se muestra Lezo en el que también elabora al Monarca y que arremete contra la conducta del virrey. Parece anormal que, después de haber obtenido una gran victoria y cuando todo debería ser felicitaciones y agradecimientos, los principales responsables de la batalla muestren tan elevada de hostilidad entre ellos, por lo que se estima que los motivos tuvieron mucho que ver, además de por los enfrentamientos previos sobre las competencias asignadas o que se asignan en la defensa de la plaza, a la dificultad de la convivencia debido a la soledad[320] y al problemático contacto permanente que tuvieron que asumir durante el asedio[321].

El 7 de septiembre del mismo año Lezo, que se muestra abatido por el informe emitido por el virrey y que se había enclaustrado en su casa muere, probablemente debido al dengue, la malaria o peste (aunque en aquella época, en que se desconocía la existencia de los virus, mucha enfermedades que con posterioridad se supo que eran producidas por otros agentes, se les denominó bajo la denominación general de "peste")[322] . A petición suya, fue enterrado en la ciudad por la que dio sus barcos y su vida, Cartagena de Indias.

No se tarda en percibir el efecto que habían tenido los documentos en la Corte: se ordena la reconstrucción y potenciación de las fortificaciones, sobre todo la de San Felipe de Barajas que se había mostrado vital para la defensa, se asciende a Eslava a capitán general de los Reales Ejércitos, y a Desnaux a general de brigada, se otorga también una mención honorífica a todos los soldados que participaron en la batalla, y a Lezo, se le desposee de la Jefatura de la Comandancia naval y del Apostadero debido a sus reiterativos actos de indisciplina contra del Virrey.

Con posterioridad, cuando se conocen en profundidad todos los hechos y circunstancias, se emite por la Corona el informe oficial "Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de los fuertes de Bocachica y sitio de Cartagena de Indias", en el que se acredita "*….la acertada conducta del Teniente General de marina Blas de Lezo*" y, 19 años después, Carlos III rehabilita completamente su memoria[323] y le concede el título de Marqués de Ovieco en la misma fecha, cuando también había fallecido, que a Eslava, el cual había sido absuelto en el Juicio de Residencia[324] y llegado a ser Ministro del Ejercito, el de Marqués de la Real Defensa[325].

En las Islas Británicas, a la llegada el 17 de mayo de la fragata Spencer con las noticias de la toma de Bocachica, La Popa, y la bahía de Cartagena, y de la preparación del asalto a San Felipe y al núcleo urbano, se da por segura la victoria y se celebra, prematuramente, la toma de Cartagena de Indias. En numerosas ciudades se programan festejos y obras de teatro para celebrar el acontecimiento e incluso se acuñan medallas y cerámicas conmemorativas[326].

Con posterioridad, cuando se conoce la realidad de los hechos, se intenta justificar la derrota asegurando que Cartagena de Indias había estado defendida por 40.000 soldados, y se minimiza la victoria[327]. En el resto de Europa

asombra la magnitud de la derrota de Inglaterra.

Vernon rondó por aguas próximas a Cartagena un año después, aunque sin atreverse a atacarla de nuevo. La conjunción de un número tan elevado de bajas británicas y las dificultades de reposición de los barcos hundidos, así como de la reparación en breve plazo de los dañados sin contar con unos astilleros importantes y próximos, limitó su capacidad para prolongar las operaciones a gran escala. Culpó de lo ocurrido al brigadier Wentworth, fue ascendido a Almirante y, a su muerte 16 años después, fue enterrado en el panteón de héroes nacionales de la Abadía de Westminster bajo un epitafio que decía: *"Sometió a Chagras y en Cartagena conquistó hasta donde la fuerza naval pudo llevar la victoria".*

También, el entonces capitán Lawrence Washington, le hizo un homenaje a su antiguo jefe y amigo y cambió el nombre de la colina donde se asentaba la casa familiar de los Washington, a unos 25 kilómetros de la ciudad del mismo nombre, en el estado de Virginia (EE.UU.), y le puso el nombre de Mount Vernon.

Aunque la guerra entre Inglaterra y España continuó en el TO europeo debido a los intereses encontrados que tenían en la guerra de sucesión al trono austríaco, en los territorios americanos solo se produjeron acciones de menor entidad. En 1748 se firmó el Tratado de Aquisgrán que puso fin a las operaciones y, para 1750 Inglaterra renuncio a los derechos del Asiento y el Navío de Permiso a cambio de una indemnización de 100.000 libras.

Ante Cartagena de Indias España aseguró su presencia en la zona hasta comienzos del siglo XIX manteniendo a raya a británicos y franceses. Sería imposible determinar qué efectos habría tenido una victoria británica ante los cartageneros lo que habría conllevado, casi irremediablemente, a que Gran Bretaña hubiese dominado

en breve plazo todo el Caribe y sus zonas adyacentes, amén de poder acceder al interior del continente. Probablemente la independencia de los países hispanoamericanos y la Guerra de Liberación de los EE.UU., si se hubiesen llevado a cabo en esas circunstancias[328], habrían discurrido por otros derroteros. Quizás por ello, parte del mérito de la victoria cartagenera se debió, tal como algunos creyentes pensamos, en la ayuda que les prestaron la Virgen de la Candelaria y quien patrocinó la primera expedición al Nuevo Mundo e impulsó la difusión de la religión y evangelización en aquellos territorios, la reina Isabel I de Castilla, la Católica.

Anexo A: Ilustraciones



Sebastián de Eslava
Fundación Mencos. Tafalla, Navarra



Blas de Lezo
Museo Naval Militar. Madrid



Edward Vernon
National Maritime Museum Greenwich



Cartagena de Indias. Canal, foso y puerta
Vista desde el Cerro de S. Lázaro

Mar Caribe, actualmente.



Mercado de Cartagena de Indias

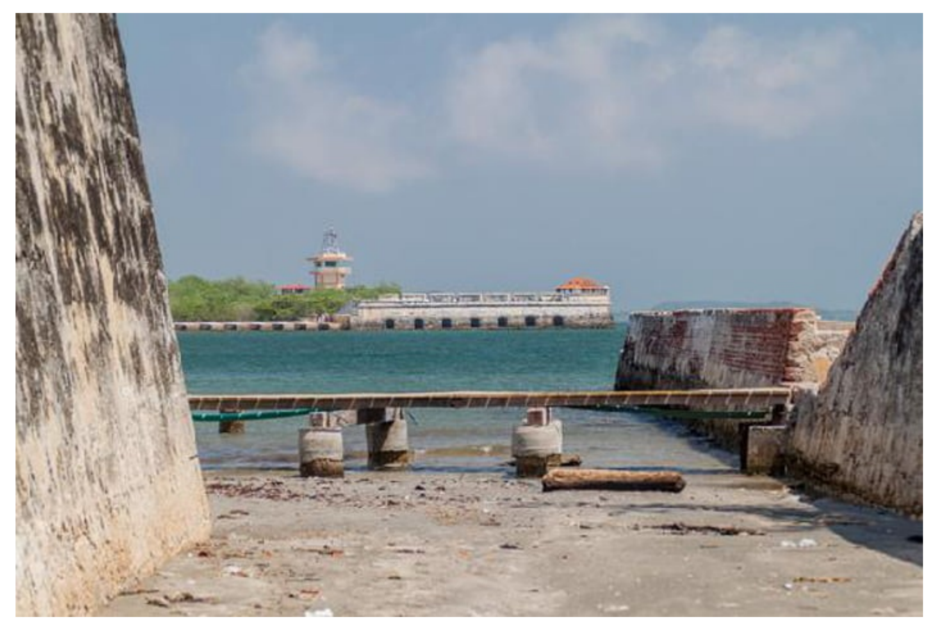


Ataque de Vernon a Porto belo, 1739
National Maritime Museum Greenwich



Escuadra británica frente a Cartagena, 1741
National Maritime Museum Greenwich

Castillo de S. Luis de Bocachica, actualmente



Fuerte San Fernando y Batería de San Jose, actualmente



Cerro de la Popa, al fondo, actualmente. Vista desde S. Felipe.

Castillo de S. Felipe de Barajas, actualmente. Se finalizó después del ataque



Bonete de S. Felipe de Barajas. Única construcción en S. Felipe en 1741.



Españoles poniendo en fuga a los británicos. Museo de Historia de Madrid.

Anexo B: Tablas de datos

Tabla 1. Buques de guerra españoles disponibles en julio de 1739.

UBICACIÓN	TIPO DE EMBARCACIÓN	NOMBRE	POSIBILIDAD DE MONTAJE DE CAÑONES	SITUACIÓN
CADIZ	Navío	Real	114	Desarmado
	"	Santa Isabel	80	"
	"	San Luis	62	"
	Fragata	La Galga	50	"
	"	Paloma	52	"
	"	Javier	30	"
	"	Atocha	8	"
	Bombardas	Vulcano, Esterop, Brontes y Piracmon.	8 cada una	Desarmadas
	Navíos	San Isidro	62	"
	"	Real Familia, Nueva España, San Antonio, Asia.		"
	"	San Fernando y Andalucía	60 cada uno	Armados
	"	Fuerte	60	"
	Fragata	Fama	52	"
	"	Griega	18	"
	"	Júpiter y Marte	16 cada una	"
EL FERROL	Brulotes	Francisco Javier y San José	4 cada uno	Desarmados
	Navío	San Felipe	80	Armado
	"	Reina, Príncipe, Princesa, León y Santa Ana	70 cada uno	Armados
	"	Castilla, Santiago, América y Hércules.	60 cada uno	"
	"	Constante	64	"
	Fragata	Esperanza	50	"
	"	Águila	20	"
	"	Aurora	30	"
	Saetia	El Salvador	6	"
	Jabeque	Fco. De Paula	2	"
CARTAGENA DE INDIAS	Navío	Conquistador	64	Armado
	"	Dragón, Europa y África	60	"
	Fragata	San Juan	60	"
	"	La Bizarra	50	"
	"	Santa Bárbara, La Habanera y San Cayetano	24	"
Con Eslava	Navío	San Carlos	62	Armado
	"	Galicia	70	"
La HABANA	Navíos	Invencible y El Glorioso	70	En astillero
BUENOS AIRES	Fragatas "	Hermiona y San Esteban	50	Armados

Tabla 2. Duración media de los viajes.

Origen	Destino	Viaje de ida	Viaje de regreso
ESPAÑA	Canarias	15 días	40
	Puerto Rico	40	50
	Santiago de Cuba	45	60
	La Habana	50	60
	Veracruz	60	80
	Cumaná, La Guaira, Puerto Cabello, Santa Marta	40	65
	Cartagena y Portobelo	45	65
	Montevideo	80	90
	El Callao	150	140
	Chile	130	125
CARTAGENA	Darién y Carolina Portobelo	5 8	20 30
	Pueblo Nuevo	12	24
	Río Hacha	20	5

Según establecía el Reglamento de 18 de Julio de 1805 de la Hacienda Real, a efectos de gratificaciones, raciones y fletes.

Tabla 3. Regimientos británicos.[329] [330]

TIPO DE UNIDAD	DENOMINACIÓNES SUCESIVAS[329]	Coroneles jefes de Regimientos/Batallones
Regimiento de Infantería.	Rgto. de Edward Hales, 14, 15, 19, 33 y 39 de Infantería.	Harrison, Wentuorthes, E.Wolf, Robinson, A.Lowther, Wynyard, J.Grant, J.Colville, L.Moreton, A.Spotswood, W. Gooch, Bland, Cavendish, J. Long, C. Douglas.
Regimiento de Infantería.	Rgto. de Edward Dering, 24 de Infantería	
Regimiento de Infantería de Marina.	Rgto. de James Long, 1° de Marines, 44 de Línea.	
Regimiento de Infantería de Marina.	2° de Marines, 45 de Línea.	
Regimiento de Infantería de Marina.	3° de Marines, 46 de Línea.	
Regimiento de Infantería de Marina.	Rgto. de sir John Mordaunt, 4° de Marines, 47 de Línea.	
Regimiento de Infantería de Marina.	Rgto. de Charles Douglas, de James Cochrane, 5° de Marines, 48 de Línea.	
Regimiento de Infantería de Marina.	Rgto.de 6° de marines, 49 de Línea	
Regimiento de Infantería de marina (colonos americanos).	Rgto. de Williams Gooch [330]	

Tabla 4. Efectivos cartageneros. [331]

FUERZAS TERRESTRES	EFECTIVOS (APROX.)	QUEDABAN EN LA PLAZA y FORTIFICACIONES
Ejercito Permanente	350 en la Plaza y fortificaciones y 80 destacados en la Provincia y puestos exteriores guarnecidos.	350
Ejército de Refuerzo	1400 en la plaza y 500 embarcados en la escuadra de Torres como Infantería de Marina.	1400[331]
Milicias	900 en la plaza y fortificaciones y 6.500 en los destacamentos interiores de la provincia.	900

Tabla 5. Efectivos comparados valorando equipamiento, entrenamiento, experiencia en combate y voluntad de vencer.

		FUERZAS DE INFANTERIA BRITÁNICAS			FUERZAS DE INFANTERIA ESPAÑOLAS		
		INGLESAS	COLONOS AMERICANOS	JAMAICANAS	EJERCITO PERMANENTE	MILICIAS	EJERCITO DE REFUERZO
EFECTIVOS		7.400	3.000	1500	350	900	1400
Equipamiento y entrenamiento	Factor multiplicador	1	0,6	0,2	0.8.	0,2	1
	Peso específico	1					
Experiencia en combate	Factor multiplicador	0.2	0,1	0,1	0,2	0,1	1
	Peso específico	3					
Voluntad de vencer	Factor multiplicador	0,8	0,5	0,1	1,5	2	1
	Peso específico	2					
EFECTIVOS RELATIVOS PONDERADOS		7.893	1900	350	513	1350	2.800
TOTAL EFECTIVOS PONDERADOS		10.143			4.663		

Tabla 6. Efectivos comparados valorando todos los factores que se han considerado.

DISTRIBUCIÓN PREVISTA DE COMBATIENTES CARTAGENEROS EN LAS FORTIFICACIONES		150 en La Boquilla, 400 en Bocachica, 300 en L-2, 450 en San Felipe, 1300 en la ciudad, 50 en Pasacaballos.		
FACTORES MULTIPLICADORES DE LAS FORTIFICACIONES		La Boquilla.- 1,5; L-2 y Núcleo urbano.- 2; Bocachica.- 2,5;S. Felipe.- 3		
TOTAL COMBATIENTES PONDERADOS		INGLESES	CARTAGENEROS	PROPORCIÓN ATACANTE/ DEFENSOR
DIRECCIÓN X	Efectivos ponderados	10.143	7.095	1,4 a 1
DIRECCIÓN Y	Efectivos ponderados	10.143	9.435	1,11 a 1
DIRECCIÓN Z	Efectivos ponderados	10.143	8.415	1,2 a 1

Tabla 7. Algunos buques de combate británicos que intervinieron en la batalla de Cartagena de Indias.

NOMBRE	TIPO	CAÑONES
Princess AMELIA, BOINE, CUMBERLAND, RUSSEL, TORBAY, CHICHESTER, NORFOLK, SHREWSBURY y PRINCESS CAROLINE	Navíos	80
BURFORD, HAMPTON COURT, BUCKINGHAM, Princess ORANGE, OXFORD,	Navíos	70
Princess FREDERICK,,SUFFOLK, AUGUSTA	Navíos	70/64
WEYMOUTH, WORCESTER.	Navíos	70/60
DEFIENCE	Navío	70/64/60
DEPFORD, DUNKIRK, JERSEY, ADVICE, Princess LOUISA, LION, MONTAGUE, RIPPON, TILBURY, STRAFFORD, YORK, WINDSOR.	Navíos	60
NORWICH, FALMOTH	Navíos	50
LITCHFIELD	Navío	50/48
ANGLESEA	Fragata	44/40
LUDLOW CASTLE, DIAMOND.	Fragatas	40
EXPERIMENT, SEAHORSE, SHOREHAM.	Fragatas	20
SHERNESS, SQUIRREL	Fragatas	20/24
SPENCER	Fragata	16
ASTREA	Fragata	12
ELEANOR, CUMBERLAND, PHAETON, VESUVIUS, VULCAN, GODDLEY, POMPEYO, VIRGIN QUEEN, BRIG LICITACION	Bombardas	4/8/10
FIREBRAND, STROMBOLO, SUCCES, ALDERNAY, TERRIBLE, ETNA	Brulote	8
WOLF	Goleta	10
SPY	Balandra	-
Princess ROYAL, SCARBOROUGH.	Buques hospital	-

Tabla 8. Buques españoles que tomaron parte en la batalla.

NOMBRE	CAÑONES	OBSERVACIONES
GALICIA	70	-Primer navío armado con 70 cañones. -Construido en el arsenal de la Graña por el armador D. Lorenzo de Azueta y entregado a la Armada en 26 de abril de 1730. -A primero de 1734 se repara en el arsenal de La Carraca (Cádiz) y se alista nuevamente en febrero de ese año. -Capitán Juan Jordán
SAN CARLOS	64/70	-Construido en 1724 en Guarnizo por Azueta bajo la dirección de D. Antonio Gaztañeta. -Alistado en 1726 o 1727 y nuevamente en 1739 en el Ferrol -Capitán Fuentes
CONQUISTADOR	64	-Advocación a Nuestra Señora del Carmen. -Con dos cubiertas. Botado en la Habana en 1729/1730. -Carenado en el arsenal de la Habana en 1734 siendo de nuevo armado en enero de 1735. -Sometido a varias reparaciones en el arsenal de la Carraca, hubo quejas de Lezo sobre las reparaciones efectuadas puesto que hizo demasiada agua durante la travesía. -Capitán Félix Celdrán.
DRAGON	64/60	-Advocación a Santa Rosa de Lima. -Botado en La Habana en 1737. -Capitán José de Ovando y Solís.
AFRICA	60/ 64	-En 1731 se contrató su construcción en la Habana a Juan de Acosta, junto con otros tres navíos. Con dos cubiertas. - Botado en 1732.
SAN FELIPE	64	-Construido por Azueta en Guarnizo en 1726 bajo la dirección de D. Antonio Gaztañeda. - Capitán Manuel Huani.
EL FUERTE	60	-Pertenecía a la escuadra de Torres y recaló en Cartagena por avería. -No intervino directamente en la batalla ya que, en los primeros momentos, fue desmantelado para que su tripulación y artillería, que sí tomó parte en la acción, reforzara a las posiciones terrestres.

También existían dos barcazas, una de ellas denominada Jardín de Paz (en realidad era una fragata desartillada) empleada como polvorín flotante, y un bergantín utilizado para el transporte logístico entre destacamentos. Había, además, una fragata francesa (El León) que llegó como navío de aviso desde Haití el 14 de marzo.

Tabla 9. Distribución de la artillería cartagenera en 1739.

LUGAR	DE BRONCE		DE HIERRO		TOTAL
	Calibres	Número	Calibres	Número	
NUCLEO URBANO DE CARTAGENA	-2 de 36, 4 de 24, 13 de 18, 8 de 12, 9 de 10.	36	-3 de 18, 13 de 12, 1 de 8, 7 de 6	24	60
BARRIO DE GETSEMANÍ	-1 de 36, 1 de 24, y 1 de 10.	3	-15 de 18, 9 de 12, 2 de 10, 1 de 8	27	30
SAN FELIPE DE BARAJAS			-14 de 12 y 7 de 8	21	21
EL BOQUERON			-4 del 12	4	4
FUERTE SAN JOSÉ			-3 de 24, 8 de 18, 2 de 10.	13	13
CASTILLO DE BOCACHICA	-2 de 18	2	-4 de 24, 23 de 18, 6 de 12 y 7 de 10	40	42
BIA SAN FELIPE, en Tierra Bomba			-4 de 18	4	4
BIA SANTIAGO, en Tierra Bomba.			-6 de 24, 3 de 18, 2 de 10	11	11
FUERTE DEL MANZANILLO			-1 de 18, 1 de 12, 2 de 10	4	4
BIA de LA CHAMBRA			-3 de 18	3	3
CASTILLO DE SANTA CRUZ			-27 de 12	27	27
TOTAL CASTILLOS Y PORTIFICACIONES	-2 de 18	2	-13 de 24, 42 de 18, 52 de 12, 13 de 10, y 7 de 8.	127	129
TOTAL GENERAL	-3 de 36, 5 de 24, 15 de 18, 8 de 12, y 10 de 10.	41	-13 de 24, 60 de 18, 74 de 12, 15 de 10, 9 de 8, 7 de 6	178	219

Tabla 10. Distribución de la artillería montada en el núcleo urbano de Cartagena de Indias.

LUGAR	DE BRONCE		DE HIERRO		TOTAL
	Calibre	Número	Calibre	Número	
Baluarte de San Ignacio	-1 de 18, 2 de 12 y 1 de 10	4	-1 de 18, 1 de 12 y 6 de 6	8	12
Baluarte de San Francisco Javier	-1 de 24, 3 de 18 y 1 de 12	5	-2 de 12 y 1 de 6	3	8
Baluarte de Santiago	-2 de 10	2	-2 de 12.	2	4
Baluarte de Santa María.	-1 de 36, 1 de 24, 2 de 18, 1 de 12 y 2 de 10	7	-1 de 18, 2 de 12 y 1 de 8	4	11
Baluarte de Santa Cruz	-4 de 18	4			4
Baluarte de Santa Catalina	-1 de 24, 3 de 12 y 1 de 10	5	-1 de 18	1	6
Baluarte de San Lucas	-1 de 36, 1 de 24, 1 de 12 y 1 de 10	4	-3 de 12	3	7
Baluarte de san Pedro Mártir	-3 de 18 y 2 de 10	5	-3 de 12	3	8
TOTAL NUCLEO URBANO DE CARTAGENA	-2 de 36, 4 de 24, 13 de 18, 8 de 12 y 9 de 10	36	-3 de 18, 13 de 12, 1 de 8 y 7 de 6	24	60

Tabla 11. Escuadra de Torres que salió de El Ferrol

TIPO DE BUQUE	NOMBRE	CAÑONES	TIPO DE BUQUE	NOMBRE	CAÑONES
Navío	SAN FELIPE	80	Navío	CASTILLA	60
Navío	PRINCIPE	70	Navío	SAN ANTONIO	60
Navío	SANTA ANA	70	Navío	FUERTE	60
Navío	REINA	70	Navío	REAL FAMILIA	60
Navío	SAN LUIS	64	GOLETA	PINGÜE	14
Navío	NUEVA ESPAÑA	64	GOLETA	ISABELA	--
Navío	ANDALUCÍA	60	GOLETA	HERMOSO	--

Tabla 12. Expediciones de víveres para las fuerzas militares enviadas a Cartagena de Indias desde la península en el periodo comprendido entre septiembre de 1740 y agosto de 1741.[332] [333]

DESTINOS	PUERTO DE SALIDA	FECHAS DE SALIDA	BUQUES	CARGA
Para las escuadras de de Torres y Lezo	CADIZ	-SEP, y NOV de 1740. -ENE, MAR, y MAY de 1741	-8	-1380 tn de harina -165 tn. de carne -193 tn.de tocino -138 tn de menestra -35 tn de aceite -45 tn de vinagre Total.- 1818 tn.
	FERROL	OCT y NOV de 1740 - MAR 1741	9	
	PASAJES	-MAR 1741	-2 buques ingleses capturados	
Para la guarnición de Cartagena y escuadra de Lezo	PASAJES	-En AGO de 1741 están preparados para la salida		-180 tn de harina -40 tn de tocino Total 210 tn.
Preparado para su envío a Cartagena a la espera de encontrar y contratar las embarcaciones	SAN SEBASTIAN			-3 tn de harina 15 tn de arroz. Total - 18 tn.

Tabla 13. Carga que llegó a su destino final.

CARGA PREVISTA A ENVIAR	NO LLEGO A DESTINO (Motivo y cantidad)				LLEGÓ A CARTAGENA	LLEGÓ A LA HABANA
	No sale por carecerse de buques disponibles	Preparada en origen pero no salen a tiempo	En paradero desconocido	Capturada por los ingleses		
2.046 tn	18tn	210tn	671tn	158tn	818tn	171tn

Anexo C: Gráficos

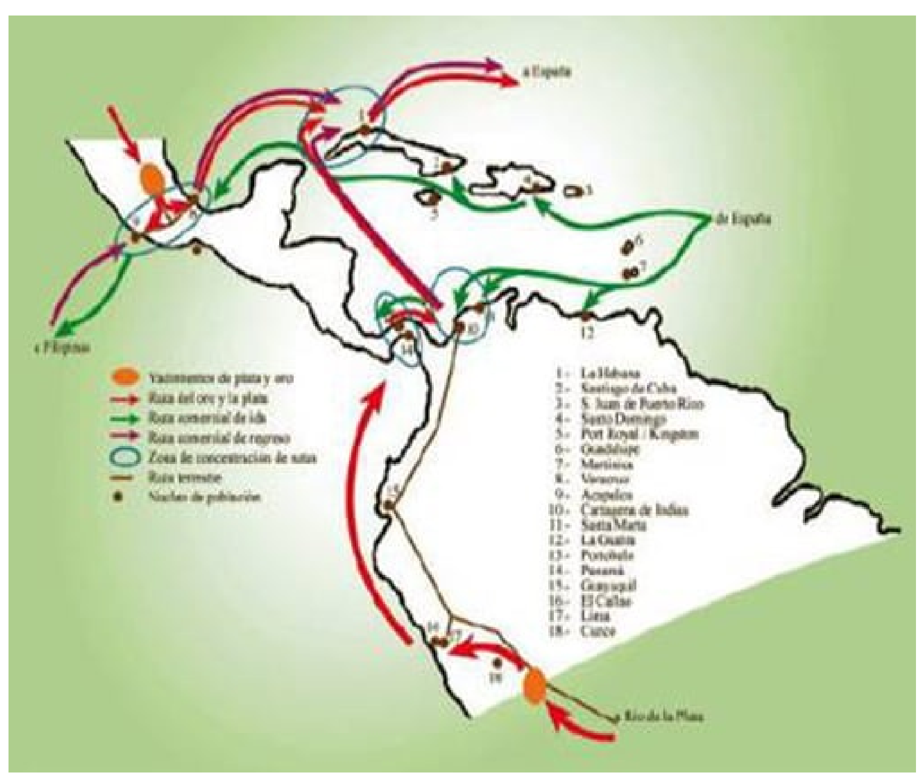


Gráfico 1. Rutas y zonas comerciales americanas importantes, posibles objetivos británicos.



Grafico 2. Plan de ataque inglés a América.



Gráfico 3. Rutas seguidas en las proyecciones de fuerzas.

1739 1740 1741

Jul Ago Sep Oct Nov Dic Ene Feb Mar Abr May Jun Jul Ago Sep Oct Nov Dic Ene Feb Mar Abr May

Zona Atlántico: Vernon, Estava, Torres, Cathcart / Ogle, D'Antin / Alar

Zona Pacífico: Anson, Pizarro

Tormentas / Huracanes — Escala en costas europeas — Escala en costas americanas — Cruce Cabo de Hornos

Gráfico 4. Calendario de las expediciones durante la proyección de las fuerzas y su afectación por tormentas y huracanes.

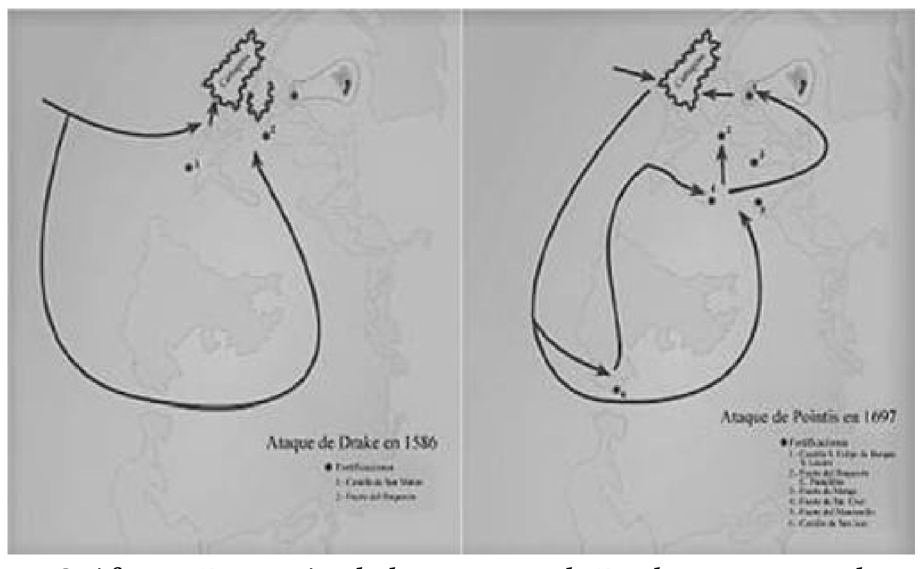


Gráfico 6. Dirección de los ataques de Drake en 1586, y de Pointis en 1697.

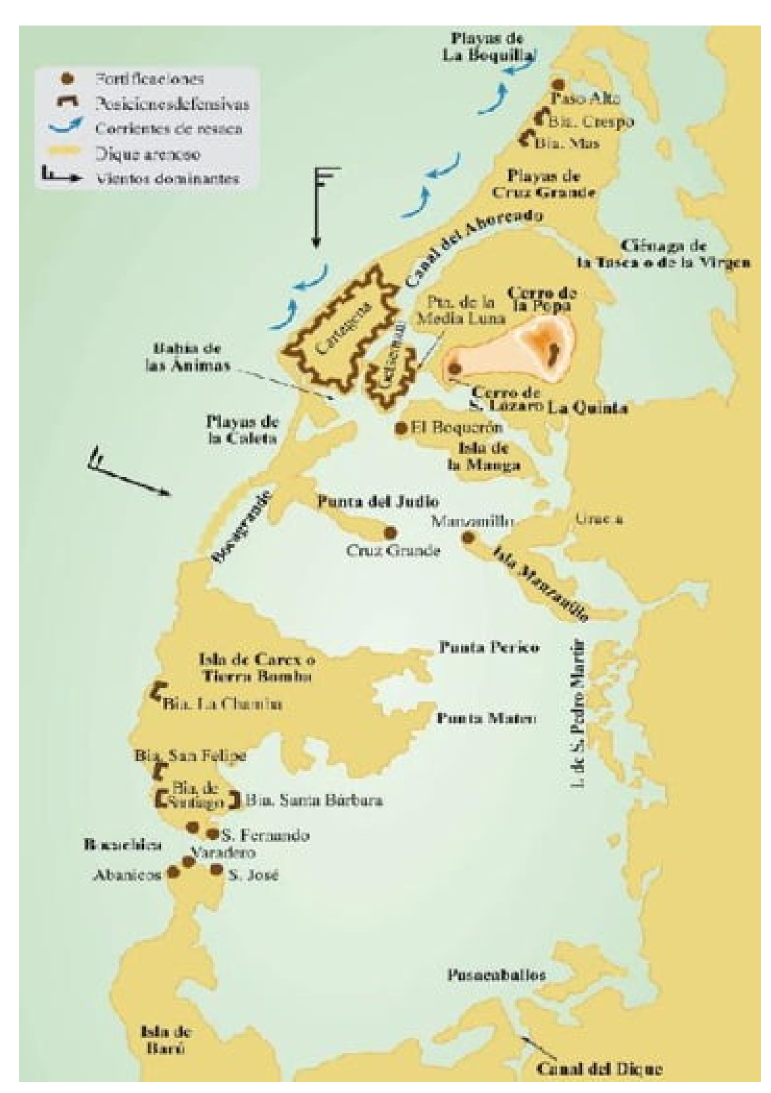


Grafico 5. Bahía de Cartagena de Indias



Gráfico 7. Idea prevista de la maniobra inglesa para atacar Cartagena.

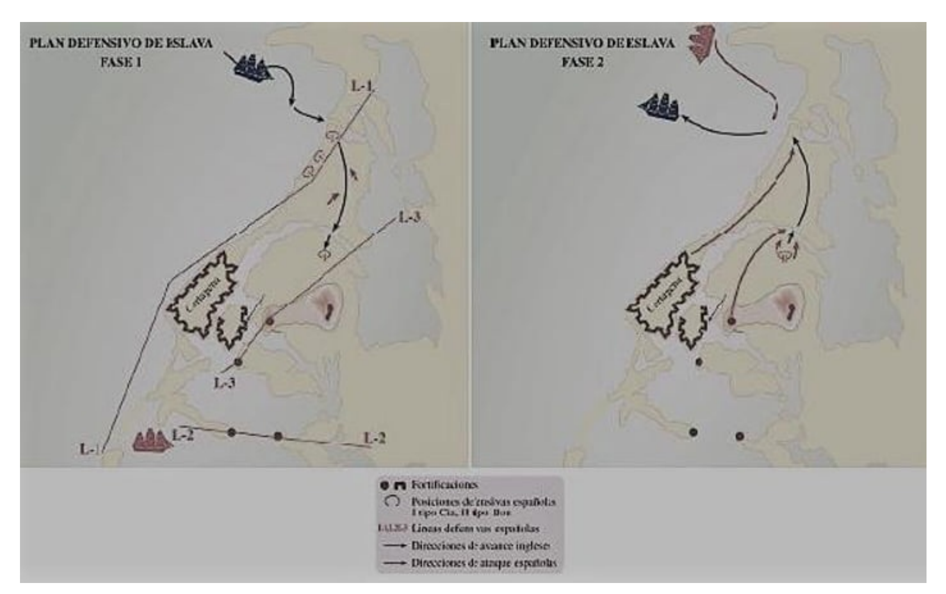


Gráfico 8. Idea de maniobra de Eslava para la defensa de Cartagena.

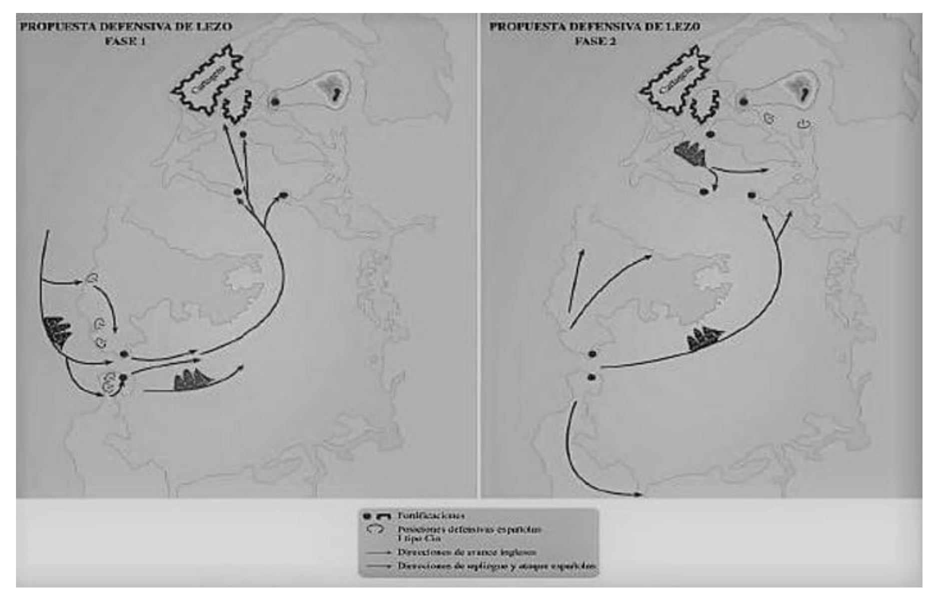


Gráfico 9. Idea de maniobra de Lezo para la defensa de Cartagena.

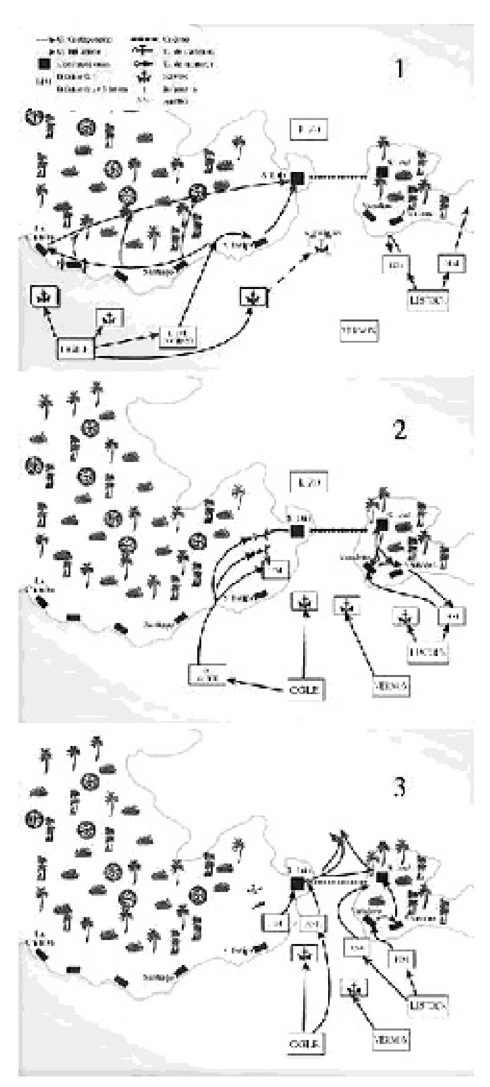


Gráfico 10 Secuencia del ataque británico a Bocachica.

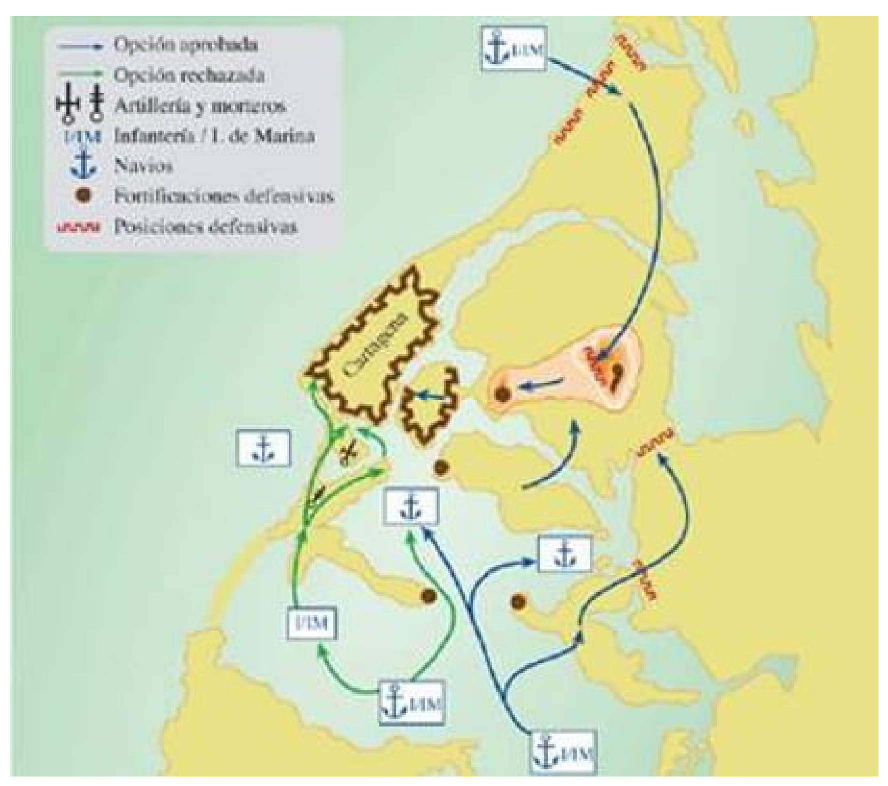


Gráfico 11. Opciones de ataque final: Ataque directo o por el interior.

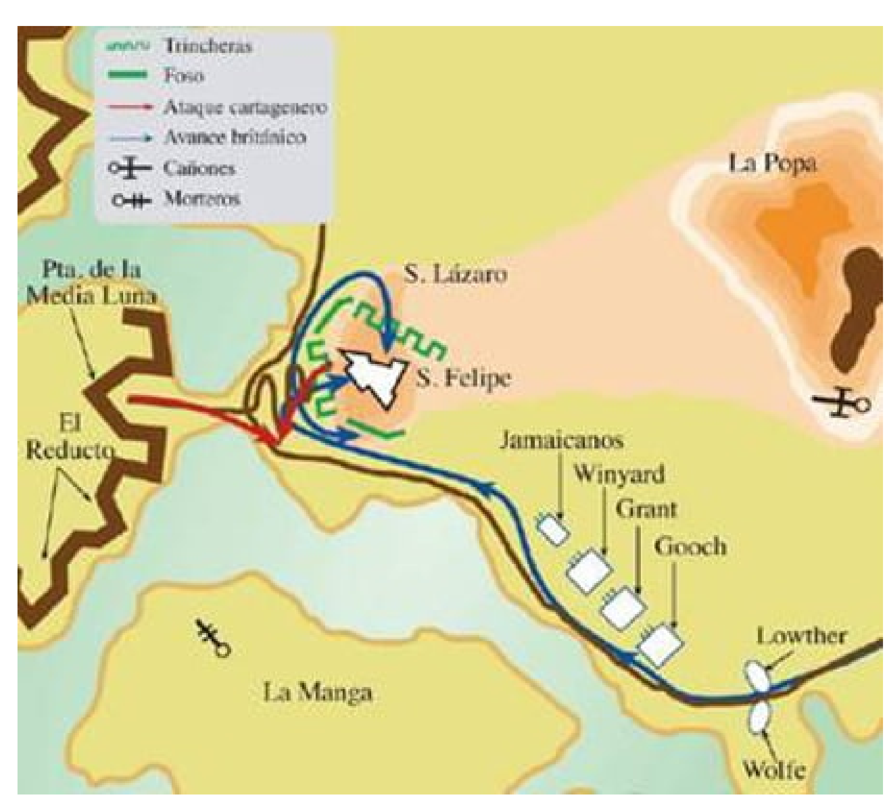


Gráfico 12. Ataque a San Felipe de Barajas.

Anexo D: Algunos participantes españoles y británicos

Españoles

ALDERETE, Lorenzo.- Capitán de Fragata. Defendió las posiciones de La Chambra, San Felipe y Santiago. Pertenecía a la tripulación del Galicia.

AGRESOT, Juan de.- Capitán de Fragata. Defendió San Luis.

ALMANZA, Juan de.- Teniente de Fragata. Mandaba un bergantín.

ANDRADE, Joaquín. Teniente de Artillería. Defendió Punta Abanicos. Murió en la acción.

BARREDA Y CAMPUZANO, Blas de.- Capitán de fragata.

BLANCO, José.- Teniente de Navío. De la tripulación del África.

BRISEÑO, Manuel.- Ayudante de órdenes del Galicia.

CAAMAÑO, José.- Capitán de Fragata. De la tripulación del África.

CABRIEGO, Álvaro.- Capitán de Fragata. De la tripulación del San Felipe.

CASELLAS, Pedro.- Capitán de granaderos del Regimiento Aragón. Defendió las posiciones de La Boquilla.

CASTAÑEDA, José de.- Alférez. De la tripulación del San Carlos.

CELDRAN, Félix.- Capitán de Fragata. Salió del Ferrol como capitán del San Carlos.

CELORÁN, Félix.- Capitán de Navío. Mandaba el San Carlos.

CLAREBOT, Miguel.- Alférez. De la tripulación del San Felipe.

DESNAUX, Carlos Suivillars de.-Había sido Teniente de Suizos (los cantones helvéticos alpinos era un semillero de tropas) y en 1720 Felipe V le nombra, Ingeniero Ordinario y Teniente de Infantería. En 1741 era Director de Obras de Fortificación de Cartagena de Indias con el grado de Coronel.

ECHEVARRIA.- Soldado del RI. Aragón.

ELIZOGARATE, Pedro.- Capitán de Fragata. Ayudante de órdenes del Galicia.

ESLAVA, Sebastián de.- Teniente General de los Ejércitos Reales, señor de Eguilor, Lazaga, Berrio y Eguerreta. Nació en Hénreris (Navarra, España) en 1685. Es nombrado con 54 años, Virrey de Nueva Granada y Capitán General de Santa Fe el 20 de agosto de 1739. Defensor de Cartagena de Indias. Murió en Madrid en 1759.

FECHAIN, José.- Alférez. De la tripulación del Galicia.

FERNANDINHO, Juan.- Soldado portugués del RI. España que deserta y origina un enfrentamiento entre Eslava y Lezo.

FAUSTINO DE LA ENCINA, Pedro.- Coronel. Murió durante la proyección.

GARAY, Francisco.- Capitán de Infantería de Marina. Mandaba la batería de San José.

GIL FRONTÍN, Carlos.- Teniente del Regimiento Aragón.

GONZALEZ HAEDO, Felipe.- Alférez de navío.

GORDOSGOITI (u Ordogoisti), Juan Domingo.- Alférez. De la tripulación de El Galicia.

GREGORIO, Francisco de.- Alférez. Defendió la posición de San José.

HUANI, Manuel.- Capitán de navío. Mandaba el San Felipe.

IRAOLA, Agustín de.- Capitán de la balandra Carmen.

IZQUIERDO, Gabriel.- Alférez. Defendió la posición de San José.

JAUREGUI Y ALDECOA, Agustín.- Teniente Coronel. Llegó a alcanzar el grado de teniente general y fue nombrado gobernador de Chile.

JORDAN (Roldán u Hordan), Juan.- Capitán de navío. Mandaba el Galicia.

QUERTZ, Juan.- Teniente de fragata. De la tripulación del África.

QUESADA, Gabriel de.-Teniente de fragata. De la tripulación del San Carlos.

LASTRA, Antonio de.- Teniente de navío. De la tripulación del San Carlos.

LEZO Y OLAVARRIETA, Blas de.-Teniente General de la Real Armada. Nació en Pasajes, Guipúzcoa en 1687. Llegó a Cartagena de Indias en 1737 con la flota de los galeones. Murió en Cartagena de Indias el 7 de Septiembre de 1741.

LOYZAGA, (Luisaga) José.- Teniente de navío. Defendió Varadero. Murió en la acción.

MARNE, José de.- Teniente del Regimiento España.

MARTINEZ GARRIDO, Diego.- Obispo de Cartagena de Indias desde 1740 a 1744.

MOLA, Antonio de.- Capitán del Regimiento Aragón

MOLA, José de.- Teniente/Capitán del Regimiento Aragón.

MORENO, Manuel.-Teniente de fragata. De la tripulación del Galicia.

MOZO, Juan.- Alférez. De la tripulación del África.

MURIAES, Patricio de.-Teniente de fragata. De la

tripulación del Galicia.

NAVARRETE, Melchor.- Coronel. Gobernador interino de Cartagena de Indias. Fue herido en la acción.

OLACIREGUI.- Soldado del RI. Aragón.

ORTEGA, Baltasar.- Capitán de la Milicias

OVANDO Y SOLÍS, Francisco.- Capitán de navío. Mandaba el Dragón.

PEDROL, Miguel.- Capitán del Regimiento Aragón.

POLANCO CAMPUZANO, José.- Teniente de navío. Defendió la posición de Punta Abanicos.

ROJAS, José de.- Teniente de fragata. Defendió la posición de Santiago. De la tripulación del San Felipe.

RUIZ, Manuel.- Teniente de navío. De la tripulación del San Felipe.

SERRANO, Diego.- Sargento de Marina. Defendió la posición de Santiago.

TORRES Y MORALES, Rodrigo de. Teniente General de la Real Armada, marqués de Matallana. Nació en Guadalajara en 1687. Murió en Madrid en 1755.

TORRE, Antonio de la.- Sargento de Infantería de marina. Defendió el castillo de Santa Cruz.

TORRE, José de la.- Capitán de Infantería. A bordo del San Carlos.

TORRE, Juan de la.-Alférez. De la tripulación del San Carlos.

VILLAVICENCIO, Juan de.- Teniente de Fragata. De la tripulación del San Felipe.

ZUBIRÍA Y MONTARA, Nicolás de.- Capitán del Batallón Fijo

Británicos

ALLEN.- Capitán del brulote Terrible.

ANSON, Jorge.- Comodoro, barón de Sobeston. Mandaba la escuadra del Pacífico.

BEAUCLERCK, Lord Aubrey.- Capitan del Princess Frederick. Muerto de la acción.

BENNET, Charles.- Tercer conde de Tankerville. Capitán de Infantería

BECHER, Lionel Jorge.- Capitán del Regimiento de Wynyard. Murió en la acción

BLAND.- Coronel. Mandaba un Regimiento.

BLAKENEY, Williams.- Brigadier.

BRODERICK, Thomas.- Capitán de la fragata Sherman/bombarda Cumberland.

BURDETT, Francis.- Capitán de Infantería de Marina.

CATHCART, Charles.- General de División. 8º Señor de Cathcart. Nació en 1686. Es designado para el mando de todas las fuerzas de la Marina, el Ejército y los soldados coloniales en la ZO del Atlántico. Murió el 20 de diciembre de 1740 en ruta hacia Jamaica, en Prince Rupert, isla de Dominica, donde fue enterrado.

CAUSACK, James.- Capitán del navío Litchfield.

CAVENDISH, Lord James.- Coronel. Mandaba un Regimiento. Murió en la acción.

CLEANS, William.- Capitán del navío Worcester.

CLELAND, William. - Capitán del navío Lichfield.

COATES.- Capitán de granaderos.

COCHRANE, James.- Teniente coronel de un Regimiento.

COLVY, Charles.- Capitán del navío Boyne.

COLVILLE, John. - 7º Lord Colville. Coronel de un Regimiento. Murió en la acción.

COOPER.- Capitán del navío Dunkirk.

CORNISH, Samuel.- Teniente de Marina.

COTTEREL, Charles.- Capitán del navío Lion.

CHALONER OGLE.- Comodoro. Mandaba la escuadra que salió de Inglaterra escoltando las fuerzas de Cathcart y, posteriormente, uno de los grupos de combate navales de ataque a Cartagena.

CHAMBERS.- Capitán del navío Montague.

DANBRIDGE, William.- Capitán de la goleta Woolf.

DAVERS, Thomas.- Capitán del navío Suffolk.

DE GUISE, John.- General. Fuerzas terrestres.

DENNISON.- Capitán del navío Augusta.

DENT, Digby.- Capitán del navío Hamton Court.

DOUGLAS, Charles.- Coronel jefe de un Regimiento. Muerto en la acción.

DOUGLAS, William.- Capitán del navío Falmouth.

FENWICK, Robert.- Capitán del brulote Etna.

FORBES, Enrique.- Teniente del Regimiento de Bland.

GASCOIGNE.- John.- Capitán del navío Torbay.

GOOCH, William.- Coronel jefe del Regimiento Americano.

GRANT.- Coronel jefe de Regimiento. Murió en la acción.

GRAVES, Thomas.- Capitán del navío Norfolk.

GRIFFITH, Thomas.- Capitán del navío Princess Caroline.

KNOWLES, Charles.- Capitán del navío Weymouth/Diamon.

HARRISON. - Coronel jefe de Regimiento.

HEMMINTON, John.- Capitán del navío Princess Amelia.

HENLEY, Robert.- Capitán de la bombarda Eleanor.

HERBERT, Richard.- Capitán del navío Norwich.

HONES, Davies.- Capitán del navío Defience.

HORE, Daniel. - Capitan del brulote Succes.

JOHNSTONE, John.- Teniente Coronel. Muerto en la acción.

JOLLY, Thomas.- Capitán del navío Rippon.

LANS.- Capitán de la fragata Spence.

LAWRENCE, Peter.- Capitán del navío Jersey.

LAWS.- Capitán de granaderos.

LESTOCK.- Comodoro. Manda uno de los grupos de combate navales de ataque a Cartagena.

LIMEBURNER, Thomas.- Capitán de la fragata Seahorse.

LONG, James.- Coronel jefe de un Regimiento: Sustituyó al también coronel Edward Wolfe.

LONG, Robert.- Capitán del navío Tilbury.

LOWTHER, Anthony.- Coronel jefe de un Regimiento.

MAIN, Perry.- Capitán del navío Worcester.

MAMON.- Teniente Coronel del Regimiento de Grant.

MAYNARD, Robert.- Capitán de la fragata Sherness.

MITCHEL.- Capitán del navío Buckingham.

MOORE. Jones.- Jefe de Ingenieros. Murió en la acción.

MORDAUNT, John.- Coronel jefe de un Regimiento.

MORETON, Lewis.- Coronel jefe de un Regimiento.

MOSTYN.- Capitán del navío Depford.

MURRAY, Patrick.- 5° Señor de Elinak, Teniente coronel de Infantería de Marina.

MURRAY.- Capitán de granaderos.

NORRIS, Henry.- Capitán del navío Russel.

OATES, Cristofer.- Capitán del navío Advice.

OSBORNE.- Capitán del navío Princess Orange.

POWLET.- Teniente de marina. Alcanzó el grado de

Almirante.

REDDISH, Henry.- Capitán de la fragata Anglesea.

RENTORE, James.- Capitán de la fragata Experiment.

ROBINSON, Williams.- Coronel jefe de un Regimiento.

SANDFORT.- Teniente coronel. Muerto en la acción.

SCOTT, James. - Capitán del brulote Aldernay.

SMOLLET, Tobias. - Cirujano y escritor. Cuando se licenció se quedó en el Caribe y se casó con una criolla, Anne Lascelles. Entre sus obras figura la novela *Las aventuras de Roderick*, en la que realiza una descripción de la Batalla de Cartagena.

SPOTSWOOD, Alexander.- Coronel jefe del Regimiento Americano tras su organización.

STAPLETON, Miles.- Capitán de la fragata Sherness.

STURT.- Capitán del navío Cumberland.

THOMPSON.- Teniente Coronel. Murió en la acción.

TOWNSED, Isaac.- Capitán del navío Chichester.

TORBES, Henry.- Teniente del Regimiento de Bland. Elaboró un diario de la batalla.

TREVORD, Robert. - Capitán del navío Shrewsbury/ Strafford.

VERNON, Edward.-. Nació el 12 de noviembre de 1684. Capitán de navío de la Armada inglesa. A los 39 años pasó a la reserva y accedió al Parlamento en el Patriot´s Party. Falleció el 29 de octubre de 1757.

WARRENT, Peter.- Capitán de la fragata Squirrel.

WASHINGTON. Lawrence.- (1718-1752) Capitán del Regimiento americano. Hermano de George Washington quién, posteriormente, se convertiría en el primer presidente de los EEUU. Era un terrateniente colonial del condado de Fairfax.

WATERHOUSE, Thomas.- Capitán del navío Princess Louisa.

WATSON, Jonas.- Teniente Coronel de Artillería. Muerto en la acción a los 68 años. Era padre del ingeniero militar Justly Watson.

WATSON, Justly. - Ingeniero militar.

WATSON, Thomas.- Capitán del navío Burford.

WENTWORTH, Thomas. - Brigadier. Asume el mando de las fuerzas terrestres tras la muerte del general Catheart. Era un veterano especialista en entrenamiento y transporte de soldados, pero sin experiencia en combate.

WOLFE Edward.-Coronel jefe de un Regimiento

WOLFE, James.- Teniente de Infantería de Marina en el Regimiento de su padre Edward Wolfe. Alcanzó el grado de general.

WYNYARD, John.- Coronel jefe de un Regimiento.

Bibliografía

ARCHIVO GENERAL de Indias (AGI), Sevilla. Cartografía de Ultramar.

—, Contaduría, 1353, 1357-8, 1358, 1420, 1423, 1433, 1436,

—, Escribanía de Cámara, 1193, 602 A, B, 603 A, B, C, 604 A, B, 605 A, B, C, D, 606 A, B, C, 607A, B, C.

—, Patronato 193.

—, Santa Fe, 187, 288,399, 457-7-8-9-60-1, 472, 492, 496, 572A-8, 592, 662, 938-9, 940-1-2-3-4-5-6-8-50-1, 959, 986, 1009,1154

—, Panamá, 237, 373.

AG, Segovia.- Secretaría de Marina. 398, 726.Mar-May 1741 Cartagena de Indias.

ANGULO IÑIGUEZ, Diego.- *Las fortificaciones americanas del siglo XVI.*

ARISTIZABAL, Tulio. -*Iglesias, conventos y hospitales en la Cartagena colonial.*

BERMUDEZ DE PLATA, Cristóbal.- *Narración de la defensa de Cartagena de Indias contra el ataque de los ingleses en 1741.*

BORREGO PLA, María del Carmen.- *Cartagena de Indias en el siglo XVI.*

CALVO STEVENSON, Haroldo; MEISEL ROCA, Adolfo.- *Simposio sobre la historia de Cartagena.*

CORDERO CAMPILLO, Miguel.- *Crónica de Indias. Ganadería, medicina y veterinaria.*

CERDÁ CRESPO, Jorge.- *La Guerra de la oreja de Jenkins: un conflicto colonial (1739-1748).*

DAGER NIETO, Juan.- *Historia del puerto de Cartagena de*

Indias.

ELIAS ORTIZ, Sergio.- *El desastre del ataque británico a Cartagena de Indias.*

FARMER, John.- *The Regimental Records of the British Army.*

FLORES MORÓN, Braulio Luis.- *Hacia una evaluación de los costos de la artillería americana en el siglo XVIII.*

FORTESQUE, sir John.- *Una historia del Ejército Británico.*

GARCÍA CODRÓN, Juan Carlos.- *Un clima para la historia…una historia para el clima.*

GOMEZ PÉREZ Carmen.- *El problema logístico y la operatividad de la Artillería en América.*

—, *El sistema defensivo americano. Siglo XVIII.*

GÓMEZ, Santiago.- *La guerra de la oreja de Jenkins.*

GUERRA, Francisco.- *El hospital en Hispanoamérica y Filipinas 1492-1844.*

LLOYD, Christopher.- *Drake, corsario y almirante.*

LUCASE, Pedro de.- *Principios de fortificación.*

LUCENA SALMORAL, Manuel.- *Los diarios anónimos sobre el ataque de Vernon a Cartagena existentes en colonias.*

MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan - *La Institución militar en Cartagena de Indias en el siglo XVII.*

—, *La defensa del Caribe en el siglo XVIII. Ingenieros, soldados y pesos.*

—, *Ejército y milicias en el mundo colonial americano.*

—, *La financiación militar en Indias. Introducción a su estudio.*

—, *Oficiales y soldados en el Ejército de América.*

MARCOS GANDARIAS, A.- *La invencible inglesa en Cartagena de Indias.*

MATTA RODRÍGUEZ, Enrique de.- *El asalto de Pointis a*

Cartagena de Indias.

MEMBRILLO BECERRA, Francisco. MEMBRILLO DE NOVALES, Fco. Javier.- *La Sanidad en las Indias Occidentales españolas.*

MEMBRILLO DE NOVALES, Francisco Javier.- *Informe sobre la fiebre amarilla.*

MERINO NAVARRO.- *La armada española en el siglo XVIII.*

MOGOLLÓN VÉLEZ, José Vicente.-*Historia de Cartagena de Indias.*

MORLA, Tomás de.- *Tratado de Artillería.*1816.

MARCO DORTA, Enrique.- *Cartagena de Indias: puerto y plaza fuerte.*

—, *Cartagena de Indias. La ciudad y sus monumentos.*

OLARÁN MÚGICA, María Inés.- *La derrota inglesa en Cartagena de Indias: debate y visión de sus contemporáneos europeos.* Academia Colombiana de Historia. Boletín de historia y antigüedades. Vol CII, num 860, enero-junio 2015.

REAL, Cristóbal.- *El corsario Drake y el imperio español.*

RODRIGUEZ, José Manuel.- *El almirante Blas de Lezo. El vasco que salvó al imperio español.*

RUIZ RIVERA, Julián.- *Cartagena de Indias y su provincia. Una mirada a los siglos XVII y XVIII.*

SEGOVIA SALAS, Adolfo.- *Las fortificaciones de Cartagena de Indias. Estrategia e Historia.*

SERRANO ÁLVAREZ, José Manuel.- *Ejército y fiscalidad en Cartagena de Indias: auge y declive en la segunda mitad del siglo XVIII.*

Servicio Histórico Militar (SHM).- *Cartografía de Ultramar.*

SILOS RODRÍGUEZ, José María.- *La defensa de Cartagena de Indias.*

VALLEJO DE LA CANAL, *José.- Historia del sitio, indefensión y pérdida de Cartagena de Indias.*

VICTORIA WILCHES, Pablo.- *El día que España derrotó a Inglaterra.*

VIDAL ORTEGA, Antonio.- *Cartagena de Indias y la región histórica del Caribe.*

VIGÓN, Jorge.- *Historia de la Artillería española.*

WICKERS, Hl.- *Regiments of Foot: A History of the Foot Regiments of de British Army.*

ZAPATERO, Juan Manuel.- *La guerra en el Caribe en el siglo XVIII.*

---

notes

Notas a pie de página

[1] Su reinado duró hasta 1746, periodo durante el que se desarrollan los acontecimientos de la batalla de Cartagena de Indias.

[2] Un TO es un área geográfica donde se realizan operaciones militares con objetivos estratégicos. Puede contener varias Zonas de Operaciones (ZO), de menor amplitud, en donde existen fuerzas y objetivos que contribuyen a alcanzar los objetivos estratégicos finales.

[3] En aquella época se denominaba Indias Occidentales a las posesiones españolas en América, e Indias Orientales a las correspondientes en Asia.

[4] Fue conquistada en 1704 por una escuadra combinada anglo-holandesa que luchaba en nombre del archiduque Carlos y, más de 300 años después, persiste como última y única colonia en Europa.

[5] En 1701 España le había concedido este monopolio a Francia, y en 1714 pasa a Inglaterra.

[6] Entre ellas, la viruela (el calor y la radiación solar durante el viaje en barco desde España solía destruir el virus aunque podía mantenerse activo en las costras protegidas por las ropas o transmitirse por pasajeros infectados, por lo que no se introdujo por dicha vía sino por un barco negreros portugués, procedente de África, en 1518) y la fiebre amarilla, que era portada por un tipo de mosquito de procedencia africana y que llegó también en un barco negrero en 1498 o 1.647-existen dudas respecto a las fechas, no a su procedencia—. Ambas enfermedades no fueron transmitida por españoles, como tampoco el tifus, que llegó desde Chipre.

[7] La población americana antes del Descubrimiento era de

procedencia asiática y se estima que había llegado al continente 25.000-30.000 años antes cruzando el estrecho de Bering, por Alaska, que se encontraba congelado durante la última glaciación. Una vez que se produjo el deshielo y el agua volvió a cubrir el estrecho, el continente permaneció aislado de la influencia de personas, animales, y por tanto de algunas enfermedades, del resto del orbe hasta la llegada de los españoles.

[8] Se lo denominaba también el bajel de las Danaides, debido al mito del tonel que no se llenaba nunca.

[9] El fundamento español eran las Bulas del Papa Alejandro VI, de 1493, y el Tratado de Tordesillas, firmado en 1494 entre España y Portugal, por el que se repartían las zonas de influencia y comerciales.

[10] Se fundaba en la teoría expuesta por la obra de Hugo Grocio, en 1609, que defendía la tesis de un mar libre a la navegación y al comercio.

[11] Era muy corriente la aparición de viñetas satíricas antiespañolas en los periódicos británicos.

[12] Existen historiadores que afirman que el incidente de la oreja fue una patraña inventada, y sorprende que la supuesta oreja de Jenkins se exhibiese, como prueba de los hechos, en el Parlamento ingles ¡siete años después! de suceder el incidente tal como algunas crónicas inglesas atestiguan.

[13] De 1492 a 1573 en que, por medio de la Ordenanza de la Población, se obliga al sedentarismo en los territorios alcanzados por los españoles y se pone fin al periodo de conquista americano.

[14] Los ingresos del tesoro americano a las arcas españolas eran, en 1739, de aproximadamente 20 millones de pesos, aunque, según otros cálculos, alcanzaban los 45 millones.

[15] Henry John Morgan era un pirata inglés que llegó a ser

nombrado caballero y a ostentar el cargo de gobernador de Jamaica.

[16] Realizaban la ruta comercial entre las Indias Orientales y América.

[17] El nivel es una forma de determinar la capacidad logística de una fuerza de forma aislada. Se mide en días de abastecimiento o pertrechos. Si a una fuerza se le dota, por ejemplo, de 40 días de nivel, habrá que dotarla de todo tipo de abastecimientos necesarios para que sea capaz de resistir 40 días en combate sin necesidad de recibir ningún tipo de recursos durante ese plazo.

[18] Entre 1503 y 1660 entraron por el puerto de Sevilla más de 16 millones de kilos de plata y unos 185.000 de oro que suponían, en el primer caso, doblar las existencias de las reservas de toda Europa. Se calcula que durante el siglo XVI y buena parte del XVII llegaron a dicho puerto más de 537 millones de ducados (otra cantidad superior —no contabilizada-quedaba en manos de contrabandistas que escabullían el control de la Casa de Contratación sevillana o se desviaba hacia otros países debido a las numerosas capturas de buques españoles que eran asaltados durante el trayecto) y, de ellos, el 25% iba al Tesoro Real vía impuestos; el resto era de particulares nacionales, y extranjeros que se establecieron en Sevilla y Cádiz . Un ducado eran 377 maravedíes en 1536 ó 0,93 escudos.

[19] Al cargo aspiraban también dos Mariscales de Campo y el Ministro de Indias. Era militar del ET, había participado en las campañas de Portugal, Gibraltar, guerra de Sucesión, Sicilia, Oran etc. y entre los motivos para su nombramiento fue, tal como expresaba el expediente de evaluación de los candidatos, por ”*....su buen juicio, experimentada capacidad y conducta desinteresada....*”, por lo que son arbitrarias las opiniones de numerosas publicaciones que le atribuyen incompetencia. La zona de responsabilidad del virreinato

abarcaba territorios actuales de Ecuador, Colombia, Panamá y Venezuela.

[20] Las operaciones de proyección de unidades orgánicas peninsulares españolas a América comenzaron en 1739 cuando se reestructura la organización militar en dicho continente (anteriormente existían las Huestes, Unidades de Presidios y el Ejercito de América), y hasta 1815 supusieron un total de 115.000 hombres de infantería/caballería en 144 batallones (que se relevaban cada siete años por término medio) incluyendo las enviadas a Filipinas. La máxima cantidad de tropas veteranas que se mantuvo simultáneamente en América fue de entre 42.000 y 45.000 hombres.

[21] Aunque existen opiniones que asignan el mando del contingente americano al "coronel" Lawrence Washington, fuentes más solventes aducen que el hermano del futuro presidente norteamericano tenía el grado de capitán y el mando de dicha unidad lo ostentó —como era lo lógico-un coronel británico y, a su muerte, otro de idéntico origen.

[22] Da comienzo, desde este momento, a una modificación en la organización de la estructura defensiva americana con la incorporación a la misma del llamado Ejército de Refuerzo (que se une, para la defensa, al Ejército Territorial y al Ejército Movilizable) que se nutría de unidades veteranas peninsulares que se trasladaban a las plazas americanas, con carácter temporal, cuando se necesitaba reforzarlas.

[23] Creó numerosos astilleros y arsenales como los de Cádiz, Cartagena y El Ferrol, existentes actualmente.

[24] El coste de las reparaciones fue de 160.000 y 132.000 reales de vellón, respectivamente.

[25] Tierra Firme era el nombre con el que se designaba a la actual Venezuela, Panamá, parte de Colombia y las costas desde La Guayanas a Panamá, hasta que se formó el

virreinato de Nueva Granada. Nueva España llegó a comprender, en su máxima extensión, los territorios de América Central, las Antillas, el centro y sur de los EE.UU. y Filipinas.

[26] Aunque en logística se emplea, generalmente, la máxima de que "Todo problema logístico es al final un problema de transporte", el autor la completa con "Todo problema logístico es, al principio, un problema económico y, al final, un problema de transporte".

[27] La deuda de la nación superaba, en esos momentos, los 46 millones de libras y el presupuesto global del Estado para el año 1741 era de 4,7 millones de libras de los cuales la Marina ya contaba con una aprobación inicial de 200.000. A título comparativo, para la subsistencia durante seis meses de los regimientos de Cathcart se estimaba un coste de 11000 libras esterlinas.

[28] Como contrapartida los comerciantes recibían "concesiones" por parte de la Corona como podría ser la autorización para el comercio, que era un monopolio estatal, la reducción de impuestos, etc.

[29] También los virreinatos tenían una gran fuente de ingresos de los comerciantes vía impuestos. Pero éstos, a su vez, conseguían grandes beneficios mediante el suministro de víveres, a precios abusivos dado el monopolio del mercado, para la manutención de la tropa y sus familias. Puesto que los militares recibían su salario con retraso, incluso de años, no les quedaba más remedio que endeudarse con ellos.

[30] De los cuales, 200.000 serían para la escuadra de Torres. EL coste total anual de una fuerza de 50.000 hombres acantonada en Cartagena de Indias oscilaba entre 12 y 15 millones de pesos, incluido el de las fortificaciones que eran las que recibían la mayor cantidad del presupuesto.

[31] En octubre de 1740 la Hacienda Real envía 30.000 escudos para las escuadras americanas, cantidad que era insuficiente, advirtiéndoseles además que no iba a concedérseles más. A mediados de julio de 1739 solo se había satisfecho 60.000 escudos para la paga del Estado Mayor de la escuadra de Torres. Para la de Pizarro, el coste total durante los meses de mayo a agosto sumaba 2,5 millones de escudos de vellón, el del armado de las tres fragatas de la expedición supone más de 240.000 escudos, el pertrecho de dos navíos 162.000 y el del paquebote 18.000; la paga para tres meses de oficiales, sargentos y tropa asciende a 25.000 escudos, que pagaría la Marina, y el de las tripulaciones lo abonaría el virrey del Perú.

[32] Un quintal era igual a 100 libras y 46 kilogramos

[33] Se le atribuye a Francis Drake la frase de "Aquel que no cruza el cabo Hornos a vela no es marinero".

[34] Si escaseaba se recurría a la requisa o la rapiña (en terreno enemigo) y, si abundaba, los comerciantes se enriquecían debido a la gran demanda de las tropas.

[35] Los pertrechos eran todos los tipos de abastecimientos, entre ellos el de víveres, que necesitan los barcos para poder navegar con total autonomía. La necesidad de llevar la cantidad correspondiente a 80 días estaba establecida en el Reglamento de la Armada de 1510.

[36] Lo hicieron en su momento con subsistencias para dos meses y medio.

[37] Las comidas se elaboraban en un fogón común, alimentado por madera que había que llevar, que se instalaba en la nave y al cual acudían los usuarios a cocinarlas. El fogón se mantenía siempre encendido excepto en los momentos en que hubiese tormenta para evitar los fuegos fortuitos, por lo que en esas circunstancias la comida no se guisaba y se repartía un ración fría (pan, bizcocho,

queso, vino-licor etc.).

[38] Se estima que estas necesidades serían solo para la alimentación de la infantería embarcada porque la de los marinos ya se incluía en la carga normal de los navíos de línea en que estaban encuadrados. Estos buques de transporte serían con una configuración de 150 sacos (de 100 Kg.), 46 pipas (de 443 litros), 8 botas (de 532 dm3), y 30 botijas (de entre 19 y 24 litros).

[39] Se necesitaban 850 Kg, como media, para satisfacer las necesidades de ocho meses de alimentos y cuatro de agua por hombre embarcado.

[40] Se incluye las necesidades de agua para cocinar, pero no para aseo y lavado de ropa, para lo cual tenía que utilizarse agua de mar.

[41] En general, el 60 por ciento en agua y bebidas alcohólicas, el 13 por ciento en carne y pescado, el 10 por ciento en pan y bizcocho, el 5 por ciento en aceites, mantequillas y quesos, el 10 por ciento en legumbres, y el 2 por ciento en vinagre, sal, y otros.

[42] Era una especie de bizcocho consistente en un pan sin levadura con mucho azúcar.

[43] Sacos para 100 Kg., tonel macho (de 1,385 m3), el tonel macho grande (contenía 1,730 m3), la bota (tenía 532,2 litros), la botija, el cántaro o garrafón (era de forma esférica, boca ancha, de barro, protegida mediante un cestillo de mimbre), el quintaleño (un barril pequeño de 64,5 litros). Además se utilizaban cajas de madera y de esparto, cestos de mimbre, etc.

[44] La normalización es un procedimiento mediante el cual se fabrica o se construye un objeto con arreglo a unas especificaciones aprobadas y de obligado cumplimiento que están recogidas en una “norma” técnica escrita y, por lo tanto, son iguales. Una pipa o tonel/barril medía unos 2,5

codos de altura y 1,5 de diámetro máximo y admitía 27,6 arrobas de vino, 436 litros, 513 libras. Dos de estas pipas hacían un tonel macho, la base de la medida del buque.

[45] La existencia de gatos, que controlaran la plaga de roedores, era escasa en esa época ya que estos animales no eran autóctonos de Europa, sino de China.

[46] El espacio disponible para cada persona, en condiciones normales, era de, aproximadamente, 28 pulgadas de anchura (alrededor de 71 cm).

[47] Algunos de ellos en buques franceses para evitar el embargo inglés contra los envíos españoles.

[48] También los españoles tenían que llevar el armamento, hierros, aceros, etc. necesarios para los navíos Invencible y El Glorioso que se estaban construyendo en los astilleros de La Habana.

[49] Cucharas, sacatrapos, rascadores, cureñas, botafuegos, martillos, pies de cabra, mechas, espátulas, etc.

[50] En operaciones similares de la época el consumo de disparos de cañón/mortero por día de empleo oscilaba, generalmente, entre los 10 y los 20/disparos/arma, aunque para la artillería de sitio podría llegar hasta los 90 disparos por día. La acumulación de disparos y munición variaba entre los 40/50 disparos de mortero, 100/150 de cañón (macizos, de metralla o de palanqueta), hasta los 750 para la artillería de sitio.

[51] Munición para el resto del armamento, fusiles, frascos de fuego, granadas de mano, espadas, arcabuces, mosquetes, pertrechos de la nave, etc.

[52] Es una máxima logística militar, que es válida para otros muchos ámbitos, la de "ante escasez de recursos, centralización".

[53] Las pipas se suministraban desde La Graña y llegaron podridas o en mal estado.

[54] Cada marinero se equipó con dos camisas de lienzo, un par de calzones y una chamarreta, medias, capote y birrete de lana.

[55] El procedimiento del cruce del océano Atlántico en flotas reunidas empleado por España entonces fue adoptado por los EEUU, 400 años después durante la 2ª guerra mundial, para proteger el envío de suministros y tropas a Europa.

[56] También tenían que tener en cuenta los plazos, las condiciones ambientales y los ataques para el viaje de vuelta a España, que era el más peligroso, ya que en el mismo se transportaba la plata y el oro extraídos en las minas americanas.

[57] El Burford, el Worcester, el Princess Louisa, el Strafford y el Norwich.

[58] El azogue es la denominación que se empleada para designar al mercurio. Este material se utilizaba en la extracción de la plata por su propiedad de amalgamación con ella mediante el lavado. Las minas más importantes del mundo se hallaban en Almadén (Ciudad Real, España) y desde allí se trasladaban hasta los yacimientos americanos de plata y oro, aunque posteriormente también se empleó mercurio americano cuando se descubrieron y explotaron las minas de Santa Bárbara (Huancavelca, Perú).Se denominaba Flota de los azogues (también, por extensión, se denominaba azogue la acción de mercadear o comerciar) a la que los transportaba a América y a la que traía de vuelta los tesoros hacia España.

[59] El Lennox, el Elizabeth y el Kent y la Pearl.

[60] En La Antigua estaban la Anglesea (a cuyo capitán le ordena que se una a su flota), la Lowestoft y la Saltash.

[61] El Princess Louisa, el Straffort y el Norwich, al mando del capitán Thomás Waterhose.

[62] Navíos Burford (70 cañones, mando cap. Thomás Watson. Embarca el mando de la flota, vicealmirante Vernon), Hampton (70 cañones, mando cap. Digbty Dent. Embarca al comodoro Brown), Worecester (70, cap. Perry Main), Straffort (60, cap. Thomás Trevor), Princes Louisa (60, cap, Thomás Warehose), Windson Castle (60, cap.Geofrey Berkley), Dunkirt (60), Norwich (50, cap. Richard Herbert) y el Falmouth (50, cap. William Douglas). Las fragatas Kindsales (40), Diamond (40, cap. Knowles), Torrington (40, cap. Knigt), Sheeerness (20), Anglesea (40, cap. Reddish) y Blandford (20, cap. Burrish). La Goleta Drake (14) y el Transporte Fraternity.

[63] El Hampton Court (70 cañones, capitán Digby Dent), Norwich (50, cap. Richard Herbert), Worcester (60, cap. Perry Maim), Windsor (60, cap. Douglas), Princess Louisa (60, cap. Thomás Waterhouse).

[64] En El Ferrol se encontraban los navíos San Felipe, Santa Ana, Reina y Príncipe; y, desarmados, el San Carlos, Princesa y Galicia.

[65] Los más significativos eran 1000 fusiles con sus bayonetas, 400 quintales de pólvora, 100 quintales de balas de fusil, 2.000 piedras de fusil y 400 barriles de harina.

[66] Hasta mayo de 1740 no se incorporan ocho navíos provenientes de la escuadra de Manuel Pintado que procedían de Cádiz.

[67] Navíos San Felipe, en donde embarcaba Torres, con 80 cañones, Príncipe, Santa Ana y Reina con 70, San Luis, Nueva España, Andalucía, Castilla, San Antonio, Fuerte y Real Familia con 60, goletas Pingüe con 14, Isabela y Hermoso. El grueso de las fuerzas de tierra pertenecía a los regimientos Aragón, España y Granada. Además figuraba un coronel, dos ingenieros y algunos artilleros

[68] Entre ellos, el coronel de tierra Pedro Faustino de la

Encina

[69] El gobernador le había pedido 300 hombres de tierra, 150 quintales de pólvora, mecha, 500 fusiles con sus balas y provisiones. Torres le concede 250 hombres de tierra, la pólvora, 250 fusiles y algunos víveres.

[70] El trigo, además de la vid, la platanera, el arroz, el café, los cítricos, el olivo, el melón, el mango, el cáñamo, etc., eran productos que no existían en América y su cultivo fue trasvasado a aquel continente por España. De igual forma, y dado que eran desconocidos en occidente, desde allí nos trajimos el maíz, las judías, las patatas, el cacao, el tabaco (con sus efectos perniciosos desconocidos por entonces y ese sí que merecería, no una "leyenda negra" pues fue realidad, una reflexión sobre la aportación americana a España, y que todavía sufrimos), pimiento, tomate, judía, calabaza, girasol, cacahuete, vainilla, chumbera etc.

[71] Desde su buque insignia Duguay Trouin

[72] Navíos L. Russel (80 cañones, mando cap. Norris), embarca al comodoro Sir Chaloner Ogle, Torbay (80 cañones, cap. Gascoyne), embarca al General Lord Catheart, Cumberland (80, cap Stuart), Boyne (80, comodoro Lestock), Princess Amelia (80, comodoro Hemmington), Chichester (80, cap. Robert Trevor), Norfolk (80, cap Rejas), Strewsbury (80, cap. Townihend), Princess Caroline(80, cap. Griffin), Suffolf (70, cap. Daries), Buckingham (70, cap. Mitchel), Oxford(70,cap. Lord August Fitzroy), Prince Frederick (70, cap. Lord Aubrey Beauclerc), Prince Orange (70, cap. Osborne), Leon (60, cap Cotteril), Weymouth (60, cap. Knowles), Suoerb (60, cap. Harvey), Montague (60, cap. Chalmers), Deptford (60, cap Mostyn), Jersey (60, cap. Lawrence), Augusta (60, cap. Denninson), Dunquerke (60, cap, Cooper), Rippon (60, cap. Joliff), Vurk (60, cap. Coates), Litchfield (50, cap. Cleveland). Brulotes Etna, Firebrand, Faetón y Vesubio, bombardas, buques hospital, paquebotes,

etc.

[73] Así se llamaba, por parte inglesa, la batalla que se llevó cabo el 13 de agosto de 1704 en las inmediaciones del pueblo de Blindheim, a orillas del Danubio, durante la guerra de Sucesión española y, en la que las fuerzas de la Gran Alianza, lideradas por Inglaterra, vencieron a las del ejército franco-bávaro y supuso la mayor derrota francesa en 40 años.

[74] Aunque algunas publicaciones sitúan a Cathcart batallando en Cartagena con posterioridad, está acreditado que murió antes de su llegada.

[75] El escorbuto no era frecuente que apareciera en las naves que hacían el recorrido Europa-América en aquella época dado que la duración normal del trayecto no sobrepasaba las seis semanas que necesita la enfermedad para su desarrollo, a no ser que la navegación se retrasase más de esa duración. No se conocieron los efectos provechosos sobre la misma de las frutas, verduras frescas y cítricos hasta mediados del XVIII.

[76] La Dominica era una isla neutral aunque en algunas partes había aventureros franceses.

[77] Navíos Centurión (con 60 cañones y 515 hombres), Gloucester (50 cañones y 350 hombres), Seven (50 y 350), Pearl (40 y 250), Wager (18 y 140) y Tryal (16 y 80). Buques de apoyo logístico Anna e Industry.

[78] Los nuevos reclutas no habían disparado con un mosquete ni habían navegado. Y 500 que se le habían asignado provenientes del hospital de Chelsea, muchos estaban mutilados, algunos dementes, y bastantes con edades comprendidas entre los 60 y 70 años.

[79] Dada la escasez de este material en América, entre 1650 y 1699 se exportaron desde España 9.500 tn de hierro.

[80] Navíos Asia (67 cañones y 700 hombres), Guipuzcoano

(74 y 700), y Hermione (54 y 500), fragatas Esperanza (50 y 450), y San Esteban (40 y 350), patache El Mercurio y un Batallón de 500 hombres del Regimiento Portugal.

[81] La media de su temperatura fue de 6,84°C.

[82] Recibe la denominación de ENSO (El Niño Southern Oscilalatio). Hay constancia de que se produjo en 1728 con una clasificación de "Muy Intenso", aunque no hubo, como en esta ocasión, tantos barcos cruzando los océanos y, por lo tanto, no se tienen suficientes registros. También pudo producirse en 1740-41 según el ciclo periódico de su aparición (entre 2 y 7 años y con una duración de entre 12 a 15 meses que se inicia en el periodo de Navidad-de ahí su nombre), aunque no con igual intensidad.

[83] Podrían decir los ingleses la frase, al igual que la se le atribuye a Felipe II con ocasión de la derrota de la Gran Armada (denominada Armada Invencible por los británicos) en 1588, "No mandé a mis naves a luchar contra los elementos".

[84] Ubicada inicialmente en Sevilla, en 1717 se había trasladado a Cádiz y se encargaba, entre otros cometidos, del aprovisionamiento y pertrecho de las flotas que zarpaban para América.

[85] Doscientos años después, durante la II Guerra Mundial, también se produjo una situación parecida en la víspera del desembarco en Normandía, cuando la flota aliada se encontraba en los puertos ingleses, con las fuerzas de tierra a bordo, esperando a que el tiempo mejorase para que la aviación pudiese apoyarles durante la acción. La diferencia era que la flota tenía que cruzar en esta ocasión el canal de la Mancha en lugar del océano Atlántico como entonces.

[86] Los navíos eran barcos de guerra, grandes, con 2 o 3 cubiertas y otras tantas baterías de cañones. Las fragatas tenían una sola cubierta con una batería.

[87] La ciudad de Port Royal sufrió dos terremotos, en 1692 y 1907, que la destruyeron, por lo que quedó como ciudad residual, trasladándose la población y la actividad al cercano puerto de Kingston.

[88] El comodoro es un rango de la marina inglesa equivalente al de contraalmirante en la Armada española. El de vicealmirante, que ostentaba Vernon, era el inmediatamente superior.

[89] Tenía la pierna izquierda amputada por debajo de la rodilla por efecto de una bala de cañón, varios tendones del antebrazo derecho seccionados por un balazo, y pérdida de la visión del ojo izquierdo producida al extraérsele una esquirla de metralla. Todas las heridas habían sido ocasionadas en combates.

[90] Se estimaba en 2 millones de pesos.

[91] Era una situación normal si no se tenía previsto su uso a corto plazo, que no era el caso, para evitar su deterioro por la humedad y el salitre.

[92] Estructura de madera sobre la que se asienta el tubo del cañón, a la que se une, y que absorbe parte de la fuerza del retroceso producida en el disparo.

[93] Aunque algunos historiadores aducen a que no conocía la presencia de la escuadra enemiga, es difícil de creer dado que no podía ignorar la declaración de guerra de dos meses antes y la salida de Vernon, y cuando ello había motivado la orden de preparación de una escuadra española para el socorro americano. Además existe constancia documental de que ya desde 1738 se tenían noticias en la zona de que los ingleses podrían "*...intentar cualquier extorsión o insulto*".

[94] La logística no gana batallas, pero una mala logística sí hace perderlas.

[95] Vernon solo había tenido tres muertos y seis heridos.

[96] De los cuales 40 eran de bronce que era un material

muy apreciado pues, a diferencia del hierro, no se oxidaba.

[97] Operaciones conjuntas son aquellas en que intervienen fuerzas de dos ejércitos (Tierra-Armada) de un mismo país. Las operaciones combinadas son aquellas en las que interviene fuerzas de varios países.

[98] Se acuñaron medallas, lozas y porcelanas conmemorativas.

[99] El gobernador inglés de Georgia pretende, incluso, tomar La Habana con dos batallones y la escuadra de Vernon, cuando según estudios militares se había evaluado para ello la necesidad de contar con 8.000/ 10.000 hombres como fuerza de desembarco.

[100] Los factores eran comerciantes, apoderados de las compañías marítimas, con capacidad para hacer transacciones.

[101] El puesto asignado a Lezo era el de comandante del Apostadero, esto es, el del mando sobre los buques e instalaciones navales existentes en el puerto o bahía, aunque existen numerosas opiniones actuales que alegan, se estima que equivocadamente, que era el Gobernador Militar; afirmación que es desmentida, entre otros historiadores, por Mariela Beltran, comisaria de la exposición sobre Blas de Lezo en el museo naval militar durante 2013; *"..., Blas de Lezo no fue Comandante General de Cartagena de Indias. Este cargo lo desempeñaba, Melchor de Navarrete, Coronel de los Reales Ejércitos quien ostentaba junto al título de Comandante General de la plaza y provincia de Cartagena el de "Gobernador", ejerciendo sus funciones más como militar que como político o técnico en cuestiones de hacienda o economía*". Una denominación actual del puesto ocupado por Lezo, manteniendo el mismo cometido, podría ser el de Comandante Militar de Marina

[102] Entre otros, en 1704 frente a Vélez-Málaga contra una

escuadra angloholandesa y en 1707 en Génova contra el navío inglés Resolution. También se atribuye al marino —entre ellos el autor de este libro cayó en el error en la primera edición de la obra que ahora reconoce y corrige-la victoria sobre el más poderoso navío inglés, Stanhope en 1710; "...*pero hay episodios, como la captura del gran navío Stanhope desde una sencilla fragata, que los documentos no sustentan. En los archivos ingleses no aparece ningún navío de guerra inglés con ese nombre, pero sí existe una fragata mercante, con 20 cañones y 40 hombres, comandada por John Combes, que el 22 de noviembre de 1710 recibió patente de corso. Desconocemos donde actuó esta fragata y si fue apresada. De cualquier modo, si es la que capturó Blas de Lezo, en ningún momento fue en combate desigual, puesto que él también mandaba una fragata*" (Mariela Beltran).

[103] La situación de "internado" es un concepto que, junto con el de "desplazado" y "refugiado" adoptados siglos posteriores, designan las situaciones de la población civil afectada por un conflicto. Se refiere a aquélla en que se encuentran los pertenecientes a una de las partes en un conflicto y que residen en la otra. Ejemplo, la de los japoneses residentes en EE.UU. durante la II guerra mundial.

[104] Los brulotes eran barcos veloces, dotados con una corta tripulación, a los que se cargaba de material inflamable y explosivo. Se los dirigía hacia la formación de barcos enemiga u objetivo, se prendía fuego a la carga y, entonces, la tripulación lo abandonaba.

[105] Los paquebotes se utilizaban como buques de transporte de personal y carga.

[106] Proyectiles envueltos en lona impregnada de alquitrán, pez y algún material combustible.

[107] Se cree que la sífilis, otra enfermedad cuya introducción ha sido atribuida a los españoles, existía en América antes de la llegada de los colonizadores y desde allí

se difundió a Europa. Fue trasladada a España en 1493. Uno de los primeros registros contrastado en Europa de la enfermedad se contabiliza en Barcelona, adonde habían viajado algunos miembros de la tripulación de Colón recién llegados de su primer viaje a las Indias.

[108] El cargo de interino se ostenta mientras no se produce el nombramiento oficial del nuevo titular y éste asume el mando del mismo. Sus atribuciones son idénticas a las de un cargo titular, a diferencia de uno "accidental" que se produce cuando el dignado oficialmente está ausente de su zona de responsabilidad, de permiso, enfermo, etc. el cuál no puede modificar las órdenes del titular que, aunque esté ausente, sigue manteniendo las responsabilidades inherentes a su cargo.

[109] Establecido por un Real Decreto de 18 de julio de 1711

[110] Comprendía las provincias de Santa Marta, Cartagena de Indias, Antioquía y Popayán, Maracaibo, Caracas y Guayana.

[111] Por Real Orden de 2 de septiembre de 1739.

[112] Santa Fe de Bogotá era el nombre que tomó la ciudad de Nuestra Señora de la Esperanza, fundada por Gonzalo Jiménez de Quesada, en 1539. En 1819, con motivo de la independencia, cambió el nombre por el de Bogotá.

[113] Por el contrario, en 1741, sí se producirán con el virrey Eslava en el momento álgido del ataque inglés.

[114] Aunque la artillería, tanto la naval como la de costa, podían disparar proyectiles que llegasen hasta los 4,5 kilómetros, su precisión a esa distancia era muy deficiente.

[115] Alderney, Terrible y Cumberland.

[116] Los calibres oscilaban entre a 10 y a 36. El calibre de los cañones, en esa época, se clasificaba en función del peso del proyectil que disparaba, no del diámetro interior del tubo. Por ejemplo, un cañón de a 24 era aquél que disparaba

proyectiles de 24 libras (algo superior a los de 11 kilogramos) de peso.

[117] La distancia eficaz es aquella a la que se puede alcanzar el blanco con una alta probabilidad de hacer impacto contra él.

[118] La diferencia en la distancia eficaz entre el tiro de cañones y morteros es debida a que los primeros se empleaban para hacer blanco por impacto directo contra barcos, murallas, objetivos protegidos etc., por lo que sus proyectiles necesitaban desplazarse a una gran velocidad y con gran energía cinética para penetrar en el objetivo y, por lo tanto, empleando trayectorias muy tensas. Los morteros, al no requerir velocidades muy elevadas, empleaban trayectorias curvas. Ello implicaba que los cañones tenían que apuntarse con un pequeño ángulo de elevación lo que conllevaba que sus proyectiles alcanzasen una distancia menor a la que, por las características del cañón, le permitía (que podía ser de hasta 4.000 metros) .Los morteros, por el contrario, se apuntaban con ángulos de elevación grandes. Las cureñas sobre las que se montaban unos y otros se adaptaban, naturalmente, a dichos ángulos. La diferencia de distancia eficaz de tiro entre cañones y morteros estaba motivada no solo por las características de las armas, sino por el diseño de las cureñas (también influía la carga de proyección) sobre las que se montaban, ya que estaban concebidas para el empleo con ángulos de elevación/tiro diferentes.

[119] Ya en 1706, en el sitio de Barcelona, empleó granadas rellenas de material incendiario contra navíos ingleses a los que provocaba incendios. También había empleado, en ocasiones, paja húmeda amontonada sobre parrillas de hierro que producían una gran cantidad de humo y que utilizaba para ocultar los movimientos de sus barcos.

[120] Y por consiguiente el ángulo de tiro, que es el formado

por el eje de prolongación del tubo y la horizontal.

[121] La batería es una unidad artillera compuesta, generalmente, por entre 6 a 10 cañones o morteros. Un grupo de artillería está formado, generalmente, por dos o más baterías.

[122] Capacidad para adaptarse a las situaciones cambiantes del combate.

[123] La Inteligencia es la "información elaborada" y, para ello, se necesita obtener la información de varias fuentes, contrastarlas, evaluarlas, y prever los futuros posibles.

[124] En este caso, las tormentas y huracanes alargaron considerablemente la duración del viaje y los alimentos frescos se estropearon en las bodegas, lo que dio origen a la aparición de dicha enfermedad. En aquella época no se conocían sus causas ni su tratamiento.

[125] Es una máxima que todo obstáculo, natural o artificial, para ser efectivo e impedir o retrasar el movimiento, tiene que estar batido por el fuego propio. En caso contrario el enemigo, a corto o largo plazo, lo salvará y su efecto quedará anulado.

[126] 4 de a 24, 25 de a 18, 6 de a 12 y 7 de a 10.

[127] 3 de a 24, 8 de a 18 y 2 de a 10.

[128] El Aragón (con 64 cañones), el Dragón (con 60), el Conquistador (con 64) y el San Felipe (con 80). No emplea el San Carlos (con 66) y el Galicia (con 70), que habían llegado con Eslava, que los mantiene en reserva, reparándose de tan larga travesía y con su tripulación en plena recuperación de las penalidades y enfermedades padecidas.

[129] Las concentraciones, denominadas alardes, eran una de las obligaciones que tenían los integrantes de las milicias.

[130] Es el efecto, formulado con posterioridad por J. N. Pawlowski, de la doctrina de "los focos naturales de infección" que ya advirtió el médico militar español Diego

Álvarez Chanca que formaba parte de la expedición en el segundo viaje de Colón, y que inició la larga saga de médicos militares españoles en aquellas tierras, entre los que destacan Javier Balmis, que organizó la" Real expedición de la viruela" salvando con ello millones de vidas, y la del capitán médico Santiago Ramón y Cajal, galardonado posteriormente con el premio Nobel de medicina.

[131] Luigi Rigio Branciforte, príncipe de Campo Florido, era el embajador español en Francia.

[132] El emperador Carlos VI muere repentinamente el 20 de octubre y el Pacto de Familia entre España y Francia se institucionaliza el 7 de noviembre, en Fontainebleau. España y Francia se alían contra Austria, Cerdeña e Inglaterra.

[133] Por Real Cédula de 20 de agosto de 1739 se le ordena que reconozca y acate al virrey en las visitas que haga a las fuerzas y fortificaciones.

[134] Tendrán que pasar centurias para que se establezcan procedimientos normalizados sobre las atribuciones de los diferentes componentes de los mandos conjuntos en las operaciones.

[135] La estructura del mando y atribuciones de la unidades en operaciones combinadas, incluso hoy en día, conllevan serias dificultades, ya que los países que aportan fuerzas pierden una parte de su soberanía nacional, por lo que mantienen procedimientos *ad hoc* para recuperarlas en caso necesario y romper los acuerdos preestablecidos, aunque estén firmados.

[136] D´Antin ignora la muerte de Cathcart, que se había producido días antes. Los informadores le comunican que uno de los jefes ingleses desembarcados tenía que ser transportado en silla debido a su avanzada edad, por lo que estima tendría que ser el capitán de navío Norris, en cuyo navío viajaba el comodoro Chaloner-Ogle que ostentaba el

mando de la flota.

[137] Algunos historiadores responsabilizan al almirante de que, con esta actitud, se abandonó deliberadamente a Cartagena a su suerte. Es una situación que se les plantea en ocasiones a los comandantes de campo ante el silencio o la ambigüedad de su cadena de mando, sea militar o política, en una situación crítica. Las posibilidades son: se inhibe como el resto de la cadena y diluye los resultados negativos si los hay, o empeña su responsabilidad asumiendo las consecuencias como hacen los auténticos mandos y líderes.

[138] Denominado Regimiento 43 en su acepción inglesa.

[139] El coronel William Spotwood, gobernador de Virginia, se había responsabilizado de su reclutamiento y estaba destinado a asumir importantes responsabilidades en el contingente terrestre inglés, pero murió un mes antes.

[140] Militarmente, se entiende el nivel estratégico como el nivel de guerra en el cual la nación determina sus objetivos nacionales y desarrolla y usa sus recursos nacionales para alcanzar dichos objetivos; el nivel operacional es el nivel de guerra en el cual se planean, conducen, y sostienen, campañas y operaciones de guerra mayores para alcanzar los objetivos estratégicos dentro de los teatros o áreas de operaciones; y el nivel táctico es el nivel de guerra en el cual se planean y ejecutan combates y enfrentamientos para alcanzar los objetivos militares asignados a los elementos tácticos

[141] Las tres cuartas parte de ellos eran buques de transporte de tropas y material, no navíos de guerra.

[142] Y hasta ahora ahí sigue…

[143] Aunque muchos autores actuales afirman que la expedición inglesa que atacó Cartagena fue la "segunda expedición naval de la historia tras la de Normandía de la 2ª Guerra Mundial ", otras de mayor envergadura fueron las de

Túnez (1535), Argel (1541), Orán (1732), Walcheren (1809), Gallipoli (1915-1916), Tarawa (1543) etc.

[144] Acompañó a Colón en sus dos primeros viajes. Fue un magnífico cartógrafo que realizó el primer mapa del mundo en el que figuraban los territorios de América. Con posterioridad organiza su propia expedición americana, en la que desempeñaba el cargo de piloto mayor y cartógrafo, y llevaba como navegante al italiano Américo Vespucio que elaboró otro mapa, que incluía también el Nuevo Mundo conocido, y que fue empleado por el también cartógrafo alemán Martin Waldseemüller en su obra y mapa de 1507 y 1516 "Introducción a la cosmología" y "Carta Marina". Dado que estas últimas obras tuvieron una gran difusión y que para la identificación de los nuevos territorios el alemán empleó en sus trabajos el nombre del autor italiano, ello motivó que el Nuevo Mundo fuese llamado, para la posteridad, América, nombre que deriva de Américo. Se cometió una gran injusticia histórica, privándose del nombre de Colombia a todo el Nuevo Mundo.

[145] La fusta era un buque de la familia de las galeras, normalmente a remo, que se utilizaba como guardacostas, enlace, correo, protección de convoyes, etc.

[146] Ocho años después Gregorio Robledo finalizó la construcción del primer emplazamiento.

[147] En lenguaje aborigen significaba cangrejo, pero los exploradores la tradujeron por calamar, porque en su pronunciación local se asemejaba a dicha palabra española.

[148] Esta solución perduró hasta el siglo XX.

[149] En 1588 (del 4 al 6 de noviembre) se produce el primer temporal del que hay constancia histórica. La ciudad estuvo a punto de ser destruida completamente, se cortaron las comunicaciones con la tierra firme, el agua llegó hasta la Caleta y los barcos fondeados en el puerto estuvieron a

punto de hundirse. En 1654 se produce otro temporal que destruyó las murallas de la Marina. En 1704 hay que reparar una brecha de 35 metros producida por el mar en la zona de Santa Cruz y Santo Domingo y, durante los temporales de 1713 y 1714, se producen daños nuevamente en la zona empalizada de La Marina y las inundaciones alcanzan buena parte de la ciudad.

[150] El acceso desde el mar por el rio Magdalena hacia el interior del continente tenía el peligro de tener que salvar las peligrosas barras de su desembocadura-las Bocas de la Ceniza—, por lo que el tráfico marítimo hacia dicho destino se apoyaba en el puerto de Cartagena.

[151] Así lo catalogaba el capitán de los tercios españoles Juan Díaz de Vallejera.

[152] El cierre completo del amurallamiento de la ciudad no finalizó hasta 1796, aunque las obras continuaron dado que, una de las características de las obras defensivas militares es la de su "perfectibilidad", esto es, que siempre pueden ser mejoradas.

[153] El baluarte es un reducto fortificado que se proyecta hacia el exterior del cuerpo principal de una fortaleza. Se sitúan, generalmente, en la esquinas de los muros.

[154] El hierro, aparte de ser un material que escaseaba, se oxidaba con rapidez en un ambiente tan húmedo.

[155] Un muelle es una obra artificial y humana para el atraque, amarre, anclaje etc. de una embarcación. El puerto, por el contrario es un concepto geográfico y está formado por un cuerpo de agua más o menos seguro y abrigado donde se dirigen las embarcaciones para resguardarse, efectuar reparaciones, descargar etc.

[156] 60.000 blancos, 14.000 indios y 8.000 negros y mulatos.

[157] 2.100 en la plaza, 80 destacados en las guarniciones exteriores (Rio Magdalena, el Hacha y otros puestos) y 500

como fuerza de infantería de Marina en los buques.

[158] Funcionario que supervisaba la recaudación de impuestos y los gastos militares. Cada intendente rendía cuentas a su superintendente virreinal y éste lo hacía al ministro de Indias, pero con el transcurso del tiempo terminaron por depender directamente de la Secretaría de Hacienda de Madrid.

[159] Aunque no intervenía en asuntos militares sí que da recomendaciones en asuntos administrativos y tenía ciertas competencias en asuntos relacionados con las fortificaciones.

[160] En esta época los españoles ya habían construidos y activados en el Nuevo Mundo unas 300 instalaciones sanitarias con unas 90 camas de media cada una (resultado de la Instrucción dada a Nicolás de Ovando —que comandó la primera gran armada colonizadora al Nuevo Mundo—, por la reina Isabel la Católica: ”*...quese faga hospitales en que se acojan y curen los pobres, ansí de cristianos como de indios...”*) . Asimismo, en el primer tercio del siglo XVIII la mayoría de las ciudades fundadas por los españoles con más de 300 habitantes tenían un hospital con un cirujano al menos. Si tenemos en cuenta que actualmente en España, con una sanidad del primer mundo y muy desarrollada, el índice de camas hospitalarias ronda las 3,8 por cada 1.000 habitantes, se deduce que, durante la colonización americana, se disponía de un número camas de hospital por habitante parecido al que actualmente disfrutamos.

[161] Inicialmente se funda el de San Sebastián, en el que se integra posteriormente el de San Juan de Dios y el del Espíritu Santo que se encontraba en Getsemaní, dejando en su antiguo emplazamiento una casa para los enfermos convalecientes.

[162] En él había ejercido como capellán el jesuita Pedro Clavé. Era conocido por su entrega y dedicación al alivio de

los esclavos que llegaban al puerto en los buques negreros que procedían de África. Le apodaban “el esclavo de los esclavos”. Había muerto en 1654. Fue proclamado santo en 1888.

[163] En los castillos había barrenderos que limpiaban la arena que traía la brisa y arrancaban la vegetación que crecía entre las piedras para evitar su deterioro.

[164] Un hornabeque es una fortificación formada por dos medios baluartes unidos por una cortina (muro).

[165] Bosque tropical que crece entre la franja del mar y la tierra con agua salobre y raíces sumergidas en zonas poco profundas.

[166] Se construyen tras el ataque de Pointis de 1697.

[167] El castillo de San Luis fue parcialmente reconstruido, después del ataque de Pointis entre 1714-1724, por el ingeniero militar Juan de Herrera y Sotomayor quien, además, completó la defensa de Bocachica con la construcción de las baterías de San José, San Felipe, Santiago y Chamba.

[168] Eran los galeones Buen Suceso y Concepción, de la flota de Rodrigo de Silva.

[169] Tenía una anchura de 1,7 kilómetros y un calado de entre 3 y 6 metros. Hasta entonces era el más utilizado

[170] Entre ellos, el gobernador Díaz de Pimienta en 1699.

[171] Francia e Inglaterra en gran medida, pero también, posteriormente, Holanda y Dinamarca.

[172] Los piratas eran personas que se dedicaban a abordar barcos en alta mar con el propósito de robarles. Los corsarios eran piratas que, con el beneplácito de una nación (mediante una “patente de corso”), actuaban contra los buques de una nación enemiga de la que le había facilitado la patente, a la cual le rendía cuentas. Filibusteros se denominaba a los piratas que actuaban en las Antillas.

Bucaneros eran los piratas que se refugiaban en la isla de La Española (actual Haití) y su nombre deriva de la forma de cocinar a los animales asilvestrados (cerdos y vacas) de la isla que capturaban, comercializaban y consumían.

[173] En 1543 el francés Robert Baal, con 450 hombres, saquea la ciudad consiguiendo 40.000 pesos. En 1558 otro francés Martin Cote la incendia y obtiene un importante botín. En 1568 el entonces traficante de esclavos inglés y posteriormente corsario y sir John Hawkins intenta su saqueo pero no lo consigue. En 1586, el también corsario inglés, sir Francis Drake, la conquista. En 1697 el almirante francés Bernard Desjeau, barón de Pointis, con una armada francesa, la saquea.

[174] Las mulas, junto con los caballos, introducidos por los españoles en América, contribuyeron notablemente a mejorar el transporte de mercancías que, anteriormente, estaba basado en la llamas autóctonas (que no actuaban por tracción) y en la fuerza humana, que era 20 veces menos eficiente.

[175] El canal del Dique aprovecha las ciénagas y pantanos entre la bahía y el río Magdalena para dar continuidad a la comunicación fluvial. Su construcción la decidió en 1649 el Cabildo de la ciudad, pero fue el gobernador Pedro de Mendoza quien, en seis meses, con 200 hombres y a golpe de picos y hachas, limpia de vegetación las ciénagas, las conecta y rompe el dique (de ahí el nombre del canal) que separaba el rio de las ciénagas. Su mantenimiento obligaba a una dedicación constante y, si se abandonaba, la vegetación hacía impracticable su utilización.

[176] Camino Real de Matates (Cartagena-Matates), Camino Real del Partido de Tierra Adentro, y Camino de la Costa (Cartagena-Barranquilla)

[177] Su nombre es un homenaje al rey Felipe IV y a los condes de Barajas, familia a la que pertenecía el gobernador

que ordenó su construcción.

[178] El nombre le fue dado por los españoles dado su parecido con La Popa de una galera.

[179] Entre ellos el *Aedes aegypti.* Estos mosquitos probablemente no eran autóctonos de América y serían introducidos desde África en los buques que traían desde Guinea, Senegal, Gambia, Mozambique y Angola a los esclavos negros con los que comerciaban portugueses, holandeses y británicos.

[180] Incluso era costumbre no plantar árboles en la ciudad, a pesar de la protección que daban al ardiente sol tropical, para evitar que los mosquitos se cobijaran en ellos.

[181] Se le llamaba el "vómito negro". Se trasmite, por las garrapatas y los mosquitos *Aedes aegypti.* En forma leve, la enfermedad suele producir fiebre elevada, náuseas, vómitos y cefaleas durante 1 a 3 días y cura sin complicaciones y, en forma grave, produce con posterioridad ictericia, insuficiencia hepática, vómitos de sangre venosa (de ahí su denominación como vómito negro), fiebre elevada, anuria (el infectado no orina) y deshidratación. La mortalidad era del 5 por ciento entre poblaciones indígenas endémicas y del 50 por ciento en la población no indígena. Actualmente persiste en América entre los primates, trasmitida por los mosquitos del género *Haemogogus y Aede leucelaemus* .La enfermedad llegó a España en 1581 a través de Sevilla.

[182] El ganado introducido por España en aquel continente, ya que no existía previamente, fueron los caballos, mulos y asnos, perros de razas grandes, el porcino, el bovino, el ovino, las gallinas, los conejos, gusanos de seda, los gatos, etc. que mejoró sustancialmente la alimentación y por ende la salud de la población autóctona al incorporar en su dieta las proteínas de la carne y la leche a la que accedían muy escasamente con anterioridad, y además puso la simiente para que la importante cabaña americana actual sea

directamente descendiente de la llevada por los colonizadores. En cuanto a la ganadería americana previa al Descubrimiento era muy escasa pues solo disponían de camélidos, el pavo (que se transvasó a Europa), algunos cérvidos, el jabalí, el perro pequeño-para alimentación de los aborígenes—, el pato, el caribú en el área esquimal, y el bisonte al que prácticamente exterminaron.

[183] Se elaboraba de formas diferentes: alubias, habas y lentejas, arroz y garbanzos, habas y garbanzos, arroz con aceite, etc.

[184] La orden para su confección provenía del Brigadier D. Juan de Pimienta.

[185] Entre 1650-1699 se enviaron al Nuevo Mundo desde España 33.000 tn de vino, 3.800 tn de aguardiente, 3.200 tn de aceite, 280 tn de vinagre, 124 tn de pasas, 87 tn de alcaparras, 12.500 tn de cera, 2.900 barriles y 3700 botijas de aceitunas, 5.300 sacos de ajonjolí, 700 barriles de pimienta, 800 sacos de almendras,3.500 cajas de velas, 105.000 bultos, fardos y cajones de productos textiles, 6.650 cajas de libros, 60.000 cajas de clavazón y herrajes, 9.500 tn de hierro, 160.000 rejas, arados y herramientas,2.000 flautas, etc. Y salieron, para España, 27,7 tn de oro, 9.448 tn de plata, 640 tn de azúcar, 9200 tn de cacao, 640 tn de tabaco, 1000 tn plantas medicinales, 4.500 tn de tintes, 7.000.000 pieles, etc.

[186] Entre 1645 y 1699 los gastos militares fueron de más de 5,2 millones de pesos.

[187] 167.000 pesos en 1700, entre 87.000 y 117.000 en 1721, 134.000 en 1730 y 130.000 en 1736, solo para el pago del personal del ejército, incluyendo a las milicias.

[188] Actualmente, en su antiguas ubicaciones y remozadas instalaciones, se siguen fabricando algunos de los armamentos más modernos y avanzados tecnológicamente del mundo, pero en lugar de seguir en manos del Estado

español y gestionados, ¡desde 1634¡, por artilleros e ingenieros militares, como un componente más de la soberanía nacional, llevan más de dos década en manos de una empresa multinacional.

[189] Se ha constatado que, en alguna expedición, como la de Hernán Cortés a México, hubo que emplear ocasionalmente clavos y herraduras de plata para los caballos dada la carencia del hierro para este menester.

[190] Las últimas salidas de la flota de galeones a Tierra Firme fueron en 1706, 1713, 1715, 1721, 1730 y 1737.

[191] Entre 1533 y 1600 habían entrado en Cartagena no menos de 1600 embarcaciones, de las que casi la mitad procedían de la península. En las dos primeras décadas del siglo XVII entraron 170 naves formando parte de flotas y otro centenar como navíos sueltos. Entre 1645 y 1672 entraron 487 buques sueltos.

[192] Posteriormente, como en toda situación prebélica, se suspendió su entrada debido a la inseguridad.

[193] El brigadier D. Pedro Hidalgo había llegado en 1737 a Cartagena de Indias y, en mayo de 1739, siendo gobernador militar, pasó una revista de inspección (las inspecciones y revistas a las fuerzas eran y es una forma de control de calidad donde se examina, objetivamente, el estado de policía, instrucción, efectivos, material, cohesión, administración etc. de las unidades) donde se contabilizó la operatividad de las piezas.

[194] De 1687 a 1853 España construyó 237 navíos, de los cuales 56 en La Habana (entre ellos el navío más poderoso del siglo XVIII, el Santísima Trinidad, de cuatro puentes y 136 cañones, lo que da idea de la capacidad y tecnología española del momento) y 20 en Cartagena de Indias. En los primeros años del XVIII la construcción fue de 70 navíos, la mayor parte en La Habana y Guarnizo (Cantabria, España).

[195] Otra solución era recubrir la madera embadurnada con otra capa de madera de olmo y una, típicamente española, consistía en forrar la madera exterior con una fina capa de plomo que, al oxidarse con el agua, resultaba tóxico para los moluscos y algas que se adhiriesen a la misma y que la podrían deteriorar.

[196] Los carpinteros se ocupaban de la madera del casco, la arboladura, las bombas de achique, poleas, etc., los calafates de la estanqueidad del buque, y los buzos taponaban las vías de agua si los carpinteros o calafates no tenían acceso a ellas.

[197] El mayor esfuerzo en materia constructiva se produjo entre 1741 y 1800, bajo la dirección del ingeniero militar Antonio de Arévalo.

[198] Había ingresado en el ejército español en 1719 como voluntario en el Real Cuerpo de Ingenieros pero, anteriormente, había sido teniente de suizos y había tomado parte en diversas batallas por lo que, en 1720, recibe el doble nombramiento de Ingeniero de los Ejércitos y Teniente de Infantería. Actualmente, también los oficiales del Cuerpo Superior de las FAS españolas reciben la doble titulación en Ingeniería y en la Enseñanza Superior Militar.

[199] En 1741 había casi 8.000 esclavos africanos en Cartagena de Indias.

[200] 4.000 en materiales, 5.000 en construcción, 500 en sueldos, 1000 en esclavos, 8.000 en infantería y 1000 en varios.

[201] Para 1720 se emplearon 79.000 pesos.

[202] El Quinto Real gravaba los metales preciosos extraídos y suponía el 20 por ciento de lo extraído; las Alcabalas las compraventas y permutas y oscilaba entre el 2 y el 10 por ciento del valor; el Almojarifazgo las entrada y salidas de mercancías, también entre el 2 y el 10 por ciento; y, la Media

Anata los oficios seculares, igualmente, entre el 2 y el 10 por ciento. Los más importantes eran el Quinto Real y el Almojarifazgo a las flotas.

[203] En Cartagena existían tres Cajas. La Caja Principal de la Real Hacienda que recibía ingresos de depósitos y situados y que pagaba a la guarnición, compras de armas, material y mantenimiento, una parte considerable de los gastos navales y parcialmente las fortificaciones . La Caja de la Armada (caja menor) que recibía ingresos de la caja principal, de rentas y tributos varios, de préstamos de particulares del comercio y, excepcionalmente, desde Panamá para gastos navales, y pagaba los gastos navales y hacía reembolsos a la caja principal. Y la Caja de las Fortificaciones (caja menor),que recibía ingresos de la caja principal, de rentas y tributos varios, de préstamos de particulares y, excepcionalmente, de Panamá para gastos de fortificaciones, y pagaba los gastos de las fortificaciones y efectuaba rembolsos a la Caja Principal

[204] De 1673 a 1699 se recibieron 751.000 pesos de Santa Fe y 917.000 de Quito, lo que suponía una media anual de unos 62.000 y sobre 53 por ciento del total de lo recaudado. Los otros ingresos procedían de impuestos sobre las rentas, depósitos existentes y prestamos de particulares.

[205] Se había enviado en 1730 a Madrid para su aprobación, pero no se firma hasta 1736 con algunas correcciones a lo propuesto. Su confección se basó en el Reglamento de La Habana, que ya existía.

[206] En 1703 se deben 400.000 pesos, se paralizan las obras y no se paga a la guarnición, en 1706 solo hay 12.000 pesos en la caja y las obras siguen paralizadas, en 1720 se le deben tres pagas a la tropa y se pide un préstamo a los comerciantes, en 1722 se vuelven a parar las obras por falta de créditos, en 1725 no se paga a la tropa, en 1726 se subleva la tropa de Bocachica porque no se le paga, en 1730 solo se

le paga una parte de sus sueldo, en 1731 se emplean paisanos para hacer las guardia porque no se puede reclutar tropa por falta de fondos, en 1738 faltan 8.000 pesos para pagar al Bon. Fijo. Solo para el pago del Ejercito Permanente se necesitaban 130.000 pesos anuales.

[207] De su salario se les descontaban, además, los servicios que se les prestaba, como eran el coste del vestuario (se le asignaba gratis la primera puesta, quedando las reposiciones sucesivas a costa de cada individuo), lavandería, barbería, zapatería, parte del mantenimiento del material, para urgencias, jubilación, fallecimiento, utensilios y cama, el rancho diario, hospitalizaciones, montepíos, etc.

[208] Entre 1673 y 1699 se obtienen más de 144.000 pesos en concepto de préstamos, lo que supone una media de 5.000 pesos anuales y el 4 por ciento del total de los ingresos.

[209] Los soldados se pagaban su comida (a un real diario) que se le descontaba de la paga.

[210] Tenían que ser solteros, jóvenes, voluntarios y con gran experiencia en campaña.

[211] Y cuyos nombramientos promocionaban.

[212] Estas circunstancias tuvo mucho que ver en los acontecimientos acaecidos durante la independencia de los países hispanoamericano, ya que algunas de las unidades militares españolas-americanizadas por lazos familiares — se pasaron al bando independentista.

[213] Entre ellos un indio, llamado Pedro, que conocía el inglés y el español, que estaba a su servicio desde hacía 12 años.

[214] Según informe del gobernador Pedro Lodeña, que sustituyó a Fernández Bustos después del conflicto, "*los mejores soldados que tuvo el corsario fueron los turcos*".

[215] El buque insignia estaba al mando del capitán Juan de Castañeda, la Ocasión con el capitán Martín González y la

saetía era La Napolitana, al mando del capitán Comas. La saetía era una embarcación latina de tres palos y una sola cubierta que servía para patrulla armada y para transportar mercancías.

[216] Era miércoles de ceniza, día del inicio de la cuaresma de la Iglesia católica.

[217] Costó 10.000 ducados su reparación posterior.

[218] Constituida por 10 oficiales, 129 soldados y 47 mosquetero.

[219] Comenzaron al año siguiente.

[220] Años más tarde y, paradójicamente al servicio de España, estaba a cargo de una flotilla en la que se incluía un navío mandado por Lezo.

[221] El castellano era el responsable de un castillo, su defensa y estado de conservación. Residía permanentemente en el mismo, a diferencia del resto de la guarnición, que pertenecía a la plantilla de la plaza y rotaba periódicamente en el destacamento.

[222] Para entonces no existía el virreinato de Nueva Granada.

[223] El primer envío desde Santa Fe, en agosto del año anterior fue de 142.000 pesos.

[224] Con la galeota y los buques Fort y Mutine.

[225] La Scepter, de 84 cañones, el Saint Lewis, de 54, el Fort, de 20, los Vermandois, Apollo, Furieux y Saint Michael de 50 cada uno. En segunda línea se sitúan el Cristo, el Avenant, el Martin y el Eclaktant con 94 cañones en total

[226] Se conserva, actualmente, en la catedral de Cartagena de Indias, a los pies de la virgen Santa Catalina.

[227] Era muy mayor y padecía de gota.

[228] Aunque debía de tener una guarnición de 200 infantes y 16 artilleros, en realidad existían solo 80 hombres. Habían

solicitado que se enviasen 30 soldados y 8 piezas de artillería, pero se les negaron.

[229] Algunas fuentes indican que el disparo fue hecho intencionadamente por uno de sus subordinados.

[230] El Vermandois, Saint Lois y Septer.

[231] Pointis estimaba que las existencias en metálico y especies aprovechables en la ciudad tenía un valor, aproximado, de unos 5 millones de pesos.

[232] Según algunos, existían clausulas secretas consensuadas entre Pointis y el Gobernador.

[233] Consigue, por este método, obtener más de 2,5 millones de pesos.

[234] Las autoridades eclesiásticas creían, equivocadamente, que las pertenencias religiosas habían quedado exentas de su entrega según reflejaban en las actas de capitulación.

[235] Unos 80 cañones.

[236] Lo cual era una contradicción.

[237] De los Ríos tenía la esperanza, probablemente, de que naufragase.

[238] Se envió con tres naves, 5 compañías con 500 hombres, 110 piezas de artillería (36 de bronce y 74 de hierro), 100 proyectiles por pieza, 1.500 quintales de pólvora, herrajes para cureñas e instrumentos para la artillería, herramientas, 6 morteros con 100 bombas para cada uno, 2.000 granadas reales, 8.000 granadas de mano, alquitrán, azufre y plomo para munición, etc.

[239] En una carta a la Corte afirmaba que *"el juez y los de su profesión pretenden ser gobernador, capitán general y hasta el mismo Rey de Indias".*

[240] En carta remitida en 1703 al gobernador de Cartagena, se aduce *"el interés del Rey de buscar solución favorable a los responsables del desastre de Cartagena…*(aunque*)…sospecha*

de connivencia de los Ríos con los franceses”

[241] La artillería de campaña es la orgánica de acompañamiento de las fuerzas de infantería, de menor calibre, cantidad y dotación que la de sitio.

[242] Es la zona del terreno, a cubierto del fuego enemigo y próxima al objetivo, en que las unidades terrestres se concentran y se organizan para el ataque último.

[243] Sufrió paralizaciones temporales dado que el director de las obras de fortificación tenía que desplazarse periódicamente a Puerto Rico, La Habana y San Juan de Ulúa, que también eran de su responsabilidad.

[244] Era un italiano al servicio del rey español. También entraron como ingenieros al servicio de la Corona española, posteriormente, su hermano y su hijo.

[245] El expediente se terminó en 1743 y se perdió en la fragata Nuestra Señora de Granada durante su envío a España para su aprobación, por lo que hubo que repetirse el estudio, esta vez por el ingeniero Antonio de Arévalo. Con posterioridad, en 1784, ordenado esta vez por Carlos III, se confeccionó el segundo Plan de Defensa por el brigadier don Agustín Cramer, de acuerdo con el gobernador de la plaza don Juan de Pimienta.

[246] Es un antecedente de los que hoy se denominan, en España, “reservistas”.

[247] La orgánica militar se mantiene hasta 1810, comienzo de la independencia hispanoamericana, en la que el Ejército Regular, que ya estaba constituido casi en su totalidad por personal criollo, se pasa en bloque al bando independentista.

[248] La Plana Mayor era el órgano de apoyo al ejercicio del mando militar de la plaza y estaría constituida por el mando de la plaza (gobernador militar), un teniente de Rey, un sargento mayor, un ayudante, un capellán, un cirujano, un guarda—almacén, dos ingenieros, un tambor mayor y el

personal del hospital militar.

[249] Cada una con una plantilla de un capitán, un teniente, un subteniente, 2 sargentos, 5 cabos, 71 soldados y un tambor.

[250] Con una plantilla de un capitán, un teniente, un subteniente, un alférez, 3 sargentos, un cabo de bombarderos, 4 bombarderos, 2 minadores, un armero, un herrero, un carpintero 4 cabos artilleros, 71 artilleros y un tambor.

[251] Se encuadraban según la raza. Así, había 4 compañías de blancos, una de cuarterones (eran aquellos descendientes de un blanco y una mulata), cuatro de mulatos y dos de negros.

[252] Además, en los poblados importantes de la provincia (Mompox, Tolú, Benito Abad, Tierra Adentro, Real de la Cruz, Palenque de Matates, La Bala y otros) había casi 6.000 efectivos más de las milicias

[253] Faltaban por completar las existencias necesarias de alrededor de 71 tipos de artículos de abastecimiento.

[254] De una muestra de 2.000 efectivos, unos 280 se encuentran enfermos y otros 250 convalecientes.

[255] Las baterías de San Juan, San Carlos y Nuestra Señora de La Popa no fueron construidas por Antonio de Arévalo hasta 1779.

[256] Existen publicaciones que apuntan a que Lezo disponía de un espía en Jamaica que le facilitó directamente los planes del ataque de Vernon a Cartagena de Indias y que los había obtenido de una forma bastante novelesca. Se estima poco probable que, si dispusiese de dicha información, no se la comunicase a Eslava, y que la idea de maniobra española se basase en una única fuente de información, porque los juicios de inteligencia necesarios para ello requieren que estén basados en numerosas fuentes de información y la

comprobación, ratificación y validación, de la exactitud de cada una de ellas.

[257] El acierto o no de los planes solo se sabría cuando la realidad de los hechos mostrase el resultado de los mismos.

[258] Eslava tenía razón en su argumento ya que, tras que el Jefe haya adoptado una línea de actuación en un combate entre las posibles analizadas, ésta se convierte en la línea directriz para todos los subordinados. No obstante, las Reales Ordenanzas de Carlos III (de 1768, vigentes hasta 1978— ¡más de 200 años¡lo que confirma la solidez de sus principios—, y reformadas en 2009) que se basaban en las anteriores (iniciadas con la de los Reyes Católicos "para la buena gobernación de las gentes, de su guardas, artillería y demás gentes de guerra y oficiales de ella" de 1503, las de Carlos I de 1525, las de Felipe II de 1573, Felipe IV en 1632, y las de 1728 con Felipe V) fueron derogadas y, recogiendo el espíritu de las anteriores, ya establecía, como las actuales, que "*El contentarse con hacer lo preciso de su deber sin que su propia voluntad adelante cosa alguna……, son pruebas de gran desidia e ineptitud para la carrera de las armas*", por lo que actitud de Lezo podría ser entendida.

[259] En 1741, con el empleo de coronel, desempeñaba el cargo de Ingeniero de las obras de Cartagena, pero, dada su "doble titulación", técnica y de armas, había sido encargado de dirigir la defensa de San Luis de Bocachica.

[260] Una defensa "a toda costa", implicaba, en la mayoría de las situaciones, una resistencia hasta que los defensores perecieran.

[261] Además de ingleses, se incluían escoceses e irlandeses.

[262] Los granaderos, llamados así por llevar granadas en su dotación, eran fuerzas escogidas y de choque.

[263] Los 600 soldados de los regimientos de Navarra, Lisboa y Toledo que habían partido de El Ferrol rumbo a Cartagena

de Indias, al final fueron enviados a Portobelo y Panamá, y el Granada también recaló en Panamá.

[264] Creado en 1668 en Badajoz como Tercio de Portugal, adquirió en 1741 la denominación de España 17.Fue disuelto en la década de 1990.

[265] Creado Zaragoza por orden de Felipe V. Fue disuelto en la década de 1990.

[266] Creado en 1657 como Tercio del Casco de Granada en Belalcázar (Córdoba). Fue disuelto en la década de 1990.

[267] Las carencias en la falta de equipamiento individual con que salieron las fuerzas españolas de refuerzo desde del península fueron subsanadas con las existencias de los almacenes de Cartagena.

[268] Se podría afinar aún más el estudio considerando otros factores.

[269] Según ya predicaba el filósofo chino Sun Tzu 20 siglos antes.

[270] La construcción naval española de buques de guerra ha evolucionado a lo largo del tiempo desde el empleo de buques de transporte para acoplarles armamento, pasando por el diseño de buques específicos que pudiesen montar un armamento predefinido, hasta la construcción naval actual, en que es el diseño de las plataformas —buques-las que se tienen que subordinar a la capacidad para embarcar el hardware y el software del sistema de armas que se requiera.

[271] Fue creado en 1722 bajo el mando del coronel Albert Bogard por la unión dos baterías organizadas en 1716 por Real Cédula del rey Jorge I y otras dos que habían participado en los ataques a Gibraltar y Mahón.

[272] La Real Academia de Artillería se creó en 1741, por lo que, por entonces, no disponían de una doctrina adecuada para el empleo y despliegue de la Artillería de Campaña.

[273] Es lo que, hoy día se conoce como interoperabilidad del

material, que se consigue con la normalización (la fabricación según estipula una "norma" común), la homologación (la aprobación por parte de la naciones aliadas) y la catalogación OTAN (la denominación, numeración y difusión de sus características, según un procedimiento único, a nivel mundial).

[274] Según visita de inspección del Gobernador Pedro de Hidalgo a las unidades realizada en mayo de 1739.

[275] Además de 400 barriles de harina.

[276] El proyecto del ingeniero Lorenzo de Solís para la construcción de los almacenes de víveres y pertrechos (las Bóvedas) no vio la luz hasta 1755, las obras comenzaron en 1789, y finalizaron en 1795.

[277] La escasa instrucción de las milicias no las hacía aptas para disponer de fusiles, que requerían una depurada disciplina de carga y disparo.

[278] Formado por el proyectil (macizo, granada explosiva, incendiario, de iluminación, etc.), la carga de proyección (pólvora), espoleta, estopín y, mecha.

[279] En 1697, con la expedición de Pimienta tras el ataque de Pointis, se envía a Cartagena 110 cañones, con sus proyectiles y municiones correspondientes, en cantidad de 100 disparos/cañón, dotación normalmente empleada y que se aumentaba (incluso en 7 veces) en caso de artillería para un tren de sitio.

[280] Lo que hoy día se suele denominar "fuego amigo".

[281] El retraso en la percepción de los salarios para la guarnición militar, con el que abonaban su alimentación, era una constante.

[282] También se encontraban el teniente de fragata José de Rojas y el sargento de marina Diego Serrano.

[283] Era la máxima capacidad de despliegue artillero en esas posiciones.

[284] Las órdenes expresas que tenía el marino eran las de "*defenderse hasta que sus fuerzas lo permitieran, y llegando el caso de no poder resistir la fuerza enemiga, retirarse con la tropa a San Luis*".

[285] Se entra en eficacia con posterioridad a corregir los desvíos, en relación al objetivo, de los primeros disparos.

[286] Cuando no quedada "*Trinchera ni cañón montado*".

[287] "Clavar" la artillería era una forma corriente, en esa época, de inutilizarla para que no pudiese ser empleada por el enemigo que la capturarse. Consistía la operación en introducir un clavo, a fuerza de martillazos, por el conducto superior del cañón que comunicaba con el lugar donde se encontraba la carga de proyección del proyectil, situada en el interior del tubo, y por el que se pasaba la mecha o granos de pólvora que iniciaba la combustión de la misma.

[288] En palabras de Vernon "*El primer ataque fue de tres de mis barcos de 80 cañones en los fuertes de San Yago y San Felipe, permaneciendo a las afueras del castillo de Boca Chica, para asegurar el desembarco; condujimos al enemigo fuera de ellos en menos de una hora, asegurando el desembarco del ejército, sin mucho más que un simple disparo de mosquetón sobre ellos.*".

[289] El retroceso de la pieza producido por los disparos de los morteros, a diferencia de la de los cañones y obuses que emplean un ángulo de elevación inferior, tiene que ser absorbido por una placa base o un armazón-cureña que la trasmite, casi en posición vertical, al terreno. Si dicho terreno no es compacto y duro, la placa base o el armazón-cureña se hunden en el mismo con cada nuevo disparo, lo que conlleva la necesidad de tener que interrumpir el tiro y volver a asentar la pieza firmemente.

[290] Que es menor a la de los morteros y por lo tanto necesitaban acercarse más a las murallas de San Luis.

[291] Esta actitud no es propia de un buen mando, aunque se tengan fundamentos.

[292] La máxima capacidad de despliegue artillero en San Luis era de 44 cañones.

[293] La máxima capacidad artillera en San José se consiguió en 1666 con 45 cañones.

[294] Saca a relucir la máxima, esta vez de los buenos logistas, de: "Primero los demás, después nosotros".

[295] Esta misión, típica de la Caballería, se denomina "Protección de la retirada", y consiste en sacrificar a sus unidades para defender el repliegue de la Infantería, después de un combate desfavorable.

[296] Desnaux le dice a Lezo: "*Ni firmaré, ni abandonaré el fuerte sin expresa orden del Virrey*". Lezo, encolerizado le pregunta: "¿Qué pretende V. M. (Vuestra Merced*) hacer?*". Desnauxle responde: "(Que) *era mi ánimo el de defenderme hasta la última ora o extremidad, y hasta que* (el enemigo*) hubiera formado brecha*". Lezo apuntilla: "*¿Y V. M. defenderá la brecha?*".

[297] Que coincide por segunda vez en una operación con su padre, el TCOL. jefe de artillería Jonas Watson. La primera fue en Gibraltar años antes.

[298] Consiste, básicamente, en la capacidad de trasladar y asentar en una nueva posición las piezas y las municiones correspondientes para seguir desempeñando su misión desde un lugar más adecuado.

[299] La religión católica fue llevada a América debido al espíritu religioso cristiano que guiaba a los españoles que marcharon a las Indias Occidentales durante los siglos XV y XVI y que iba unido al de la evangelización, una de las facetas de la colonización americana, y que fue impulsada, personalmente, por la Reina Isabel I de Castilla (La reina Católica, que también nació el jueves santo de 1451). Fruto

de ello es que la religión católica es, actualmente, la mayoritaria en los territorios que colonizaron los españoles. En 1741, en Cartagena, que disponía de obispo desde 1534, era una tradición la presencia del Ejército como Institución, (junto a las autoridades civiles), en las ceremonias religiosas importantes tales como lo Santos Oficios en la Semana Santa, el Corpus, etc. La religiosidad y su práctica era una actividad frecuente entre las fuerzas militares: se distribuía la comunión antes del primer turno de la guardia, se rezaba el rosario después de la cena, la lectura de libros religiosos era muy común, la práctica de la confesión y comunión era una costumbre en víspera de combates, etc.

[300] Según Vernon: "*...y sobre las diez de la noche mis bravos marineros atacaron sin abrir una brecha el fuerte de San José, desde el cual, al principio de la noche, el enemigo había estado disparando a nuestros hombres con mosquetes, sin producir ningún daño. Pero ellos no se enfrentaron al ataque, pues abandonaron el fuerte, dejando solo a tres españoles borrachos tras de sí...*".

[301] Según Desnaux *"... y sin atender a las leyes de la guerra me respondieron con balas sin intermicio..."*

[302] Acción militar que consiste en relevar a las Unidades de Vanguardia por otras situadas más a Retaguardia.

[303] ..."*y con justa razón me opuse a que se abandonase el Castillo y se echasen a pique los navíos, pero he reconocido que muchos meses a esta parte ha despreciado este caballero cuanto he dicho*".

[304] Unidad compuesta de unos 15 soldados al mando de un sargento.

[305] En realidad Vernon lo que dijo, refiriéndose a la toma de la ciudad era que" (se encontraba) *en plena disposición para impulsar ésta* (no que la hubiese tomado) *con todo el vigor disponible, para humillar a los españoles...*".

[306] Aunque algunos responsabiliza a Lezo de estos preparativos para lo cual inspeccionaba las posiciones recorriéndolas por la noche a caballo, es difícil que un hombre manco, cojo y tuerto (que además era marino y no oficial de Caballería), fuese capaz de montar a caballo por la noche y por un terrero irregular sin problemas, aunque los caballos disponen de una visión nocturna superior a la de los humanos.

[307] Existen autores que opinan que ambos soldados había sido instruidos en fechas previas y enviados por Lezo, intencionadamente, para equivocar a los británicos en la elección de la ruta de ascenso a San Felipe y guiarlos por un lugar equivocado. Parece poco probable dicha posibilidad pues, en ese caso, los soldados tendrían que haber sido unos profesionales muy avezados de los servicios de inteligencia, tener una sangre fría y un temple excepcional, y confiar el plan en una dosis elevada de buena suerte.

[308] Era una contraseña verbal que diariamente se comunicaba a la caída de la tarde a los encargados de la seguridad para identificar por la noche al personal y unidades propias que tratasen de acceder a las zonas defensivas. Si no se contestaba adecuadamente a la contraseña con las palabras convenidas, o la respuesta era errónea, los centinelas impedían el acceso, incluso empleando las armas, a la zona en cuestión.

[309] Aunque la construcción del castillo se inició en 1656 con don Pedro de Zapata no se finalizó hasta 28 años después, en 1769, por don Antonio de Arévalo. Para 1741 solo estaba construido, por Juan de Herrera y Sotomayor, el bonete con su parapeto atronado y el enladrillado interior, aunque existen algunos autores que dan por hecho que durante el ataque inglés ya estaban finalizado.

[310] Existen muchas publicaciones que indican que la imposibilidad de que las escaleras no alcanzaran el borde

superior de la fortaleza era debido a que Blas de Lezo, intencionadamente, había ampliado la profundidad del foso exterior para ello. Se estima que Lezo, o Desnaux, podrían haber mandado limpiar de vegetación el foso para poder realizas mejor su función como obstáculo, pero hacerlo para hacer errar a los británicos en sus cálculos para la construcción de las escaleras se presume algo difícil de asumir por el autor de este libro.

[311] Algunos dicen que con Navarrete iba también el cojo, y tuerto Blas de Lezo blandiendo una espada en su único brazo útil, historia que, si no es cierta, debería serlo.

[312] "*...rechazados al fusil por más de una hora y después de salido el Sol en un fuego continuo y biendo los enemigos la ninguna esperanza de su intento (...) se pusieron en bergonzosa fuga al berse fatigados de los Nuestros los que cansados de escopetearles se abanzaron a bayoneta calada siguiéndolos hasta quasi su campo...*"

[313] El toque de oración, que persiste aún, es un acto breve que se celebra diariamente en los acuartelamientos españoles a la caída del sol en el que se recuerda a los caídos en defensa de la nación.

[314] En aquella época los cirujanos eran de una formación inferior a la de los médicos.

[315] Así lo creían los españoles que veneraban en San Felipe a la imagen de la Virgen de la Candelaria, cuya ubicación original era la ermita de La Popa y que habían traído con ellos cuando abandonaron el cerro en vísperas de su ocupación por los ingleses para evitar que pudiesen causarle algún daño. La religiosidad de los defensores les hacía creer que la Virgen quería volver a su ermita primitiva y pensaban que les ayudó en el combate.

[316] Las fuente oficiales españolas de la época indican que fueron 17.706 británicas y 200 españolas

[317] En sus tres fases: el océano con sus tormentas y galernas, la aclimatación al ambiente caribeño, y la que favorecía la aparición insectos y parásitos trasmisores de enfermedades en los manglares y bosques de Cartagena.

[318] Aunque un gran número de publicaciones actuales achacan que, en los enfrentamientos Eslava-Lezo, siempre el marino tenía la razón, se estima que ello carece de fundamentos y en este sentido se manifiesta el miembro de la Academia de Historia de España y Premio Nacional de Historia 2000, Hugo O´Donell, cuando manifiesta: "*Se ha dado en ocasiones una falsa imagen de valentón folletinesco de ese Lezo tan cortés como valiente… Como entre nosotros no parece haber héroe sin villano, o al menos, antihéroe, los medios han llevado a nuestros días sus disputas con su superior, el virrey Eslava, en su beneficio, sin más… Y hemos ocultado los méritos de otros para resaltar los del protagonista*".

[319] Esta acción defensiva consiste en mantener sucesivamente líneas de defensa en profundidad que se van abandonando cuando el enemigo intenta atacarlas, hasta llegar a una línea defensiva final donde, una vez desgastado el enemigo, se realiza un contraataque para pasar a la ofensiva.

[320] Aunque existen autores que sitúan a la familia de Lezo conviviendo con él en Cartagena de Indias en esas fechas, la realidad es que su esposa e hijos no le acompañaron en ese desplazamiento y permanecieron en su lugar de residencia anterior, El Puerto de Santa María (Cádiz, España) tal como ha demostrado documentalmente la prestigiosa historiadora y genealogista Inés Olarán Múgica. A pesar de ello, incluso recientemente se ha inaugurado una estatua del heroico marino en cuyo pedestal se han grabado unas supuestas últimas palabras que le dirigió a su esposa en su lecho de muerte, cuando la misma se encontraba a miles de

kilómetros del lugar.

[321] Esas actitudes son muy conocidas entre los militares que se encuentran en tales circunstancias a gran distancia de su nación.

[322] Algunos historiadores achacan su muerte a las heridas recibidas durante la batalla finalizada cinco meses antes, cosa no probable debido al largo tiempo pasado desde que se las produjeron lo que les habrían causado la muerte por infección mucho antes. Lo más probable es que muriese por efecto de las contaminaciones, enfermedades y mosquitos que propagaron los cadáveres de los soldados ingleses que habían permanecido largo tiempo sin enterrar, por lo que, de esta forma, quisieron *vengarse "desde el más allá ´´* de quien había sido tan obstinando y pertinaz enemigo.

[323] Tal como acredita Inés Olarán Múgica: "*Se ha venido afirmando también que en España no ha existido interés por divulgar la vida de Blas de Lezo ni sus éxitos militares. Es cierto que Lezo no gozó en este país de la misma consideración que Vernon en Inglaterra y que con el tiempo se fue diluyendo su recuerdo. Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo XVIII se publicaron diferentes noticias sobre la victoria de Cartagena de Indias en periódicos de la época, como el Mercurio Histórico y Político y la Gaceta de Madrid y también hubo autores como Joaquín Casses de Xaló, José del Campo-Raso, Miguel Rodríguez-Ferrer, Valentín Picatoste, Cristóbal Bermúdez Plata y Domingo Manfredi Cano, entre muchos otros, que desde entonces y hasta el siglo pasado se han ocupado de dar a conocer su vida y hechos*".

[324] El Juicio de Residencia fue un procedimiento judicial del derecho castellano e indiano-derogado en la Constitución de Cádiz de 1812-que consistía en que, al término del desempeño de su cometido, el alto funcionario público se sometía a la revisión de sus actuaciones y se escuchaban todos los cargos que hubiese en su contra. El

funcionario no podía abandonar el lugar donde había ejercido el cargo, ni asumir otro, hasta que concluyese este procedimiento. Generalmente el encargado de dirigir el proceso, llamado juez de residencia, era la persona ya nombrada para sucederle en el cargo. Las sanciones que se aplicaban eran variables, aunque frecuentemente consistían en multas o prisión. El Juicio de Residencia tuvo en la administración indiana una gran importancia, y comprendía a toda clase de funcionarios, desde virreyes y presidentes de Audiencia, gobernadores, hasta alcaldes y alguaciles.

[325] Dado que los títulos a Lezo y a Eslava les fueron concedidos cuando ya habían fallecido, los mismos recayeron en el primogénito de Lezo, Blas Fernando, y en el sobrino de Eslava, Gaspar de Eslava y Monzón.

[326] Existen, actualmente, platos, recipientes, cerámicas, jarras de cerveza, estuches, y decenas de diferentes tipos de medallas de aquellos acontecimientos en el Museo Marítimo de Greenwich, Londres, costumbre antigua muy británica pues, ante cualquier acontecimiento nacional o social de la Corona, los comercios se inundan de souvenirs del evento (incluso existen recipientes que conmemoran la construcción en Bretaña del muro romano ordenado levantar, en el siglo II d. de C, por el soldado y emperador sevillano Adriano, y que los visitantes en aquella época los adquirían como recuerdo de su viaje) lo que parece demostrar, dada la variedad de objetos diferentes, que dichas iniciativas no fueron impulsada por un solo responsable-el Gobierno-tal como muchas autores afirman, sino, como incluso hoy día, por los comerciantes.

[327] Aunque la mayoría de las publicaciones actuales y muchos historiadores aducen que incluso se impuso una censura británica a la publicación de las noticias, reseñas que llevó al autor de este libro a incluirla en la primera edición del mismo, se reconoce al error de dicha anotación y

se corrige ahora: no hubo censura británica. Existen, tal como apunta Inés Olarán Múgica, las actas del Parlamento británico y las obras de carácter político, militar y literario publicadas hasta fines del siglo XVIII por autores como Richard Rolt, James Thomson, Tobias George Smollet, Nicolas Tindal, Philip Henry Stanhope, William Coxe y Frederic Hervey, y constatación de que en Inglaterra existió una fuerte crítica a la derrota de Cartagena de Indias. En el mismo sentido se manifiesta el investigador Miguel de Avendaño, que cita las siguientes: The Conduct of Admiral Vernon Examined and Vindicated (1741), An Account of the Expedition to Carthagena (1743), Authentic Papers Relating to the Expedition to Carthagena (1744), Journal of the Expedition to Carthagena (1744), Original Papers Relating to the Expedition to Carthagena (1744), The Adventures of Roderick Random (1748), An Account of the Expedition Against Cartagena (1757), The Life of Admiral Vernon by an Impartial Hand (1758), An Account of the Expedition to the West Indies (1759), The Naval History of Great Britain (1779), Naval and Military Memoirs (1804), The Naval History of Great Britain (1818), A Memorial of Admiral Vernon (1861), Admiral Vernon and the Navy (1907), The Attack upon the Spanish Main by Admiral Vernon (1908), A History of the British Army (1910), Admiral Vernon's Medals (1918-1919), The Navy in the War of 1739-1748 (1920), War and Trade in the West Indies (1936) John Morris and the Carthagena Expedition, 1739-1740 (1940), The Cartagena Expedition: Evacuation Two Centuries Ago (1941), The Angry Admiral: The Later Career of Edward Vernon, Admiral of the White (1953), The Vernon Papers (1958), The Defeat of Admiral Vernon at Cartagena (1963), War at Sea in the West Indies, 1739-1748 (1963), The War of Jenkins' Ear: A New Voice in the Wentworth-Vernon Debate (1967), Health and Military Factors in Vernon's

Failure at Cartagena (1992), Amphibious Warfare in the Eighteenth Century: The British Expedition to the West Indies 1740-1742 (1993), The Emergence of Britain's Global Naval Supremacy: The War of 1739-1748 (2010) y otra más.

[328] Aunque existen muchas publicaciones que alegan que si Vernon hubiese tomado Cartagena de Indias en América se hablaría inglés, ambas afirmaciones son rebatidas por otras fuentes: *"... Si Vernon hubiera vencido simplemente se hubiera usado Cartagena como moneda de cambio, como se hizo con la captura británica de La Habana 20 años después. El propio Vernon era contrario a las ocupaciones físicas por considerar que eran inútiles. Decir que se hubiera creado una "Angloamérica" a costa de la española está falto de sentido, como lo es decir que de no ser por Lezo en Sudamérica se hablaría inglés"* (M. de Avendaño). Y *"...hay eslóganes tan poco afortunados como el de que la gesta fue la mayor derrota naval de Inglaterra o de que gracias a Lezo se sigue hablando en español en América"* (Hugo O´Donell).

[329] Actualmente los regimientos británicos han pasado a formar parte de la Brigada de Fusileros y los Regimientos de Yorkshire, Gales, Anglian y Mercia.

[330] Actualmente forma parte del Regimiento/Brigada de Fusileros (en su versión de UK) o del Cuerpo de Marines (en su versión de EE.UU.).

[331] Al final quedaron unos 400 del RI. España y otros 600 del Aragón pues los del Granada fueron enviados a Panamá, aunque fueron suplidos en su misión de infantería y con igual comportamiento y número que las fuerzas de profesionales de refuerzo peninsulares, por los marinos de Lezo.

[332] Buques franceses San. José el Justo, San Lorenzo, Neptuno y León. Buques holandeses Santa María y La Unión. Buques españoles Nuestra Señora del Rosario y San José.

[333] Buque francés San Francisco Javier. Buques españoles La Concepción, El Galgo, San Nicolás, Santa Bárbara, San Lorenzo, San Francisco y Nuestra Señora. del Rosario.

Índice